DAVID MONJE GALISTEO



CAMINOS DE SANGRE Y FUEGO

RETORNO A NELA-SHUR LIBRO 3

Caminos de Sangre y Fuego

Retorno a Nela-Shur – Libro 3

David Monje Galisteo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **David Monje Galisteo**

X: **@dmgalisteo**

Facebook: **davidmonjegalisteo**

Threads: **@davidmonjegalisteo**

Instagram: **@davidmonjegalisteo**

TikTok: **@david.mg70**

Bluesky: **@dmgalisteo.bsky.social**

Mail: **davidmonjegalisteo@gmail.com**



Copyright © 2025 David Monje Galisteo
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Ljiljana Romanovic (**fantasybookdesing.com**)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

«A mi madre.»
Diario de un cautiverio
El hombre pájaro
Curando heridas…
… y abriendo más
El Desgarrador
Conspirando
La ley de la calle
Dejar el nido
Amistades en la oscuridad
Perdón
Tregua
Luz contra las tinieblas
Salvaje
¡Huid!
Rumbo a Valentia
Fulgores
Entre libros y despojos
El gobernador de los Lagos Eternos
Dudas
Un rayo de luz
Mushan
El reencuentro
El regreso de Rayhem
Buscando a Mushan
Capítulo 25
Bajo la Luna del Cementerio
El Mausoleo del Orfebre

En la oscuridad
Bondades
El extraño y el traidor
Hilos de traición
El heraldo del mar
Espía doble
Las Montañas del Sur
El Bosque de los Susurros
La entrada al Tabernáculo
La Puerta
La Sombra de…
La Eterna
El precio de la venganza
Sombras en el camino
El heraldo del océano
La aventura continua en:
Agradecimientos
El Segundo Éxodo (Retorno a Nela-Shur, Libro 4)

«A mi madre.»

1
Diario de un cautiverio

He encontrado papel, pluma y tinta en este sombrío lugar. La vela que he encendido apenas es un suspiro de luz en la oscuridad, pero al menos ilumina mis pensamientos mientras me dispongo a escribir estas palabras; humedecida y casi consumida, parpadea con cada movimiento, recordándome lo frágil que soy.

La idea de utilizar un yesquero para dar luz me ha hecho recordar el viaje a Jersia y todo lo que aprendí en aquella aventura. Aunque siempre había dado por sentado el fuego, descubrí lo difícil que es crearlo cuando no tienes los medios adecuados. Casi siempre era Mushan quien se encargaba de hacerlo, y su habilidad para todo lo relacionado con la supervivencia me dejaba asombrado. Suerte que me interesé por saber más.

La angustia que siento en este lugar es abrumadora. Estoy atrapado en una biblioteca inundada, rodeado de libros que parecen haberse convertido en reliquias de un pasado olvidado. Cada libro, cada rollo de papel, está empapado por el agua que ha invadido este espacio, borrando sus palabras y sumiéndolos en la melancolía, parecía que los escritos pudieran sentir.

Mis pensamientos son proyectados en esas paredes húmedas y desconchadas. El agua gotea como lágrimas silenciosas de la biblioteca misma. Siento que estoy en un rincón olvidado del tiempo, soy un testigo silencioso de la decadencia.

Siento una angustia en mi interior, una necesidad de encontrar respuestas y descubrir la salida de este lugar. Cada palabra que escribo es un intento de enfrentarme a la incertidumbre que me rodea. Mi mente se esfuerza por recordar las lecciones que aprendí, las habilidades que desarrollé para sobrevivir a esta situación, pero parece que no hay nada que pueda ayudarme aquí.

Siempre fui el más pragmático de los embajadores, el que buscaba la solución más lógica y directa. Pero aquí, en este lugar, empapado hasta los huesos, la lógica parece perderse en las sombras. Sin embargo, no voy a rendirme. No importa lo desesperada que sea mi situación, no permitiré que la oscuridad me consuma.

…

La oscuridad permanece en este lugar, envolviéndome como un manto interminable. Mi angustia crece en proporción a la falta de luz. Echo de menos el sol.

En mi búsqueda de una salida, me he encontrado con obstáculos insuperables. Los derrumbes bloquean los caminos y el único portón visible está sellado con un peso de piedra que lo mantiene inaccesible. Puedo ver la rendija que deja la puerta cerrada a cal y canto, pero cualquier intento de mover el peso ha sido en vano.

Las sombras en esta biblioteca inundada son testigos silenciosos de mi frustración. A medida que paso mis dedos por los libros empapados, puedo sentir el peso de la incertidumbre en cada página. Las palabras están borradas por el agua, parecía que el mismo tiempo se hubiera llevado consigo las historias que alguna vez contaron.

A diario voy acumulando provisiones y las dejo en un rincón de esta húmeda cámara. Tengo varios pedazos de pan duro, un par de odres de agua, unos pequeños trozos de pescado seco y algo de cecina de caballo. Eso es todo. Cada vez que veo la toga del guardia que viene para traerme los alimentos recuerdo mi captura.

Reconozco su vestimenta, son los Ungidos de Kudram quienes controlan mi destino aquí. No podía haber sido nadie más.

Siento que los días se mezclan en una interminable sucesión de penumbra y silencio. Mis pensamientos se vuelven más oscuros con cada momento que pasa. El miedo se enrosca en mi interior como una serpiente venenosa, acechando en mis pensamientos.

La ausencia de esperanza parece ahogarme en este lugar.

…

El frío cala mis huesos. La humedad es un enemigo silencioso que se aferra a mi piel, y el hedor del agua estancada se mezcla con el moho que cubre las paredes de esta maldita biblioteca. La tenue luz de una vela que parpadea, amenazando con extinguirse en cualquier momento. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Horas, días… el tiempo es un concepto que ha perdido su significado en este lugar.

Hoy, cuando la angustia parecía ganar terreno en mi corazón, cerré los ojos e invoqué a mi abuela Neela. Su voz, o el eco de su recuerdo, emergió con la misma calidez que tenía en vida. Sentí su presencia como un susurro entre la oscuridad, una caricia en mi mente que disipó, al menos por un instante, el frío y la angustia.

Me recordó quién soy, de dónde vengo. Me habló de mi infancia en Nela-Shur, de los días antes del Exilio, cuando aún creía que el mundo tenía orden y sentido. Me trajo a la memoria aquella pequeña flor blanca que encontré entre las piedras del camino, una insignificante "estrella terrestre" que, en su fragilidad, se alzaba desafiante ante la adversidad. Entonces, lo entendí. Siempre ha habido belleza en la desesperación, siempre ha habido esperanza, incluso en los lugares más oscuros.

Pero el peso de la realidad no tardó en desplomarse sobre mí de nuevo. Estoy atrapado en este abismo de agua sucia y paredes húmedas. Mis amigos… ¿siguen buscándome? ¿O ya me han dado por muerto? La incertidumbre me consume más que el hambre…

Aun así, no puedo rendirme. Neela tenía razón: la oscuridad no es más que la ausencia de luz, y mientras conserve algo de ella dentro de mí, todavía hay una salida. No puedo rendirme. No voy a rendirme.

…

Sigo aquí abajo, en este lugar en el que el tiempo parece haberse detenido. Podría acabarse el mundo ahí fuera y yo jamás me enteraría. Cada día se convierte en una repetición de sombras y silencio, estoy atrapado en un sueño oscuro del que no puedo despertar. Mi única compañía es un visitante inusual, una rata blanca de ojos rojos que, de alguna manera, ha encontrado su camino hasta aquí. He decidido llamarla Jarben, en honor a mi amigo albino, al que echo de menos muchísimo.

Confío en que Bel-Hur me brindará la fortaleza que necesito para sobrevivir. La fe es lo único que me queda ahora mismo y me agarro a ella con desesperación.

Paso mis días rezando y buscando algo de sentido en este laberinto de estanterías y libros empapados. Algunos de ellos están escritos en idiomas desconocidos para mí, y otros están tan deteriorados por la humedad que sus páginas se deshacen entre mis dedos. A pesar de los desafíos, sigo buscando, esperando encontrar alguna pista que me conduzca a la salida.

A veces, escucho ecos lejanos de dialectos alonios, como susurros en la distancia. Me he propuesto la tarea de buscar maneras de traducir esos dialectos, quizá puedan ayudarme en algo. Ayer, entre los libros que rescaté del agua, encontré un diccionario antiguo. Entre sus páginas polvorientas descubrí palabras en un antiguo dialecto alonio y mi corazón dio un vuelco al encontrar una de las que tanto repiten mis captores: «Elucubra» traducida como «Eterna». ¿Será mi condena eterna en este lugar? Las palabras se aferran a mi pensamiento, sembrando dudas.

El aburrimiento se ha convertido en mi compañero más constante. La pequeña rata, Jarben, vuelve a menudo y le doy de

comer restos que encuentro entre mis provisiones. Aunque sea una compañía inusual, su presencia me recuerda que no estoy tan solo.

2
El hombre pájaro

Los graznidos estridentes de las aves rompieron el silencio de la noche, arrancando a Valcara y Gorham de su sueño reparador. Se deshicieron con cautela de su cálido abrazo, estiraron sus adormilados miembros y se miraron por un instante, compartiendo una complicidad que antes no existía. Valcara tomó su lanza improvisada y juntos se dirigieron hacia la entrada de la cueva.

Aunque atravesar la cortina de agua de la cascada no era lo más apetecible, necesitaban salir de allí.

—¡Nada como esto para espabilarse! —gruñó Gorham, mojándose las manos en el agua helada.

—Dime que no está muy fría —respondió Valcara, frunciendo el ceño.

—Más caliente de lo que esperaba —contestó Gorham con una sonrisa antes de lanzarse sin dudar bajo el torrente.

Valcara tomó aire y lo siguió, resignada. Por supuesto, el agua estaba helada.

Al asomarse fuera, empapados hasta los huesos, se quedaron atónitos ante la escena. Las aves que los habían atacado el día anterior se habían reunido en torno al claro del lago. Sus cuerpos desgarbados se movían de forma errática sobre ramas y rocas, danzando a la luz de la luna que se filtraba entre las nubes.

Valcara y Gorham se miraron un momento, fascinados por el extraño espectáculo. Parecía que las aves intentaran transmitirles un

mensaje.

—¿Qué intentan decirnos? —preguntó Valcara, apretando con fuerza su lanza.

—No tengo ni idea, pero no me fío de esos pajarracos —replicó Gorham, observándolas con desconfianza.

—Yo tampoco. —La guardiana se llevó una mano a la herida vendada de su hombro. Sentía un dolor punzante, como un puñal clavándose en su piel.

La luna bañaba el claro con su luz espectral, haciendo que las aves parecieran sombras en movimiento. Sus graznidos se intensificaron hasta convertirse en un coro de advertencias que resonaba en la oscuridad. Era aterrador.

—¿Crees que esto es una señal? —murmuró Gorham, con la mirada fija en las aves.

—Podría ser. Este comportamiento no es normal. Algo las ha alterado —respondió Valcara, escudriñando el entorno con inquietud.

De repente, un graznido más fuerte y agudo que los demás rasgó el aire, y las aves, enloquecidas, alzaron el vuelo en un torbellino caótico. Valcara y Gorham se cubrieron instintivamente, observando cómo las criaturas se elevaban y desaparecían en la oscuridad, dejando tras de sí un silencio inquietante. Por un momento, taparon la luna en el cielo y la oscuridad se hizo más evidente. Luego, se posaron en las ramas más altas, vigilando a la pareja con atención.

—Esto no me gusta —dijo Gorham, con la mandíbula tensa.

—A mí tampoco —respondió Valcara, aferrando con más fuerza su lanza.

Mientras ambos observaban, una figura extraña emergió de entre las sombras del bosque. Era un hombrecillo de baja estatura, con el cuerpo adornado con plumas de pájaro dispuestas de manera arbitraria y un grotesco pico negro que sobresalía de su cabeza humanoide. Sostenía un largo bastón del que colgaban cráneos de ratas de diversos tamaños, pulidos y amarrados con lianas. Sus ojos,

completamente negros y brillantes, se fijaron en la pareja con una intensidad perturbadora.

El ser se acercó lentamente, moviéndose con una torpeza que recordaba a las aves que antes habían sobrevolado la zona. De su garganta salían extraños sonidos guturales, similares a graznidos, mientras agitaba su bastón con movimientos enérgicos. Parecía estar comunicándose con las aves, que poco a poco dejaron su alboroto y fijaron su atención en él. Las plumas del hombrecillo se erizaron, imponiendo su autoridad sobre las criaturas.

Con un último graznido, las aves comenzaron a dispersarse, obedientes. El extraño ser alado volvió entonces su mirada hacia Valcara y Gorham y los escrutó de arriba abajo, evaluándolos con atención.

De pronto, su cuerpo convulsionó de manera rítmica y empezó a regurgitar restos de comida a medio digerir: pedazos de carne o algo similar. Con sus manos deformes y aladas, tomó un puñado de aquella sustancia humeante y, con gestos extrañamente amistosos, se la ofreció a la pareja.

Empapados, Valcara y Gorham se miraron con cautela antes de acercarse, sin bajar la guardia, mientras algunas aves los vigilaban desde las ramas más altas. Gorham, el primero en reaccionar, tomó un pedazo de la repugnante ofrenda y, ante el asombro de Valcara, comenzó a devorarlo con ansia.

—Está… buena —dijo, sorprendido—. Y caliente. Justo lo que necesitaba.

Valcara, a punto de vomitar, apartó la mirada, luchando por contener el asco. Suponía que rechazar el ofrecimiento del hombre-pájaro sería visto como una grave ofensa, pero la visión y el olor le revolvían el estómago.

Con esfuerzo, tragó saliva y se mantuvo firme, mientras Gorham seguía comiendo.

La mujer apartó la mirada de su compañero, buscando distraerse de lo que le generaba tanta repulsión, e intentó entablar conversación con el extraño hombrecillo.

—Gracias por tu presente —dijo Valcara, inclinando ligeramente la cabeza. El hombre-pájaro la imitó al instante.

Al observar de cerca la herida de Valcara, el hombre-pájaro emitió un graznido insistente y se acercó aún más, inclinando su grotesco pico hacia el hombro herido.

—Sí, tus compañeros me hirieron —admitió Valcara, asintiendo—, pero ya estoy mejor.

—A mí me mordió una rata gigante —añadió Gorham, limpiándose la boca con el antebrazo tras terminar de comer—, pero estoy bien.

El hombre-pájaro retrocedió, extendiendo su bastón en dirección a Gorham. Las pequeñas calaveras de ratas colgadas en su extremo superior chocaban entre sí, produciendo un sonido inquietante.

—¿Qué demonios le pasa ahora? —murmuró Gorham, desconcertado.

—Parece que no le caes bien —respondió Valcara, ajustando su agarre en la lanza, por si tuviera que utilizarla.

Con voz calmada y movimientos suaves, la guardiana levantó la mano derecha para intentar tranquilizar a la criatura.

El hombre-pájaro se relajó gradualmente. Tras un par de espasmos que lanzaron algunas plumas al aire, se giró hacia el bosque y empezó a caminar, volteándose de vez en cuando para invitarlos a seguirlo.

Valcara y Gorham intercambiaron una mirada de duda.

—¿De verdad vamos a acompañarlo? —preguntó Gorham con el ceño fruncido—. No me fío una mierda de él.

—No parece que quiera hacernos daño —dijo Valcara—. Yo tampoco me fio, pero no creo que tengamos muchas opciones. Podría conducirnos hasta algo útil.

—O a sus amigos los pájaros asesinos para que nos devoren como aperitivo —resopló Gorham, visiblemente molesto.

—¿Tienes alguna idea mejor? —replicó Valcara, observando cómo el hombre-pájaro se impacientaba, moviendo las plumas de sus alas

y graznando con creciente frustración.

Gorham suspiró, resignado.

—No, supongo que no —admitió, escurriendo su camisa mojada.

—¡Eh, pájaro del infierno! —gritó Gorham—. ¡Déjanos decidir si vamos a tu trampa o no!

El hombre-pájaro se tensó y alzó su bastón hacia Gorham, quien a su vez levantó la guardia, preparado para un enfrentamiento.

—¿Quieres pelea, maldito pajarraco? —gruñó, harto de la actitud de la criatura.

—¡Nadie quiere pelea! —intervino Valcara, colocándose entre ambos para evitar el choque—. Tranquilízate, Gorham. No es el momento.

El viejo marino apretó los puños y luego los soltó, bajando la mirada ante las palabras de la guardiana. Respiró hondo y se relajó, dispuesto a seguir al hombre-pájaro, quien también se calmó y volvió a girarse, reanudando su avance hacia el bosque.

El hombrecillo emplumado los guio a través de la isla con pasos torpes pero seguros, conocía cada rincón del terreno. Tras un largo recorrido por el frondoso bosque, llegaron a la cima de un acantilado, donde se alzaba un gigantesco nido del tamaño de una casa.

Con un salto poco grácil, el hombre-pájaro revoloteó hasta el interior del nido, apartando las ramas superiores para facilitar la subida a los humanos.

—Directos a la trampa —murmuró Gorham, que trepó hasta el nido y extendió una mano a Valcara para ayudarla.

—¿No te duele la herida? —preguntó ella, encaramándose junto a él en el borde del gran nido.

—No, la verdad. Parece que la comida del pajarraco me ha sentado bien.

Valcara le sostuvo la mirada un momento y sonrió antes de volverse para examinar el interior del nido.

Para su sorpresa, descubrieron una escena inesperadamente acogedora. Aunque la estructura resultaba rudimentaria desde fuera, por dentro parecía un refugio. El suelo estaba cubierto de hojas y ramas secas que formaban un lecho suave y cómodo. Las paredes del nido estaban decoradas con finas telarañas que reflejaban la luz, creando un ambiente tranquilo.

Dispersos por el nido había vestigios de naufragios pasados, objetos erosionados por el tiempo y las mareas. Entre ellos se encontraban recordatorios silenciosos de la crueldad del mar: ropa desgarrada, restos de herramientas de navegación y trozos de velas.

En las cavidades a lo largo de las paredes del nido se hallaban cuidadosamente guardados los objetos más delicados: una pequeña llave plateada desgastada por los años, un puñal con empuñadura dorada adornada con joyas y pertenencias personales que parecían contar historias de vidas atrapadas en los caprichos del océano.

Gorham, con la naturalidad de un viejo lobo de mar, tomó el puñal con disimulo. Valcara, por su parte, se agachó hacia una brújula oxidada. La examinó y comprobó que ya no servía. Estaba aplastada, y apenas era el recuerdo de lo que algún día fue.

Los ojos de ella se posaron en la llave que parecía de plata, colgada de un delgado collar de cuero. La sostuvo un instante, recordando fugazmente la civilización que habían dejado atrás. Sin pensarlo demasiado, se la colgó al cuello y la ocultó bajo su camisa.

El hombre pájaro, con las plumas alborotadas por el viento, observaba a Valcara y Gorham mientras estos exploraban el nido con fascinación. Sus gestos y la expresión de sus ojos revelaban una curiosidad genuina por los forasteros. Aunque no podía comunicarse verbalmente con ellos, transmitía una especie de orgullo por su hogar y parecía dispuesto a compartir los objetos recolectados, como una invitación amistosa a estos visitantes humanos.

Señaló la parte del nido que parecía más cómoda y graznó suavemente, invitándolos a descansar.

—No pienso dormir aquí —murmuró Gorham, echando una mirada recelosa al hombre pájaro, que dio un salto hacia atrás y se

posó con agilidad en el borde del nido, batiendo sus alas.

—Haremos guardia el resto de la noche —dijo Valcara, esforzándose por reprimir un bostezo. Se acomodó en el cálido hueco del nido, pero sin permitir que la sensación de seguridad la relajara del todo. Sus ojos seguían fijos en el hombre pájaro, alerta a cualquier movimiento sospechoso.

Gorham se sentó a su lado, con la mano sobre el puñal que había encontrado. Aunque el ambiente del nido era sorprendentemente acogedor, la desconfianza seguía latente en su pecho.

El aire estaba cargado con un aroma dulce, casi imperceptible. Valcara se obligó a mantenerse erguida, pero le pesaban los párpados. Intentó centrarse en la conversación con Gorham, en el leve crujir de las ramas bajo su peso, en la silueta inmóvil del hombre pájaro… Sin embargo, el calor y el cansancio acumulado la arrastraron sin remedio. Apenas apoyó la cabeza en su brazo, cayó en un sueño profundo. Gorham la miró por un instante y, para su sorpresa, se descubrió sonriendo. Luego volvió su atención al hombre pájaro, que seguía vigilándolos desde el borde. Aunque aún sentía desconfianza, el ambiente del nido era reconfortante y parecía seguro. Se sentó junto a Valcara, manteniendo la mano sobre el puñal que había encontrado, decidido a protegerla mientras descansaba.

El hombre pájaro, al ver la cautela de Gorham, pareció entender la reticencia del viejo marinero. Graznó una vez más suavemente antes de saltar hacia la oscuridad del bosque, dejándolos solos en la tranquila seguridad del nido.

Gorham se recostó ligeramente, todavía alerta. Mientras velaba por Valcara, su mirada se detuvo en los rasgos de la guardiana. Las finas arrugas de su frente y la cicatriz en su cuello contaban historias de batallas libradas y desafíos superados. Sus labios, carnosos y tentadores, lo hipnotizaron. Observó cómo su pecho subía y bajaba en un ritmo calmado, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz.

A pesar de los años y las heridas, había una fuerza y belleza en ella que lo cautivaban profundamente. Mientras la contemplaba, Gorham se dio cuenta de que un sentimiento inesperado comenzaba a arraigar en su interior. Se estaba enamorando de ella.

Afuera, la noche avanzaba despacio, como si el tiempo también hubiera decidido tomarse un respiro. Las estrellas brillaban con una intensidad que solo existía en lugares alejados de la civilización, donde la oscuridad era profunda y el cielo se desplegaba en toda su majestuosidad. El viento susurraba entre las ramas y, de vez en cuando, un graznido rompía la quietud, recordándoles que no estaban solos.

Gorham, consciente de su responsabilidad de proteger a Valcara, dirigió la mirada hacia el exterior del nido. La silueta del hombre pájaro se recortaba en una rama cercana, inmóvil bajo la luz de la luna, vigilante, pero sin transmitir amenaza alguna. Por un momento, Gorham se permitió una chispa de confianza hacia la extraña criatura. Tal vez, después de todo, el ser emplumado realmente quería ayudarlos. De hecho, no parecía tener intención de hacerles daño.

Valcara se movió ligeramente en su sueño, murmurando palabras ininteligibles. Gorham se inclinó hacia ella, aguzando el oído. Sus murmullos eran fragmentos de recuerdos, pronunciados con un tono suave y vulnerable que lo conmovió más de lo que esperaba.

—Valcara… —susurró, casi sin darse cuenta. El nombre se le escapó en un suspiro, en un instante en el que solo existían ellos dos en aquel rincón del mundo. No había nadie más a quien pudiera hablar de esa manera, nadie en quien confiar plenamente en ese momento, salvo ella.

El tiempo pareció detenerse mientras Gorham se perdía en sus pensamientos. La vida en el mar le había enseñado a ser cauteloso y desconfiado, pero allí, en esa isla desconocida, junto a Valcara, algo dentro de él estaba cambiando. Por primera vez en mucho tiempo sentía que había algo más por lo que luchar que no fuera su propia vida.

El cansancio comenzó a pesarle en los párpados. Luchó por mantenerse despierto, pero al final decidió que no pasaría nada por dormir unos minutos en aquel nido protegido. Con cuidado, se recostó junto a Valcara sin tocarla, respetando su espacio, pero sintiendo su cercanía como un bálsamo para su alma.

Poco a poco, el sueño fue reclamando a Gorham, quien, sin darse cuenta, se dejó llevar por la sensación de paz que le ofrecía aquel refugio improvisado y la compañía de la mujer que, sin saberlo, se había convertido en su ancla.

3
Curando heridas...

La hoguera chisporroteaba en el centro del campamento, lanzando destellos de luz sobre las caras concentradas de los soldados. Zarhel, con las mangas de la camisa remangadas y el rostro perlado de sudor, sostenía con firmeza los pedazos rotos de la espada de Shuraz. Su martillo descendía con fuerza rítmica sobre el metal al rojo vivo, arrancando chispas que danzaban en el aire nocturno. A su lado, un joven soldado bombeaba el fuelle con entusiasmo, insuflando aire al fuego para mantenerlo vivo.

—¿Así, maestro? —preguntó el muchacho, mientras el cuero del fuelle crujía bajo sus manos.

Zarhel asintió sin levantar la vista de la hoja.

—Sí, pero hazlo constante. No queremos que el metal pierda temperatura.

Un anciano de manos rugosas, que alguna vez había sido herrero en un pueblo lejano, observaba con ojo crítico desde un costado. Cuando Zarhel levantó la espada y la examinó a contraluz, el viejo intervino:

—Golpea menos en el borde, muchacho. Si adelgazas demasiado la hoja, será frágil.

—Buena observación —admitió Zarhel con un leve asentimiento antes de sumergir la hoja en el abrevadero. Un silbido agudo llenó el aire mientras el metal al rojo se enfriaba en el agua.

Los soldados más jóvenes se agolpaban a su alrededor para observar el proceso. Algunos, martillo en mano, intentaban imitar los movimientos de Zarhel sobre pedazos de metal desechado. Shuraz se detuvo a observarlos y se cruzó de brazos. Había algo en aquella escena que le inspiraba cierta esperanza: un pequeño grupo de hombres, la semilla de un ejército que aún debía germinar.

Uno de sus oficiales, un hombre corpulento con una cicatriz que le cruzaba el rostro, se acercó y se inclinó ligeramente.

—Señor, seguimos reclutando entre los belurios, pero no hay muchos hombres dispuestos a alistarse. La opción de los mercenarios sigue sobre la mesa, si queremos aumentar las filas con rapidez.

Shuraz negó con la cabeza de inmediato. Su expresión se endureció.

—No. Nada de mercenarios. No quiero hombres que luchan solo por oro. Prefiero menos soldados, pero leales. Los belurios defenderán su tierra; los mercenarios se irán en cuanto la paga deje de llegar.

El oficial asintió con un suspiro y se retiró para continuar con sus labores. Zarhel, que había oído la conversación mientras martilleaba, dejó a un lado la espada ya reparada y se acercó a Shuraz con pasos tranquilos.

—Eres muy terco a veces, Shuraz. —Zarhel limpió sus manos ennegrecidas en un trapo—. Pero en esto creo que tienes razón.

Shuraz gruñó satisfecho y al instante su cara se ensombreció.

—No puedo sacarme de la cabeza lo de Edoz y Anara —reconoció —. Nunca imaginé que él… ella…

Zarhel levantó una mano para interrumpirlo.

—No vas a arreglar nada dándole vueltas. Edoz es tu aliado, y Anara es libre de decidir. Habla con ellos, discúlpate si tienes que hacerlo. Pero sé paciente, Shuraz. El tiempo pondrá todo en su lugar.

Shuraz suspiró profundamente y cruzó los brazos mientras miraba al suelo. Sabía que Zarhel tenía razón, pero la idea seguía sin

gustarle.

—¿Y qué hay de tu red de espías? —preguntó, cambiando de tema abruptamente.

Zarhel apoyó la espalda contra un tronco cercano e hizo un movimiento rápido que cortó el aire.

—Siguen buscando a los traidores de la lista. Hay un sospechoso que parece prometedor. Si confirmamos su identidad, enviaré a Edoz a que le haga una visita. Pero por ahora, no sabemos mucho. Podrían haber cambiado de nombre, huido, o incluso estar muertos.

—No podemos perder tiempo. Si alguno de ellos sigue vivo, podría estar planeando algo. —La mirada de Shuraz se endureció—. Haz que tu gente redoble los esfuerzos.

Zarhel esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

—No necesitas decírmelo. Ellos saben que cada segundo cuenta.

La conversación quedó suspendida mientras ambos observaban el trabajo en la forja. La hoja reparada de Shuraz reposaba sobre el yunque, reflejando el fuego en su superficie lisa. Zarhel la tomó y se la tendió.

—Aquí tienes. No será tan perfecta como lo fue antes, pero aguantará. Como tú.

Shuraz tomó la espada, sintiendo el peso familiar en su mano, y asintió con gratitud.

—Gracias, Zarhel. Siempre sabes qué decir. —Le dio una palmada en el hombro antes de dirigirse hacia el centro del campamento, donde sus hombres lo esperaban.

La noche avanzaba lentamente, y el aire estaba cargado de una ilusión que parecía crecer con cada chispa que escapaba de la forja. Shuraz sabía que su ejército aún era solo un sueño, pero esa noche, ese pequeño grupo de hombres le pareció un paso hacia algo mucho más grande.

La luz tenue de las lámparas de aceite iluminaba los estantes polvorientos de la biblioteca. Los libros, apilados de manera caótica en mesas y rincones, parecían guardar siglos de secretos. Por el suelo seguían varios ataúdes a medio llenar de libros.

Anara estaba sentada en un banco de madera, con las manos entrelazadas en su regazo y la mirada fija en el suelo. Frente a ella, Jarben tamborileaba con los dedos sobre la mesa, claramente incómodo con el silencio.

—No entiendo cómo ocurrió —dijo Anara por fin, con un susurro apenas audible.

Jarben levantó la vista y detuvo el repiqueteo.

—¿Te refieres a cómo venciste al gólem? —preguntó con suavidad.

Ella asintió. Parecía a punto de llorar.

—No sé cómo lo hice, Jarben. La luz salió de mí sin que yo tuviera ningún control y vencí a ese monstruo, pero no era yo. —Se detuvo, buscando las palabras adecuadas mientras sus manos apretaban los pliegues de su falda—. Algo me había poseído. El poder de Bel-Hur había tomado mi cuerpo.

Jarben apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿No recuerdas nada? ¿Ni siquiera un momento en el que sintieras que podías controlarlo?

—No. —La voz de Anara se quebró mientras negaba con la cabeza—. Me utilizaron, fui solo un conducto. ¿Y si no era Bel-Hur? ¿Y si era algo más oscuro? —Bajó el tono hasta convertirlo en apenas un murmullo—. He empezado a dudar de él, Jarben. No sé si puedo seguir creyendo.

El joven guardó silencio por un momento. Luego habló, escogiendo cuidadosamente sus palabras.

—La fe no siempre es un camino recto, Anara. Ya hemos hablado de esto. A veces tropiezas, dudas, pero eso no significa que esté mal. Significa que eres humana.

Ella no respondió de inmediato. Cambió de tema para no profundizar más en sus propias inseguridades.

—He estado soñando con mi mentora, la guardiana. —Su voz era más suave ahora, como si hablara para sí misma—. La he visto enjaulada en un barco, vendida como esclava. Luchaba contra una rata gigante y tenía una piedra negra en la mano. Parecía tan sola… Y yo… —Su rostro se contrajo y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos—. Yo la abandoné. La dejé sola.

Jarben se inclinó hacia delante sin saber bien qué hacer.

—No es culpa tuya —dijo por fin—. No puedes controlar lo que sucede en los sueños.

—Yo creo que sí es culpa mía. —La joven se cubrió el rostro con las manos—. Ella siempre estuvo ahí para mí, y ahora… ahora estoy aquí sentada, llorando en una biblioteca mientras ella lucha por su vida.

Jarben suspiró y cambió de postura, incómodo tanto por el banco de madera como por la conversación—. Los sueños pueden ser advertencias o solo trucos de la mente. No podemos cargar con culpas imaginarias, Anara.

Ella asintió, pero sus lágrimas no cesaron.

Pasaron varios minutos, hojearon algún escrito hasta que, con una sonrisa nerviosa, Anara sacó otro tema.

—Estoy preocupada por Edoz y Shuraz. Esa rivalidad puede terminar mal. No quiero que se hagan daño por nada, y menos por mí.

Jarben soltó una risa incómoda.

—¿Por nada? Anara, somos hombres. Las rivalidades son como el pan de cada día. —El sepulturero albino se cruzó de brazos—. No hay nada que una buena jarra de cerveza no pueda solucionar.

Anara no pudo evitar sonreír ante el comentario.

—¿Eso crees? —preguntó, con su voz aún temblorosa.

—Estoy seguro. —Jarben hizo un gesto amplio, brindando con una copa imaginaria—. Una cerveza, un par de bromas, y todo

quedará en el pasado. Así somos. Simples.

El ambiente pareció relajarse por un momento.

Continuaron consultando un libro aquí y un pergamino allá, hasta que la joven volvió a bajar la mirada, incapaz de concentrarse. Una nueva ola de tristeza la golpeó, y sus hombros comenzaron a temblar. Jarben la observó con preocupación, y ella rompió a llorar.

—Echo mucho de menos a mis tíos —reconoció con la voz quebrada—. Ellos eran mi familia, y ya no están.

Jarben la observó en silencio, sin saber qué decir. Nunca había tenido una amiga antes, y no estaba seguro de cómo consolarla, así que hizo lo único que se le ocurrió: se inclinó hacia delante y la abrazó torpemente. Sus brazos eran fuertes, pero vacilantes.

—No estás sola, Anara. No mientras yo esté aquí —le aseguró en voz baja, casi inaudible.

Pero, en el fondo, él también estaba roto.

Con la mirada perdida entre las sombras de los estantes, sintió el vacío en su pecho hacerse aún más grande. Intentaba no pensar en Rayhem, en lo que pudo haberle ocurrido, en la posibilidad de que nunca volvieran a verlo. Pero el dolor de Anara lo arrastró de vuelta a su propia angustia.

—No sé si Rayhem sigue con vida —susurró de pronto.

Anara se tensó, pero no se apartó.

—No quiero pensarlo —murmuró ella, intentando que sus palabras cambiaran la realidad.

Jarben suspiró.

—Yo tampoco, pero cada día que pasa, cada momento en que no tenemos noticias suyas… siento que lo pierdo un poco más.

El silencio entre ambos se volvió insoportable. Solo se escuchaba el crepitar de la lámpara y la respiración entrecortada de Anara.

—Rayhem es fuerte —dijo ella al cabo de un rato.

—Lo es —asintió Jarben.

Sus palabras se disiparon por la biblioteca. Anara cerró los ojos con fuerza, y por un instante, el dolor de ambos se fundió en un único y profundo silencio.

4
… y abriendo más

Edoz avanzaba escoltado por un soldado de la guardia real jersa, la élite de los guerreros Perpetuos. El silencioso soldado le había hecho llegar una moneda de oro marcada con el rostro del rey Rozar II. «Ha llegado el momento del pago por adelantado», pensó Edoz.

—Sígueme —ordenó el Perpetuo con voz grave.

Edoz se sorprendió por la rapidez con la que llegaba la promesa de oro jersa. Este regalo del rey, símbolo de sus vastos recursos, era una gratificación por sus futuros servicios.

El Perpetuo lo condujo con discreción hasta las afueras de Alonia y se detuvo frente a una trampilla oculta entre la maleza.

—Es un regalo del rey —susurró el soldado, deteniéndose ante la entrada en la oscuridad después de abrirla con dificultad, permitiendo el paso a Edoz y esperándole fuera.

Edoz cogió un par de trozos de pedernal y, chocándolos hábilmente, encendió una antorcha con yesca seca en su parte superior que había en el suelo de la entrada y se adentró en el pequeño refugio, dividido en tres estancias. La primera era un dormitorio austero, apenas amueblado; la segunda, un arsenal repleto de todo tipo de armas que brillaban bajo la escasa luz; la tercera, un calabozo, donde los grilletes colgaban de las paredes junto a diversas herramientas de tortura, susurrando ecos de sufrimiento.

Sintió un escalofrío al contemplar las herramientas de tortura, recuerdos de un pasado que había intentado dejar atrás. Se detuvo un momento, reflexionando sobre la dirección que podía tomar esto.

Él deseaba dejar su oscuro secreto a un lado, pero el rey parecía provocarle con regalos como este. Cerró con furia la puerta de la mazmorra. Se sentía incómodo al remover su pasado.

Con un suspiro, se giró hacia la entrada del refugio y se encontró con el Perpetuo que estaba esperándolo.

—El rey espera tus informes con regularidad —dijo con firmeza—. Recuerda que tu lealtad es recompensada, pero la traición no será tolerada.

—¿Desde cuándo los Perpetuos dan consejos amenazantes a los espías? —preguntó Edoz mirando a los ojos tras la máscara del guerrero.

—No estás hablando con un Perpetuo más —dijo el soldado— soy uno de los capitanes de confianza.

—¿Capitán? —preguntó Edoz, extrañado—. ¿Y esto es lo que hacéis los capitanes perpetuos en tiempos de paz?

El guerrero no respondió y el silencio se volvió incómodo.

Edoz guardó la moneda de oro en su bolsillo.

—Transmitiré al rey todo lo que descubra —respondió Edoz, su voz firme pese a la inquietud que sentía.

El Perpetuo asintió y se desvaneció en la oscuridad una vez más, dejándolo solo en el refugio. Edoz cerró la puerta detrás de sí y comenzó a explorar su nuevo entorno con más detenimiento. Sabía que este lugar no solo era un refugio, sino también una trampa, un constante recordatorio de su lealtad y su servidumbre al rey jersa.

La mazmorra era un lugar sofocante, excavado en lo profundo de la tierra. Las paredes de piedra rezumaban humedad, y el hedor a sangre vieja y madera quemada impregnaba el aire. La única luz

provenía de unas brasas moribundas en un brasero en el centro de la sala, que iluminaban el techo abovedado.

Edoz miraba el anillo en su mano, todavía colgado del cordón de cuero que había arrancado del cuello del hombre, ahora un cuerpo inerte en el potro. La estrella de ocho puntas parecía absorber la luz de las brasas, y la piedra negra en su centro relucía con un brillo casi perverso.

—Habla —había gruñido Edoz al hombre momentos antes, acercando un hierro al rojo vivo a su piel—. ¿Qué significa este símbolo? ¿Quién te envió?

El hombre había soltado un grito gutural, pero su boca solo dejó escapar incoherencias. Sus ojos, desorbitados, se movían en busca de una salida imposible.

Todo había sucedido muy rápido. Los niños de Karela, liderados por la astuta Rata Rubia, habían llevado a Edoz hasta el callejón oscuro en el que el hombre había sido capturado. Los pequeños se movían como espectros, tan sigilosos que el objetivo no había tenido tiempo ni de desenfundar su cuchillo antes de ser inmovilizado.

Karela, con su cabello cortado a trasquilones y su capa demasiado grande para su cuerpo delgado, lo observaba todo con una mueca burlona.

—Te dije que era fácil —murmuró, limpiándose la sangre de las manos con un trapo sucio.

—Buen trabajo. Zarhel no se equivocó contigo —respondió Edoz, sin apartar la vista del hombre inconsciente.

De vuelta en la mazmorra, Edoz se había enfrentado a su tarea con la inquietud de quien camina en la cuerda floja entre la luz y la oscuridad. El sonido del hierro ardiendo al contacto con la carne aún resonaba en sus oídos. Pero cuando estaba a punto de obtener respuestas, el cuerpo del hombre se convulsionó. Un grito ahogado emergió de su garganta y, de repente, un líquido negro comenzó a fluir de sus ojos, señal de que su propia alma había sido corroída. Edoz retrocedió un paso, sorprendido.

—¿Qué demonios…?

Entonces, frunció el ceño y comprendió.

—Te han matado desde lejos, ¿verdad? —le preguntó en voz baja al cadáver.

La mandíbula de Edoz estaba tensa, y en sus ojos oscuros brillaba una furia contenida. Agarró el anillo con fuerza, lo lanzó sobre un yunque oxidado que descansaba junto a la pared y levantó un martillo pesado.

—Esto no va a darme las respuestas, pero tampoco voy a dejar que ellos lo tengan.

El primer golpe resonó en la mazmorra como un trueno. El segundo envió astillas de la piedra negra al aire. Edoz continuó golpeando hasta que no quedó más que polvo y fragmentos irreconocibles. Respiraba con dificultad, con el martillo todavía en su mano, agarrado con fuerza.

—El siguiente hablará —susurró en voz alta para sí mismo, clavando la mirada en las brasas.

5
El Desgarrador

¿Cuánto tiempo llevaré aquí abajo? Los días y las noches se confunden en esta oscuridad interminable. Mi única medida del tiempo es el pulso monótono de mi corazón, latiendo en sincronía con el eco del silencio.

Hoy he descubierto algo interesante: entre los libros que aún resisten el paso del tiempo y la humedad, encontré un tomo antiguo que hablaba sobre la marca del anillo de plata que muchos de nuestros rivales portaban, aquellos que llevan grabada una estrella de ocho puntas con una piedra negra en su centro. Estos anillos, según el libro, son conocidos como los Anillos de la Estrella Oscura, y han sido un símbolo de poder y conexión con fuerzas más allá del entendimiento humano.

La historia cuenta que los Anillos de la Estrella Oscura fueron forjados en un tiempo antiguo por un hechicero que buscaba dominar las artes mágicas más oscuras. La estrella de ocho puntas, también conocida como el Símbolo de la Oscuridad, representa la convergencia de ocho fuerzas arcanas que se cree que controlan los hilos del destino y la realidad misma.

La piedra negra en el centro del anillo es considerada como la Fuente de la Oscuridad, una piedra preciosa imbuida con energías oscuras. Se cree que esta piedra es el núcleo de poder de los anillos y permite manipular y canalizar la magia oscura ofreciendo un control impresionante sobre el portador al hechicero forjador.

La historia advierte sobre el peligro de utilizar los Anillos de la Estrella Oscura, ya que otorgan el poder facilitado por el hechicero forjador, pero a cambio pueden corromper incluso a los más valientes. Quienes caen bajo la influencia de estos anillos pueden verse arrastrados hacia la oscuridad y convertirse en marionetas del hechicero forjador que los manipula a distancia, perdiendo su humanidad en el proceso.

El libro cuenta cómo el hechicero forjador ancló cada uno de los anillos a un orbe mágico, que en su poder le sirve para controlar a cada portador a voluntad. A cambio, los portadores parecen tener una serie de habilidades oscuras atribuidas a la magia del anillo.

Aunque el libro no ofrece información específica sobre la ubicación actual de los Anillos de la Estrella Oscura ni sobre su papel en los eventos más recientes, sugiere que aquellos que los poseen son esclavos atados a su señor hasta el fin de sus días. Hay algunos que buscan los anillos para obtener su poder, sin saber el precio que tendrán que pagar. Para cuando lo descubren, ya es demasiado tarde y su alma pertenece al hechicero forjador, al que se denomina el Desgarrador, porque puede hacer daño a los portadores de los anillos si no le satisfacen sus actos, dado que mientras no esté interesado en ellos, siguen con su vida, ajenos al mal que crece en su interior.

Sin embargo, ninguno de sus portadores parecía tener poder alguno. ¿Serán falsificaciones? ¿O estas historias del pasado son exageradas y no comulgan con la realidad que vivimos cada día?

…

A veces, en medio de la oscuridad, mi mente divaga hacia momentos del pasado. Recuerdo con una intensidad sorprendente la sensación de la comida en mi boca, el aroma de los platos y la satisfacción de un buen banquete. En especial, me viene a la mente aquel festín que nos ofreció la reina Azur en su Templo, en la Ciudad de la Locura…

El sonido lejano de las voces me llega a través de los pasillos oscuros de esta biblioteca maldita. Parece que no soy el único en este laberinto de letras olvidadas. Intento seguir los sonidos, esperando encontrar a alguien más, pero nunca hay nadie. La biblioteca es un laberinto infinito, y cada paso que doy me aleja aún más de cualquier posible salida.

Hoy he descubierto un rincón de la biblioteca que está sumergido bajo el agua. Es un lugar tranquilo, donde la luz se refracta en el líquido y los libros parecen bailar en las sombras. He deducido que debe de haber una fuente de agua subterránea que ha inundado esta parte de la biblioteca. Aunque el agua parece potable, no pienso beber de ella. Al mismo tiempo, no puedo evitar sentirme atrapado por esta barrera acuática. No sé nadar, y enfrentarme a esa oscuridad líquida me parece una hazaña imposible. No es más que otra capa de frustración en mi ya sombrío encierro.

…

He continuado leyendo ese libro tan interesante que encontré sobre los símbolos de los anillos y, en efecto, el libro revela una conexión intrigante entre los Anillos de la Estrella Oscura y los Zíngaros Dorados en tiempos antiguos. En épocas pasadas, cuando estos no eran nómadas y gozaban de tiempos más prósperos, los anillos desempeñaban un papel significativo en su sociedad.

En sus días más estables consideraban a los anillos como símbolos de unión y poder compartido. Estos pasaban de generación en generación y se creía que simbolizaban la conexión entre los miembros de la comunidad, así como su relación con las fuerzas místicas y la magia que permeaba el mundo. Inicialmente se forjaron ocho anillos en total, poseían como una unión de poder compartido. Cada anillo representaba una fuerza de la naturaleza, una manifestación pura del poder del universo.

La estrella de ocho puntas en los anillos era vista como una representación de la armonía y el equilibrio de las ocho fuerzas primordiales que influían en la vida. Los Zíngaros Dorados veían en

estos anillos una manifestación tangible de la interconexión de todas las cosas en el universo.

La piedra negra en el centro del anillo, la Fuente de la Oscuridad, también tenía su propio significado. Para ellos, esta piedra representaba la dualidad inseparable en todas las cosas: la luz y la oscuridad, la vida y la muerte. Era un recordatorio de que cada individuo y, por extensión, cada comunidad, se enfrentaba a difíciles desafíos en su camino.

Sin embargo, a medida que dejaron sus asentamientos y su estilo de vida cambió, la conexión con los Anillos de la Estrella Oscura se desvaneció con el tiempo. La dispersión y los desafíos a los que se enfrentaron como nómadas llevaron a que fueran desterrados al olvido.

…

Día tras día, la oscuridad me rodea, y echo de menos a mis amigos más que nunca. Anara, más buena que el pan; Shuraz, el heroico guerrero de espíritu indomable; Edoz, el artista de oscuro pasado, con su ingenioso humor inigualable; Zarhel, observador y fuerte como un roble; y Jarben, mi hermano del alma, cuya serenidad y amistad eran mi refugio en los momentos más oscuros.

¿Qué estarán haciendo ahora? ¿Estarán buscándome? ¿Seguirán vivos? La incertidumbre me atormenta, y solo puedo esperar que estén bien. En estos momentos de soledad, pienso mucho en ellos.

Los Ungidos de Kudram me tienen atrapado en esta cárcel ilustrada y húmeda. Se preocupan lo suficiente como para proporcionarme comida y agua, pero ¿por qué mantenerme con vida? ¿Qué tienen planeado para mí? Si quisieran matarme, ya lo habrían hecho, pero sigo aquí, en la penumbra.

La falta de luz solar es desesperante. La humedad se filtra en cada rincón, empapando mis ropas y calándome hasta los huesos. La sensación de frío constante es agotadora, pero sigo aferrándome a la esperanza.

Mi mente vuela hacia los recuerdos vividos con mis amigos. Aquellos momentos en los que reíamos, luchábamos y compartíamos nuestras vidas. Espero que sepan que no he perdido la esperanza y que cada día lucho por volver a encontrarnos.

6
Conspirando

La biblioteca de Jarben, oculta bajo su antiguo cementerio, parecía cargada de una inquietante opresión. Las antorchas iluminaban las paredes repletas de libros. Anara estaba inclinada sobre un manuscrito antiguo con una expresión sombría que hablaba de días difíciles. A su lado, Jarben hojeaba un volumen polvoriento, con rostro abatido y sus hombros caídos.

La puerta crujió cuando Shuraz, Edoz y Zarhel entraron. El guerrero caminó despacio, con la mirada perdida. Aún seguía enfadado con Edoz e intentaba evitar el contacto visual. Por su parte, el verdugo observaba el lugar con cautela, ajeno al resentimiento de Shuraz. Zarhel avanzó con su habitual semblante frío, imperturbable.

—¿Bajo un cementerio? —exclamó Edoz, señalando las paredes de piedra—. No se me ocurre un lugar peor para una biblioteca.

Jarben levantó la vista de su libro y se encogió de hombros.

—Justo encima de nosotros no hay tumbas —respondió—. Es el único sitio donde la humedad respeta los libros. Aunque, sí, lo admito, no es el mejor lugar. Pero es el único que tengo.

—Tendremos que mejorar esto, ahora que estamos empezando a ganar algo de renombre —añadió Edoz, frunciendo el ceño mientras se apoyaba con aire despreocupado en una estantería tambaleante.

Jarben, con una media sonrisa teñida de resignación, señaló con un leve gesto los ataúdes que descansaban en el suelo, cada uno

desbordando libros en lugar de cuerpos.

—Ahora que nos marchamos, parece un poco tarde para pensar en mejoras.

Edoz dejó escapar una risita.

—Es una forma peculiar de organizar una biblioteca —comentó divertido mientras sus ojos escudriñaban los ataúdes.

Mientras los dos charlaban, Shuraz se había alejado sin hacer ruido, atraído por una mesa en la que los pergaminos se amontonaban de cualquier manera. Sus curtidos dedos desenrollaron uno que llamó su atención y lo observó detenidamente. Sus ojos seguían las líneas de un mapa que reconoció al instante.

—Esto es… de Nela-Shur. —Su voz fue casi un susurro, cargada de asombro. Levantó el pergamino con la mano derecha y se giró hacia Jarben—. ¿Puedo quedármelo?

Jarben asintió con una sonrisa cálida.

—Por supuesto. Es tuyo.

Shuraz enrolló el mapa con cuidado y lo aseguró al cinto, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Gracias, amigo albino —dijo el guerrero.

—¿Habéis encontrado algo útil? —preguntó Zarhel mirando a Jarben, aunque fue Anara quien respondió, levantando la vista del manuscrito que leía.

—Sí. Hemos encontrado un documento sobre los Ungidos —dijo mientras buscaba el documento entre las pilas desordenadas. Cuando dio con él, lo sacó y lo extendió en la mesa—. Según esto, se refugiaron en algún lugar en los alrededores de Alonia durante su exilio, impuesto por el rey.

Jarben intervino, señalando un punto en el mapa.

—También mencionan un lugar llamado el Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas. Era sagrado para ellos, un sitio donde realizaban rituales en honor a Kudram.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó Shuraz con el ceño fruncido.

—No lo sabemos aún —admitió Jarben—, pero podría ser clave para entender sus movimientos.

Edoz tomó un libro de hojas plateadas y lo hojeó sin prestar demasiada atención.

—Tenemos que encontrar alguna conexión, algo que nos lleve hasta ellos. No podemos quedarnos sentados mientras siguen jugando con su magia oscura.

Zarhel, que había tomado el pergamino, lo miraba fijamente. Aunque trataba de disimularlo, su incomodidad era evidente. Finalmente, se lo pasó a Anara sin decir nada. La joven captó su falta de familiaridad con las letras, pero no comentó nada al respecto.

—El pergamino menciona nombres y pistas, pero no será suficiente —dijo Edoz, dejando el libro sobre la mesa—. Necesitamos más información.

—Y encontrar a Rayhem. Si está vivo y en manos de los Ungidos, cada segundo cuenta —añadió Jarben con voz grave.

—El problema es que no tenemos ni idea de por dónde empezar —dijo Edoz, golpeando suavemente la mesa con los nudillos—. Esos malditos saben cómo esconderse.

—Mis contactos están trabajando en ello —les aseguró Zarhel, rompiendo su silencio.

—¿Rata Rubia? —preguntó Edoz con una ceja levantada.

Zarhel asintió.

—Es más efectiva que diez hombres juntos. Por cierto, ¿qué pasó con el sospechoso que capturó su banda?

Edoz cruzó los brazos, con una expresión sombría.

—Cuando estaba a punto de interrogarlo, pasó algo…

—¿Qué? —Zarhel inclinó la cabeza, intrigado.

Edoz hizo un gesto con las manos que simulaba una explosión.

—¡Plaf! Su cabeza reventó.

—¿Cómo? —se sorprendió Zarhel.

—Literalmente —replicó Edoz, haciendo una pausa para añadir dramatismo—. Le empezó a salir un líquido negro por los ojos y la nariz. No tuve nada que ver, lo juro.

—Perdonad… ¿os acordáis de que estamos aquí? —interrumpió Shuraz alzando la voz, con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. ¿De qué estáis hablando?

Edoz se encogió de hombros con fingida inocencia.

—¿No te lo hemos contado? —preguntó con una sonrisa forzada.

Zarhel, más pragmático, sacó un papel arrugado de su bolsillo y lo desplegó sobre la mesa.

—Un contacto de total confianza me ayudó a encontrar uno de los pocos nombres de la lista —explicó mientras enseñaba el pergamino—. Edoz lo interrogó, pero parece que alguien se le adelantó.

—Eso es —confirmó Edoz con un tono grave y un gesto de frustración—. Parecían haberlo matado a distancia.

—¿Seguro que no tuviste nada que ver? —preguntó Shuraz, arqueando una ceja y acercándose a Edoz hasta invadir su espacio personal.

Edoz soltó una carcajada corta, casi burlona.

—¿Crees que, si lo hubiera hecho, te lo ocultaría? —replicó nervioso, ladeando la cabeza con una expresión de desafío—. No voy a negarlo, me hubiera divertido un poco con él, pero apenas me dio tiempo a…

Se detuvo en seco cuando notó la mirada de Anara, fría y cargada de reproche. Carraspeó y desvió la vista, fingiendo interés por el pergamino que Zarhel había extendido.

Shuraz, aparentemente satisfecho, esbozó una leve sonrisa y retrocedió un paso.

—Bueno, haber tachado a un traidor de la lista no es malo, ¿no? —dijo Edoz, alzando las palmas hacia sus compañeros.

—Sí, pero la próxima vez podríais contárnoslo antes —replicó Shuraz, elevando ligeramente el tono.

—Creo que sé con quién podríamos hablar… —murmuró Zarhel casi para sí mismo.

Todos giraron la cabeza hacia él, expectantes. Shuraz fue el primero en romper el silencio.

—¡Dilo ya! —exigió, con el ceño fruncido.

Zarhel se inclinó sobre la mesa, obligando a los demás a acercarse.

—Tengo entendido que el anterior rey alonio, Odimovar, fue quien prohibió el culto a Kudram durante su reinado —susurró, bajando la voz como temiendo que alguien más pudiera escuchar—. Fue él quien desterró a los Ungidos y cerró la Gran Torre Alonia.

—Así es —intervino Edoz con una sonrisa burlona—. Los bastardos de los Ungidos realizaban sus ritos oscuros cada noche, quién sabe si incluso… desnudos.

Anara alzó una ceja, confundida.

—¿Desnudos? —preguntó, incrédula.

Edoz rio, y su risa fue tan contagiosa que incluso Anara terminó uniéndose.

—¿Qué? Podría ser —bromeó, aprovechando el momento para aliviar la incomodidad acumulada.

Jarben, recuperó la conversación.

—La corrupción y su ambición desmedida hicieron que el rey temiera por la estabilidad de su trono. Por eso los aplastó.

—Eso suena impropio de un cobarde como Odimovar —exclamó Shuraz con desdén—. Seguro que alguien más listo le aconsejó.

Zarhel se enderezó y los miró uno por uno con seriedad.

—Sea como sea, fue él quien acabó de raíz con sus posibilidades de ascender al poder. Y si sabía tanto de ellos como para

desterrarlos, es posible que aún guarde secretos importantes sobre los Ungidos.

Edoz asintió, impresionado.

—Por eso decidió acabar con ellos. Zarhel, eres un genio.

El barba roja aceptó los elogios con una sonrisa modesta antes de continuar.

—Exactamente. Puede que Odimovar tenga información valiosa guardada, como escritos, registros o incluso artefactos que los Ungidos dejaron atrás cuando fueron desterrados. Si queremos tener ventaja, necesitamos encontrar al rey desterrado.

El grupo se encontraba reunido en la oscura sala de la biblioteca subterránea. La madera envejecida de la mesa crujió cuando Shuraz apoyó ambas manos con firmeza.

—Esto podría ser la clave para encontrar a Rayhem y descubrir los planes de los Ungidos —dijo Anara, asintiendo mientras mantenía sus manos cruzadas sobre la mesa.

—Y Odimovar, después de perder la guerra y su trono, ya no tiene poder alguno para oponerse a nosotros —comentó Shuraz con una sonrisa de medio lado—. Seguro que colaborará si le prometemos que su cabeza seguirá unida a su cuello.

—¿Podemos hacerlo? —reflexionó Zarhel, arqueando una ceja y cruzando los brazos.

—Somos los embajadores de Beluria —dijo Shuraz, golpeando con su puño derecho sobre la palma izquierda—. ¿Por qué no íbamos a poder?

Edoz soltó una carcajada, negando con la cabeza mientras se apoyaba contra una estantería.

—No te pases, Shuraz. Beluria ni siquiera existe como reino activo. Somos embajadores de la nada.

—Hemos ayudado personalmente al rey Rozar a conquistar Alonia y a darle una patada en el culo a Odimovar —dijo el guerrero, dando un paso al frente—. Si intercedemos, Rozar escuchará. Odimovar

colaborará si le prometemos protección a cambio de información sobre los Ungidos.

—No olvidemos que Odimovar ha sido nombrado gobernador de Valentia por Rozar —interrumpió Jarben, levantando la mano.

—Es cierto, me había olvidado de eso —confesó Shuraz, inclinando la cabeza pensativo.

—Entonces, volvemos a quedarnos sin cartas que jugar —lamentó Edoz rascándose la cabeza.

—No del todo —intervino Zarhel, levantando la vista mientras acariciaba su barba pelirroja—. Podríamos organizar un encuentro diplomático con él en Valentia. Si planteamos bien la conversación, quizá nos proporcione información sobre los Ungidos. No creo que tenga demasiada simpatía por ellos después de lo que pasó.

—Eso si no descubre que lo traicionamos —añadió Jarben con una expresión sombría—. Si averigua que le pasamos información a Rozar para facilitar la caída de Alonia, no tendrá muchas ganas de colaborar.

Shuraz golpeó sus puños contra la mesa con energía.

—Pues le hacemos colaborar. ¡Tiramos la Gran Torre Alonia! ¡Podemos hacer cualquier cosa!

—Eso sí que fue un espectáculo, ¿eh? —dijo Edoz, esbozando una sonrisa.

—Si vamos a Valentia, debemos ser sutiles —les recordó Zarhel manteniendo la calma—. No podemos dejar que sospeche nuestras verdaderas intenciones.

—Exacto —asintió Shuraz bajando el tono—. Si conseguimos que nos revele lo que sabe de los Ungidos, podríamos usarlo como palanca.

Zarhel se dejó caer en una de las viejas sillas, que rechinó bajo su peso, y apoyó los codos en la mesa, pensativo.

—Es crucial cómo planteemos esto —dijo el carcelero—. Tenemos que mostrar que nuestro interés es el mismo que el suyo: eliminar a los Ungidos.

—Recordemos que no somos diplomáticos —dijo Edoz, que soltó una risa sarcástica—, sino embajadores sin experiencia. Podríamos meter la pata en cualquier momento.

—Y eso nos hace impredecibles —sonrió Shuraz—. No seguimos las reglas, y eso también es una ventaja.

Golpeó la mesa con decisión y se puso de pie.

—Debemos partir hacia Valentia. Nos presentaremos ante Odimovar y lo haremos jugar a nuestro juego.

—Y si no funciona, siempre puedo recurrir a mis viejas habilidades —bromeó Edoz entrecerrando los ojos, provocando una risa general.

Anara, sin embargo, no rio. Su mirada seria se clavó en Edoz para dejarle claro que no aprobaba sus alusiones a su pasado como torturador. Por un instante, el ambiente se volvió tenso, pero Shuraz rompió el silencio con un golpe en la mesa.

—Entonces, está decidido. Vamos a buscar a Odimovar.

Los cinco permanecieron un rato más en la biblioteca, cada uno ocupado con sus pensamientos y tareas.

Jarben encontró a Shuraz sentado a una mesa junto a uno de los ataúdes llenos de libros, el guerrero estaba ajustándose la empuñadura de su espada recién reparada. La hoja brillaba bajo la luz de las antorchas, impecable, intacta. Zarhel, que se encontraba cerca, sonreía satisfecho mientras afilaba otra espada con movimientos precisos.

—¿Qué tal va el reclutamiento del ejército, capitán? —preguntó Jarben, acercándose y dejándose caer en la silla junto a ellos.

—Bien, mejor de lo que esperaba —respondió Shuraz con una sonrisa mientras levantaba la espada para que la vieran—. Esta belleza estaba hecha pedazos, pero Zarhel me echó una mano con ella. Ha quedado como nueva.

—No quedó tan mal para ser mi primer trabajo en meses —bromeó el carcelero, inclinando la cabeza hacia el arma.

—Bah, no seas modesto, trabajas como un maestro herrero —dijo Shuraz, palmeándole el hombro—. Deberías haber visto a Zarhel en la forja, Jarben. Parecía que había nacido para eso.

—Supongo que tengo mis talentos escondidos —dijo Zarhel con una media sonrisa.

Jarben se giró hacia él.

—¿Tienes el pergamino con la lista de traidores que nos dio Sin Cara? Me gustaría revisarlo —pidió el albino.

Zarhel dejó el afilador a un lado y sacó el pergamino de un bolsillo interior de su chaqueta. Mientras se lo pasaba al sepulturero, su expresión se tornó pensativa.

—Aquí lo tienes —dijo, pero luego añadió—. No te voy a mentir, no sé exactamente lo que pone. No sé leer. Tuve que pedirle a alguien de confianza que me lo leyera en las calles.

Shuraz, que estaba a su lado, frunció el ceño al escuchar eso.

—Espero que esa persona sea tan de confianza como dices, Zarhel —advirtió Shuraz con voz firme—. Si esta información llega a las manos equivocadas, podría significar nuestra muerte.

Zarhel asintió con un gesto lento, pero seguro.

—Lo sé. Por eso se lo confié a alguien que ha demostrado su lealtad más de una vez. No tienes por qué preocuparte. Aun así, parece que hay pocos nombres y muchas palabras poco interesantes en ese documento.

Shuraz dejó escapar un suspiro. A su lado, Jarben desenrolló en silencio el pergamino y lo ojeó junto al guerrero.

—Tú y yo no somos tan diferentes, Zarhel —dijo el guerrero—. Si no fuera por uno de mis hermanos de armas, yo tampoco sabría leer.

—¿De verdad? —preguntó Jarben, arqueando una ceja con curiosidad.

Shuraz asintió con una sonrisa nostálgica.

—Así es, fui consejero y guardaespaldas de un duque en mis tiempos. Durante una campaña en Halgran, le salvé la vida en el

campo de batalla. —Hizo una pausa y añadió, entre risas—. A cambio, me enseñó a leer y escribir. Una vez practicamos escribiendo con la sangre de nuestros enemigos.

Zarhel dejó escapar una carcajada, y Jarben negó con la cabeza, medio sonriente.

—Tienes una manera peculiar de aprender, Shuraz —dijo el sepulturero.

—Lo importante es que se aprende, Zarhel. Eso es lo que cuenta —concluyó Shuraz mientas Jarben se guardaba el pergamino bajo sus ropajes.

7
La ley de la calle

Las calles de Baja Alonia bullían de actividad incluso bajo la tenue luz de los faroles que apenas lograban abrirse paso entre la niebla. Zarhel caminaba con la capucha baja y los ojos atentos, mezclándose con el flujo de mercaderes, ladrones y mendigos que llenaban la zona. Los adoquines húmedos reflejaban las luces, y el aire estaba impregnado de olores a pescado rancio y a desperdicios. Aquella era su casa, el lugar donde sus contactos eran tan peligrosos como el látigo de cuero jersa que llevaba al costado.

Se detuvo frente a un callejón angosto, un laberinto de oscuridad que incluso los más valientes preferían evitar. Allí, apoyada contra una pared mugrienta, estaba la Rata Rubia. La niña no tendría más de trece años, pero en sus ojos brillaba una malicia curtida por la supervivencia. Llevaba sus tijeras de podar oxidadas colgadas del cinto, un arma improvisada que había usado más de una vez para defender su territorio.

—Zarhel —saludó, sin molestarse en disimular su desdén—. Pensé que tardarías más en aparecer.

—Me gusta saber en qué andan mis inversiones —respondió con una sonrisa torcida mientras le lanzaba una pequeña bolsa de monedas.

Rata la atrapó al vuelo, pero no la revisó. Sabía que él siempre pagaba generosamente.

—Tienes suerte de que te respete, pelirrojo —dijo, agitando la bolsa antes de guardarla—. Tu lista de nombres está podrida. Algunos son falsos. Otros… bueno, otros son peores.

Zarhel arqueó una ceja, la niña había captado su atención.

—Peores ¿cómo?

La niña se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Hay uno que es un niño de los nuestros. Callejero como yo, pero ha estado trabajando para la gente equivocada.

Zarhel frunció el ceño.

—¿Un niño? ¿Qué edad?

—Ocho, tal vez nueve. —Rata hizo una pausa. Parecía dudar—. No me gusta, pero el chico nos lo confirmó. Ha estado filtrando información por unas monedas y un poco de pan duro.

Zarhel respiró hondo, dejando que la ira se asentara antes de hablar.

—¿Qué hiciste?

Rata lo miró directamente a los ojos, desafiante.

—Lo llevamos al barranco. Los chicos decidieron. Él… no dijo nada mientras caía.

Hubo un largo silencio. Zarhel observó el rostro de la niña buscando algún indicio de arrepentimiento, pero solo encontró una resignación dura como la piedra.

—Era un traidor —sentenció ella.

—Lo era —respondió Zarhel, su voz más baja de lo habitual—. Pero la próxima vez, avísame antes de actuar.

Rata asintió, aunque no parecía convencida.

—¿Algo más?

Zarhel negó con la cabeza y, sin más palabras, desapareció en las tinieblas.

El carcelero había quedado con Edoz en la posada del Martillo y la Espada, ubicada en el corazón de Alonia, conocida por su ambiente bullicioso y sus paredes decoradas con armas antiguas y escudos desgastados. Era un lugar frecuentado tanto por mercenarios como por comerciantes, lo que lo convertía en un hervidero de rumores y secretos. Su tabernero, un veterano lleno de cicatrices llamado Tormak, siempre tenía una jarra lista y el oído atento para las historias de los viajeros. De regreso en la posada, Zarhel encontró a Edoz afilando sus dagas junto al fuego.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó, levantando la vista al notar su presencia.

Zarhel se dejó caer en una silla.

—Un traidor menos en la lista. Era un niño de la calle. Lo descubrieron y lo ajusticiaron.

Edoz se detuvo, la piedra de afilar congelada a mitad del movimiento.

—¿Un niño? —repitió, sin disimular la sorpresa.

—Ocho años, tal vez nueve —respondió Zarhel, con el tono áspero—. Los suyos lo arrojaron por un barranco.

—¡Cómo se las gastan las pequeñas ratas! —exclamó Edoz sorprendido mientras soplaba su daga y la guardaba con cuidado en su vaina.

—¿Anara lo sabe?

Zarhel negó con la cabeza.

—Y no va a saberlo. No entendería lo que significa sobrevivir en lugares como Baja Alonia. Para ella, un niño sigue siendo un niño, incluso si vende a los suyos por un mendrugo de pan.

Edoz se rascó la barbilla, pensativo.

—Tienes razón. No necesitamos más conflictos entre nosotros.

Zarhel se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Edoz, este juego en el que estamos no tiene ganadores limpios. Lo sabes, ¿verdad? Si empezamos a cuestionar cada paso, no

llegaremos a ninguna parte.

Edoz lo miró fijamente y asintió.

—A mí no me tienes que decir nada. Un traidor menos es un traidor menos. Y seguimos avanzando.

Zarhel asintió y ambos se sumieron en un pesado silencio con los ojos fijos en el hipnotizante fuego mientras la noche transcurría. La luz de la chimenea danzaba en sus caras y las llamas consumían troncos húmedos con un chisporroteo. La posada estaba tranquila, apenas algunos murmullos al fondo y el sonido de las jarras al chocar. Frente a ellos, dos jarras espumosas de cerveza descansaban en la mesa desgastada por los años.

Edoz tomó un trago largo antes de romper el silencio.

—Dime, ¿cómo llevas el cambio de estilo de vida? —preguntó, mirándolo directamente a los ojos con una media sonrisa.

Zarhel alzó una ceja y soltó un leve bufido. Se temía que llegaría este momento tarde o temprano. Dio un sorbo a su cerveza antes de responder.

—No te voy a mentir, es raro —confesó, apoyando el codo sobre la mesa y girando la jarra con la mano—. A veces miro a estos muchachos… a Anara, a Shuraz… y pienso: ¿qué demonios hago aquí? ¿Un carcelero de la Torre Roja convertido en embajador? Es un chiste malo.

—Dímelo a mí —respondió Edoz, soltando una carcajada grave—. Un verdugo que ahora negocia y dialoga. ¿Te lo puedes imaginar?

Zarhel sonrió, pero había un peso en su mirada.

—¿Te acuerdas de los gritos? —le preguntó en voz baja, clavando los ojos en el fuego—. Los oíamos desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Algunos suplicaban, otros maldecían… Pero al final, todos callaban.

—Los gritos eran fáciles de ignorar —admitió Edoz, con los dedos tamborileando en la madera de la mesa—. Lo difícil era apagar las voces en mi cabeza cuando salía de esa maldita torre.

Hubo un silencio tenso entre ambos. Solo se escuchaba el crujir de la madera al arder. Zarhel alzó la mirada hacia Edoz y ladeó la cabeza.

—¿Y ahora? —preguntó, genuinamente interesado—. ¿Consigues dormir por las noches?

Edoz soltó un largo suspiro y se inclinó hacia adelante.

—Ahora no es tan distinto, Zarhel. Las pesadillas siguen ahí, pero las entiendo mejor. Sé que eran parte de lo que tenía que hacer para sobrevivir. Pero ¿sabes qué? Ya no añoro nada de aquello. Ni los gritos, ni la sangre, ni el maldito hedor de esa torre.

Zarhel asintió lentamente, pensativo.

—A veces lo echo de menos. No el dolor, ni el horror. Pero sí lo simple que era todo. Una orden, un prisionero, un castigo. La ley de la selva, como tú dices. Sin política, sin embajadas, sin… máscaras.

Edoz le dio un golpecito en la jarra, interrumpiendo el hilo oscuro de sus pensamientos.

—No me jodas, Zarhel. ¿De verdad quieres volver a esa mierda? —lo miró fijamente, con una sonrisa cansada—. Mira a dónde hemos llegado. Ahora brindamos por cosas como la paz y el futuro.

Zarhel soltó una risa grave y tomó su jarra.

—No, no quiero volver. Pero te confieso algo: a veces temo que el pasado me alcance. Que alguien me mire y diga «tú eras el carcelero», «tú cerraste esa puerta».

—¿Y qué harás si pasa? —preguntó Edoz, alzando su jarra.

—Diré la verdad —respondió, chocando la suya con la de Edoz—. Que hice lo que tenía que hacer. Y que ya no soy ese hombre.

—Por eso brindamos esta noche —sonrió Edoz—. Por la tumba que dejamos atrás.

—Y por la que cavaremos juntos, si hace falta —añadió Zarhel, con un destello de camaradería en los ojos.

Ambos rieron, tomaron un largo trago y dejaron que la chispa de la chimenea se llevara las sombras del pasado una noche más.

8
Dejar el nido

Valcara fue la primera en despertar. Al girarse, encontró a Gorham a su lado, con el rostro relajado en la placidez del sueño. Sonrió y sintió un calor en el pecho que hacía mucho que no experimentaba.

Observó al viejo lobo de mar, cuya edad no lograba ocultar ese atractivo salvaje. Pensó que, en su juventud, debía de haber sido un apuesto aventurero, un intrépido ladrón de corazones. Recordó cómo la había tomado en la cueva, con el ímpetu de un joven desbordante de energía. Valcara sonrió de nuevo justo cuando Gorham abrió los ojos y se encontró con los de ella.

—Buenos días —lo saludó la guardiana.

—¡Buenos palos merecías! —respondió Gorham, citando un viejo dicho marinero mientras se estiraba con un gruñido.

—En tus costillas, no en las mías —concluyó ella, dejando boquiabierto a Gorham—. Mi padre era marino, yo también sé algo sobre la mar.

—¿Cómo has dormido? —preguntó, impresionado.

—¡Genial! Me siento como nueva —exclamó, estirándose y cerrando los ojos al recibir el cálido sol en el rostro—. ¿No ibas a hacer guardia?

—Solo fue una cabezadita —se excusó Gorham en tono burlón, pero su expresión se volvió seria de repente—. Espera… —murmuró,

inspeccionando el interior del gran nido—. ¿Dónde está el hombre pájaro?

Valcara se acercó al borde, por donde el hombre pájaro había partido, y encontró rastros de sangre que conducían hacia el acantilado y se internaban en la densa selva que rodeaba la costa.

—¿Estaba herido? —preguntó ella.

—No recuerdo haberlo visto sangrar —contestó Gorham—. ¿Y si lo atacaron?

—¿Crees que nos defendió de alguien que intentó asaltar el nido? —especuló Valcara—. ¿No estabas despierto?

—Te he dicho que debí quedarme dormido… —se excusó Gorham, ahora sin bromear, mirando hacia el cielo despejado.

—Deberíamos seguir su rastro —propuso Valcara—. Nos dio refugio en su propio hogar. Tenemos que devolverle el favor.

—No le debemos nada —replicó Gorham, molesto—. ¡Sus amigos emplumados casi nos sacan los ojos cuando llegamos a esta maldita isla! Deberíamos preocuparnos por nosotros mismos.

Pero Valcara ya estaba trepando por las ramas del borde del nido.

—Haz lo que quieras, pero yo voy a buscarlo —respondió, sin mirar atrás.

Gorham se quedó unos segundos en silencio, sopesando la situación. Pensó que si se quedaba solo tendría menos probabilidades de sobrevivir en aquella isla infernal. Además, estaba empezando a encariñarse demasiado con esa mujer como para dejarla ir, aunque detestara la idea de depender de alguien.

—Te sigo, pero que sepas que esto no me parece buena idea —masculló mientras trepaba tras Valcara con los ojos clavados en su culo.

—¿Qué estás mirando, viejo verde? —lo reprendió ella al notar la dirección de su mirada.

—No parecías tan molesta anoche —replicó Gorham, sonriendo con aire triunfal.

Valcara respondió con una patada dirigida hacia su cara que Gorham esquivó sin problemas.

—¡Cuidado, fiera! —rio él—. No querrás quedarte sola en esta isla. Recuerda que juntos somos más fuertes.

—¿Dónde leíste eso? ¿En una tablilla de arcilla? —preguntó Valcara cuando alcanzó el borde del nido.

—Lo leí en las estrellas —recitó Gorham con la mano en el pecho, mientras con la otra se aferraba a una rama.

—Tú sí que estás estrellado —dijo Valcara, desapareciendo de su vista tras un último paso ágil.

Gorham rio con fuerza, asustando a los animales del bosque a su alrededor.

Con algo de esfuerzo, ambos salieron del nido gigante. Valcara se agachó para examinar los rastros en el lecho del bosque mientras Gorham, con los brazos cruzados, observaba con escepticismo.

—Si no piensas ayudar, no hace falta que vengas. No te necesito, viejo gruñón —bufó Valcara con una mirada desafiante.

Sin responder, Gorham empezó a examinar el entorno, fijándose en una rama rota con una gota de sangre.

—Para no querer venir, ¡mira quién ha descubierto el rastro! —exclamó él con una amplia sonrisa señalando su hallazgo.

La guardiana negó con la cabeza y sonrió. No podía enfadarse con él.

Siguieron el rastro abriéndose paso a través de la densa vegetación. Un hedor a carne descompuesta llenó el aire y los golpeó con su intensidad. El calor y las moscas empezaban a ser insoportables, volando en enjambres a su alrededor.

Entre los árboles, Valcara apartó una gran hoja arrancada. Bajo ella yacía una enorme pata de pájaro ensangrentada y cubierta de moscas, arrancada de cuajo. Los restos del hombre-pájaro estaban esparcidos cerca, entre raíces y hojas caídas. La escena era brutal: plumas arrancadas, rasguños en los árboles y trozos del hombre-pájaro diseminados por el suelo.

Valcara y Gorham intercambiaron una mirada de alerta. El viejo pirata desenfundó el puñal que había tomado del nido, sin notar un destello azul en su filo. Valcara, sujetando su lanza con firmeza, miró sorprendida el arma de Gorham.

—¿Qué pasa? —preguntó él, extrañado—. ¿Te molesta que me haya quedado con un puñal que puede salvarnos la vida?

Valcara negó lentamente, señalando el filo azulado. Gorham bajó la vista y notó el brillo inusual en la hoja. Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro.

—¡Premio para el viejo pirata! —exclamó, alzando el arma y mirando al bosque—. Creo que nos hemos quedado sin amigo emplumado —dijo, cogiendo un intestino cubierto de insectos y moscas.

—Eso parece —confirmó Valcara, escudriñando a su alrededor por si había alguien escondido listo para atacarles.

—Esta isla es un lugar muy acogedor —intentó bromear Gorham.

—Tenemos que salir de aquí como sea —añadió Valcara.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Gorham, apartando unas lianas que caían a modo de cortina natural.

La sorpresa y el horror les atenazaron al presenciar la escena grotesca frente a ellos. Un hombre rata, con los ojos brillantes de malicia inhumana, devoraba con ansia los restos de la cabeza del hombre pájaro sin prestarles la menor atención.

Gorham pisó una rama que se quebró bajo su pie y Valcara lo miró con los ojos como platos.

Fue en ese momento cuando el horrible hombre rata levantó la cabeza de su festín y, con el hocico ensangrentado, miró a la pareja y empezó a mover nerviosamente sus bigotes, ahora rojos.

Sin tiempo para procesar lo que estaban presenciando, Valcara y Gorham actuaron instintivamente, abalanzándose contra el hombre rata y atacándolo sin pensarlo dos veces.

Valcara, con el corazón a mil y la adrenalina corriendo por sus venas, empuñó su lanza y la clavó en el costado del hombre rata,

ensartándolo y elevándolo con fuerza después. El filo del puñal de Gorham cortó el aire con un silbido mortal cuando lanzó una cuchillada que rasgó la cara de la criatura, haciéndola gritar mientras la sangre salpicaba sobre su peludo pecho.

Lejos de amedrentarse, el hombre rata olfateó al lobo de mar y, tras elegir a su víctima, se soltó la lanza, giró veloz y se lanzó sobre Valcara, arrojándola al suelo del bosque.

La guardiana sostenía su lanza con todas sus fuerzas, usándola como barrera entre ella y las fauces ensangrentadas de la criatura. Los dientes del hombre rata eran amarillos y afilados como cuchillas, y de su barbilla colgaba una espumosa baba blanca que se acercaba a la cara de la mujer.

La guardiana y el hombre rata se revolcaron por el suelo en un enfrentamiento igualado que la dejó a ella sobre el monstruo. Gorham, puñal en mano, intentaba encontrar un hueco por donde atacar, pero el constante movimiento le impedía hacerlo sin riesgo de herir a su compañera.

El feroz hombre rata daba mordiscos al aire mientras Valcara hacía fuerza con la lanza contra su garganta, intentando ahogarlo. La criatura gruñía y chillaba, asustando a todo animal cercano. Mordió la lanza y la partió por la mitad, dejando a Valcara expuesta. Desesperada, la guardiana agarró el largo pelo del pecho del hombre rata y, utilizando su peso, hizo una voltereta sobre él, quedando ella con la espalda en el suelo y el hombre rata expuesto ante Gorham.

Valcara apartó la cabeza ante los mordiscos de la criatura. No entendía por qué Gorham no atacaba al hombre rata si lo tenía tan fácil.

—¿A qué esperas? ¡Mátalo! —gritó, sintiendo que las fuerzas le flaqueaban.

Gorham, paralizado, observaba el forcejeo con el puñal de fulgor azulado en la mano, incapaz de reaccionar.

—¡Gorham! ¡Hazlo! —gritó de nuevo Valcara, resistiendo con todas sus fuerzas e intentando clavarle los restos de su lanza,

mientras el hombre rata arremetía con furia al aire una dentellada tras otra.

Desesperada, Valcara sacó fuerzas de donde no tenía y, sin saber si surtiría efecto, lanzó una patada a la entrepierna del hombre rata. La criatura chilló y se apartó de encima de la mujer, revolcándose por el suelo y llorando de dolor.

Gorham reaccionó por fin y, con los músculos todavía rígidos, se lanzó sobre la bestia y hundió su puñal en su pecho. El fulgor azulado del filo pareció absorber parte de la vida de la criatura, que se estremeció temblorosa y aparentemente más delgada. Gorham se levantó, respirando con dificultad, mientras Valcara se incorporaba lentamente.

La guardiana, sin aliento, se acercó a Gorham y sin remilgo alguno le quitó el puñal de la mano. Este permanecía impasible, con la mirada perdida y una expresión de desconcierto.

La mujer sujetó el puñal con ambas manos con el filo hacia abajo, y saltó salvajemente sobre el hombre rata, que seguía moviéndose herido en el lecho del bosque. Lo apuñaló una y otra vez, arrebatándole la vida sin piedad hasta que dejó de moverse. Luego se levantó, con la cara salpicada de sangre del animal y el corazón galopando a punto de salírsele por la boca. Le dio una última y gratuita patada al cadáver del monstruo y luego miró inquisitivamente a Gorham, que la observaba perplejo.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó la mujer con el aliento entrecortado.

—No… lo sé… —respondió confuso el lobo de mar—. No podía matarlo, algo en mi interior me lo impedía. Sentía que estaba mal hacerlo…

—¿Mal? —replicó Valcara, limpiándose la sangre de la cara con el antebrazo—. ¿Sentías que estaba mal matar al hombre rata que estaba a punto de arrancarme la cabeza? ¿Me lo puedes explicar?

La guardiana sostenía el puñal ensangrentado que aún chorreaba sangre. Gorham miró el cuchillo y levantó ambas manos enseñando las palmas.

—No pensarás que lo hice a propósito, ¿verdad? —preguntó el lobo de mar, temiendo la represalia.

—Explícamelo, porque no lo entiendo —exigió Valcara muy enfadada y respirando profundamente.

—No podía apuñalarlo por la espalda. De algún modo sabía que estaba haciendo algo mal. Mi cuerpo no era capaz de reaccionar —intentó explicar Gorham, aún confuso.

Valcara miró el puñal y su apagado fulgor azulado bajo la capa de sangre.

—El puñal no era… —dijo, observándolo.

—No sé lo que era. Pero te juro por lo más sagrado que alguna fuerza mayor me lo impedía. Tienes que creerme —suplicó Gorham.

—Vale, pero me quedo esto —respondió Valcara, refiriéndose al puñal mientras recogía la vaina del suelo. Lo limpió con la camisa de Gorham y lo enfundó, guardándoselo en la cintura del pantalón.

El resto del día ninguno de los dos se dirigió la palabra. Valcara pensaba que, al fin y al cabo, no conocía demasiado a Gorham y le había decepcionado. Para ella, la lealtad era algo vital y él le había fallado. El viejo lobo de mar, por su parte, intentaba comprender sin éxito por qué le había ocurrido aquello.

Encontraron un improvisado refugio entre unos troncos caídos para pasar la noche. Aseguraron el perímetro y, aun sin hablarse, Valcara se acostó sobre un montón de hojas para descansar mientras Gorham, avergonzado, se encargaba de hacer la primera guardia sin arma alguna. No iba a pedirle el puñal, no después de lo ocurrido.

9
Amistades en la oscuridad

Mi pequeño amigo Jarben, el ratón blanco de ojos rojos, se ha convertido en un compañero constante en esta oscuridad. Le guardo comida y él viene, curioso. Parece que estamos empezando a entendernos, confiamos el uno en el otro. Es extraño cómo la soledad puede llevarnos a forjar lazos inesperados.

Hoy decidí contarle por qué le he llamado Jarben. Le hablé de mi amigo, de su nombre, de su historia y de su alma hermanada con la mía. Le hablé de nuestra infancia en el orfanato, de cómo compartíamos aventuras y secretos en aquel lugar donde nos refugiábamos de un mundo que no siempre fue amable.

A medida que compartía estas historias con Jarben, el ratón parecía prestar atención, como si entendiera mis palabras. Le hablé de nuestras noches de conversaciones interminables en el cementerio y de la aventura en la que nos embarcamos juntos para liberar al pueblo belurio de camino a Jersia.

Y mientras compartía estas memorias con Jarben, algo extraño comenzó a suceder. La pequeña criatura empezó a emitir una suave luz blanca, una luminosidad tenue, pero reconfortante. Mis palabras y mis recuerdos le habían dotado de una luz propia. Mi amigo Jarben se convirtió en una fuente de luz en esta oscuridad.

Ahora, cuando el fuego de mi vela se apaga, no estoy solo en la oscuridad. La luz de Jarben ilumina mis pensamientos, mis palabras y mis lecturas. Es una luz blanca, pura, una luz que irradia esperanza en este desolado lugar.

Quizá sea un reflejo de mi propia alma, quizá se trate de un recordatorio de que, incluso en los momentos más oscuros, siempre habrá algo que nos ilumine y nos guíe. La luz de mi amigo Jarben es un faro en mi soledad, una chispa de vida en esta penumbra interminable.

…

Hoy he encontrado un tesoro en medio de esta soledad. Un libro manuscrito, un relato corto que me ha conmovido. Es curioso cómo las situaciones extremas nos llevan a descubrir cosas que de otra manera jamás habríamos encontrado.

El manuscrito está envejecido por el tiempo, sus páginas son frágiles y están desgastadas, pero las palabras que contiene son como una ventana a otro mundo. A medida que lo leía, me sentía transportado a una realidad diferente, a una historia que resonaba en lo más profundo de mí ser.

Es una historia romántica, un relato de amor que parece haber sido escrito con el corazón en la mano. Cuenta la historia de una pareja que se encuentra en medio de un torbellino de emociones, luchando por mantener su amor a flote en medio de las adversidades. Pero, como suele ocurrir en las historias trágicas, el destino parece estar en su contra y su amor termina de manera triste y dolorosa.

A medida que leía cada palabra, podía sentir la pasión y la angustia de los personajes. El autor, quienquiera que sea, ha dejado su alma en estas páginas. Cada giro de la trama, cada sentimiento expresado, es una huella indeleble de su propio corazón.

Me ha sorprendido que este libro, este pequeño relato, haya encontrado su camino hasta mí en medio de mi propia fatalidad, como si alguien en el pasado hubiera querido que esta historia no se

perdiera, que alguien más la conociera. Aunque no sé quién escribió estas palabras ni cuál fue su vida, siento una conexión con su espíritu a través de estas páginas desgastadas.

En este oscuro y húmedo lugar, este libro se ha convertido en mi compañía, en mi escape hacia otras vidas y otros mundos. Aunque el final de la historia es triste, su belleza me recuerda que incluso en medio de la desesperanza podemos encontrar algo que nos hace sentir vivos.

…

Algo extraordinario ha ocurrido justo después de haber escrito el pasaje anterior. En ese momento, cuando mis palabras fluían en el papel y mi corazón estaba impreso en la tinta, una luz azul y translúcida comenzó a manifestarse frente a mí, tomando forma poco a poco. Mi corazón se aceleró, pero, extrañamente, no sentí miedo. De algún modo, esa luz llevaba consigo una presencia reconfortante.

La figura tomó forma y pude ver a un hombre joven, vestido con ropas de épocas pasadas. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa amable y sus ojos parecían brillar con una sabiduría antigua. No era un mero reflejo de la luz, era algo más. Era un espíritu, una presencia que había venido a mí.

—Has encontrado mi historia —dijo el espíritu con una voz suave, llena de emoción.

Me quedé sin palabras, asombrado por lo que estaba presenciando. Al final, encontré mi voz y respondí con cautela:

—Sí, encontré tu historia en este viejo manuscrito. Es hermosa y conmovedora. ¿Eres… eres el autor de estas palabras?

El espíritu asintió con una expresión llena de nostalgia.

—Sí, soy yo. Mi nombre es Kael, y esta historia es parte de mi legado. Fue mi forma de expresar lo que sentía en un momento difícil de mi vida.

Miré al espíritu con empatía, consciente de que esta historia fue una manera de liberar sus emociones.

—¿Qué ocurrió contigo y con la persona que inspiró este relato? —pregunté, deseando conocer más detalles.

Kael suspiró y su figura se volvió aún más etérea.

—Nuestro amor era real, pero las circunstancias nos separaron. Elegí un camino que nos llevó en direcciones opuestas, y la vida se encargó de alejarme de ella. Esa historia fue mi forma de mantener vivo el recuerdo de lo que fue, de lo que pudo haber sido.

Sentí la tristeza en sus palabras, el pesar de las oportunidades perdidas.

El espíritu se acercó y su cálida luz me bañó en una sensación reconfortante.

—Has encontrado esta historia en un momento de adversidad, y eso significa algo. Tú también estás dejando tu huella en estas palabras, rescatándolas en ese diario que escribes con tanta dificultad.

Lo miré, asimilando sus palabras. Kael parecía estar vivo, sentado a mi lado, recordándome que cada momento, incluso los más oscuros, tenían un significado.

—Gracias por compartir tu historia conmigo, Kael —dije con sinceridad.

El espíritu sonrió, su luz parpadeando con ternura.

—No hay de qué. Estoy aquí para recordarte que incluso en la oscuridad, la luz puede encontrar su camino. No estás solo, Rayhem.

—No te he dicho mi nombre… —concluí confuso.

Mientras Kael se desvanecía lentamente, su luz seguía iluminando el espacio a su alrededor. Mi corazón se llenó de calma.

…

La sensación de encierro sigue siendo asfixiante. He pasado días y noches buscando una salida en vano. Cada rincón de esta

biblioteca parece una trampa, y los derrumbes hacen que el peligro aceche en cada esquina.

Hoy, en uno de los rincones más oscuros, entre libros polvorientos, encontré un frasco de aguardiente escondido tras un libro hueco. La emoción de dar con algo inesperado me embargó. Sin dudarlo, lo abrí y me lo bebí de un solo trago. El líquido ardiente recorrió mi garganta y me calentó al instante, en contraste con la humedad constante de este lugar.

Mi búsqueda no se detuvo ahí. Mi mente se evadía por momentos y sentía la necesidad de sentir ese calor nuevamente para poder escapar de esta cruda realidad, aunque fuera por un breve instante. Mi mano temblorosa rebuscó entre los estantes y, para mi sorpresa, encontré otra botella de aguardiente. ¿Quién las habría escondido aquí? ¿Qué historia se ocultaba tras este gesto?

Mientras bebía, mi mente se volvía más ligera y las preocupaciones parecían desvanecerse. No me importaba quién o por qué habían dejado esas botellas aquí. Solo quería un respiro, una pequeña pausa en este encierro eterno.

Los días pasaban entre Jarben, mi luminoso amigo roedor, las charlas con Kael, cuya compañía había llegado a valorar enormemente, y los libros que me transportaban a mundos lejanos. El aguardiente se convirtió en mi confidente, en un aliado efímero que aliviaba mi tristeza.

Con el tiempo, las conversaciones con Kael se volvieron más profundas. A través de sus relatos y su sabiduría, aprendí a encontrar consuelo en las historias y a aceptar la realidad que me rodeaba. Kael me recordaba que había más en mí de lo que podía ver, que la luz interior seguía ardiendo incluso en la más fría oscuridad.

Y mientras tanto, Jarben se había convertido en mi compañero constante. Le gustaba dormir en mi bolsillo, y me aventuré a pensar que se sentía reconfortado con mi calor. Su presencia me recordaba la sencillez de la vida, la conexión con seres vivos que compartían este espacio conmigo.

…

La vela se consume lentamente, y su luz vacilante arroja claridad sobre las paredes húmedas. Me aferro a la esperanza de que me buscarán, pero con cada hora que transcurre, la ilusión se desmorona un poco más.

Hoy no he dejado de pensar en Jarben. Su peculiar aspecto, sus bromas secas, su humanidad disfrazada de frialdad. ¿Seguirá buscándome? ¿Habrá perdido la esperanza de encontrarme? No puedo soportar la idea de no volver a verlo, de que la última vez que hablamos haya sido la última.

Cierro los ojos y busco refugio en los recuerdos. Y entonces, siento su presencia.

No es un sonido, ni una visión. Es un calor sutil, una caricia invisible sobre mi alma. Es la abuela Neela.

Ahí está. No en cuerpo, sino en esencia. Su voz, llena de ternura, resuena en mi interior sin necesidad de palabras.

Me recuerda que no estoy solo. Que el amor y la amistad son fuerzas que trascienden la distancia, el encierro y hasta la muerte. Que mi vínculo con Jarben no se rompe solo porque no pueda verlo.

Respiro hondo.

La angustia sigue aquí, aferrada a mi pecho como una zarpa implacable. Pero junto a ella, un calor nuevo se ha encendido en mi interior.

No sé cuánto tiempo más estaré atrapado en este lugar. Pero mientras conserve la memoria de quienes amo, mientras lleve dentro de mí la fuerza de mi abuela, de Jarben, de todos ellos… seguiré adelante.

La esperanza, me susurra la abuela Neela, solo se apaga cuando dejamos de alimentarla.

Y yo no pienso permitir que muera.

10
Perdón

Durante las últimas semanas, el ambiente se había vuelto tenso y cortante. Shuraz evitaba tanto a Edoz como a Anara, pero los rumores continuaban extendiéndose como una mancha de aceite. Todos sus conocidos los miraban de reojo, conscientes de que una fractura se había abierto entre aquellos que hasta entonces eran inseparables.

Una tarde, Edoz decidió que necesitaba arreglar las cosas antes de que la situación se saliera de control. Se enteró de que Shuraz estaba en el Jardín del Olvido, un lugar extraño para un guerrero. Se encontraba apartado dentro de los terrenos del templo Alonio, lleno de estatuas erosionadas por el tiempo y cubierto por un techo natural de enredaderas y ramas. Allí, los monjes acudían para reflexionar o encontrar respuestas en medio del silencio. Era irónico, pensó Edoz, que el lugar más bello del templo se utilizara para olvidar el pasado.

Al llegar, vio a Shuraz de pie ante una antigua fuente seca, observando su reflejo distorsionado en el agua estancada. Edoz se acercó con cautela, casi esperando que ahora que estaban a solas, Shuraz le arrojara una piedra o lo golpeara antes de que pudiera hablar.

—Sé que no quieres verme, pero hay algo que debo decirte —comenzó Edoz sin rodeos. El guerrero no respondió, sus ojos seguían fijos en el agua. Tragó saliva y decidió continuar—. No quiero que nuestra amistad se pierda.

Shuraz levantó despacio la vista y lo miró con ira y dolor.

—¿Amistad? —repitió con amargura—. ¿Así se llama a lo que queda después de traicionar a alguien?

Edoz se acercó un paso más, preparado para esquivar al musculoso guerrero. Shuraz, con una velocidad inaudita para su tamaño, le lanzó algo.

Edoz lo atrapó torpemente, sorprendido, y cuando lo sostuvo entre sus manos, vio que se trataba de una figura pequeña que cabía en la palma de la mano. Eran dos guerreros arrodillados, con las espadas rotas a sus pies. La escultura era una obra digna de admiración, con un impresionante nivel de detalle, y de eso Edoz sabía un poco.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Shuraz en voz baja, sin apartar la mirada del agua.

—Ni idea, pero me lo puedo imaginar —respondió Edoz, más serio que nunca.

—Es una reliquia que representa que en la verdadera paz no debe haber vencedores —respondió Shuraz, que levantó la vista para mirar a Edoz a los ojos—. He visto muchas veces esta estatuilla en ceremonias de paz tras guerras brutales, cuando las diferencias parecían irreconciliables y, sin embargo, la vida debía continuar.

Hubo un largo silencio. Shuraz respiró hondo, intentando calmar la tormenta interna que lo azotaba.

—Si volviera a ver a Anara, ¿te apartarías de mi camino? —preguntó Shuraz.

Edoz asintió, sin titubeos.

—Siempre, si eso es lo que quieres. Esto no se trata de mí.

Shuraz observó a su compañero durante un largo rato. Luego alzó la mano y la extendió hacia él. La duda flotó en el aire por un instante antes de que Edoz, aliviado, tomara su mano con fuerza.

—La próxima vez que me traiciones —añadió Shuraz con voz firme—, no habrá estatuillas, ni perdón, ¿entiendes?

—Lo entiendo —respondió Edoz.

Entonces, ambos se giraron hacia la fuente y, casi como un acto ritual, Edoz sumergió la pequeña estatuilla en el agua estancada. Fue un gesto simbólico, una forma de ahogar el rencor en aquel rincón del templo. Ninguno de los dos dijo una palabra más, pero no hizo falta. La amistad no se restauraba por completo, pero el primer paso ya estaba dado.

Cuando salieron del Jardín del Olvido, dejaron atrás la pequeña estatuilla en la fuente, donde el musgo y el agua oscura pronto la cubrirían.

11
Tregua

Edoz le había dicho a Anara dónde podía encontrar a Shuraz y la joven se dirigió hacia el Jardín del Olvido sin tener muy claro cómo acabaría el encuentro.

Los dos se toparon de bruces y se miraron a los ojos. Shuraz respiró hondo y decidió romper el hielo

—Sé que las cosas no han ido muy bien entre nosotros últimamente… —comenzó.

—Lo sé —respondió ella, asintiendo y evitando los intensos ojos azules del guerrero—, pero tenemos que separar nuestras vidas personales de nuestras obligaciones.

—Es difícil —suspiró Shuraz—. No puedo evitar sentirme como un capullo por lo que pasó.

—Un gran capullo —matizó Anara.

Shuraz se quedó en silencio por un momento.

—Nuestro pueblo nos necesita más unidos que nunca —siguió Shuraz, acercándose a Anara y cogiendo suavemente su cara con sus grandes y poderosas manos—. No sabes cuánto lo siento.

—No sé si podré perdonarte —reconoció ella con lágrimas en los ojos pero sin apartarse de él, sintiendo el calor de sus manos en su cara.

—No te pido que me perdones, no lo merezco. Solo quiero que estemos bien. Te demostraré que me importas —prometió Shuraz.

Se miraron fijamente por una eternidad. El ambiente entre ellos era tenso.

—Shuraz, siempre he creído en ti, incluso cuando tú mismo no lo hacías —dijo con voz temblorosa—. Por eso me duele tanto lo que pasó.

Él asintió, sintiendo el peso de sus acciones más que nunca.

—Lo sé. Fui un necio y no medí las consecuencias de mis actos —dijo con pesar—. Desde que todo ocurrió, he estado reflexionando y tratando de ser un hombre mejor. No solo por mí, sino por nosotros.

Anara respiraba despacio, su pecho subía y bajaba con la intensidad de sus emociones.

—A veces me pregunto si podremos volver a estar como antes, si es posible recuperar lo que teníamos —confesó ella, buscando en los ojos de Shuraz una señal de que era así.

El guerrero acercó su cara a ella aún más, dejando solo un espacio mínimo entre ambos.

—Lo que teníamos no se ha perdido. Está aquí, entre nosotros —susurró, tocando su propio corazón y luego el de Anara—. Quiero luchar por ello, quiero luchar por nosotros, y sé que juntos podemos superar cualquier obstáculo.

Anara dejó escapar un pequeño suspiro. Sentía cómo el calor de sus manos derretía el hielo que se había formado alrededor de su cuerpo. Las lágrimas comenzaron a caer, pero esta vez no eran de tristeza, sino de esperanza.

—Está bien, Shuraz. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesta a intentarlo —dijo, dejando que una pequeña sonrisa cruzara sus labios.

—Haré lo que sea necesario para demostrarte que soy digno de ti —respondió Shuraz.

Anara asintió y por fin levantó la vista para encontrarse con esos ojos azules que tanto había querido evitar. En ellos, vio la sinceridad que él le prometía.

En ese instante, el mundo pareció desaparecer a su alrededor. Shuraz inclinó la cabeza hacia ella y Anara se alzó sobre las puntas de los pies, encontrándose en un beso que sellaba una nueva promesa entre los dos.

12
Luz contra las tinieblas

Jarben el ratón se escondió cuando escuchó cómo se abría el portón que normalmente estaba atascado. Era extraño, pensó Rayhem, ya que todavía no era la hora en la que solían dejarle la comida. Se le ocurrió que quizá fuera el espíritu de su amigo Kael, que no se había manifestado esa noche.

Sin embargo, era un Ungido de Kudram y esta vez no se había limitado a dejar la comida y marcharse a toda prisa, encerrándolo de nuevo. Al contrario, se dejó ver. Poseía la presencia amenazante que los caracterizaba, envuelto en un manto de tonos dorados y blancos. Su rostro, cubierto por una máscara ceremonial tallada en madera ennegrecida, parecía más aterrador si cabía en medio de la oscuridad que los rodeaba. Los ojos profundos tras la máscara del Ungido buscaban a Rayhem en la biblioteca inundada, moviendo la cabeza para escudriñar cada rincón.

—Puedes salir, no voy a hacerte daño —dijo el Ungido con la voz amortiguada por la máscara y mostrando las palmas de sus manos en señal de buena voluntad.

—¿Cómo sé que no me mientes? —preguntó Rayhem reacio.

—Si quisiéramos hacerte daño no te habríamos encerrado aquí ni te alimentaríamos cada día —respondió el Ungido.

Rayhem se acercó cauteloso hasta una de las zonas de la biblioteca donde había una mesa que no estaba demasiado afectada

por la humedad. El Ungido dejó en el centro la lámpara que llevaba y lo invitó a sentarse con un gesto de su mano.

Olía a cera y una especia que Rayhem no pudo concretar.

—Nunca hemos pensado en hacerte daño —le aseguró el Ungido mientras se quitaba la máscara y mostraba su rostro.

Dejó la máscara sobre la mesa y miró a Rayhem con expresión amigable. Era un hombre de mediana edad, con el pelo blanco y aspecto saludable.

—Seguro que tramas algo —dijo Rayhem entrecerrando los ojos.

—Te dejo ver mi rostro, a pesar de estar prohibido en nuestro culto —repuso el Ungido—. Es una muestra de que no tengo nada que esconder. Solo vengo a hablar contigo —añadió mientras dejaba sobre la mesa un pedazo de pan.

A pesar de estar hambriento y de que el pan tenía buen aspecto y olor, Rayhem pensó que podía estar envenenado y no lo tocó.

—Te prometo que no te deseamos mal —insistió el Ungido mirando el pedazo de pan e imaginado lo que Rayhem pensaba.

—Entonces ¿por qué me tenéis aquí encerrado? —preguntó.

—No depende de mí —respondió con una mueca.

—¿A qué has venido? —siguió Rayhem con cautela, mirándolo fijamente mientras mantenía las distancias.

El Ungido suspiró, se recostó contra una de las estanterías y cruzó los brazos sobre el pecho. Parecía reflexivo, escogiendo con cuidado sus palabras.

—Comprende que nuestra posición no es fácil de explicar. Nuestro culto a Kudram ha sido malinterpretado y temido durante mucho tiempo. Pero te aseguro que nuestras intenciones contigo son sinceras. Vinimos a esta biblioteca por una razón muy concreta.

Rayhem frunció el ceño. No se fiaba ni un pelo de ese tipo, pero su curiosidad era más fuerte que su desconfianza.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó por fin.

El Ungido se adelantó y le lanzó una mirada intensa.

—Solo quiero hablar contigo —respondió con voz pausada.

Rayhem se sorprendió. No esperaba esa respuesta. A pesar de su escepticismo, decidió arriesgarse.

—Hablemos, pues —dijo incrédulo, esperando que en cualquier momento el Ungido sacase un arma oculta bajo su túnica y le atacase.

—¿Qué sabes sobre nosotros? —preguntó el hombre con voz profunda. El eco repitió su pregunta mientras Rayhem meditaba la respuesta.

—He buscado información sobre los Ungidos, sobre lo que sois y lo que buscáis. He descubierto que vuestra historia se remonta a tiempos antiguos, relacionados con los Zíngaros Dorados y un símbolo de una estrella de ocho puntas con una piedra negra en el centro. Pero también he visto que tenéis una relación compleja con el poder, por no decir que sois adoradores de la oscuridad y fuisteis desterrados por el rey Odimovar por corruptos.

El Ungido asintió, satisfecho con la respuesta de Rayhem.

—Es cierto. Nuestra historia es larga y complicada. Pero estás muy equivocado sobre nosotros. Algunos han sido corrompidos por el poder, pero otros seguimos luchando por un equilibrio gracias al conocimiento. Y estamos dispuestos a compartir nuestra sabiduría contigo si tú estás dispuesto a escuchar.

Rayhem reflexionó. A pesar de su desconfianza inicial, comenzaba a percibir que tal vez no todos fueran iguales, que podía haber matices y posibilidades de colaboración. Pero aún tenía muchas dudas.

—Necesito más respuestas antes de decidir si puedo confiar en ti —dijo Rayhem con cautela.

El Ungido sonrió levemente.

—Es comprensible. Te daremos tiempo para pensar, si es lo que necesitas. No te forzaremos a nada. Pero recuerda, estamos aquí para hablar y para compartir conocimiento. La elección es tuya.

El Ungido se levantó de la mesa.

—¡Espera! no te vayas, hace mucho que no hablo con nadie… vivo —lo llamó Rayhem confundido, mirando el agujero por el que se había ido Jarben.

—¿Estás preparado para descubrir la verdad sobre nosotros? —preguntó el Ungido antes de sentarse de nuevo.

—Estoy listo para escucharte —contestó, después de pensar unos segundos—. Al fin y al cabo, ninguno de los tuyos me ha dado esta oportunidad nunca y no voy a negarte que era lo último que me esperaba esta noche. Entonces, ¿cuál es el objetivo de los Ungidos de Kudram? —preguntó a continuación.

—Buscamos entender y equilibrar las fuerzas cósmicas y espirituales del mundo mediante la libertad de cada individuo —respondió el Ungido sin pensarlo ni un segundo.

Rayhem no entendía nada.

—Nuestra historia es mucho más compleja de lo que se cuenta por ahí —siguió—. Éramos y somos un grupo de individuos que anhelábamos comprender el mundo en su totalidad, encontrar el equilibrio en las fuerzas que nos rodeaban.

—Eso suena muy distinto a la imagen que todo el mundo tiene de vosotros —le rebatió Rayhem—. Siempre se habla de vuestra conexión con la oscuridad y el poder.

—Es triste admitirlo —suspiró el Ungido—, pero, con el tiempo, algunos de los nuestros se dejaron llevar por la búsqueda desmedida de poder y dominación. En esos casos, nuestra devoción al conocimiento fue corrompida para sus intereses. Comprendo tus dudas —añadió tras unos segundos—, pero debes saber que no todos los Ungidos somos iguales. Algunos aún luchamos por encontrar la redención.

—Pero ¿cómo puedo estar seguro de que tus palabras son legítimas? ¿Por qué no podrías estar intentando manipularme de alguna forma? —preguntó Rayhem.

—Comprendo tu desconfianza —respondió el Ungido con calma —. No pretendo forzarte a creer en lo que digo. Solo te pido que

escuches y reflexiones. La elección de creer o no creer es tuya, siempre lo ha sido.

—Aprecio tu sinceridad y tu disposición a hablar conmigo —dijo Rayhem, mirando al Ungido.

—A veces, la vida nos muestra caminos inesperados —añadió el Ungido con una leve sonrisa—. Si quieres respuestas, estoy aquí para compartir mi conocimiento contigo. La elección siempre será tuya. ¿Qué me dices? ¿Quieres conocer nuestra verdad?

Rayhem miró al Ungido a los ojos e intentó buscar engaño en sus palabras, pero la verdad es que le impresionó lo bien que mentía, si es que lo estaba haciendo…

—Adelante —accedió Rayhem—, háblame pues de los Ungidos y de qué es eso que desconocemos el resto de los mortales.

—En el vasto panorama de las creencias y los sistemas espirituales —empezó el hombre, animado—, nosotros, los Ungidos de Kudram, y los Seguidores de Bel-Hur, representamos dos corrientes que difieren en la forma en que interpretamos el propósito de la existencia. Aunque compartimos adorar a una deidad y el anhelo de difundir nuestro mensaje, nuestras perspectivas son radicalmente diferentes —aclaró.

—¿Cuáles son esas diferencias? —preguntó Rayhem, aunque intuía la respuesta.

—En el centro de nuestras creencias está la idea de que los seres humanos portan instintos olvidados y una dualidad innata —respondió el Ungido, seleccionando cuidadosamente las palabras que empleaba—. A diferencia de la religión de Bel-Hur, que sostiene la existencia de una separación estricta entre el bien y el mal, nosotros, los Ungidos de Kudram, proclamamos que estas nociones son relativas y forman parte de un complicado plan cósmico.

—¿Y cómo encaja Kudram en todo esto? —preguntó Rayhem, extrañado al no relacionar a los Ungidos con los argumentos que escuchaba en boca de uno de ellos.

—Kudram, hijo aventajado de Bel-Hur, desterrado por cuestionar la enseñanza rígida de su padre, halló la iluminación en las Tinieblas, abriendo así la puerta a nuestra visión global del universo —respondió el visitante sin pelos en la lengua—. Creemos en la libertad y en trascender los límites impuestos por otras religiones. En contraposición a la doctrina de Bel-Hur, que impone restricciones y juicios, nosotros sostenemos que la verdadera iluminación proviene de la autorreflexión y de liberarnos de las cadenas autoimpuestas.

—Entonces, ¿la principal diferencia radica en cómo veis la moralidad y la libertad? —preguntó Rayhem.

—Así es. Nosotros sostenemos que la creencia en el pecado y la condenación perpetua solo engendra sufrimiento innecesario en las vidas de las personas. Presentamos a Kudram como una alternativa que resalta la libertad esencial del ser humano y la importancia de vivir plenamente en esta existencia.

—Chocáis frontalmente con las enseñanzas de mi dios Bel-Hur —razonó Rayhem.

—Efectivamente, vuestras creencias promueven la conformidad y la búsqueda de la recompensa en el más allá —continuó el Ungido —. Nosotros, por otro lado, alentamos a vivir con plenitud en esta vida y a encontrar nuestra propia iluminación, creyendo que la verdadera adoración debe centrarse en uno mismo y en la experiencia humana.

—Afrontáis una encrucijada interesante entre la espiritualidad y la libertad humana. —se sorprendió Rayhem.

—Veo que lo has entendido —respondió el Ungido, satisfecho—. Nuestra confrontación con vosotros, los seguidores de Bel-Hur, nos lleva a reflexionar sobre temas importantes como la espiritualidad, la libertad y el propósito de la vida. Ambas formas de ver el mundo influyen en cómo las personas entienden su papel en la existencia y su relación con lo divino. Cuando estas creencias se enfrentan, queda claro lo variadas que pueden ser las formas en que los humanos vivimos y experimentamos la religiosidad.

—Interesante, sin duda —dijo Rayhem pensativo, mesándose la barbilla.

—Nuestra rivalidad refleja las complejidades de las creencias humanas y cómo interpretamos nuestro papel en el cosmos —añadió el Ungido—. Cada visión busca definir la existencia de manera única, y en esta lucha entre las interpretaciones surge un tapiz rico y variado que moldea nuestra comprensión de lo espiritual y lo trascendental.

—Esta perspectiva tan profunda es algo nuevo para mí. Sin duda, nuestra confrontación arroja luz sobre las cuestiones fundamentales de la vida y la fe —reconoció Rayhem, preocupado por las revelaciones que estaba escuchando. Si lo que le estaba contando este Ungido era verdad, entonces, las creencias que Rayhem y toda la comunidad de Beluria sostenían acerca de los Ungidos estaban completamente equivocadas—. Debo admitir que esta visión es totalmente nueva para mí —confesó—. Esta explicación arroja una perspectiva radicalmente distinta sobre la espiritualidad y la conexión con lo divino.

El Ungido de Kudram asintió con una sonrisa comprensiva.

—Es normal que estés sorprendido por nuestras creencias. En un mundo donde las religiones se enfrentan cada día, es esencial explorar y comprender las diversas perspectivas que moldean la comprensión humana sobre lo divino.

—Sin embargo, lo que dices desafía lo que nos han enseñado durante generaciones sobre vuestro culto —observó Rayhem, luchando por reconciliar las nuevas ideas con sus creencias arraigadas.

—Y eso es precisamente lo que intentamos cuestionar y cambiar —insistió el Ungido—. Muchas veces, las creencias que se transmiten a lo largo del tiempo pueden convertirse en dogmas inamovibles, limitando nuestra capacidad de explorar nuevas perspectivas y entender más profundamente el mundo que nos rodea.

Rayhem asintió lentamente. Sus palabras estaban provocando que él, sacerdote de Bel-Hur, se cuestionase las bases de sus

creencias.

—La búsqueda de la verdad y la comprensión debe ser constante y enriquecedora. No debemos temer desafiar lo establecido en aras de una mayor iluminación —añadió el Ungido de Kudram.

A medida que la conversación avanzaba, Rayhem y el Ungido descubrieron puntos en común que hicieron que naciera entre ellos una cierta camaradería. Rayhem comenzó a ver en aquel hombre una figura que había estado luchando por encontrar su camino, al igual que él había peleado en la oscuridad de la biblioteca.

Horas después, Rayhem y el Ungido seguían enfrascados en una profunda conversación. Habían compartido sus experiencias, sus sueños y sus temores. Rayhem se dio cuenta de que había encontrado en aquel extraño una especie de aliado improbable.

El Ungido se puso en pie y miró a Rayhem con una expresión de respeto.

—Es hora de que me vaya. Ha sido un encuentro muy enriquecedor para mí. Espero que para ti haya sido al menos esclarecedor.

—Gracias por hablar conmigo —dijo Rayhem sinceramente—. No esperaba esto en absoluto.

El Ungido se volvió hacia la puerta, pero antes de marcharse, se giró una última vez hacia Rayhem.

—Recuerda que la verdad puede ser más compleja de lo que parece a simple vista. La elección de creer o no creer es tuya, pero siempre tendrás la oportunidad de buscar el conocimiento. Por cierto, me llamo Elyas —concluyó el Ungido.

Con esas palabras, Elyas dejó la biblioteca y desapareció con un ruido metálico. Rayhem se quedó solo en su encierro, con la mente llena de reflexiones. Miró el trozo de pan que Elyas había sacado de su túnica y que seguía encima de la mesa, lo cogió, lo olió, lo miró y mordió un pedazo que le supo mejor que cualquier cosa que hubiera probado jamás. Mientras masticaba, su mente seguía procesando las palabras del Ungido y las ideas que habían compartido.

Una ventana se había abierto en su mente, revelando un paisaje completamente nuevo. Las creencias que había defendido durante tanto tiempo, las enseñanzas que había aceptado sin cuestionar, ahora estaban en tela de juicio. Rayhem se sintió un poco abrumado por la profundidad de las ideas que había escuchado, pero también emocionado por la posibilidad de un nuevo entendimiento.

Miró alrededor de la biblioteca y recordó cómo había pasado miles de horas estudiando las enseñanzas de Bel-Hur en otras bibliotecas como esta. Ahora, esos textos parecían diferentes, como si las palabras hubieran cobrado vida de una manera nueva. Se sintió agradecido por la conversación con Elyas, por la oportunidad de escuchar una perspectiva radicalmente distinta.

Rayhem sabía que este era solo el comienzo de su viaje hacia la comprensión. Tenía muchas preguntas, muchas ideas que explorar y cuestionar. Pero ¿estaba dispuesto a embarcarse en ese viaje?, ¿a desafiar sus propias creencias y a buscar la verdad, sin importar a dónde lo llevara?

Mientras masticaba otro bocado de pan, Rayhem se prometió a sí mismo seguir aprendiendo, seguir cuestionando y seguir buscando la iluminación en un mundo de ideas diversas y en constante evolución.

13
Salvaje

Anara, atrapada por el cuello entre los dedos del Ungido, luchaba por respirar mientras sus manos intentaban desesperadamente aflojar el agarre del enorme sacerdote. Sus ojos parecían salírsele de las órbitas mientras se sentía cada vez más débil y pataleaba en el aire en un intento de liberarse. Su mirada se cruzó con la del atacante, cuya intensidad parecía penetrar en su alma, revelando una oscuridad que trascendía lo físico.

La presencia del Ungido de Kudram era avasalladora, el mismo aire parecía haberse vuelto más pesado tras su llegada. El manto de tonos dorados y blancos que lo envolvía reflejaba la luz de las velas, haciendo que su figura resplandeciera con una extraña luminosidad. La máscara ceremonial tallada en madera negruzca cubría su rostro, insinuando los rasgos pero ocultando la verdadera identidad que yacía tras ella.

La biblioteca de Jarben estaba sumida en una oscuridad densa, solo rota por la suave luz de las velas que ardían en los rincones. Los tomos y los pergaminos se alineaban en estantes de madera, y varios ataúdes permanecían en el suelo, llenos de libros y rollos.

En otro rincón de la habitación, Jarben yacía en el suelo, semiinconsciente. La sangre brotaba de su boca y se mezclaba con la humedad del suelo. Los otros tres Ungidos permanecían de pie, a la espera, armados con unas enormes hachas de oro y con sus rostros también ocultos por amenazantes máscaras.

El aroma que rodeaba a los Ungidos, una mezcla de sudor, cera y una especia desconocida, llenaba el aire. Un silencio en el que los jadeos ahogados de Anara mientras luchaba por su vida parecían casi gritos.

Zobu, el fiel gato de Jarben, los miraba con el pelo del lomo erizado desde lo alto de una estantería, su figura oscura recortada contra el fondo de libros antiguos. Sus ojos amarillos brillaban con una intensidad feroz mientras bufaba y escudriñaba a los extraños que habían irrumpido en la biblioteca.

En un instante, un destello violeta atravesó el espacio como un rayo fugaz e iluminó la estancia por un momento, bañándolo todo en un resplandor de tonos azulados que chispearon en el aire. El destello captó la atención de todos los presentes.

La criatura que surgió en medio del caos y la violencia los había dejado a todos en un estado de desconcierto absoluto. Acto seguido, arrancó de cuajo el corazón del Ungido que agarraba a Anara por el cuello. La joven, salpicada de sangre y aturdida, cayó al suelo. Sus ojos permanecían fijos en el ser que la había salvado de una muerte segura.

El licántropo que se alzaba ante ellos era grandioso en todos los sentidos. Su pelaje oscuro y violeta brillaba con un resplandor mágico. Con una estatura que superaba los tres metros, emanaba una ferocidad que llenaba la habitación. Sus ojos rosados, intensamente luminosos, irradiaban un fulgor morado que parecía penetrar en lo más profundo del alma.

El cuerpo de la criatura tenía una naturaleza híbrida, en parte humanoide, pero completamente cubierto de ese manto de pelo violeta. Su agilidad y destreza eran evidentes, cada músculo poderosamente definido se movía con gracia y precisión. Su presencia misma era magnética, capturando la atención de todos los presentes. A medida que avanzaba, una energía palpable emanaba de él, una especie de aura eléctrica y vibrante que parecía vincularlo a fuerzas ancestrales, más allá de la comprensión humana.

Sus fauces eran impresionantemente grandes, con dientes afilados que brillaban en tonos amarillentos. A pesar de su apariencia feroz, su mirada portaba una profundidad insondable, como si fuera capaz de comunicarse sin palabras, de entender las emociones y los deseos de todos los que lo rodeaban.

La criatura arrojó el cuerpo del Ungido abatido como una simple marioneta rota. Luego, sus ojos se posaron en Anara, olisqueó el aire y emitió un gruñido que parecía una advertencia dirigida hacia los tres Ungidos restantes que, sin temor alguno, se hallaban en guardia, con sus hachas en alto listos para vengar a su compañero caído.

Anara, aturdida, observaba con incredulidad a la criatura que había intervenido en el momento más crítico. La conexión entre la aparición de este ser y su salvación era incomprensible, pero evidente. Sin embargo, sus pensamientos se desviaron hacia Jarben, y lo buscó rápidamente sin encontrarlo. Anara se topó con la mirada de la criatura y… ¿Podría ser que Jarben, de alguna manera, se hubiera transformado en esa bestia? La idea le pareció absurda, pero…

—¿Jarben? —murmuró con voz temblorosa mientras se fijaba en los ojos rosados del licántropo—. ¿Eres tú? —susurró la joven.

El licántropo violeta, con sus pupilas rosadas brillando intensamente, soltó un gruñido desafiante y se lanzó hacia adelante con una velocidad asombrosa. Su figura se convirtió en un torbellino de movimiento mientras cargaba contra los tres Ungidos que quedaban con una furia salvaje, estaba poseído por una fuerza desconocida.

Con un movimiento fluido, esquivó el primer hachazo que le lanzaron, inclinándose hacia un lado para que el arma pasara rozando su pelaje brillante. En respuesta, lanzó un zarpazo letal que golpeó a uno de los Ungidos en el costado, le arrancó un brazo y le perforó el pulmón antes de lanzarlo varios metros hacia atrás. La fuerza del impacto fue abrumadora, y el Ungido cayó al suelo y se desangró entre estertores de dolor.

Mientras tanto, los otros dos intentaron coordinar sus ataques, pero el licántropo se movía con una agilidad asombrosa. Saltó en el aire, esquivando un segundo hachazo que pasó zumbando por debajo de él, y aterrizó detrás del segundo Ungido. Sin darle tiempo a su rival para reaccionar, el licántropo agarró su hacha y la hizo girar en el aire antes de golpear con la empuñadura en la parte posterior de la cabeza del Ungido. El impacto dejó al hombre aturdido y tambaleándose.

El tercero intentó un ataque a distancia, lanzando un rayo oscuro de energía con sus manos, pero el licántropo respondió con una agilidad asombrosa, saltando y girando en el aire para esquivar el rayo que pasó silbando a su lado. En un raudo movimiento, aterrizó frente al Ungido y lanzó un golpe devastador en su pecho, desgarrando su carne como mantequilla ante un cuchillo caliente y enviándolo con gran fuerza contra una estantería de libros.

El Ungido aturdido sacudió la cabeza para despejarse y se levantó. Al instante, agarró su hacha con ambas manos y, con un rápido movimiento, asestó un hachazo que se estrelló de lleno en el muslo del licántropo, causándole una herida profunda que lo hizo caer al suelo. Malherido, el lupino aulló de dolor mientras su pelaje violeta oscuro se teñía de sangre, pero, a pesar de la herida, mantuvo su posición desafiante.

El dolor era insoportable. Sin embargo, sus heridas comenzaron a cerrarse a una velocidad sorprendente, hasta quedar solo una cicatriz en pocos segundos. Con sus ojos rosados centelleantes de coraje, se levantó del suelo y se preparó para enfrentarse al último Ungido de Kudram que aún estaba en pie, hacha ensangrentada en mano. Avanzó hacia el licántropo, dispuesto a acabar con él de una vez por todas. Pero la criatura no estaba dispuesta a dejarse vencer, lanzó un feroz zarpazo con sus garras que desvió el arma del Ungido y lo hizo tambalearse.

Aprovechando la apertura, la criatura giró sobre sí misma y lanzó una patada devastadora al pecho del Ungido, haciéndolo retroceder varios pasos. Antes de que este pudiera reaccionar, el licántropo se

abalanzó sobre él con una velocidad impresionante, mordiendo y desgarrando su brazo derecho , obligándolo a soltar su arma.

Con un movimiento fluido, la criatura empujó al Ungido y lo lanzó contra una estantería llena de libros, que se derrumbó sobre él con gran estruendo.

El Ungido, sangrando del brazo, luchó por levantarse, pero el licántropo se abalanzó de nuevo sobre él y lo golpeó en el costado con el puño cerrado, lo que lo dejó abatido y sin aliento. Luego, lo agarró por los hombros con sus dos zarpas y lo levantó en el aire sin aparente esfuerzo. Mientras lo sostenía, su aura vibrante irradiaba un poder indescriptible. El licántropo estiró con fuerza de sus brazos y lo partió por la mitad como una fruta madura, arrojando sus restos por la estancia, acabando salvajemente con su vida. Después, salpicado de sangre, cerró los ojos y cogió aire antes de emitir un aullido desgarrador.

El silencio llenó la biblioteca después de la feroz batalla. El licántropo se erguía sobre el cuerpo mutilado del último Ungido de Kudram. Sus ojos tenían una expresión de miedo. Miró hacia Anara y se arrodilló ante ella, y luego se tumbó en el suelo en una postura dócil. Con ojos suplicantes, la gran bestia se acurrucó, mostrando su hermoso pelaje violeta salpicado de la sangre del Ungido.

Poco a poco, la forma del licántropo comenzó a menguar hasta regresar a su forma original. Ante los ojos de Anara, la figura del animal salvaje se transformó en la de Jarben, su amigo albino. Desnudo y tembloroso, aovillado en el suelo, su piel blanca contrastaba con la sangre que lo salpicaba. Su cabello blanco tenía ahora un pequeño mechón de cabello violeta.

Los ojos rosados de Jarben se abrieron como si despertara de una pesadilla y se encontró con la mirada de Anara, que le ofrecía su capa para que se tapara. Sin decir palabra, se cubrió y dejó que la joven lo abrazara, transmitiéndole calor y tranquilidad después de la asombrosa situación que acababan de vivir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jarben con voz temblorosa mientras observaba el caos y la destrucción a su alrededor.

—Nos has salvado la vida —respondió Anara con una sonrisa en los labios.

—Pero… ¿cómo? —insistió Jarben, que no podía dejar de mirar sus manos ensangrentadas—. Me duele… —añadió, tocándose la pierna donde había sido mordido por la criatura violeta semanas atrás. Sin embargo, se sorprendió al notar que la herida estaba perfectamente curada y que solo tenía una fea cicatriz que le producía punzadas ocasionales.

—Me parece que esto tiene que ver con el ataque de aquella criatura que casi te mata —dijo Anara, abrazando al sepulturero que no paraba de temblar—. Es posible que te haya transmitido algún tipo de maldición.

Jarben miró a Anara, confuso.

—¿Una maldición? ¿Qué estás diciendo? —preguntó, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

La joven asintió despacio, apretándolo entre sus brazos.

—Recuerda que tú mismo nos contaste cómo te atacó esa criatura. Sus ojos, su mordisco, el pelaje violeta… Creo que te ha transmitido parte de su naturaleza, parte de su ser de licántropo —explicó Anara con voz suave.

Jarben parpadeó, tratando de asimilar la información. Era difícil de creer, pero tenía sentido en un mundo donde la magia era real.

—Aurimaths… Esas criaturas púrpuras que tenían enjauladas los Zíngaros Dorados —murmuró Jarben con la mirada perdida—. Rayhem me lo contó, ¿recuerdas?

Anara, sentada junto a él, inclinó la cabeza y estudió el rostro cansado de su amigo. Sus dedos rozaron la mejilla de Jarben con suavidad, apartando un mechón rebelde de cabello que caía sobre su frente.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó él con la voz rota mientras miraba sus manos temblorosas manchadas de sangre.

Ella exhaló un suspiro lento.

—No lo sé —contestó con una sonrisa apenas perceptible—, pero estamos juntos en esto.

El sepulturero asintió, aunque la incertidumbre seguía reflejándose en sus ojos. Intentó encontrar consuelo en sus palabras, pero la realidad de lo que había ocurrido pesaba como una losa en su pecho.

—Es irónico, ¿no crees? —dijo Anara con una risa amarga—. Tú, con ese pelo morado y convirtiéndote en un licántropo bajo la luna. Y yo, poseída por la luz de Bel-Hur. Es como un mal chiste.

—Un chiste con pésimo gusto —respondió Jarben, esbozando una sonrisa fugaz. Luego, bajó la mirada hacia el suelo y su expresión se tornó seria—. Pero hay algo que tenemos claro: sobrevivimos. Y mientras estemos aquí, eso ya es algo.

Zobu, el gato negro de Jarben observaba la escena desde un estante cercano, con sus brillantes ojos amarillos fijos en su dueño. En silencio, el felino se incorporó y avanzó hacia ellos con movimientos elegantes. Su cola se agitaba en el aire como un estandarte, y cada paso parecía cuidadosamente medido.

Llegó hasta Jarben y, sin dudarlo, se acurrucó entre sus piernas. Con una gracia casi sobrenatural, Zobu apoyó las patas delanteras sobre su regazo y empezó a lamerle la mano con su áspera lengua.

Jarben bajó la vista hacia el gato y acarició su pelaje oscuro y suave. La calidez de Zobu trajo un poco de paz a su mente turbulenta.

—Gracias, amigo —susurró mientras seguía acariciándolo.

Anara lo observó en silencio por un momento.

—Puede que no sepas qué o quién eres ahora, Jarben, pero eres más fuerte de lo que crees —dijo Anara llena de ternura.

Él alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella.

—No sé si soy fuerte, pero estoy agradecido de que estés aquí. No podría hacerlo sin ti.

La joven le devolvió una sonrisa cálida y lo abrazó con fuerza. Zobu ronroneó, llenando el silencio de la biblioteca con un sonido tranquilizador.

14
¡Huid!

El estruendo los sacó bruscamente del sueño. Gorham, el viejo lobo de mar con el rostro curtido por años de tormentas, abrió los ojos y vio a Valcara ya en pie, alerta, como siempre.

Sobre ellos, las aves graznaban con un frenesí casi sobrenatural. Sus chillidos rebotaban entre los troncos y las olas que rompían suavemente contra la costa. Era un caos extraño, pero contenía algo más que simple ruido, sonaba como una advertencia, tal vez, o un mensaje que solo ellas entendían.

Gorham miró hacia arriba con el ceño fruncido por la incomodidad de la luz del amanecer, que se colaba de lleno en el claro del bosque. Decenas de aves desgarbadas volaban en círculos irregulares sobre ellos, trazando un patrón incomprensible en el cielo.

Valcara, con su temple habitual, salió de debajo de los troncos que les habían servido de refugio durante la noche y observó a la bandada con atención.

—¿Qué demonios les pasa ahora? —gruñó Gorham mientras se incorporaba, sacudiéndose la arena del cuerpo.

—No lo sé —respondió Valcara con voz tranquila—. Parece que intentan decirnos algo.

—¿Y eso lo deduces por cómo vuelan? —replicó el marinero, escéptico como siempre.

Valcara no respondió de inmediato. Se inclinó para recoger del suelo un trozo de hueso con jirones de carne aún adheridos. Lo levantó para que Gorham lo viera y señaló el suelo con la mirada.

—No, lo deduzco por esto —dijo con calma.

Gorham observó detenidamente el lecho del bosque. Ahora lo veía: un rastro. Trozos de carne, huesos y otros restos que, esparcidos, formaban un camino que parecía conducir hacia el corazón de la isla.

—¿Otra vez vas a fiarte de esos pajarracos? —gruñó Gorham, cruzando los brazos con frustración.

Valcara sonrió levemente, sin apartar la vista del rastro.

—Hasta ahora no nos ha ido tan mal —respondió ella—. Parece que les ha gustado que eliminaramos al hombre rata que devoró a su líder.

—¿Líder? —repitió Gorham, incrédulo—. ¿Te refieres a ese hombre-pájaro que daba más miedo que lástima?

Valcara se encogió de hombros.

—Te guste o no, tenía influencia sobre ellos. Algo en su presencia los mantenía unidos.

Gorham resopló y miró hacia el cielo, donde las aves seguían volando como posesas.

—Sí, y míralo ahora: esparcido por el bosque y digerido por un hombre rata. Menuda influencia…

—Al que dimos su merecido, por cierto —añadió Valcara, orgullosa.

Gorham frunció el ceño y clavó sus ojos en los de la guardiana.

—¿Por qué demonios te importa tanto su guerra? No tenemos nada que ver con estos bichos.

Ella lo miró por un momento.

—No me preguntes por qué, pero creo que les estoy cogiendo cariño —reconoció por fin, sonriendo mientras giraba sobre sus talones y comenzaba a seguir el rastro.

—¿Cariño? —exclamó Gorham, subiendo el tono—. ¿Por esas malditas bestias aladas? ¿Ya olvidaste lo que nos hicieron en la playa? ¡Nos intentaron matar!

Valcara se volvió hacia él y suspiró.

—Estábamos en su territorio, Gorham. Cualquier criatura lo habría hecho.

—¿Y eso lo justifica? —bufó él.

Valcara no respondió. Se limitó a alzar una ceja.

—¿Vienes o no? —preguntó desafiante.

Gorham gruñó, mirando de nuevo a las aves. Después de unos segundos, resopló y comenzó a seguirla, aunque no sin antes murmurar algo ininteligible para sí mismo.

Las aves graznaban con más fuerza mientras los dos se adentraban en el bosque, guiados por el rastro de huesos y carne.

—No entiendo qué te pasa —gruñó Gorham, jadeando mientras trataba de mantener el paso.

—¿Y tú? ¿Olvidas a la rata que intentó matarnos hace un rato? —replicó ella, sin apartar los ojos del sendero.

—¡Estaba alimentándose! —espetó Gorham con una sonrisa burlona.

—De nuestro aliado —respondió Valcara con tono firme.

El viejo lobo de mar soltó una carcajada seca.

—¿Aliado? —repitió, incrédulo—. Has perdido la cabeza, mujer.

Valcara alzó la mano de repente para detener la discusión.

—Espera, calla un momento —susurró, entrecerrando los ojos mientras escuchaba con atención—. ¿Has oído eso?

—¿Oído qué? —preguntó Gorham, desconcertado.

Pero Valcara no respondió. Su mano izquierda seguía levantada para pedir silencio, mientras la derecha se posaba sobre el puñal que aún permanecía en su vaina. Un sonido lejano, como un rugido mezclado con un coro de chasquidos, se hizo más claro.

De pronto, la espesura del bosque pareció cobrar vida. Desde la oscuridad emergió una marea de ratas gigantes con los ojos brillantes como carbones encendidos.

—¡Corre! —gritó Valcara, dando media vuelta y lanzándose a la carrera.

—¡Mierda! —exclamó Gorham, siguiéndola con el corazón desbocado.

El bosque se convirtió en un laberinto de sombras y obstáculos. Las ramas crujían bajo sus pies y las raíces intentaban atraparlos mientras corrían. Valcara lideraba la huida, moviéndose con la agilidad de una cazadora. Gorham, aunque menos ágil, mantenía el ritmo, gruñendo maldiciones con cada zancada.

Detrás de ellos, el rugido de la horda crecía. Las ratas avanzaban como una ola imparable, sus chillidos agudos se mezclaban con el crujir de hojas y el golpe de sus patas contra el suelo.

El aire se llenó del olor acre de la tierra mojada, mezclado con el hedor de las criaturas. Valcara mantenía la vista fija en el camino frente a ellos, buscando desesperadamente una salida, pero el bosque parecía cerrar filas, devorándolos con su oscuridad.

Un tropiezo inesperado hizo que Gorham se tambaleara.

—¡Maldita sea! —gritó, cayendo pesadamente al suelo.

Valcara se detuvo en seco y se giró hacia él.

—¡Levántate! —ordenó, pero su voz quedó sofocada por el rugido de la marea que ya estaba sobre ellos.

Gorham alzó la vista justo cuando las ratas lo alcanzaron. En un instante, su cuerpo quedó sumido bajo una masa de pelo y garras que se movían en un caos frenético.

—¡Gorham! —gritó Valcara, estirando el brazo hacia él.

Sus ojos se encontraron por un segundo. Vio el terror en su rostro, sus manos extendidas hacia ella en un último intento de aferrarse a la vida. Pero era inútil. Las criaturas lo arrastraron, hundiéndolo en su oleada viva, hasta que desapareció por completo bajo el mar de cuerpos en movimiento.

Valcara permaneció inmóvil un instante, mientras su mente intentaba procesar lo ocurrido. Pero no había tiempo para lamentaciones. Con un nudo en el pecho y apretando la mandíbula con fuerza, volvió a correr, dejando atrás los gritos que ya se habían apagado y la sensación de vacío en su interior.

Con el corazón destrozado, Valcara desenfundó su daga, cuyo fulgor azul parecía reflejar el tormento que sentía. Con movimientos rápidos y precisos, acuchilló a las dos ratas que se lanzaron contra ella, a una en el corazón y a la otra en el cuello. La rabia impulsaba sus manos, pero el peso de lo inevitable la aplastaba. Sabía que no podía hacer nada por Gorham. Con las lágrimas nublando su visión y los dientes apretados en un intento inútil por contener el dolor, tomó la difícil decisión de huir, dejando atrás al viejo lobo de mar.

El golpeteo de sus pies resonaba entre el crujir de las hojas y las ramas secas. La respiración de Valcara era entrecortada. El bosque parecía cerrarse a su alrededor bajo el denso tapiz de vegetación, envolviéndola en una penumbra opresiva.

Corrió sin mirar atrás, dejando que su instinto de supervivencia la guiara mientras los chillidos y los gruñidos de las ratas llenaban el aire, un coro macabro que alimentaba su miedo. En ese momento ya no podía pensar ni sentir; solo corría.

Con los músculos ardiendo y la mente en un frenesí convulso, divisó un árbol robusto con ramas gruesas, una esperanza en medio del caos. Escaló con dificultad hasta una posición segura. Le temblaban las piernas y sus manos estaban llenas de arañazos, pero al fin estaba fuera del alcance de las criaturas. Desde allí arriba, observó impotente cómo la horda rodeaba el lugar donde había caído Gorham, devorando lo poco que quedaba de él.

El tiempo transcurrió con lentitud, cada minuto parecía una eternidad mientras permanecía en silencio, paralizada por el miedo. Poco a poco, el clamor de las ratas se desvaneció, dejando tras de sí un silencio pesado, roto únicamente por el murmullo del bosque retomando su vida habitual, dando paso al agotamiento.

Valcara respiró profundamente, aferrada a la rama que la sostenía mientras una lágrima solitaria caía por su mejilla. Aún con el corazón en duelo, obligó a su cuerpo exhausto a moverse. Bajó del árbol con cautela, decidida a encontrar una forma de abandonar aquella maldita isla.

Al tocar el suelo, un rayo de luz solar atravesó el denso entramado de hojas, iluminando un punto concreto frente a ella. Valcara, con curiosidad, siguió el rayo con la mirada. Allí, sobre la tierra, había una pequeña piedra negra, lisa y perfectamente pulida, del tamaño de una nuez.

Se agachó y la recogió. Sintió que su tacto frío calmaba su agitado interior de una manera que no lograba comprender. Durante un instante se permitió dudar de sí misma. ¿Era una coincidencia, o realmente la luz la había guiado hasta ese objeto? Sacudió la cabeza y descartó los pensamientos irracionales, pero, aun así, guardó la piedra en el bolsillo con cuidado.

15
Rumbo a Valentia

El sonido rítmico de los cascos de los caballos resonaba en el camino pedregoso mientras Shuraz, Edoz y Zarhel avanzaban hacia Valentia. La brisa fresca de la mañana agitaba los mantos de los viajeros, y los primeros rayos del sol se filtraban entre los árboles del bosque, iluminando su trayecto con un tenue resplandor dorado. Shuraz, montado en su imponente corcel negro, lideraba la marcha en silencio, vigilante, mientras Edoz cabalgaba tras él y Zarhel cerraba el grupo un poco más atrás.

Shuraz ajustó las riendas de su caballo, se puso a la altura de Edoz y lo miró de reojo, parecía concentrado en el horizonte. Rompió el silencio con un tono más relajado de lo habitual.

—Parece que por fin hemos encontrado algo de calma —comentó, jugando con una ramita entre sus dedos.

Edoz giró la cabeza hacia él. Sus ojos oscuros brillaban cansados.

—No fue fácil, Shuraz. Ni para ti ni para mí —respondió con una leve sonrisa—. Pero Anara tiene razón. Si queremos sobrevivir a lo que viene, no podemos permitirnos andar peleándonos.

El guerrero asintió, pensativo. Sus dedos dejaron caer la ramita y volvieron a las riendas.

—Ella… —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Ella tiene un don para unir lo que parecía roto. Incluso a un testarudo como yo.

Edoz rió entre dientes.

—Sí, y parece que contigo tuvo doble trabajo. Aunque, para ser sinceros, yo tampoco se lo puse fácil.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice antes de que Shuraz hablara de nuevo.

—Dejarlos en la biblioteca me pareció lo mejor. Jarben necesita tiempo para sanar, y Anara es increíble rastreando información. Ha encontrado una nueva pasión, y creo que no hay pergamino en esa cripta que se le escape.

Edoz asintió lentamente. Luego, sus ojos se perdieron en el camino.

—Juntos encontraron importantes pistas sobre los Ungidos, no se puede negar —confirmó Edoz.

Mientras seguían avanzando, el paisaje comenzó a cambiar y los árboles del bosque dieron paso a extensos campos abiertos.

Valentia era la capital de una provincia de Alonia. Estaba situada al este del reino, donde los Lagos Eternos mostraban su grandeza. Allí había sido desterrado el anterior rey de Alonia, Odimovar, al ser vencido y destronado por Rozar II el jersa. Los embajadores habían decidido visitar al ahora gobernador jersa, Odimovar, en busca de información valiosa sobre los Ungidos de Kudram, ya que durante su reinado los había desterrado y prohibido su religión debido a las oscuras prácticas y la corrupción por parte de los sacerdotes de Kudram. Su centro de operaciones siempre había sido la Gran Torre de Alonia, ahora derruida por los embajadores.

—¿Y si Rayhem está muerto? —preguntó Edoz mientras ajustaba las riendas para ir más cómodo.

—Ni se te ocurra insinuar algo así —respondió Shuraz frunciendo el ceño y apretando los dientes—. No permitiré ni una palabra más sobre la posibilidad de que Rayhem esté muerto. Vamos a Valentia a hablar con Odimovar y a obtener respuestas. Eso es lo único en lo que debemos centrarnos.

Edoz miro a Zarhel con pena. Esperaba de corazón que Shuraz tuviera razón. No quería perder a otro amigo, no después de tener

tan reciente la herida del asesinato de Mushan.

—Odimovar debe de saber algo sobre la ubicación de los Ungidos —continuó Shuraz—. No podemos permitirnos perder más tiempo.

—¿Qué sabéis de Valentia? —preguntó Zarhel, cambiando de tema—. He oído que la zona en la que se encuentra era un antiguo reino que desapareció de manera misteriosa sin dejar rastro. Estas historias han dejado una especie de estigma de maldición.

—Así es, Valentia tiene una historia intrigante —confirmó Edoz—. Está ubicada en plenos Lagos Eternos. En Jersia solían contar historias bastante sombrías sobre ese lugar. Dice la leyenda que los Lagos Eternos fueron creados por un dios moribundo, olvidado por la mayoría de la gente. En su agonía, el dios dio un último y poderoso zarpazo en la tierra, y de ese golpe brotaron los lagos, que se llenaron con su sangre hasta adquirir ese tono rojizo tan peculiar.

—Eso suena bastante sombrío —dijo Zarhel intrigado.

—Pero lo más inquietante es lo que dicen sobre las criaturas que habitan en esas aguas —continuó Edoz—. Dicen que solo emergen por la noche, cuando suben a la superficie para raptar niños que ofrecen como sacrificios a su dios caído.

—Un lugar sombrío para desterrar a un rey vencido —concluyó Zarhel—. ¿Qué opinas tu Shuraz? Parece un sitio peligroso…

—No tengo tiempo para supersticiones y superchería popular —zanjó Shuraz muy serio—. Si esas criaturas salen de las aguas, es que están vivos, y si lo están, pueden sangrar y, por lo tanto, pueden morir. Eso es lo único que me preocupa.

—Me preocupa más que Odimovar nos dé la información que necesitamos —añadió Edoz con cierto pesimismo.

Shuraz le lanzó tal mirada asesina que a Edoz se le quitaron las ganas de seguir quejándose. No quería hacer enfadar más al gran guerrero belurio.

La conversación siguió mientras los tres agregados del embajador continuaban su camino hacia Valentia con la esperanza de encontrar respuestas y, lo más importante, a su amigo Rayhem.

Horas después se encontraron a un pastor, ocupado cuidando de su rebaño. Los embajadores se miraron entre sí antes de dirigirse al hombre.

—Disculpe —empezó Edoz con tono amable—. Estamos buscando la morada del gobernador Odimovar. ¿Podría ayudarnos?

El pastor alzó la vista hacia ellos, se rascó la barba descuidada y chasqueó la lengua para llamar al perro, que se apresuró a vigilar al rebaño.

—El gobernador, ¿eh? La fortaleza que buscáis está allá, en una de las islas de los Lagos Eternos —contestó con voz ronca mientras los miraba de arriba abajo sin soltar la vara que llevaba en la mano. El rebaño seguía moviéndose con lentitud entre el pasto, mientras el perro ladraba ocasionalmente, atento a cualquier desliz de las ovejas —. Pero les diré algo, forasteros —continuó con un tono más serio—. Esa isla no es para cualquiera. No es solo llegar y plantarse frente al gobernador. Esos lagos tienen guardianes, cosas que no son de este mundo. Antiguos, dicen, y muy cabreados con quienes cruzan sus dominios sin permiso. Si piensan seguir adelante, allá ustedes. Pero no digan que no les avisé.

—Gracias por el aviso, buen hombre —dijo Edoz con una leve inclinación de cabeza.

—Ajá —resopló el pastor, que les dio la espalda para volver a su trabajo—. Que los dioses les den suerte, porque yo no me metería en ese lío ni aunque me pagaran.

Los embajadores continuaron su camino, dejando atrás al pastor y su advertencia. Si el buen hombre supiera que el guardián de los Lagos Eternos había muerto…

Cabalgaron durante horas bajo la luz de la luna llena, sin abandonar el camino. La noche estaba en su apogeo, y el resplandor plateado de la luna iluminaba el paisaje a su alrededor. Sin embargo, a medida que se acercaban a su destino, algo en el ambiente comenzó a cambiar.

El aire se volvió más denso, cargado con una extraña sensación de pesar. A lo lejos, los embajadores pudieron divisar la silueta de los Lagos Eternos, cuyas aguas rojizas brillaban bajo el reflejo de la luna. El fulgor era inquietante, parecía que la propia tierra hubiera sangrado y teñido las aguas.

A medida que se acercaban, los caballos comenzaron a inquietarse, relinchando nerviosos y frenando su paso. Los jinetes notaron el nerviosismo en los animales y sintieron cómo sus corazones latían un poco más rápido. A pesar de la belleza natural del paisaje, el aura de los Lagos Eternos transmitía una sensación de peligro latente.

Zarhel acarició las crines de su caballo para tratar de calmarlo mientras observaba las aguas rojas con atención. Shuraz y Edoz hicieron lo mismo, manteniendo un ojo en sus monturas y otro en las inquietantes aguas.

Los tres intercambiaron miradas cargadas de incertidumbre. Las leyendas sobre esas aguas rojas parecían cobrar vida ante sus ojos. Por suerte, ya estaban cerca de Valentia.

Muy nerviosos, los embajadores guiaron a sus caballos hacia la orilla de los Lagos Eternos. Los animales se resistían, pero sus jinetes los persuadieron con paciencia y habilidad.

—No sé qué ocurre, pero esto me huele mal —susurró Edoz, agarrando fuertemente las riendas de su caballo, que se había detenido en el sendero que bordeaba uno de los lagos.

—Preparaos —les instó Shuraz, que desmontó del caballo y desenvainó su espada—. Algo no va bien. Siento la misma sensación que justo antes de entrar en batalla.

Zarhel desmontó de su asustada montura, sacó el látigo del petate y lo desenredó, preparándose para lo peor.

Edoz desenfundó ambas dagas y, aún sobre su caballo, observó cómo una pequeña ondulación surgía del centro del lago. El agua se agitó con un movimiento inquietante, formando círculos concéntricos que se expandían desde el punto central. La luna llena proyectaba destellos plateados sobre las aguas rojas. De pronto, una figura

surgió lentamente del agua, envuelta en una neblina que parecía danzar a su alrededor. A medida que la figura se materializaba, los embajadores pudieron distinguir los contornos de un ser humanoide, aunque su apariencia estaba distorsionada y sus rasgos eran borrosos.

Shuraz cogió su espada con fuerza, sin apartar la vista de la figura acuática. Edoz y Zarhel también se prepararon para lo que pudiera suceder, con sus armas listas para la acción. La sensación de peligro se intensificaba a medida que la figura avanzaba hacia la orilla, dejando un rastro de neblina en su estela.

Cuando estaba lo suficientemente cerca como para ser distinguida con claridad, los embajadores se quedaron atónitos. Era un ser humano, pero su piel tenía un tono pálido y translúcido, se trataba de una sombra hecha carne. Sus ojos eran dos puntos oscuros y penetrantes que parecían mirar directamente al alma de quienes los observaban.

La figura se detuvo en la orilla. Tenía sus pies descalzos hundidos en el barro rojizo. Su apariencia era inquietante y emanaba hostilidad. Había una calma silenciosa. La neblina que lo rodeaba se disipó gradualmente, revelando sus rasgos con mayor claridad.

La criatura, en una aparición irreal, empuñaba con autoridad una lanza de punta dorada que brillaba bajo la luna. Las agallas en su cuello eran evidencia inequívoca de su conexión con las profundidades acuáticas. Lucía collares de redes y moluscos que colgaban de su atuendo. Parecía marcar su dominio sobre las aguas rojizas de los Lagos Eternos.

—¿Quién eres? —preguntó Shuraz con voz firme, manteniendo su espada en posición defensiva.

La figura alzó una mano pálida y habló con una voz suave, pero cargada de un eco lejano, sus palabras parecían venir de otra dimensión.

—Soy el guardián de los Lagos Eternos —contestó con una cadencia melódica—. No podéis pasar.

Las palabras del guardián resonaron en el aire y crearon un tenso silencio entre los belurios.

Decenas de cabezas emergieron de las aguas y los observaron con sus ojos negros insondables.

El guardián fijó su mirada en Shuraz, desafiante.

—¡Cazar seres humanos es algo que no tiene comparación con ninguna otra cosa. Una vez lo pruebas, ya no le encuentras sabor a nada más! —exclamó el guardián con una voz que resonó sobre las aguas, mientras sus soldados los vigilaban desde el interior del lago.

Shuraz dio un paso adelante, sin amedrentarse.

—¡¿Me estás amenazando?! —preguntó exaltado, enfrentándose al guardián con una mirada desafiante.

—No es una amenaza, es una advertencia —respondió el guardián con desdén—. No toleraré la presencia de vuestro rey en nuestros dominios. Llevamos eras en libertad, y no permitiré que venga a alterar nuestro equilibrio. El agua subirá y os ahogará a todos.

—Odimovar no es nuestro rey —corrigió Shuraz.

—Es humano, para mí lo es. —contestó el guardián con rotundidad.

—¿Y crees que eso detendrá a los embajadores de Beluria? —intervino Edoz a un lado de Shuraz, mostrando sus dagas con gesto amenazante.

El guardián soltó una risa siniestra.

—Vuestra valentía es admirable, embajadores de la nada, pero no tenéis ni idea de a lo que os enfrentáis. Este lugar es nuestro territorio, y no dudaremos en defenderlo a toda costa.

—No venimos en busca de pelea —declaró Zarhel con voz calmada, mientras sostenía el látigo con firmeza—. Solo queremos respuestas sobre los Ungidos, venimos para hablar con Odimovar.

El guardián miró a los tres embajadores con un aire de desdén.

—Las respuestas que buscáis están más allá de vuestro alcance. Y no vais a encontrar nada más que muerte si continuáis. Marchaos ahora, mientras aún podéis.

Shuraz apretó su espada. Su paciencia estaba llegando al límite.

—No abandonaremos sin hablar con Odimovar, guardián. —Su voz retumbó con un tono desafiante—. Así que dejadnos avanzar, será lo mejor para todos.

El guardián soltó un gruñido gutural mientras sus ojos centelleaban con furia.

—Vosotros, efímeros mortales, no podéis comprender la magnitud de a lo que os enfrentáis. Si seguís adelante, encontraréis vuestra perdición en estas aguas de sangre. ¡Vuestros asuntos mortales me traen sin cuidado!

Los embajadores y el guardián se mantenían en un enfrentamiento de voluntades, cada uno determinado a proteger sus propios intereses.

La amenaza se materializó cuando el guardián, sin previo aviso, arremetió contra Shuraz, hiriéndole en la cara con un movimiento rápido de su lanza. Shuraz escupió sangre, sorprendido por la agresión repentina.

—Dejádmelo a mí —les susurró el guerrero girándose hacia sus amigos.

El agua se agitaba bajo la luz azulada de la luna. Olía a limo, a piel húmeda y a muerte. Zarhel no quitaba los ojos del lago. Sus dedos apretaban el mango del látigo con fuerza.

Edoz se agachó junto a una roca musgosa, con sus dagas en alto, cruzadas sobre el pecho. Sus ojos escudriñaban la superficie quieta mientras el reflejo de las estrellas temblaba sobre las ondas.

Un crujido de juncos.

El primer cuchillo salió del agua. Luego otro, y otro más. Las armas surgieron como peces lanzados desde las profundidades. Silbaban. Rozaban piedras, cortaban el aire. Uno rozó el hombro de Zarhel y le hizo retroceder.

Y entonces, de pie en el centro del lodazal, emergió el guardián.

Su cuerpo estaba cubierto de placas oscuras, algas colgaban de sus hombros y su lanza dorada brillaba con un fulgor ajeno. Bajo su yelmo marino, sus ojos relucían con una calma cruel. Era alto. Demasiado. El agua apenas le cubría los tobillos.

Shuraz se adelantó.

Su espada silbó con su primer ataque, una curva perfecta que buscaba el pecho del guardián.

El choque fue seco. La lanza del monstruo detuvo el filo justo a tiempo. Chispas salieron despedidas al contacto. El guerrero retrocedió un paso, giró sobre el talón y atacó de nuevo. Esta vez desde abajo.

El guardián bloqueó con el antebrazo.

El metal chocó contra escamas de bronce. No sangró. No gruñó. Avanzó.

Shuraz tuvo que ceder terreno. Cada paso hacia atrás lo dejaba más cerca del borde del lago. Los proyectiles seguían surgiendo del agua, como si el mismo pantano atacara.

Zarhel silbó y lanzó el látigo, que se enroscó en el tobillo del guardián, tiró con fuerza. Nada. No se movió ni un ápice.

—¡Ahora, Shuraz!

El guerrero plantó los pies y cargó con todo su peso. La espada cortó el aire, bajando en diagonal. El guardián subió la lanza.

Impacto.

Las armas vibraron al chocar. Pero esta vez Shuraz lo empujó. Su grito se perdió entre los juncos. El guardián retrocedió un solo paso, pero bastó.

Shuraz giró la hoja, cambió de dirección en mitad del impulso y hundió el filo bajo la axila del enemigo. El metal entró con un sonido sordo, como si cortara carne mojada.

El guardián soltó la lanza. No cayó. Atrapó a Shuraz por el cuello con ambas manos.

—¡Zarhel!

El látigo silbó de nuevo. Esta vez apuntó al rostro. Impactó con su punta de metal. Un ojo le estalló en un chorro negruzco.

Edoz saltó entre los dos. Le clavó al guardián una daga en el cuello y otra en el abdomen, ambas entraron en zonas entre escamas.

El guardián soltó a Shuraz y se tambaleó hacia atrás. La espada seguía dentro.

Shuraz la retorció.

El grito del monstruo fue profundo y hueco, más una vibración que un sonido. Se le aflojaron las piernas. Cayó de rodillas. Luego de bruces. Las redes, moluscos y conchas que colgaban de su armadura se perdieron en el lodo.

Solo se oyó el sonido de su caída y el borboteo del agua al tragarse su sangre.

En medio del caos, un proyectil procedente del lago impactó en el brazo de Edoz. Apenas fue un rasguño, pero el golpe le hizo perder el equilibrio y, al caer, su cabeza chocó contra una roca. Edoz quedó inconsciente, como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas.

—¡Edoz! —gritó Zarhel, aterrado.

—¡Corre! —ordenó Shuraz, mientras Zarhel cargaba con el cuerpo de su compañero sobre sus hombros.

El guerrero alzó su espada por encima de la cabeza y se colocó con audaz valentía entre los proyectiles enemigos. Con movimientos precisos y certeros, desvió las flechas y partió las lanzas en pleno vuelo, desbaratando con destreza los ataques cargados de hostilidad. Zarhel no hizo caso a Shuraz y se quedó a su lado.

Una daga de obsidiana negra con relieves rojos resplandecientes cayó cerca de él. Aprovechó la oportunidad para poner a Edoz a resguardo tras una gran roca antes de volver junto a Shuraz; de camino recogió la daga negra que seguía en el suelo y se la guardó en su cinto.

Las criaturas híbridas emergieron de las aguas rojas como pesadillas encarnadas. Sus ojos brillaban con una malévola sed de sangre y venganza. Las lanzas se clavaban en la arena, y el silbido de flechas llenaba el aire.

Zarhel rugió desafiante y chasqueó su látigo para mantener a distancia a todo el que intentaba acercarse. Los picos de metal de la punta del látigo destellaban como estrellas fugaces.

Shuraz, a la defensiva, vio cómo uno de los híbridos se lanzaba hacia él con las garras y los colmillos afilados, pero el guerrero belurio lo recibió con un golpe preciso de su espada, cortando su avance en seco y partiéndolo por la mitad, llenando todo de sangre con olor a pescado podrido.

Zarhel, látigo en mano, se giró en un movimiento elegante y lo hizo silbar a través del aire antes de enroscarlo alrededor del cuello de uno de los atacantes, al que derribó con un tirón y lo dejó a merced de Shuraz, que lo atravesó con su espada. Los dos intercambiaron una mirada cómplice.

Mientras tanto, el lúgubre lago de aguas rojas se extendía como un espejo sombrío bajo la luz de la luna llena, liberando a sus combatientes de sus aguas, parecía sangre antigua que emanaba una sutil fragancia metálica y un hedor a putrefacción.

Shuraz giró su espada y trazó un semicírculo mortal mientras desviaba un ataque de otro enemigo. Zarhel, muy seguro de sí mismo, se movió con agilidad felina. Su látigo encontraba objetivos cada vez que lo lanzaba, cortando y desgarrando la carne de los seres acuáticos.

En medio del caos del combate, Shuraz se erigía como una fuerza implacable de la naturaleza. Su musculosa figura se movía con una agilidad y gracia sorprendentes para su tamaño mientras blandía su espada con destreza mortal. Cada golpe que daba era calculado y preciso, y su espada cortaba el aire con silbidos letales. Su rostro estaba tallado en una expresión de concentración feroz, y sus ojos brillaban con una fuerza inquebrantable mientras se enfrentaba a los híbridos con audacia.

Uno de los guerreros se abalanzó hacia el lugar donde estaba el cuerpo de Edoz, pero Shuraz lo interceptó con un rápido tajo de su espada que partió a la criatura por la mitad, salpicando de sangre la orilla del lago. Otro híbrido intentó atacar a Zarhel por detrás, pero el carcelero se dio la vuelta rápidamente y lo golpeó en la cabeza con el pomo de su látigo. Con un fuerte chasquido, la cabeza del ser se partió como una nuez y cayó inerte a sus pies.

Las criaturas rodearon a los héroes belurios, pero Shuraz y Zarhel se mantuvieron firmes. Zarhel blandió su látigo en la mano derecha mientras con la izquierda desenfundaba la daga negra que se había guardado en el cinto. Shuraz empleó su espada como un escudo, bloqueando el ataque de las garras mientras contraatacaba con un golpe certero a la garganta del híbrido. La sangre salpicó a Zarhel.

—¡Me estás poniendo perdido! —gritó Zarhel en medio del violento combate.

—¡No puedo evitarlo! —exclamó Shuraz entre risas, mientras su espada cortaba el aire en rápidos movimientos defensivos.

Zarhel se movió con agilidad para esquivar un ataque y darle una patada a un híbrido que lo devolvió al agua.

—¡Bien dicho! ¡Pero intenta no decorar tanto mi atuendo con esta asquerosa sangre podrida! —respondió Zarhel con una sonrisa burlona, mientras su látigo se enroscaba alrededor de los tobillos de un híbrido y lo derribaba al suelo, apuñalándolo después donde suponía que debía de estar el corazón.

—Parece que sí estaba ahí —susurró, apretando la empuñadura del puñal hasta que el ser dejó de moverse.

—¡Prometo ser más cuidadoso, maestro del látigo! —siguió Shuraz, con su risa resonando en medio del fragor de la batalla.

Las aguas carmesí se teñían ahora con la sangre de sus habitantes de las profundidades.

Zarhel giró el látigo en un amplio arco y barrió las piernas de dos híbridos, haciéndolos caer al suelo con un estruendo sordo. Acabó con ellos con el puñal, táctica que le había salido bien y repetía.

—¡Espero que esto cuente como pesca! Aunque prefiero algo menos viscoso para la cena —exclamó Zarhel mientras su látigo silbaba en el aire y desgarraba a otro de los híbridos.

Shuraz se abalanzó hacia adelante y su espada cortó en un tajo descendente, separando la cabeza de otro de un solo golpe.

—¡Si quieres comer esto, necesitarás un estómago más fuerte! ¡Yo no pienso cocinarlo! —respondió el guerrero con una risa ronca, esquivando un golpe y atravesando el cuello de otro con su espada.

Zarhel lanzó su látigo para envolver el cuello de uno y de un fuerte tirón lo derribó degollado al suelo.

—¡Te preocupas por tonterías! ¿No ves que se están multiplicando? —replicó Zarhel, que bloqueó con agilidad el zarpazo de una criatura y lanzó un rápido giro de su látigo hacia otra.

Aprovechando el momento, uno de los atacantes saltó desde atrás, pero Shuraz lo detectó a tiempo y se giró rápidamente, empalando al monstruo en el aire y llenándose de sangre. Zarhel giró alrededor de un árbol cercano y lo utilizó para impulsarse hacia adelante mientras su látigo rodeaba la cintura de un híbrido. De un fuerte tirón lo atrajo hasta él y lo apuñaló en el pecho hasta acabar con su vida.

—¡Suficientes para abrir un maldito mercado de monstruos! ¡Cuidado, a tu derecha! —advirtió Shuraz, señalando con su espada mientras cortaba las patas de otra bestia.

—¡Gracias, pero no necesito un guardián! ¡Tú céntrate en no ser devorado, grandullón! —exclamó Zarhel, girando sobre sí mismo para lanzar el látigo y derribar al híbrido que Shuraz había señalado.

Zarhel se movía con una elegancia felina. Su figura esbelta y ágil evitaba los ataques de las criaturas con una destreza sobrenatural. Sosteniendo su látigo con maestría, lo hacía girar y silbar en el aire como una extensión de su voluntad. Se ayudaba de la daga de obsidiana que se había agenciado en la otra mano. Cada movimiento suyo estaba lleno de confianza, sabía por instinto cómo anticipar y contrarrestar los ataques enemigos.

—¡No caigo tan fácil, Zarhel! —gruñó Shuraz mientras cortaba con un tajo horizontal a varias de las criaturas que lo rodeaban—. A diferencia de tus preciados híbridos, soy mucho más difícil de masticar.

—¡Y también más terco! —replicó Zarhel con un jadeo—. Pero no me quejo… Al menos, sabes blandir una espada.

Shuraz era como un torbellino de muerte, su espada cortaba y rebanaba a diestro y siniestro. Con la adrenalina recorriendo cada fibra de su ser, Zarhel se lanzó contra dos híbridos al mismo tiempo. Su látigo, como una extensión de su voluntad, cortaba el aire con furia, golpeando y desgarrando con una precisión letal en un despliegue de destreza y ferocidad. Con el puñal daba el golpe de gracia y ejecutaba a sus enemigos sin piedad.

—¡Mis habilidades son suficientes para cubrirte la espalda! —gruñó Shuraz mientras bloqueaba un golpe y respondía con un rápido contraataque—. A menos que prefieras que te la cubra otro.

Zarhel aterrizó junto a él tras de un salto. Estaban rodeados por híbridos que los acechaban.

—Por hoy, te lo concedo. Pero si sobrevives, te haré practicar con el látigo. ¡A ver si aprendes lo que es la elegancia! —dijo con una sonrisa desafiante antes de lanzarse de nuevo al ataque.

Las criaturas acuáticas cayeron una tras otra. Sus cuerpos yacían esparcidos en el suelo y su amenaza había sido silenciada por la maestría en el combate de los dos héroes, imparables y sincronizados en medio del caos para transformar la batalla en un espectáculo brutal y coordinado.

Al fin, todo quedó en silencio. Solo el susurro del viento y los latidos agitados de los héroes rompían la calma. Al ver su capacidad de destrucción, muchos supervivientes huyeron sumergiéndose en el fondo. Habían vencido a las criaturas que emergieron de las aguas malditas.

La orilla estaba cubierta de sangre y cuerpos esparcidos. En un rápido y frenético intercambio, Shuraz y Zarhel habían luchado

contra sus adversarios, aprovechando la torpeza de estos en tierra firme y su propia destreza. Avanzaron para alejarse de la orilla.

—¡Demonios, Zarhel! —exclamó Shuraz entre jadeos—. Has demostrado ser un valioso compañero en el campo de batalla.

Zarhel esbozó una sonrisa modesta y asintió.

—Gracias —respondió, bajando la cabeza—. Siempre es un honor luchar a tu lado, la leyenda beluria.

—¿Dónde has aprendido a pelear así? —preguntó el guerrero, que se estaba limpiando la sangre de la cara con el dorso de la mano.

Zarhel dejó que su mirada se perdiera en el horizonte.

—En cualquier lugar donde reinara el caos —dijo al fin, con tono casi melancólico—. Las calles y los agujeros más oscuros fueron mis primeros maestros. Allí no hay reglas. Cada pelea era un paso más para aprender a sobrevivir. —Hizo una pausa y su expresión se endureció—. Con el tiempo, aprendí de todos los estilos de combate que se cruzaron en mi camino. Puños, cuchillos, látigos… Lo que fuera necesario para salir con vida. Y mi trabajo como carcelero… Bueno, digamos que mantener el control de los peores criminales también me enseñó bastante.

Shuraz asintió, impresionado por la crudeza que se escondía detrás de aquellas palabras.

—Ahora entiendo por qué estos malditos bichos no te asustaban —comentó con una sonrisa—. Me alegra que estés de nuestro lado, Zarhel. Creo que lo que quedaba de mi desconfianza hacia ti acaba de morir junto a esos monstruos. ¿Qué dices? —preguntó Shuraz con un gesto decidido, y levantó su brazo derecho con la palma abierta en un gesto de respeto.

Zarhel lo miró de reojo, evaluándolo, y luego dejó escapar una breve carcajada.

—Quizá no seas tan cabezón como pareces.

Se acercó con paso firme y chocó su mano contra la de Shuraz. El impacto resonó sobre las aguas carmesí del lago.

El silencio se impuso entre ellos, tan denso que parecía borrar el mundo a su alrededor. Habían olvidado a su compañero caído. Pero cuando sus miradas descendieron y vieron a Edoz inmóvil a sus pies, algo dentro de ellos se congeló. Su rostro, pálido como el de un cadáver, les arrancó el aire de los pulmones. Ninguno tuvo el valor de inclinarse y tomarle el pulso; temían que el simple acto confirmara lo que no se atrevían a aceptar: que ya no estaba entre ellos.

16
Fulgores

Rayhem se inclinó sobre el libro abierto, la piel de sus manos arrugada por la humedad. A su alrededor, las estanterías se alzaban como esqueletos ahogados, cubiertas de musgo, con los tomos hinchados por el agua que chorreaba desde las paredes. La biblioteca sumergida se mantenía en un silencio casi sagrado, interrumpido solo por el gotear constante y el leve murmullo que nacía de las palabras que el muchacho leía sin pronunciar.

Pasó las páginas con cuidado. Algunas se disolvían al tacto. Otras, aún firmes, destilaban una energía contenida que le erizaba la piel. Las letras, deformes y vivas, parecían moverse cuando no las miraba directamente. No entendía del todo lo que decían, pero algo en él sí lo comprendía.

Rayhem dejó que sus dedos se apoyaran sobre un símbolo grabado en el lomo de uno de los libros. Una vibración le subió por el brazo y, por un momento, escuchó un susurro al fondo de su oído. No venía del libro. Venía del agua.

Se puso en pie y alzó la mano derecha. El líquido estancado tembló. Un leve remolino nació cerca de sus pies, se alzó un palmo y se mantuvo suspendido. No tenía forma, ni dirección, pero lo reconocía. Era suyo. Un poder en su interior.

Rayhem retrocedió, jadeando. Le dolía el pecho. Una gota de sangre resbaló por su nariz. Se la limpió apurado.

Volvió al libro. Leyó más. Buscó otras frases, otros símbolos. Las repitió en su mente. No las recitó. Solo las pensó.

Al cabo de un rato, alzó ambas manos. El aire a su alrededor respondió. Pequeños hilos de luz se elevaron desde sus dedos, se tensaron, se soltaron. Uno de ellos surcó la sala como una flecha y se deshizo contra una columna.

Rayhem se quedó inmóvil. Escuchó. Nada más que el agua estancada. Pero había algo. Una presencia. Alguien que no era él. Que no lo miraba, pero lo sabía. Un antiguo habitante de aquel lugar, quizá.

Y entonces lo sintió: la misma vibración que había recorrido su brazo. Ahora en la nuca. En los huesos. En el alma. No era poder externo. Era suyo. Era un eco que por fin respondía.

Pasó horas allí. A veces de pie, otras de rodillas. Probaba. Fallaba. Avanzaba. La energía respondía con lentitud, pero no lo rechazaba. Al contrario, se ofrecía poco a poco.

En uno de los últimos intentos, apuntó hacia una silueta que se formaba en la bruma. Una figura translúcida, sin rostro, suspendida entre los pilares. Rayhem alzó un brazo. La luz surgió de sus dedos expulsada con fuerza. El espíritu reculó. Gritó sin voz. Se desvaneció.

Rayhem cayó al suelo, exhausto. Pero había ocurrido. Lo había tocado. Lo había dañado.

Sonrió. No necesitaba colgantes, ni palabras sagradas. No conjuraba nada. Solo escuchaba y devolvía la llamada. El poder no venía de los libros. Estaban allí solo para despertar algo más antiguo. Algo que ya vivía en él.

Bel-Hur le había tocado. Aunque no supiera cuándo.

Guardó el libro. Se envolvió en su capa y avanzó hacia la escalinata cubierta de limo. Las sombras le abrieron paso, y por primera vez, no le parecieron tan oscuras.

—No es un día cualquiera, ¿verdad, Kael? —preguntó Rayhem, sentado sobre una mesa de la biblioteca inundada.

—Cierto —respondió el espíritu, que apareció con un destello etéreo—. Cada vez que nos encontramos, algo nuevo surge en tu mente.

—Anoche hablé durante mucho rato con Elyas. Sus objetivos, su devoción a Kudram… No sé qué creer —suspiró Rayhem.

—¿Acaso estás dispuesto a aceptar todas las verdades que se te presentan? —preguntó Kael con tono desconfiado.

—Toda mi vida he sido un defensor de los dogmas de Bel-Hur —contestó Rayhem con el ceño fruncido—, pero ahora estoy comenzando a cuestionar si hemos interpretado correctamente el camino.

—No todo es como parece, Rayhem —dijo Kael—. Los Ungidos pueden haber tomado un sendero que creen correcto, influenciados por algo más antiguo y oscuro.

—¿Quieres decir que no hay infiltrados de Kudram entre nosotros? —reflexiono Rayhem.

—Tal vez no en el sentido que crees —respondió Kael en tono misterioso—. Quizá algunos se han convencido de que su camino es diferente, de que su fe es genuina.

—Pero ¿cómo puedo estar seguro? ¿Cómo puedo proteger a mi gente? —preguntó Rayhem, dubitativo.

Jarben, el ratoncito albino, recorría la mesa dando vueltas alrededor de Rayhem, iluminando la escena con su cálida luz interior.

—He oído decir que el conocimiento es una luz en la oscuridad. Si bien es cierto que las dudas pueden cuestionar tu fe, también pueden iluminar nuevos caminos —razonó Kael mirando a los ojos del vivo.

—Es cierto. Si tan solo pudiera entender mejor lo que está sucediendo… —añadió Rayhem.

—Déjame compartir contigo una historia de hace eras. Los Ungidos no siempre fueron lo que son ahora. Hubo una época en la que no eran vistos como enemigos —empezó el espíritu, que iluminaba la estancia con su fulgor azulado.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Rayhem.

—En mi vida pasada, los Ungidos estaban bajo una influencia que los guiaba. Una entidad oscura les otorgó el conocimiento de Kudram, pero esa entidad tenía sus propios propósitos.

—¿Qué quieres decir?

—Había alguien detrás de los Ungidos, manipulándolos para que adoraran a Kudram —explicó Kael—. Alguien que tenía sus propios planes ocultos.

—Entonces… ¿quizá los Ungidos actuales no son completamente responsables de sus acciones? —preguntó Rayhem.

—Algo así —asintió Kael—. Rayhem, estás en una encrucijada. Puedes elegir creer en la oscuridad aparente, o puedes buscar la verdad más profunda.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó el sacerdote al espíritu.

Kael se detuvo un instante, la pregunta había encendido algo en su esencia. Su brillo osciló y por un momento pareció más el fragmento de un recuerdo que una entidad presente.

—Porque fui testigo, Rayhem —respondió con una voz que cargaba con siglos de pesar—. Yo viví en la era donde todo comenzó. Conocí a los primeros Ungidos, y también conocí a aquello que los corrompió.

Rayhem lo miró fascinado. Jarben, el pequeño ratón, se detuvo frente a él, aguardando la respuesta con interés.

—¿Quieres decir que formaste parte de ese tiempo? ¿Que estuviste allí cuando los primeros Ungidos se apartaron del camino de Bel-Hur? —insistió el sacerdote con voz desafiante.

—Algo más que eso —siguió Kael con un destello fugaz en sus ojos etéreos—. Fui uno de ellos.

El aire pareció congelarse. Las palabras de Kael resonaron en la biblioteca inundada y rebotaron entre las estanterías empapadas como un eco que se negaba a desvanecerse.

Rayhem dio un paso atrás por instinto mientras su razón luchaba por procesar la revelación.

—No… eso no puede ser. Tú… tú has sido mi guía, mi consejero. ¿Cómo puede alguien que sirvió a la oscuridad estar aquí, conmigo, luchando por la luz? —exclamó.

Kael asintió mientras su forma se desvanecía y se volvía cada vez más translúcida.

—La redención no es un camino fácil, Rayhem. Durante siglos he buscado formas de enmendar mis errores, de reparar el daño que ayudé a causar. Por eso estoy aquí, contigo. Porque veo en ti la esperanza de evitar que el ciclo se repita.

—¿Evitar que el ciclo se repita? —Rayhem lo miró fijamente, sintiendo que el peso de sus palabras caía sobre él—. ¿Qué ciclo? ¿Qué es lo que realmente está en juego aquí?

Kael se acercó flotando y su luz se tornó más intensa, casi cegadora.

—El ciclo de destrucción y dominación que Kudram sembró en los Ungidos. Si no se detiene, consumirá no solo a tu orden, sino al mundo entero. Y esta vez, no habrá nada ni nadie que pueda resistir.

Rayhem sintió que su pecho se contraía. De repente, el agua a sus pies pareció más fría, y el ambiente, más opresivo.

—¿Cómo podemos enfrentarnos a esto?

El espíritu inclinó la cabeza y, por primera vez, su voz sonó más humana, casi quebrada.

—Primero, debes enfrentarte a tus propias dudas, Rayhem. Sin claridad en tu corazón, no podrás ver la verdad cuando se te revele.

Rayhem asintió sin apartar la mirada del espíritu. Pero una sombra en el fondo de la biblioteca, un movimiento apenas perceptible, hizo que se girara instintivamente.

—¿Qué es eso? —preguntó, en guardia.

Kael se volvió hacia la penumbra y su luz pareció palidecer.

—No estamos solos —murmuró.

Antes de que Rayhem pudiera reaccionar, un sonido gutural rompió el silencio y una figura emergió de la oscuridad. Su presencia

era tan densa y perturbadora que incluso el aire pareció volverse pesado.

La figura espectral avanzó desde las sombras con un movimiento antinatural, su forma se ondulaba como el humo en un vendaval. Sus ojos, dos pozos negros y profundos, parecían absorber la luz tenue que Jarben irradiaba. El aire se llenó de un frío abrumador que calaba hasta los huesos. Rayhem retrocedió.

Kael flotó entre el sacerdote y el espectro, aunque su fulgor azul parpadeaba como una llama a punto de extinguirse.

—¡Rayhem! —gritó Kael con urgencia—. Este espectro no ha venido solo a acallarme. ¡Si no lo detenemos, su presencia puede romper el equilibrio entre este mundo y el de los muertos!

Rayhem tragó saliva. Se sentía impotente sin su bastón ceremonial. El agua oscura le llegaba a los tobillos, y el eco de las gotas cayendo desde el techo acompañaba los tensos instantes previos al enfrentamiento.

—¿Cómo esperas que lo detenga? —replicó Rayhem, mientras el espectro se deslizaba hacia ellos a gran velocidad—. ¡Estoy desarmado!

—¡Tus manos! —exclamó Kael—. Bel-Hur te ha bendecido más de lo que crees. Siente la energía que fluye en ti, úsala.

El espectro lanzó un aullido desgarrador y extendió una garra incorpórea hacia Kael, que fue envuelto por un torbellino de tinieblas. La luz del espíritu titiló mientras se debilitaba poco a poco.

—¡Kael! —gritó Rayhem, extendiendo una mano hacia su amigo etéreo. Sin pensar, apretó los puños y sintió el calor recorrer sus brazos, un fuego invisible se encendió bajo su piel. Miró sus manos, que ahora brillaban con un resplandor dorado.

El espectro se giró hacia él. La energía que manaba de sus manos había captado su atención. Con un rugido gutural, cargó hacia Rayhem con la boca abierta, levantando ondas en el agua estancada.

Rayhem reaccionó al instante. Alzó una mano y la descargó con fuerza hacia el espectro, liberando una ráfaga de luz dorada que impactó en su torso nebuloso. El espectro se detuvo en seco, aullando de dolor mientras su forma fluctuaba.

—¡Funciona! —exclamó asombrado, mirándose las manos iluminadas de un intenso tono dorado.

Kael, debilitado, logró liberarse de las sombras que lo envolvían, pero su forma se veía translúcida, más frágil.

—¡No te detengas, Rayhem! ¡Tu energía es lo único que puede dañarlo!

El espectro, furioso, se lanzó de nuevo contra él. Esta vez, el sacerdote esquivó por poco un zarpazo que desgarró el aire, dejando un rastro helado en su piel. Cargó ambas manos con energía luminosa y giró sobre sí mismo, descargando un golpe doble que atravesó al espectro.

El impacto hizo que la criatura retrocediera con un chillido desgarrador. Sin embargo, una de sus sombras serpenteó por el suelo y envolvió a Kael.

—¡Resiste! —gritó Rayhem.

—Rayhem… —susurró Kael, que emitió un sonido ahogado y su luz menguó aún más. El brillo de sus ojos comenzó a desvanecerse, y su voz se volvió fragmentada—. Estoy olvidando… algo importante…

El espectro aprovechó la distracción para cargar de nuevo, esta vez con una velocidad que Rayhem no pudo prever. La garra incorpórea atravesó su pecho, y aunque no dejó heridas visibles, el frío de la muerte se apoderó de su cuerpo.

Rayhem cayó de rodillas respirando con dificultad, le dolía mucho el pecho. Sentía que la fuerza que Bel-Hur le había concedido se desvanecía, pero entonces vio a Jarben, el pequeño ratón albino, iluminando el suelo cerca de Kael.

La cálida luz del animal le dio una chispa de esperanza y sus ojos rojos le recordaron a los de su amigo Jarben, el humano.

—Kael… —llamó Rayhem, poniéndose de pie con esfuerzo.

Con una última ráfaga de energía, extendió ambas manos hacia Jarben y canalizó la luz del ratón en un ataque concentrado. Una columna de resplandor dorado llenó la habitación, impactando en el espectro con tal fuerza que su forma se desintegró en un grito agónico, desvaneciéndose en el aire como polvo en el viento.

La biblioteca quedó en silencio, excepto por el eco del agua chapoteando y la respiración agitada de Rayhem. Jarben, apoyado sobre las dos patas traseras, movía los bigotes con gracia y comenzó a limpiarse las orejas con sus dos patitas, ajeno a lo sucedido.

Kael flotaba débilmente, apenas una sombra de lo que había sido.

—Lo lograste… —murmuró el espíritu con un tono lleno de gratitud—. Pero mi tiempo… está acabando.

—No —respondió Rayhem—. Encontraré una forma de restaurarte. Juro por Bel-Hur que no te perderé.

Jarben se acercó al espíritu y emitió un suave destello que pareció infundirle algo de energía, aunque mínima.

—Tendremos que darnos prisa —susurró Kael— antes de que lo olvide todo.

Tras unos minutos de descanso, Kael se sentía mejor y su luz se veía con más intensidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Rayhem, preocupado, observando el fulgor debilitado del espíritu.

—Creo que sí —respondió, pero su tono tenía un matiz de duda. Sus ojos etéreos se fijaron en Rayhem con una expresión extraña, mientras intentaba recordarlo—. Pero… —hizo una pausa y miró a su alrededor con desconcierto—. ¿Quién eres tú?

Rayhem sintió un nudo en el pecho al escuchar esas palabras. La pelea no solo había desgastado la esencia de Kael, sino que parecía haber borrado parte de sus recuerdos.

—Soy yo, Rayhem.

—¡Rayhem! —exclamó el espectro, cambiando su expresión al acordarse del sacerdote.

—¿Sabes quién soy? —preguntó confuso.

—Sí, amigo. Solo que a veces mi memoria flaquea —respondió.

—Gracias por tu ayuda. —Rayhem cogió aire, todavía intentando recuperar el aliento tras el enfrentamiento.

—No hay de qué —respondió Kael con una voz cargada de melancolía—. Además, ese espectro venía a por mí, no por ti, así que no deberías darme las gracias. —El espíritu bajó la mirada, su luz etérea más tenue que nunca.

Rayhem notó la fragilidad de su compañero. Kael parecía desgastado, el esfuerzo de la pelea había borrado fragmentos de su esencia.

—No te preocupes —dijo Rayhem, intentando mostrarse optimista—. He descubierto algo malo, que los espectros pueden venir a atacarme desde el otro mundo. Pero también algo bueno. —Miró sus manos y las levantó con curiosidad. Eran delicadas, de dedos largos y finos, nada que sugiriera la fuerza que habían mostrado—. Puedo defenderme con mis propias manos.

Kael alzó la vista y le dedicó una mirada llena de sabiduría.

—No subestimes lo que eso significa, Rayhem. Lo que has hecho no es común, ni siquiera entre los siervos más devotos de Bel-Hur. Ese poder no solo viene de ti, es un canal directo con tu dios.

Rayhem asintió, procesando las palabras. Luego se cruzó de brazos, pensativo.

—Así que vuestro culto, en el pasado, proviene del nuestro. Tiene sentido. Kudram fue discípulo de Bel-Hur antes de ser castigado y desterrado por rebelarse.

Kael suspiró. Su fulgor oscilaba mientras cada vez parecía costarle más esfuerzo hablar.

—No fue solo una rebelión, Rayhem. Fue una traición profunda y compleja. Kudram no solo desobedeció; quiso alterar los fundamentos del equilibrio entre luz y oscuridad, entre la vida y la

muerte. Pero el destierro no lo detuvo. Encontró un modo de corromper la fe de algunos y de transformar lo que una vez fue sagrado en algo retorcido.

Rayhem frunció el ceño. La revelación había encendido más preguntas en su mente.

—¿Crees que su influencia persiste en los Ungidos? ¿Que su mano está detrás de lo que les ha llevado a seguir ese camino?

—No lo creo. Lo sé —respondió Kael con tono grave.

El sacerdote guardó silencio unos instantes.

—Entonces, si Kudram logró desviar a sus propios seguidores, ¿qué garantiza que nosotros, los siervos de Bel-Hur, no estemos igualmente ciegos?

Kael se giró y miró a Jarben, que mientras se afanaba en su aseo seguía iluminando la sala con su cálida luz.

—Esa es la pregunta que debes responderte, Rayhem. No todo es blanco o negro, incluso entre los siervos de la luz. Las enseñanzas pueden ser torcidas, manipuladas, y los más devotos pueden ser usados como instrumentos de destrucción sin siquiera saberlo.

Rayhem bajó la cabeza, luchando con un creciente desasosiego.

—Pero si dudo, ¿no corro el riesgo de apartarme del camino?

—A veces, dudar es parte del camino, Rayhem —susurró Kael—. La fe ciega no te hará más fuerte, pero la fe que sobrevive a las dudas… esa es inquebrantable.

—Eres muy sabio, Kael. Tus palabras me ayudan. Si hay algo que pueda hacer para liberarte a ti y a otros espíritus atormentados, lo haré —afirmó Rayhem muy decidido.

—Tu voluntad es un faro en la niebla —respondió Kael—. A veces, es necesario que un corazón compasivo alumbre el camino.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarte? —insistió Rayhem poniéndose en pie y asustando a Jarben, que se escondió en un agujero cercano.

—Libérame. Permíteme encontrar mi descanso y sabrás que has ayudado a un alma perdida a encontrar su paz —dijo Kael con una sonrisa.

—Lo haré. Te lo prometo. ¿Cómo puedo liberarte? —preguntó a continuación.

—Por desgracia, no puedo salir de aquí como lo harías tú —respondió Kael con un tono resignado—. Mi esencia está atada a este lugar, a esta biblioteca.

Rayhem frunció el ceño, reflexionando.

—Si no puedo liberarte físicamente, ¿hay algo que pueda hacer para aliviar tu atormentado espíritu? —preguntó.

Kael lo miró con una expresión de gratitud.

—Escucha con atención, Rayhem. Hay algo que puedes hacer por mí y por otros espíritus que acudan a ti en busca de ayuda —dijo Kael con serenidad—. Dales la oportunidad de encontrar su paz, de liberarse de sus ataduras terrenales.

Rayhem asintió, absorbido por las palabras del espíritu.

—Es decir, que debo actuar como guía para los espíritus atormentados, ¿es así? —preguntó.

—Exacto. Tú posees la compasión y la sabiduría necesarias para hacerlo. Permíteles encontrar el descanso que tanto anhelan y estarás cumpliendo un propósito noble —respondió Kael con un brillo en su mirada. Parecía estar recuperando su luminosidad por momentos y, con ella, su humor.

Rayhem sonrió satisfecho.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a los que han quedado atrapados entre los mundos. Liberaré sus almas y les daré la oportunidad de continuar su viaje en el más allá —prometió Rayhem con decisión.

Kael sonrió y asintió, su figura etérea comenzando a desvanecerse.

—Gracias, Rayhem. Tu bondad será una guía para muchos. Ahora debo partir, pero ten en cuenta que siempre estaré en alguna parte,

velando por ti.

Un leve sonido resonó en la biblioteca. Era un goteo constante, algo más que agua se filtraba entre las paredes. Ambos se tensaron.

—¿Has oído eso? —preguntó Kael, volviéndose hacia la oscuridad que se extendía más allá del alcance de la luz de Jarben.

Rayhem tomó aire y sintió cómo sus manos volvían a llenarse de ese calor divino que había descubierto durante la batalla.

—No tengo miedo. Si vienen más espectros, lucharé.

Kael lo observó en silencio.

—No siempre serán espectros, Rayhem. Algunos enemigos tienen rostros humanos, incluso caras que conoces y en las que confías. ¿Estarás listo para enfrentarte a ellos?

Con esas palabras, Kael se desvaneció por completo, dejando a Rayhem en compañía del pequeño Jarben, que ya había acabado su baño. El sacerdote escuchó la puerta abrirse.

17
Entre libros y despojos

A pesar del atentado de la noche anterior, Jarben no mostraba signos de cansancio. Acabar con la vida de los implacables Ungidos que habían intentado matarlos no le había causado apenas molestias. Por otro lado, la pierna en la que la criatura purpúrea le había mordido hacía tiempo ya que no le dolía. Quizá tuviera algo que ver con su transformación en un gigantesco licántropo de pelaje violeta, que además de destrozar a los Ungidos le había infundido una energía como nunca antes había experimentado.

—Parece que has dejado de cojear —observó Anara mientras se limpiaba las manos manchadas de sangre en una palangana. Habían pasado varias horas y ambos estaban limpiando los despojos dejados por la feroz lucha contra los Ungidos. Los restos de las desafortunadas víctimas todavía se encontraban esparcidos por toda la biblioteca.

—Sí, mi pierna está mucho mejor —respondió Jarben, pasando su mano sobre la cicatriz recién formada que decoraba su piel.

—Ha cicatrizado sorprendentemente rápido —agregó Anara, terminando de secarse las manos.

—Supongo que tiene que ver con mi transformación de anoche —contestó Jarben.

—¿Ha dejado alguna otra marca en ti? —indagó Anara.

—No, estoy bien… Bueno, excepto por esto. —Jarben agarró el mechón de cabello violeta que ahora formaba parte de su flequillo.

—Estás muy guapo —sonrió Anara.

A medida que ambos continuaban limpiando y organizando la biblioteca, una sensación de calma empezaba a instaurarse en el ambiente.

—Es increíble pensar que esta biblioteca ha sido escenario de dos masacres de Ungidos en tan poco tiempo —comentó Anara, sacudiendo la cabeza—. Van a empezar a temer este lugar. El cementerio maldito… —añadió, dejando caer la voz en un susurro que hizo reír a Jarben.

—Claro, los jóvenes Ungidos no querrán venir. Dirán que Bel-Hur protege este camposanto de su presencia —replicó Jarben, fingiendo un tono solemne que no ocultaba su burla.

—Ojalá fuera cierto —murmuró Anara, adoptando un gesto más serio—. Pero mucho me temo que los problemas con ellos no han terminado. ¿Has tenido tiempo de asimilar lo que pasó anoche? —preguntó después con cuidado, mientras apartaba un montón de volúmenes dañados.

Jarben suspiró y se apoyó en una pila de libros recién ordenados en un estante.

—Es difícil de creer, pero me siento como si hubiera vivido una extraña pesadilla, y a la vez hubiera obtenido algún tipo de poder incomprensible.

—La transformación que experimentaste… es impactante. Nunca había visto algo así —asintió Anara.

—Yo tampoco. No sé qué desató eso, pero cuando me transformé, sentí una fuerza que nunca había sentido. Fue como si estuviera conectado con un poder ancestral que corría por mis venas.

—Sea lo que sea que haya pasado, Jarben, debes saber que estamos juntos en esto. —le aseguró la joven tras acercarse y coger suavemente las manos de su amigo, que sonrió agradecido.

—Tienes razón. Hemos pasado por mucho juntos. Pero esta vez siento que hemos entrado en un territorio mucho más oscuro.

—Puede que tengas razón —respondió Anara con una mirada comprensiva.

Jarben esbozó una sonrisa melancólica y soltó con cuidado las suaves y cálidas manos de Anara para seguir ordenando los libros.

—Hace solo unos días, mi mayor preocupación era cuántos libros llevarme a Nela-Shur —siguió Jarben, señalando los ataúdes medio llenos de libros que descansaban desordenados en el suelo—. Quién iba a imaginar esto.

—La vida es impredecible —reflexionó Anara con la mirada perdida—. Al menos estamos juntos.

El sepulturero observó a Anara, impresionado por su agilidad moviéndose en la biblioteca.

—Debo decir que me sorprende lo rápido que estás aprendiendo. Te has convertido en una gran ayuda por aquí.

Anara sonrió, agradecida.

—Bueno, cuando una tiene un maestro paciente, es más fácil aprender.

Zobu, el gato, eligió ese momento para merodear entre las piernas de Jarben.

—Y parece que él también está contento de tenerte aquí —rio Jarben, acariciando al gato.

Anara se acercó y acarició la cabeza de Zobu con una sonrisa mientras el animal cerraba los ojos y movía su lomo, elevándose para facilitar la caricia.

—Creo que le caigo bien.

La sala se llenó de un momento necesario de paz y tranquilidad.

—¿Crees que el rey Rozar mandará investigar la caída de la Gran Torre de Alonia? —inquirió Anara mientras ambos permanecían sumidos en la búsqueda de respuestas en los libros.

—Es muy probable —contestó Jarben—. Pero sería prudente no involucrarnos demasiado en ese asunto. Si deseamos dejar Alonia sin cargar con acusaciones, será mejor ser discretos.

—Tienes razón. No queremos llamar la atención sin necesidad. Aunque me preocupa qué podría descubrir el rey Rozar si empieza a investigar.

—La verdad es que no sabemos qué secretos había en la Gran Torre, y han sido eliminados para siempre con su destrucción —suspiró Jarben, apoyando su mano en la mesa y mirando a Anara—. Al menos, hemos sobrevivido. Ahora solo quiero encontrar a Rayhem y que todo esto termine para poder dejar Alonia y continuar con nuestras vidas.

Zobu, como si entendiera el tono de la conversación, miró al sepulturero, se acurrucó cerca de él y cerró los ojos.

Anara colocó su mano sobre la de Jarben, transmitiéndole su apoyo.

—Lo superaremos, Jarben. —Anara le dirigió una mirada firme mientras colocaba una mano en su hombro—. Estoy segura de que Rayhem está vivo. Lo siento de algún modo.

—¿Crees que Bel-Hur está intentando decirte algo? —preguntó Jarben con un destello de esperanza en los ojos, deseando que ella confirmara su intuición.

—No, creo que es más bien una corazonada —admitió Anara, con un atisbo de tristeza en el rostro—. Pero no te preocupes. Todo saldrá bien.

Jarben sonrió y dejó que las palabras de Anara calmaran un poco su ansiedad.

—Tienes razón. Y con Zobu aquí, no hay nada a lo que no podamos enfrentarnos —dijo mientras acariciaba al gato, que ronroneaba satisfecho en sus brazos.

Aprovechando un momento de distracción de Anara, Jarben inclinó la cabeza hacia el felino y le susurró con una sonrisa:

—Hace tiempo que no me hablas, ¿eh, bandido?

Zobu lo miró con esos ojos que parecían entenderlo todo, y Jarben no pudo evitar esbozar una sonrisa fugaz.

Cuando acabaron de limpiar, la biblioteca estaba envuelta en un silencio reconfortante, roto solo por el suave susurro de las velas consumiéndose. Aunque persistía un leve olor a sangre, como un terrible recordatorio, el lugar comenzaba a recuperar poco a poco la normalidad.

Anara alzó la mirada de uno de los pergaminos.

—Espero que toda la malicia de los Ungidos de Kudram se quede aquí y no nos acompañe hasta Nela-Shur poniendo en peligro su reconstrucción —comentó con preocupación.

Jarben asintió y la miró con un gesto sereno.

—Nela-Shur será un lugar especial, una comunidad de conocimiento y aprendizaje. Sería devastador si los Ungidos y su maldad se colasen en nuestra sagrada tierra. Debemos continuar con nuestras investigaciones, pero con cuidado —añadió con varios rollos de pergaminos antiguos en sus manos.

—Tienes razón —asintió Anara, que sonrió con gratitud.

Jarben y Anara se sumergieron en su búsqueda en la biblioteca. Los estantes llenos de tomos antiguos y pergaminos crujían bajo sus manos mientras buscaban respuestas entre las páginas amarillentas. La luz de las velas iluminaba el polvo en suspensión, creando un ambiente mágico.

Mientras Jarben examinaba los títulos en los estantes superiores, Anara se centraba en los situados más abajo. Ella tenía un don para encontrar detalles en las descripciones y anotaciones a pie de página que a menudo pasaban desapercibidos para otros. Su aguda percepción y enfoque minucioso eran un complemento perfecto para la perspicacia de Jarben en la investigación.

Revisando un oscuro recoveco, Jarben halló un libro que trataba acerca de la muerte. La idea de cruzar al otro lado lo obsesionaba, y pasaba largas horas reflexionando sobre lo que podría encontrar allí. ¿Sería el final, o tal vez solo el comienzo de otra vida? ¿Vería a sus seres queridos que habían fallecido antes que él, o estaría solo en la eternidad?

Estas preguntas y fantasías lo llevaban a explorar su propia mortalidad de una manera más profunda, a menudo sumergiéndose en sus pensamientos y meditaciones durante horas.

A pesar de la fascinación que sentía por la muerte, Jarben no era imprudente ni temerario. Sabía que la muerte era un momento sagrado y que debía ser respetado. Pero no podía evitar sentir una intensa curiosidad y una enorme fascinación por lo que había al otro lado.

Mientras Jarben se perdía en sus reflexiones, Anara lo observaba con cariño.

Conforme avanzaban, intercambiaban hallazgos y compartían ideas. Cada vez que uno de ellos descubría algo relevante, se lo mostraba al otro con entusiasmo, y juntos profundizaban para llegar a una conclusión.

Jarben dejó escapar un suspiro de frustración mientras estudiaba el pergamino que el enigmático Sin Cara les había entregado. Anara, intrigada por su gesto, se acercó y le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Algo interesante? —preguntó, con la mirada fija en las líneas desordenadas del pergamino.

—De momento, nada que realmente valga la pena —respondió Jarben, subrayando las palabras con un dedo, con el ceño fruncido —. Supuestamente, este pergamino contiene los nombres de los traidores de Kudram entre los belurios, pero está lleno de textos que parecen irrelevantes. Hay demasiadas palabras y muy pocos nombres. No logro descifrarlo del todo. Zarhel me dijo que ya ejecutó a uno de los nombres que aparecen aquí —murmuró después, con un peso en la voz que no pasó desapercibido para Anara.

Jarben recordó de pronto que cuando Zarhel le confesó que había encontrado a uno de los traidores que figuraban en el pergamino y se había asegurado de que pagara por su osadía, le pidió expresamente que no le mencionara ese detalle a Anara; sobre todo,

el hecho de que la víctima había sido un niño. Pero el comentario escapó de sus labios antes de poder contenerlo.

Ella lo miró con tristeza y dejó escapar un suspiro.

—Vidas desperdiciadas… —murmuró, resignada.

—Aun así, insisto en que hay demasiado texto y muy pocos nombres. ¿No te parece sospechoso? —preguntó Jarben.

El aire entre ambos se volvió denso, mientras el enigma del pergamino parecía crecer en complejidad con cada palabra.

Anara frunció el ceño y examinó el contenido. A medida que sus ojos recorrían las letras escritas con tinta oscura, su expresión fue cambiando.

—Es extraño —murmuró Anara—. Sin Cara nos aseguró que aquí encontraríamos la información que necesitamos. Pero hay muy pocos nombres. Es un galimatías. ¿Qué escondes?

—Puede ser que los nombres estén codificados de alguna forma — sugirió Jarben.

—O quizá… —empezó Anara, mirando hacia el horizonte—, este pergamino sea solo una parte de la respuesta. Tal vez necesitamos unir varias piezas.

Jarben se dio cuenta de que Anara estaba tirando de un hilo, pero no llegaba a alcanzar su deducción.

A medida que el día avanzaba, ambos se centraron en desentrañar el galimatías que era la supuesta lista que les había dado Sin Cara.

—¿Y si todo esto no es más que una farsa? —preguntó Anara, agotada, rodeada de libros abiertos y notas dispersas.

Jarben, sumergido entre antiguos rollos de papel, alzó la vista, esperando que su intuición estuviera equivocada.

—Podría ser, pero es lo único que tenemos para identificar a esos traidores. —Trató de animarla, aunque su tono delataba la misma duda que ella sentía—. Esto es parte de algún tipo de rompecabezas. Solo debemos descifrarlo.

Anara suspiró y se ató el pelo en una coleta, buscando mayor comodidad.

—¿Y cómo explicas que algunos nombres sean legibles? —cuestionó con la ceja arqueada.

—No podía dejarnos completamente a oscuras. Zarhel me dijo que le debía una, y supongo que esta es su forma de cumplir. —Jarben se levantó y sirvió dos vasos de agua. Luego se bebió el suyo de un solo trago.

Anara tomó el vaso que le ofrecía y se lo agradeció con una sonrisa antes de beber hasta calmar su sed. Luego, sin decir más, volvió a sumergirse en las páginas, decidida a encontrar algo útil entre tanto misterio.

Siguieron concentrados en la investigación del enigmático texto de Sin Cara. Jarben examinó el pergamino con la mirada clavada en cada palabra, sus labios se movieron en silencio mientras su cabeza trabajaba sin descanso. Sus dedos, curtidos por años de pasar páginas antiguas, recorrieron las líneas a toda velocidad. A su lado, Anara frunció el ceño. Inclinada sobre el escrito, buscaba conexiones.

—Aquí —dijo de repente y señaló un fragmento—. Estas frases no tienen sentido si las lees como están. Pero si tomamos la primera letra de cada línea…

Jarben alzó una ceja y siguió la indicación. Movió los dedos en el aire y reconstruyó mentalmente las palabras.

—Por Bel-Hur… —susurró, y en sus ojos apareció un brillo emocionado—. Anara, creo que lo tienes.

El patrón se repitió en varias secciones del texto. No era un nombre. No se trataba de una persona, sino de un lugar.

—No puede ser… —Anara tragó saliva y levantó la vista—. Jarben, esto es…

Sus ojos se encontraron, chispeantes de emoción. La clave que habían descubierto parecía ser un camino hacia información crucial sobre los traidores de Kudram y el destino de Rayhem.

—El Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas —murmuró Jarben, emocionado.

El silencio se apoderó de la habitación. Anara sintió un escalofrío en la espalda. Acababan de encontrar la clave que los llevaría a algo mucho más grande de lo que habían imaginado.

—Ya habíamos oído algo sobre esto antes, ¿verdad?

Anara asintió.

—Sí, encontramos ese lugar en uno de estos libros antiguos de la biblioteca —confirmó la joven—. Teníamos pendiente dar con su ubicación. Parece ser un sitio cercano a Alonia, donde los Ungidos de Kudram llevan a cabo rituales de gran importancia para su fe. Estaba asociado de alguna manera con la estrella de ocho puntas, el símbolo que llevaban los anillos de los traidores.

Jarben asintió, procesando toda la información.

—Entonces, si queremos encontrar a Rayhem y descubrir la verdad detrás de los traidores, necesitamos localizar ese Tabernáculo —concluyó Jarben sonriendo de emoción al pensar en encontrar a su amigo.

—Según las indicaciones del pergamino sobre estos mapas —siguió Anara—, el Tabernáculo se encuentra al sur de Alonia, no demasiado lejos, en las ruinas de un antiguo templo en desuso.

Anara asintió también, aunque una sombra de preocupación cruzó por sus ojos.

—¿Y si Rayhem ya no está vivo? —preguntó, con un susurro tembloroso mientras tocaba su pecho, intentando aferrarse a la esperanza que aún quedaba en su interior—. Lo siento aquí dentro, pero no puedo evitar pensar en lo peor. Tengo miedo.

Jarben suspiró al verla tan abatida. A pesar de sus propias dudas, sabía que debía mantener la fortaleza.

—Está vivo —afirmó—. No sabemos qué nos espera en este camino, pero debemos aferrarnos a la esperanza. Si existe la más mínima posibilidad de encontrarlo y descubrir la verdad, debemos tomarla. Y si está en peligro, no descansaremos hasta rescatarlo.

Anara asintió, con sus ojos verdes nublados por las lágrimas. El temor que la envolvía era una lucha constante.

—El miedo —murmuró Jarben— es como esa sombra que se desliza en la oscuridad. Siempre está presente, listo para hacernos dudar. Pero no podemos dejar que nos paralice.

Anara, perdida en sus pensamientos, recordó las palabras de su tío sobre el poder del miedo.

—Mi tío Eldrin decía que, cuando estamos solos, nuestros miedos toman formas engañosas. Nos atrapan y distorsionan la realidad.

Jarben asintió y cruzó los brazos mientras se apoyaba en una mesa cercana.

—Nuestros miedos tienen raíces profundas —continuó—. Algunos son instintos que nos advierten de peligros reales, como lo hacían con nuestros ancestros. Pero otros son cadenas invisibles creadas por nuestras inseguridades. Esos son a los que debemos desafiar.

—Entonces, en esta búsqueda no solo nos enfrentamos a traiciones y misterios, sino también a nuestros propios miedos —reflexionó Anara, mirando a Jarben con renovada claridad—. Debemos aprender a distinguir entre lo que nos protege y lo que nos limita.

—Eso es. Si nos enfrentamos nuestros temores con honestidad, podremos reconocer que muchos de ellos no son más que sombras que desaparecen ante la luz de la verdad.

Ambos se miraron y compartieron una sonrisa. Su conversación era un faro en medio de la incertidumbre que los rodeaba. Anara sintió cómo las palabras de Jarben encendían una chispa de coraje en su interior.

—El miedo no es nuestro enemigo —dijo Anara después de un momento, recordando las palabras de su tío—. Es una herramienta que podemos usar para crecer. Pero debemos aprender a controlarlo, a no dejarnos dominar por él.

—Y eso es lo que nos hará más fuertes —concluyó Jarben con una sonrisa cálida—Mientras avancemos juntos, no habrá obstáculo

que no podamos superar.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes, dejando que la conversación resonara en sus cabezas.

Tras la larga y agradable charla, comieron algo y subieron a tomar el aire.

La luna llena proyectaba una luz espectral sobre el cementerio, mientras Anara y Jarben caminaban en silencio entre las lápidas desgastadas. El viento nocturno susurraba entre los árboles, haciendo que las sombras bailaran sobre el suelo cubierto de musgo. Anara apretó su capa mientras miraba de reojo a Jarben, que avanzaba con la mirada fija al frente.

—Jarben, quería decirte algo —dijo por fin.

Su amigo se volvió en el acto hacia ella. Había algo distinto en su voz, ¿alivio?

—¿Qué ocurre? —preguntó él, desacelerando el paso para que sus miradas se cruzaran.

Anara respiró hondo. Sus botas crujieron sobre el sendero de grava.

—Es sobre Shuraz —comenzó, mirando hacia las tumbas antes de fijar sus ojos verdes en Jarben—. Me alegra haber arreglado lo nuestro. Ya no podía seguir cargando con ese resentimiento.

Jarben arqueó una ceja interesado. Aunque intentaba ocultarlo, la noticia lo sorprendió.

—¿De verdad? Eso es… inesperado, pero me alegra escucharlo. La última vez que hablaste de él, parecía que estabas lista para cortarle la cabeza —comentó con una sonrisa, tratando de aliviar la incomodidad.

—No exageres —replicó ella, dándole un suave codazo mientras esbozaba una sonrisa fugaz—. No fue fácil, lo admito. Pero hablar con él me hizo darme cuenta de que el resentimiento no estaba haciendo nada bueno por mí. Y, sinceramente… —bajó la voz—, creo que él también lo necesitaba.

Jarben se detuvo un momento frente a una lápida especialmente alta e inclinó la cabeza.

—Eso es muy maduro de tu parte —reconoció, mirándola de reojo con una chispa de humor—. Anara, la sabia mediadora de conflictos. ¿Quién lo diría?

—No exageres, que aún puedo empujarte en una de estas tumbas —respondió ella, intentando mantener el tono ligero—. Quería decírtelo porque sé que siempre insistes en que no se trata solo de resolver conflictos con los demás, sino también con uno mismo. —Jarben sonrió y asintió—. Y tenías toda la razón —continuó Anara, mirando el camino frente a ellos, donde las lápidas se alineaban como centinelas de piedra—. Hablar con Shuraz me liberó de algo. No puedo decir que todo esté perfecto, pero al menos siento que hay una carga menos sobre mi espalda.

—Estoy orgulloso de ti. No es fácil dar ese paso, y lo hiciste. Sabía que Shuraz tenía algo bueno en él, aunque a veces sea tan bruto —añadió Jarben con una sonrisa.

Anara rio suavemente.

—A veces pienso que Bel-Hur nos envía estos desafíos para que crezcamos —murmuró, levantando la vista hacia el cielo nocturno.

El viento sopló con más fuerza, arrancando un susurro entre los árboles. Jarben asintió.

—Tal vez. Pero lo importante es que encontraste una manera de sanar. Y eso también te hace más fuerte, Anara.

Ambos continuaron el camino. Sus figuras avanzaban bajo la luz plateada, mientras el cementerio se sumía en un silencio aún más profundo.

18
El gobernador de los Lagos Eternos

La luna bañaba el paisaje en un resplandor pálido mientras Shuraz y Zarhel se inclinaban sobre el cuerpo inerte de Edoz, tendido sobre la hierba fría como el acero. El aire helado les mordía la piel. Zarhel se ajustó la capa, intentando contener el escalofrío que no era solo físico.

—¿Crees que…? —murmuró Shuraz. Sus palabras apenas fueron un suspiro mientras señalaba a Edoz.

—No lo sé —respondió Zarhel en voz baja, con la mirada fija en el rostro pálido de su compañero—. Pero no pinta bien.

Shuraz se inclinó sobre Edoz y le colocó dos dedos sobre el cuello para buscarle el pulso. El silencio se volvió insoportable. Shuraz negó con la cabeza.

—No lo siento —dijo con expresión tensa y la voz teñida de resignación.

En ese momento, Edoz dio un respingo y abrió los ojos como platos. Su jadeo fue tan repentino que ambos retrocedieron instintivamente. Zarhel deslizó la mano hacia el mango de su látigo.

—¿Qué pasa? —gruñó Zarhel, todavía en guardia.

—¡Por Bel-Hur, no me matéis otra vez! —exclamó Edoz, llevándose una mano a la frente con una mueca de dolor.

Shuraz soltó una carcajada nerviosa y Zarhel gruñó.

—Maldito imbécil. Pensé que ya estabas cruzando el umbral.

Edoz gimió y se palpó la cabeza con cuidado. Un chichón del tamaño de un huevo adornaba su nuca.

—No sé qué umbral será ese, pero espero que haya menos golpes en él —murmuró, entrecerrando los ojos y mirando a su alrededor.

Su vista se detuvo en el cinto de Zarhel, donde una daga de obsidiana relucía bajo la tenue luz. Edoz alzó una ceja y se inclinó hacia adelante a pesar del dolor.

—Esa daga… —dijo con voz ronca—. Es de los híbridos, ¿verdad?

Zarhel apretó los labios y asintió.

—La encontré durante la pelea. Los dejamos fuera de combate mientras tú dormías como un tronco.

Edoz sonrió, a pesar de que el esfuerzo le costó un pinchazo en la cabeza.

—Es magnífica. Perfecta, diría yo. Y, casualmente, estoy bastante familiarizado con el manejo de dagas. ¿Me la dejas?

Zarhel lo miró de arriba abajo. Edoz, febril, estaba sudando profusamente, pero sus ojos brillaban con un entusiasmo casi infantil.

—¿Y si me niego? —preguntó Zarhel, medio en broma.

—Entonces te arrastraré en un duelo a muerte. Aunque quizá necesite unos minutos para levantarme —bromeó Edoz, dejándose caer de nuevo sobre la hierba.

Shuraz rio por lo bajo, pero Zarhel sacó la daga de su cinto con un suspiro.

—Toma, te la mereces más que yo. Pero si la pierdes, te mato de verdad.

Edoz la tomó con una sonrisa que iluminó su rostro.

—Te prometo que será parte de mis manos. Gracias.

—No te emociones tanto, todavía tienes fiebre y pareces a punto de desplomarte otra vez —intervino Shuraz, poniéndose de pie—. Tenemos que movernos. No es seguro quedarnos aquí.

Edoz asintió con esfuerzo y se levantó tambaleándose, usando la daga como si fuera un bastón imaginario.

—¿Sabéis? —dijo con una sonrisa débil mientras avanzaban hacia ninguna parte—. Este lugar sería más agradable si los híbridos de estos lagos fueran menos… sangrientos.

Shuraz negó con la cabeza, pero no pudo evitar una leve sonrisa mientras los tres se adentraban en la noche, dejando atrás los ecos de los lagos y el frío que intentaba infiltrarse en sus almas.

Edoz se recuperó pronto de la fiebre, pero su rostro aún estaba empapado en sudor. La tierra firme les brindó un respiro momentáneo mientras continuaban su huida, dejando atrás el peligroso y maldito dominio de los Lagos Eternos.

Tras una jornada extenuante, el grupo aprovechó para encender un fuego, preparar algo de comida y descansar. Edoz, aún afectado por el golpe en la cabeza que había sufrido, se recuperaba poco a poco, aunque el abultado chichón en su nuca seguía siendo un recordatorio de lo cerca que había estado de un destino peor. Con la primera luz del día, el trío retomó su travesía con Edoz ya en mejores condiciones.

El grupo llegó al borde de otro de los lagos, donde el aire olía a humedad y algo más, un aroma metálico que no tardaron en identificar: sangre. Frente a ellos, las aguas de un profundo color carmesí se extendían hasta perderse en el horizonte, calmadas pero inquietantes, como un espejo oscuro que escondía secretos bajo la superficie.

—Ahí está —murmuró Zarhel, señalando con la cabeza.

A lo lejos, apenas visible entre la bruma rojiza que flotaba sobre el lago, una fortaleza se alzaba imponente en una isla solitaria. Su silueta parecía más una amenaza que un refugio.

—No parece que vayan a recibirnos con una copa de vino —bromeó Edoz, incómodo.

Shuraz no dijo nada, pero su mirada ya estaba fija en una pequeña barcaza amarrada a un desvencijado embarcadero de madera. El viejo bote, aunque desgastado por los años, parecía todavía funcional. Las marcas de musgo y óxido en sus bordes no eran suficientes para disuadir a los tres belurios.

—Si esa cosa flota, es suficiente para nosotros —dijo Zarhel mientras caminaba hacia el embarcadero, examinando la embarcación con recelo.

—¿Y si no flota? —preguntó Edoz con una sonrisa torcida.

—Entonces, nadaremos —respondió Shuraz, tajante.

Subieron al bote tras asegurarse de que soportaría el peso de los tres. Zarhel tomó los remos y los movió con firmeza, mientras Shuraz barría el horizonte con la mirada y Edoz escrutaba la superficie, esperando que algo rompiera el espejo carmesí en cualquier instante. Con un movimiento rápido, desenfundó sus dagas y se mantuvo alerta.

A medida que se alejaban de la orilla, el silencio se volvió más pesado. Solo el golpe rítmico de los remos y algún chapoteo lejano perturbaban la calma artificial del lago. La fortaleza, envuelta en una neblina rojiza, parecía acercarse y crecer como una criatura que aguardaba paciente a que sus presas se adentraran en sus fauces.

Edoz no apartaba los ojos del agua. Recordaba con precisión las garras membranosas, las bocas repletas de dientes curvos, el olor a podredumbre húmeda… criaturas a las que habían matado en el otro lago. Criaturas que, en su territorio, habían demostrado ser más rápidas que un pensamiento. Y ahora estaban entrando en su territorio.

—¿Alguien más siente que estas aguas nos están observando? —murmuró, sin dejar de vigilar las ondas que se formaban junto al bote.

—Cierra la boca —gruñó Shuraz—. No les des ideas.

—Demasiado tarde… creo que ya las tienen —respondió Edoz nervioso.

Un burbujeo estalló a unos metros, lento y denso, como si algo respirara bajo la superficie. Zarhel no dejó de remar, pero sus brazos se tensaron; Shuraz giró el torso para seguir el sonido, y Edoz se inclinó, esperando ver un destello de escamas o de ojos. Pero nada. El agua volvió a cerrar su piel roja sobre sí misma.

—Y ahora, para rematar —añadió Edoz—, ¿alguien me explica por qué huele a pescado podrido?

Nadie contestó. El bote siguió avanzando, cada golpe de remo los acercaba más a los muros oscuros y desiguales que se alzaban frente a ellos. La sensación de ser tragados por algo inevitable se aferraba a sus espaldas. Incluso Edoz, que intentaba mantener un tono burlón, no podía apartar la imagen de una sombra enorme moviéndose bajo el casco, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—No quiero ser yo quien lo diga, pero… —comenzó Edoz, inclinándose hacia adelante desde su posición—. Zarhel, manejas esos remos como si hubieras nacido en el agua.

Zarhel no respondió de inmediato. Sus brazos se movían con precisión y sus músculos se tensaban con cada empuje rítmico que hacía avanzar la embarcación en línea recta a pesar de las corrientes traicioneras.

—¿Y eso qué tiene de raro? —respondió por fin, sin mirarlo.

—¿Raro? —replicó Edoz con una risita—. Por favor, Alonia no tiene ni mar. Lo más cercano al agua es la lluvia, y ni siquiera llueve tanto.

Shuraz, que estaba sentado en la proa, giró ligeramente la cabeza para observar a Zarhel con interés.

—Tiene razón —dijo, con una leve sonrisa—. Siempre pensé que eras más de tierra firme. Un carcelero…

Zarhel suspiró y se detuvo un momento para girar los remos y ajustar el curso.

—A veces, en Alonia, la tierra no es suficiente —dijo con un tono evasivo.

Edoz arqueó una ceja, claramente insatisfecho con la respuesta.

—¿Eso se supone que es una metáfora? Porque no entiendo nada.

—No es una metáfora —respondió Zarhel, clavando la mirada en el horizonte—. Cuando era más joven trabajé con contrabandistas que operaban cerca de los ríos de los Territorios Fronterizos. Aprendí a manejar botes antes de saber sostener una espada.

—¿Contrabandistas? —repitió Shuraz, sorprendido—. Eso no lo mencionaste cuando nos conocimos.

—Tampoco me preguntasteis —respondió Zarhel, encogiéndose de hombros—. Y no es algo de lo que esté orgulloso. Pero fue útil. Esos años me enseñaron a sobrevivir.

Edoz soltó un silbido bajo.

—Bueno, eso explica tu habilidad con los remos. Pero creo que necesito una buena historia al respecto. ¿Alguna vez te persiguieron los piratas? ¿O navegaste en medio de un temporal?

Zarhel miró hacia el cielo y resopló.

—Claro. Incluso luché contra un pez gigante que intentó tragarse mi barcaza.

—¿En serio? —Edoz lo miró incrédulo, pero con cierta esperanza.

—No —respondió Zarhel, secamente—. Pero si seguimos perdiendo el tiempo hablando, tal vez nos trague algo peor en este lago.

Shuraz rio por lo bajo, mientras Edoz fruncía el ceño, aunque no pudo evitar una sonrisa.

—Vale, vale. Pero la próxima vez que tengamos tiempo, quiero escuchar más historias de Zarhel, el remero maestro y excontrabandista.

Zarhel no respondió. Se concentró de nuevo en remar mientras la barca continuaba su lento avance hacia la fortaleza. Sin embargo,

una leve sonrisa iluminó su rostro por unos instantes.

La embarcación avanzaba con dificultad, cortando las aguas rojizas. Cada remo que Zarhel hundía en el líquido espeso hacía surgir ondas que se expandían con lentitud, parecía que el lago mismo intentara retenerlos. El olor, una mezcla nauseabunda de pescado podrido y algo más metálico, como sangre vieja, les impregnaba los pulmones. Edoz se tapó la nariz con la mano libre mientras observaba las aguas, donde el reflejo de la luna menguante oscilaba en tonos de escarlata y negro.

—Esto apesta, literalmente —bufó Edoz, rompiendo el silencio tenso que les envolvía—. Si alguien escribe una canción sobre este viaje, espero que omitan el olor.

Zarhel gruñó con expresión endurecida sin dejar de remar con fuerza.

—Tal vez seas tú quien escriba esa canción si sobrevivimos —respondió, sin mirarle.

Shuraz, sentado en la proa, no apartaba la vista de la silueta oscura que se alzaba ante ellos. La fortaleza emergía como un espectro del centro de la isla, sus torres irregulares y las murallas erosionadas por el tiempo parecían desafiarlos. Un rayo de luz lunar iluminó brevemente una almena, arrancando un destello que pronto se apagó.

—Ahí está —murmuró Shuraz, señalando hacia adelante.

—Gracias por la observación, genio —replicó Edoz con sarcasmo, aunque no apartó la mirada del edificio—. ¿Qué será lo primero? ¿Nos dispararán flechas o nos lanzarán algo peor?

Zarhel detuvo los remos y dejó que una leve corriente empujara la barcaza.

—Deja de hablar y mantén los ojos abiertos —ordenó en voz baja —. No sabemos si alguien nos está vigilando.

El bote se deslizó cada vez más cerca de la isla, y el sonido del agua al chocar contra el casco se hizo más irregular, algo en el fondo comenzaba a cambiar. Shuraz inclinó la cabeza, atento.

—¿Habéis oído eso? —preguntó, con una mano ya sobre la empuñadura de su espada.

—¿El qué? —Edoz ladeó la cabeza, frunciendo el ceño—. Solo oigo el agua.

—Eso es lo raro —respondió Shuraz en voz baja—. Está demasiado… tranquilo.

Zarhel tensó los hombros y volvió a remar con más fuerza.

—Tranquilo o no, tenemos que llegar. Esa fortaleza no se va a explorar sola.

La embarcación finalmente tocó la orilla con un leve crujido. Las piedras del embarcadero estaban resbaladizas por el musgo y cubiertas de una sustancia pegajosa que nadie quiso examinar de cerca. Zarhel fue el primero en saltar, asegurando la barcaza con una cuerda que parecía más podrida que confiable.

—No huele mejor aquí —comentó Edoz al bajar, mirando alrededor con cautela—. Este sitio parece el patio trasero de un cementerio.

—Cállate y muévete —gruñó Shuraz, empuñando su espada.

La fortaleza estaba cerca. De cada piedra de sus muros emanaba un aura de peligro. Las sombras parecían más vivas de lo que deberían, y un murmullo lejano, apenas audible, flotaba en el aire.

—Será mejor que tengamos un buen plan para entrar —susurró Zarhel mientras se ajustaba la capa—. Si hay algo o alguien esperándonos, no creo que nos reciban con los brazos abiertos.

Edoz sonrió, pero su rostro decía lo contrario.

—¿Y cuándo hemos tenido un buen plan?

Nadie respondió. Avanzaron juntos, dejando atrás el bote y acercándose a la fortaleza que les aguardaba amenazante.

Apenas cruzaron la entrada, dos guardias con petos oscuros y armados con lanzas se interpusieron en su camino. Uno de ellos, de rostro severo y ojos hundidos, los escudriñó con detenimiento antes de hacer un gesto a su compañero.

—Identificaos —ordenó con voz áspera.

Edoz dio un paso al frente, y presentó el sello de un anillo que llevaba consigo. Los guardias lo miraron sin comprender.

—El gobernador nos espera —anunció altivo Edoz mientras elevaba el mentón y cerraba los ojos.

Los guardias alonios intercambiaron una mirada y luego, tras un breve asentimiento, uno de ellos se giró y habló con un joven criado que aguardaba cerca.

—Acompáñalos.

Edoz se volvió hacia sus compañeros y con una sonrisa traviesa, les guiñó un ojo. Momento en el que entendieron que la estrategia de enseñar un anillo cualquiera le había funcionado.

El muchacho, con gesto tenso y la espalda rígida, les indicó que lo siguieran. Atravesaron corredores angostos, ascendieron por una escalera en espiral y cruzaron un umbral donde dos nuevas puertas talladas aguardaban.

—Esperen aquí —indicó el joven antes de empujar con esfuerzo las puertas de madera maciza.

El eco sordo del cierre resonó en la estancia cuando los embajadores cruzaron el umbral. Se encontraron en un espacio amplio, pero opresivo, donde el aire espeso parecía pesar sobre sus hombros. Las antorchas colgadas en las paredes arrojaban una luz temblorosa sobre la piedra desnuda. El joven criado los dejó en el salón del trono, desapareciendo rápidamente y cerrando las puertas de la estancia tras de sí. A pesar de que Odimovar había dejado de ser rey y de ser desterrado por los jersas, parecía no querer olvidar su pasado en la corte alonia.

Odimovar los esperaba sentado en un trono de madera tallada, con intrincados detalles que narraban historias de conquistas. No había guardias en la sala, ni cortesanos que llenaran el aire con murmullos. Estaba solo, una figura imponente que parecía fundirse con la oscuridad que lo rodeaba. Sus ojos profundos y fríos se

fijaron en los belurios y analizaron cada detalle con la precisión de un depredador.

El gobernador se levantó con movimientos calculados, y el crujido de su capa rompió el silencio. Caminó hacia ellos. Sus pasos resonaban en el suelo de piedra. Su figura alta y esbelta conservaba algo de la majestuosidad que alguna vez le había hecho temido, aunque sus hombros ligeramente encorvados y el desgaste en su rostro hablaban de un hombre que se había enfrentado a demasiadas batallas, externas e internas.

Edoz, siempre el primero en hablar, inclinó la cabeza levemente y dejó que su voz aliviara el ambiente.

—Gobernador Odimovar, agradecemos que nos reciba en un momento tan… delicado.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Odimovar fue una máscara de cortesía, calculada y desprovista de auténtica calidez.

—¿Delicado? —repitió, con un tono suave y melódico que contrastaba con la dureza de su mirada—. Me temo que, en estos tiempos, todo momento es delicado. Pero, decidme, ¿qué trae a tres belurios tan lejos de sus tierras?

Shuraz dio un paso adelante. Sentía sobre sus hombros la carga de responder ante una figura tan inquietante.

—Hemos venido hasta aquí para encontrar respuestas, gobernador —dijo Shuraz con un tono poco diplomático.

Odimovar arqueó una ceja. Una expresión de ligero interés cruzó su rostro.

—¿Encontrar respuestas? Qué pretencioso para quienes llegan a mis puertas sin invitación. —Se detuvo a pocos pasos de ellos y cruzó las manos frente a su cintura—. Y, dime, ¿quién va a responder a esas preguntas?

Edoz resopló, incapaz de contenerse.

—Seguramente no alguien que se esconde en una fortaleza en medio de un lago teñido de sangre.

La atmósfera de la sala se enrareció, pero Odimovar no reaccionó de inmediato. En lugar de enfurecerse, soltó una risita cerrando los ojos.

—Veo que traéis más lengua que razones, joven belurio. Pero admito que aprecio la franqueza. —Su mirada se desplazó hacia Zarhel, quien hasta entonces había permanecido en silencio—. Y tú, el callado del grupo, ¿también vienes a darme lecciones?

Zarhel levantó la barbilla y habló con voz grave y firme.

—No hemos venido a dar lecciones, sino a buscar información importante para nuestra supervivencia. Aunque tal vez no con alguien que prefiere jugar a los enigmas en lugar de demostrar su valor.

Odimovar lo observó durante un momento y luego sonrió.

—Valientes, al menos. Bien, hablaré con vosotros. Veremos si lo que tenéis que ofrecer vale la pena…

Los embajadores intercambiaron miradas tensas mientras Odimovar se giraba para regresar a su trono.

Shuraz se adelantó un paso más y se enfrentó a la gélida mirada de Odimovar.

—Somos los embajadores de Beluria —se presentó, sin apartar los ojos del gobernador—. Admito que vuestra habilidad para romper el hielo es discutible.

Odimovar inclinó levemente la cabeza, ampliando su sonrisa de forma inquietante.

—Gracias, embajador —respondió con cortesía—. No obstante, detrás de esta encantadora fachada se esconde un lado más oscuro. Un ser desprovisto de conciencia moral, capaz de llevar a la ruina a un reino entero con mi insaciable ambición.

Edoz dejó escapar una risa seca mientras sus ojos recorrían la solitaria sala.

—La historia de vuestro reino es bien conocida —comentó, dejando que la ironía coloreara sus palabras—. La ruina que

dejasteis detrás es innegable, aunque una vez tuvisteis una corte que os protegía y aseguraba vuestra posición.

Odimovar afiló la mirada, con su rostro inmutable.

—Así es. Pero esa corte ya no está —susurró, con palabras cargadas de melancolía—. Mi reino se derrumbó, sus miembros desaparecieron… Me he quedado sin escudos, sin protección. Solo me queda mi voluntad, y esa siempre ha sido suficiente.

Edoz se cruzó de brazos e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado mientras fijaba la mirada en los ojos oscuros del gobernador.

—Una voluntad que parece inquebrantable —siguió Edoz con tono grave—. Vuestro deseo de controlar y manipular persiste, incluso en las circunstancias más adversas.

Odimovar dejó escapar una risa. Luego dio un paso hacia adelante y la luz temblorosa de las antorchas dibujó líneas aún más profundas en su rostro.

—¡Exacto! —exclamó, elevando su voz por un instante antes de suavizarse nuevamente—. Mi deseo de control arde como una llama que nada puede extinguir.

Al decir esto, se detuvo y sus dedos rozaron el anillo de plata que llevaba en su mano izquierda. La luz de la sala hizo brillar la estrella de ocho puntas grabada en su superficie, con una piedra negra en el centro. El símbolo no pasó desapercibido para los embajadores.

Edoz frunció el ceño e intercambió una mirada tensa con Shuraz y Zarhel. Era el mismo símbolo que habían encontrado marcado en los cuerpos de sus enemigos en Alonia, el emblema relacionado con algunos de los Ungidos de Kudram.

—Ese anillo… —murmuró Shuraz, rompiendo el silencio mientras señalaba el objeto con un gesto contenido—. ¿Qué significa?

Odimovar no respondió de inmediato. Poco a poco, su sonrisa se volvió fría y cruel.

—Significa muchas cosas, embajador, —susurró—. Pero para vosotros quiere decir que estáis en territorio enemigo.

Un silencio denso se extendió por la sala.

—¿Tú no eres Odimovar, el benévolo y pacífico? —cuestionó Edoz, dando un paso hacia adelante con las manos en las empuñaduras de sus dagas—. ¿Te han manipulado, o siempre fuiste parte de esta conspiración?

Odimovar alzó una ceja.

—¿Manipulado? —repitió, ofendido—. No, joven belurio. Todo lo que soy, todo lo que he hecho, ha sido por elección propia. ¿De verdad creíais que un hombre como yo se rendiría ante algo tan trivial como la moral?

—Entonces, eres uno de ellos —espetó Edoz, con los dientes apretados—. Un Ungido de Kudram.

Odimovar no respondió de inmediato. En su lugar, dio media vuelta y caminó hacia el trono. Sus pasos resonaron en la sala. Cuando se giró de nuevo, su rostro era una máscara de confianza despiadada.

—No —corrigió con calma, su sonrisa aún más amplia—. No soy un Ungido de Kudram. Soy Kudram.

El peso de sus palabras cayó sobre los embajadores como una losa. Las manos de Zarhel y Edoz se tensaron sobre sus armas mientras Shuraz respiraba hondo, preparándose para lo inevitable. Desenfundó la espada. La negociación había terminado.

El eco de las palabras de Odimovar reverberó en la vasta sala.

—¿Kudram? —Zarhel frunció el ceño, incrédulo—. ¿Estás diciendo que tú eres Kudram, el dios caído de las leyendas?

Odimovar esbozó una sonrisa fría y burlona mientras se recostaba en su trono y jugueteaba con el anillo de plata en su dedo.

—¿Os sorprende tanto? —preguntó, mientras sus ojos centelleaban con malicia—. ¿Acaso creíais que el destino sería tan bondadoso como para mantenerme enterrado? Fuisteis vosotros quienes me traicionasteis. ¿Por qué habría de ofreceros clemencia ahora?

Edoz apretó los dientes, tratando de mantener la compostura.

—¿De qué hablas? —respondió, su voz dura como una roca—. Nunca traicionamos a nadie. Si tu reino cayó, no fue por nuestra mano.

Odimovar se inclinó hacia adelante. Sus dedos tamborilearon en el brazo del trono.

—Por vuestra culpa, no tengo reino ni corte. He sido condenado a gobernar sobre estos malditos lagos, rodeado de sombras y traiciones. —Su tono gélido resonó como una sentencia en la sala—. Los Ungidos de Kudram no dejan cabos sueltos. Os señalaron a vosotros, embajadores de Beluria, como los artífices de mi caída.

Shuraz alzó una ceja, desconfiado.

—¿Y eso te basta para culparnos? —preguntó, con sarcasmo mordaz—. Parece más el discurso de un hombre desesperado por encontrar culpables que el de un dios todopoderoso.

El gobernador soltó una carcajada amarga que resonó entre las paredes de piedra.

—¿Desesperado? —replicó con furia contenida en sus ojos—. No, belurio. Desesperados estáis vosotros, que venís aquí buscando respuestas sin saber que sois las piezas en un juego mucho más grande de lo que podéis imaginar.

El aire se volvió opresivo. Zarhel dio un paso adelante. Sus botas resonaron contra el suelo de piedra.

—Solo buscamos respuestas —dijo muy serio.

Odimovar lo miró con desprecio.

—¿Respuestas? —repitió, inclinándose hacia Zarhel—. ¿Y qué haréis con esas respuestas? ¿Acaso planeáis reconstruir lo que destruisteis?

Edoz se adelantó, interponiéndose entre Zarhel y el gobernador. Su postura era firme, pero su voz llevaba una nota de súplica velada.

—No somos los mismos que tomaron esas decisiones —admitió, con los ojos clavados en Odimovar.

Shuraz, confuso, giró la cabeza hacia Edoz.

—¿Qué estás diciendo? —susurró entre dientes—. ¿Desde cuándo hemos venido a disculparnos?

Edoz no respondió. Mantuvo su mirada fija en Odimovar, quien los observaba en silencio. Después de unos largos segundos, el gobernador se recostó en su trono con un suspiro.

—Las palabras son bonitas, embajadores —murmuró con tono gélido—. Pero no podéis deshacer el pasado. Ni devolverme lo que me fue arrebatado.

El silencio cayó sobre la sala como una manta pesada. Los embajadores esperaron, tensos, mientras Odimovar parecía debatirse entre su rabia y algo más profundo, algo más humano. Finalmente, sus dedos dejaron de juguetear con el anillo y dejó escapar un suspiro largo.

La sala se llenó de una presión insoportable. Odimovar los miraba con los hombros rectos, la espada en alto y los ojos ardientes de rabia, pero también de una tristeza que no lograba esconder.

—¿Creéis que podéis venir aquí y juzgarme? —espetó exasperado —. ¡No sois mejores que los chacales que devoran los restos de un cadáver!

Zarhel, con la vista aún fija en cada rincón de la sala y su látigo enrollado listo para atacar, buscaba algún indicio de aliados ocultos, alguna trampa preparada que explicara la extraña valentía de un hombre solo. Sin embargo, no había nada, solo el eco de las palabras del enloquecido Odimovar.

—No somos chacales, pero tampoco ovejas —replicó Edoz, dando un paso al frente, implacable—. Somos los errores de tu pasado, Odimovar, las consecuencias de tus propias decisiones.

El gobernador apretó los dientes y, con un gruñido de furia, desenvainó y alzó su espada.

—¡Vosotros sois los errores! ¡Vosotros sois los traidores que me condenaron! —bramó, avanzando con pasos decididos. Su voz resonó como un trueno en la sala vacía—. ¿Acaso el lobo pide

permiso para devorar? ¿Por qué debería arrepentirme de lo que hice?

—Porque tu reino ya no existe —espetó Edoz con un filo en su voz que igualaba al de sus dagas en sus manos—. Porque tú, el lobo, estás aquí, solo, enfrentándote a los hombres que una vez despreciaste.

—¡Silencio! —Odimovar rugió mientras se abalanzaba hacia delante. Su espada cortó el aire en dirección a Edoz.

Shuraz reaccionó de inmediato. Con un movimiento fluido de su espada acudió en ayuda de su compañero, interponiéndose ante la de Odimovar y desviando el golpe con un estruendo metálico que resonó por toda la sala.

—¡Si buscas redención en la sangre, gobernador, la encontrarás en la tuya! —gritó Shuraz, empujando a Odimovar hacia atrás con un giro hábil de su muñeca.

El duelo comenzó con una intensidad feroz. Shuraz se movía con precisión. El gobernador, a pesar de su postura desafiante, mostró su falta de práctica en su ataque.

—¡Detente, Odimovar! —gritó Zarhel, observando la lucha con frustración—. No tienes por qué seguir por este camino.

—¡Cállate! —respondió el gobernador con un gruñido mientras intentaba mantener el equilibrio tras un ataque directo de Shuraz que casi le arrancó la espada de las manos—. ¡No necesito consejos de quienes me traicionaron!

Shuraz aprovechó la distracción. Con un movimiento rápido, giró sobre su eje y lanzó un golpe ascendente que rompió la defensa de Odimovar. Su espada atravesó el aire como un rayo, encontrando su objetivo en el pecho del gobernador.

Odimovar dejó escapar un jadeo y su cuerpo quedó congelado en el lugar mientras la sangre comenzaba a empapar sus ropajes. Abrió mucho los ojos y, por un momento, la rabia se desvaneció, reemplazada por un destello de comprensión… o tal vez de aceptación.

—No… —susurró. Su voz comenzó a apagarse mientras sus piernas cedían.

Shuraz retiró la espada y dejó que el cuerpo de Odimovar se desplomara en el suelo con un golpe sordo. Durante unos segundos, el silencio llenó la sala, roto solo por la respiración pesada del gobernador caído y el sonido lejano de las aguas golpeando las murallas de la fortaleza.

La espada de Shuraz, que aún goteaba sangre, reflejaba las luces temblorosas de las antorchas. Odimovar yacía inmóvil en el suelo, su rostro había quedado congelado en una expresión de furia.

—Al final, la justicia llega a todos —murmuró Shuraz, limpiando con un paño la hoja de su espada. Su mirada permanecía fija en el cuerpo caído del gobernador, esperando que se levantara una vez más para continuar el enfrentamiento—. No había otro camino —reconoció—. No nos habría escuchado.

Edoz miró el anillo que aún adornaba el dedo de Odimovar. La estrella de ocho puntas brillaba débilmente bajo la luz de las antorchas.

—Esto no termina aquí —dijo en voz baja, con rostro grave—. Los Ungidos de Kudram seguirán moviendo los hilos.

Zarhel asintió con la mirada perdida en la oscuridad más allá de la sala.

—Pero hoy, al menos, hemos detenido a uno de ellos.

—¿Creéis que de verdad era un Ungido? —preguntó Edoz, señalando con la barbilla hacia el cadáver.

—No lo creo —respondió con frialdad Shuraz, enfundando su espada.

Edoz se acercó al cadáver muy despacio. Su mirada se detuvo en el anillo que Odimovar aún llevaba en el dedo. Sacó la daga de obsidiana y la hundió en el pecho del gobernador, en el mismo lugar donde Shuraz lo había herido de muerte, y la dejó clavada.

—Quien lo vea, espero que encuentre esto —señaló la daga clavada junto a la herida mientras se incorporaba—, y que crean que

fue una de esas bestias del lago. No podemos dejar rastro de nuestra presencia aquí.

Shuraz asintió en silencio. La decisión estaba tomada.

Sin una palabra más, los tres embajadores observaron al hombre que una vez fue rey, que luego dijo ser un dios y que ahora yacía en el suelo. La fortaleza era como un cascarón vacío y los pocos guardias que la protegían, apenas podían abarcarla, era evidente que ya no era el rey que fue.

El viento gélido los golpeaba en el rostro mientras remaban hacia la orilla. La embarcación se mecía con cada movimiento y avanzaba por las aguas rojas bajo la luz de la luna. Cada remo que cortaba la superficie rompía el silencio de la noche, pero no había palabras entre ellos. El aire seguía denso, tenían la sensación de que el espíritu de Odimovar aún los observaba desde la fortaleza que ahora quedaba atrás.

—Odimovar estaba loco —dijo Edoz, clavando la mirada en el horizonte—. Creerse Kudram, abrazar a los mismos dioses que destruyeron su reino… Es irónico.

—La locura es un refugio fácil para quienes no soportan la carga de su propia culpa. —añadió Zarhel con tono seco—. Pero no te equivoques, Edoz. No fue solo locura lo que lo llevó a esto. También fue su ambición.

—Ambición o no, nuestras manos están manchadas —les recordó Edoz con los ojos perdidos en las aguas oscuras—. Él nos culpó de su caída, y no estaba del todo equivocado.

—Pero nosotros actuamos por nuestro pueblo —exclamó Shuraz, cargado de orgullo—. Por nuestro reino. Si eso nos convierte en culpables, entonces, cargaremos con esa culpa.

—Lo que no puedo evitar preguntarme es si, en algún momento, hubo algo de verdad en sus palabras —reflexionó Edoz—. ¿Y si no fue siempre este monstruo? ¿Y si nosotros lo convertimos en lo que hemos visto esta noche?

El murmullo del agua respondió por ellos, llenando el silencio incómodo que siguió a esa pregunta. Ninguno tenía una respuesta.

Cuando por fin alcanzaron tierra firme, el alivio físico se mezcló con el peso de lo que habían dejado atrás. Cada paso hacia la orilla les pareció un recordatorio de las decisiones que habían tomado, de los actos que ahora los definían.

Shuraz fue el primero en hablar, mirando hacia la fortaleza que ahora se desdibujaba en la distancia.

—Odimovar está muerto, pero este no es el final. Ese anillo, su delirio… Todo apunta a que los Ungidos tienen planes más grandes de lo que imaginamos.

Zarhel asintió, dejando caer los remos con un suspiro.

—Entonces, debemos prepararnos. Esto no es más que el principio de algo mucho peor.

—Aquí los esperamos, con los brazos abiertos —concluyó Edoz, sonriendo con la mirada perdida en la noche.

El grupo comenzó a caminar hacia los bosques que se extendían frente a ellos, dejando atrás el lago y su historia teñida de sangre. La noche los envolvió con su oscuridad, pero no detuvo sus pasos.

19
Dudas

La puerta se abrió con su distintivo estruendo y Elyas, el Ungido de Kudram, cruzó el umbral sosteniendo un candil que colocó en un rincón seco de la habitación. Esta vez no llevaba su túnica habitual y la máscara, sino que lucía una armadura ceremonial negra y portaba una espada en un cinto de cuero negro. Se aproximó a Rayhem, desplegó su macuto sobre la mesa, sacó un termo de agua caliente y preparó un par de tazas de té, cuyo aroma especiado a canela llenó el ambiente.

—Buenas noches, Elyas —saludó Rayhem con cortesía.

—Buenas noches, Rayhem —respondió Elyas con voz suave y mirando a los ojos al sacerdote de Bel-Hur—. ¿Qué han sido esos horribles ruidos? —preguntó a continuación con los ojos entrecerrados. Su armadura ceremonial brillaba tenuemente bajo la luz de las antorchas y sus dedos tamborileaban con impaciencia sobre la empuñadura de su espada.

Rayhem, apoyado en la pared de piedra, alzó la vista, cansado. Todavía podía sentir el calor residual de la energía que había canalizado contra el espectro, aunque su cuerpo había pagado el precio y estaba agotado.

—Quizá sean los ecos de tu conciencia intentando escapar —respondió con una leve sonrisa desafiante.

Elyas dio un paso adelante y se inclinó hacia él con expresión severa.

—No estoy para juegos, sacerdote. No hay lugar para misterios —bufó con un tono completamente diferente al de la noche pasada.

Rayhem suspiró y cerró los ojos un momento.

—Los muertos están inquietos, Elyas. El muro que los contiene se resquebraja, y parece que no soy el único que los atrae.

El Ungido retrocedió de nuevo.

—¿Estás diciendo que esas cosas vinieron por mí?

—Por ti, por mí… o por algo más oscuro que se arrastra entre las sombras. Tú deberías saberlo mejor que nadie, eres un Ungido de Kudram. —Rayhem clavó su mirada en él—. Vosotros sois nigromantes ¿no? —preguntó.

Elyas permaneció callado unos segundos. Sus ojos reflejaban un conflicto interno que luchaba por ocultar. Rompió el silencio con un suspiro. El ligero temblor de su voz traicionó su aparente calma.

—No somos nigromantes, sacerdote —afirmó con tono firme, aunque Rayhem distinguió una nota de cansancio—. Somos guardianes de un conocimiento antiguo. Kudram nos legó la responsabilidad de entender lo que yace más allá del muro de los vivos.

Rayhem arqueó una ceja y dejó escapar una leve risa incrédula.

—¿Guardianes? Interesante elección de palabras para quienes abren puertas que nunca debieron cruzarse.

Elyas apretó los dientes. Su mano descansaba sobre la empuñadura de su espada, aunque no la desenvainó.

—¿Y vosotros? ¿Qué sois, Rayhem? —replicó con un destello de irritación—. ¿Pastores que guían a los muertos a un lugar seguro? ¿O jueces que los condenan sin comprender lo que hay al otro lado?

Rayhem se inclinó hacia adelante y lo miró con ojos cansados.

—Somos protectores de la voluntad de Bel-Hur. No necesitamos comprender lo que hay al otro lado. Solo tenemos que impedir que se filtre al mundo de los vivos.

Elyas negó con la cabeza lentamente y se calmó de nuevo, aunque sus ojos seguían fijos en Rayhem, como un depredador evaluando a su presa.

—Esa fe ciega os hace débiles, sacerdote. Pensáis que el muro os protegerá para siempre, pero ya has visto que no es así. Los muertos están inquietos porque algo está cambiando. Kudram lo sabía, y por eso desafió a tu dios.

Rayhem frunció el ceño, sintiendo cómo su pulso se aceleraba ante la blasfemia.

—¿Cambiar? ¿Qué pretendes justificar, Elyas? ¿Que vuestra ambición de poder es noble porque os creéis los elegidos para manejar lo que no comprendéis?

Elyas acercó la taza de té a Rayhem con cuidado y sopló la suya antes de beber. Sus ojos se perdieron por un momento en el vapor que ascendía lentamente.

—No buscamos poder, Rayhem. Buscamos equilibrio. Kudram no se rebeló por ansias de dominio, sino porque vio lo que Bel-Hur no quiso admitir: que el muro no es eterno. Que el flujo entre la vida y la muerte es natural y no debe ser restringido.

El sacerdote sacudió la cabeza, dejando escapar un bufido.

—Palabras bonitas para justificar el caos. Si realmente creéis en ese equilibrio, ¿por qué tantos muertos han sido corrompidos por vuestra mano?

Elyas se detuvo.

—No todos los caminos de Kudram son rectos, lo admito. Hay quienes se desvían, quienes ven en su legado una oportunidad para dominar. Pero no puedes juzgar al todo por las acciones de unos pocos.

La luz mortecina de las antorchas iluminaba las paredes de la biblioteca subterránea. Rayhem alzó la voz. Sus ojos chispeaban de indignación mientras su mano se aferraba a la taza caliente de té.

—Antes de que me secuestrarais, vi con mis propios ojos un ejército de resucitados bajo las catacumbas de la Gran Torre.

¡Hordas enteras aguardando en la oscuridad! ¿Acaso me lo vas a negar? —espetó cargado de rabia.

Elyas permaneció en calma, envuelto en una expresión meditabunda. Acarició con lentitud el medallón que colgaba de su cuello, buscando fuerza en aquel gesto ritual.

—Eso solo eran ecos de un pasado que nunca debió ser —respondió con voz grave. Su mirada se clavó en la llama que danzaba en la lámpara a un lado de la mesa.

—¿Ecos? —replicó Rayhem con amargura—. No debió ser, dices, pero yo vi cómo despertaron, cómo se alzaron de sus tumbas y nos atacaron. Si no los hubiéramos quemado allí mismo, habrían sembrado el caos por toda la ciudad.

Alzó el brazo y señaló el techo de roca sobre ellos, queriendo atravesarlo con su gesto y alcanzar la ciudad de Alonia. Sus palabras desafiantes resonaron en el espacio cerrado lleno de humedad y escritos antiguos.

Elyas suspiró y miró con serenidad a Rayhem. Su calma contrastaba con la furia desatada del sacerdote.

—No habrían podido salir de la torre sin la orden de un Gran Maestre —dijo Elyas con calma, manteniendo la mirada fija en los ojos de Rayhem. Su tono era firme, pero había un matiz conciliador en sus palabras—. Es cuestión de equilibrio, sacerdote.

Rayhem se quedó en silencio un momento, procesando las palabras de Elyas mientras respiraba agitadamente.

—¿Equilibrio? —repitió, en un tono más bajo, pero no menos intenso—. ¿Y cuántas vidas estamos dispuestos a sacrificar por ese equilibrio? Porque te aseguro que esa noche caí bajo sus garras y no sentí ningún balance, solo muerte.

Elyas inclinó la cabeza ligeramente.

—El equilibrio no siempre es justo —admitió—, pero es necesario. Los resucitados que viste no son más que herramientas, vestigios de una época oscura en la que la magia desbordó los límites de la razón. Si alguien, cualquiera, los despertara sin control, no solo

Alonia estaría en peligro, sino todo lo que conocemos. Por eso, el poder del Gran Maestre es tan peligroso como necesario.

Rayhem lo observó confuso una vez más.

—¿Y qué me dices de quien los creó? —preguntó desafiante—. ¿No sería mejor acabar con todo esto de raíz? Destruirlos a todos, para que nadie pueda usarlos jamás.

Elyas alzó una ceja.

—¿Acabar con ellos? ¿Y qué pasa cuando las mismas fuerzas que los crearon vuelvan a surgir? La historia es un ciclo, sacerdote. Puedes destruir a los resucitados, pero no puedes acabar con la ambición ni con el deseo de poder.

El silencio volvió a extenderse entre ambos, pesado, como si algo estuviera a punto de romperse.

Rayhem se dejó caer sobre la mesa, soltando el aire con un suspiro largo, y casi derramó su taza.

—Entonces dime, Elyas, ¿qué haremos cuando ese equilibrio que tanto defiendes se rompa? Porque lo hará, lo sabemos los dos.

Elyas sonrió con amargura.

—Cuando llegue ese día, sacerdote, rezaremos para que los vivos sean más fuertes que los muertos.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire unos instantes.

Rayhem mantuvo su mirada fija en Elyas.

—Entonces —siguió con voz grave, inclinándose hacia él—, ¿qué haces aquí? ¿Es tu misión traer equilibrio… o abrir una puerta que no debería cruzarse jamás?

Elyas guardó silencio, sopló el interior de su taza y bebió.

—Bebe mientras aún está caliente —instó el Ungido con un leve suspiro.

Rayhem, percibiendo una fisura en su fachada, dejó caer la mirada hacia la imponente armadura negra que lo cubría.

—Tu atuendo… No es el que sueles llevar —observó con un tono que combinaba curiosidad y prudencia—. Vienes vestido como un

guerrero. ¿Es este mi fin?

Elyas esbozó una leve sonrisa, pero no había burla en ella. Era un gesto extraño, casi melancólico.

—No, sacerdote —respondió con calma, retirando la mano de la empuñadura de su espada—. No he venido a matarte. Mi atuendo tiene otro propósito.

Rayhem entrecerró los ojos, analizando cada palabra con cuidado.

—¿Entonces?

Elyas se apoyó en el respaldo de su desvencijada silla. Su armadura crujió levemente al moverse, y el candil proyectó su sombra alargada sobre las paredes llenas de humedades.

—He participado en una ceremonia —comenzó a explicar, sin mirarlo directamente—. Una que exige que los Ungidos se presenten como Guerreros de Kudram, listos para enfrentarse a los desafíos del equilibrio que juramos proteger.

Rayhem observó el destello tenue de su espada y el brillo apagado de los emblemas grabados en su armadura.

—Una ceremonia, ¿eh? Parece que vuestro culto tiene más en común con el mío de lo que quieres admitir —dijo con una furtiva sonrisa que apenas asomó en sus labios.

Elyas alzó la vista y encontró los ojos de Rayhem por un momento, pero no respondió a la provocación. En lugar de eso, miró la taza del sacerdote.

—Bebe. No está envenenado, lo prometo.

Rayhem tomó la taza con algo de desconfianza, pero el calor reconfortante y el aroma especiado lo convencieron. Dio un pequeño sorbo, dejando que el sabor llenara su boca antes de asentir.

—Tienes buen gusto para el té, eso es innegable —comentó con un tono más relajado.

Elyas dejó escapar una leve risa.

—Supongo que incluso los Ungidos podemos disfrutar de los placeres más simples.

El sacerdote, más tranquilo, dejó la taza sobre la mesa.

—Si de verdad no has venido a matarme, ¿por qué estás aquí, Elyas? ¿Qué quieres de mí?

El Ungido guardó silencio un instante.

—Quiero que comprendas, Rayhem. No espero que aceptes lo que somos, pero al menos, quiero que veas más allá de los prejuicios con los que cargamos. Nuestra fe no es un culto a la muerte, como muchos creen, sino a la transición, al equilibrio entre los mundos.

Rayhem frunció el ceño intrigado, pero también escéptico.

—Hablas de equilibrio, pero he visto los efectos de vuestra fe. Los espectros, la corrupción… ¿Cómo puedes justificar eso como algo necesario?

Elyas entrelazó los dedos sobre la mesa con los ojos fijos en la taza que sostenía.

—El equilibrio no es limpio ni sencillo, sacerdote. Para mantenerlo, a veces debemos hacer sacrificios, tomar decisiones que otros consideran abominables. Pero nuestra fe no busca provocar la destrucción, sino prevenirla.

Rayhem apoyó un codo en la mesa, estudiando a Elyas con detenimiento.

—Hablas con convicción, pero también veo dudas en tus ojos. ¿Crees de verdad en lo que estás diciendo, o simplemente sigues el camino que te impusieron?

Elyas apretó los labios.

—Kudram nos enseñó a cuestionar. A no aceptar ciegamente las enseñanzas, ni siquiera las de los dioses. Quizá esa es la mayor diferencia entre tú y yo, Rayhem.

El sacerdote se inclinó hacia él, dejando que la luz del candil proyectara sombras sobre su rostro.

—¿Y qué ocurre cuando cuestionar te lleva a dudar de tu propio dios?

Elyas lo miró fijamente. El silencio llenó el espacio entre ellos, roto solo por el goteo constante del agua en la lejana oscuridad de la biblioteca inundada.

—Entonces, Rayhem… —respondió por fin con voz grave—. Puede que sea hora de decidir si mi fe está con Kudram, o con algo más allá de él.

El aire en la pequeña estancia estaba cargado de una mezcla de aromas: el amaderado del té recién servido y el persistente olor a humedad de las paredes de piedra. Rayhem giró la taza entre sus manos, permitiendo que el calor le calmara el temblor de los dedos mientras las palabras de Elyas flotaban en el espacio, asentándose como polvo en el silencio.

Elyas inclinó la cabeza ligeramente y vertió más té en la taza de Rayhem. Sus movimientos eran precisos; estaba acostumbrado a medir cada gesto con el mismo cuidado con el que pronunciaba sus palabras.

—La otra noche te hablé de nuestra fe —comenzó, acomodándose en su silla de respaldo alto. El cuero desgastado crujió bajo su peso—. Permíteme contarte más, Rayhem. Nuestra religión, la de los Ungidos de Kudram, es distinta a lo que puedes haber oído o imaginado.

Rayhem lo miró con expresión cerrada pero atenta. Con una inclinación de cabeza, le cedió el espacio para continuar.

—Nosotros creemos en la libertad individual —prosiguió Elyas—. En el poder de pensar y actuar, siempre y cuando nuestras acciones no dañen a otros. Para nosotros, la búsqueda de la felicidad no es solo un derecho, sino una responsabilidad. Cada paso que damos debe acercarnos a ella. Muchos de nosotros somos aquellos que fueron apartados por sus comunidades, los que se negaron a seguir dogmas que no resonaban en su espíritu. Encontramos refugio en esta fe porque respeta nuestras diferencias. Nuestra confianza en

nosotros mismos proviene de lo que llamamos «la llama azul», una fuente interna de seguridad y autoestima.

Rayhem dejó su taza sobre la mesa y el leve tintineo de la porcelana rompió momentáneamente la quietud.

—¿Y qué hay de los líderes? —preguntó escéptico—. Hablas de libertad, pero también mencionaste a un Gran Maestre. Suena contradictorio.

Elyas esbozó una sonrisa tenue, anticipando la pregunta.

—El Gran Maestre es solo un título ceremonial. No impone reglas ni dicta las creencias de los demás. Su función es representar la sabiduría colectiva de nuestra comunidad, no liderarla. —Bajó la mirada hacia su taza antes de seguir—. Nuestra guía proviene de nosotros mismos, y nuestras decisiones se toman en conjunto, no por la voluntad de uno solo.

Rayhem frunció el ceño, pero no lo interrumpió. Elyas lo interpretó como una invitación a seguir.

—Nuestros rituales no son actos vacíos —dijo mientras sus dedos jugaban con el borde de su medallón—. No invocamos a un dios externo que nos salve o nos juzgue. Lo que llamamos Kudram no es un ser celestial, sino un reflejo de nuestra esencia colectiva. Es un egrégor, una entidad espiritual que hemos creado a través de siglos de pensamiento, de reflexión, de unidad. Nuestros rituales nos conectan con esa fuerza no para pedirle milagros, sino para descubrir nuestras propias capacidades.

—Hablas como un filósofo —replicó Rayhem, desafiante—. Pero esa «esencia colectiva» de la que hablas tiene demasiada similitud con una herramienta de control. Dices que no tenéis líderes, pero buscáis alinearos con una fuerza que vosotros mismos habéis creado. ¿No es eso otra forma de servidumbre?

Elyas negó con suavidad, pero su mirada se mantuvo firme.

—No lo es, porque no hay dominación ni límites —respondió convencido—. Cada uno decide cuánto participa, cuánto aporta. Kudram no nos da órdenes; simplemente nos refleja. En él vemos

nuestras mejores y peores partes, y somos nosotros quienes elegimos qué lado alimentar.

El sacerdote cruzó los brazos y se inclinó hacia delante. Sus ojos buscaban los de Elyas tratando de encontrar grietas en su razonamiento.

—Y la llama azul que mencionaste antes, ¿qué es realmente? —preguntó.

Elyas sonrió con un toque de melancolía y bajó la voz.

—La llama azul es lo que algunos llamarían conciencia y otros, autoestima. Es nuestra conexión interna con lo que somos, sin máscaras ni imposiciones. Es la chispa que nos da fuerza cuando nos enfrentamos a la adversidad, la que nos permite mirarnos al espejo sin desviar la mirada. Creemos que todos tienen esa llama, pero no todos saben cómo encontrarla.

Rayhem permaneció en silencio. Sus pensamientos se enredaban con las ideas que Elyas le había expuesto. Había algo inquietantemente atractivo en esa fe, en esa libertad que proclamaba y, al mismo tiempo, le incomodaba. No era solo una religión; era una forma de vida que contradecía todo lo que había conocido.

Finalmente, levantó la vista y fijó su mirada en Elyas.

—Hablas de libertad, pero todo esto suena como una red que atrapa a los desesperados, a los que buscan pertenecer a algo más. ¿No temes que esa llama azul pueda apagarse bajo el peso de su propia contradicción?

Elyas le sostuvo la mirada y sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—La llama puede menguar, pero nunca se extingue por completo. Mientras haya quien se atreva a buscarla, siempre habrá luz. ¿Y tú, Rayhem? ¿Has buscado tu llama alguna vez?

El sacerdote apretó los labios, pero no respondió. La pregunta quedó suspendida entre ellos, como una puerta abierta que ninguno de los dos se atrevía a cruzar todavía.

El vapor del té ascendía entre ellos en espirales lentas, dibujando formas efímeras antes de desvanecerse. Rayhem tomó la taza entre las manos y la llevó a sus labios, dejando que el calor del líquido templara su mente mientras las palabras de Elyas revoloteaban como un enjambre de ideas nuevas y desafiantes. El sacerdote inclinó la cabeza y rompió por fin el silencio.

—Es una perspectiva interesante, Elyas —dijo, dejando la taza sobre la mesa con cuidado—. Hasta ahora, siempre he creído que nuestra fe en Bel-Hur era la única verdad, el único camino. Pero lo que dices sobre la libertad de pensamiento suena más humano. Más… alcanzable.

Elyas sostuvo la mirada de Rayhem, sus ojos reflejaban comprensión. Asintió ligeramente, y con la misma precisión de antes, sirvió más té en ambas tazas. Cada gota que caía en la porcelana parecía marcar un latido, un pulso que sincronizaba sus pensamientos.

—Entiendo tu conflicto, Rayhem. —La voz de Elyas era suave, pero firme—. La verdad es que no todos pueden seguir la misma senda ni encontrar la misma respuesta. En los Ungidos creemos que cada uno es responsable de su búsqueda espiritual, de su conexión con Kudram.

Rayhem tamborileó con los dedos sobre la mesa de madera envejecida. La familiaridad de las enseñanzas de Bel-Hur, con sus reglas claras y sus absolutos, chocaba con la idea de una fe que dependiera del juicio personal. Levantó la mirada, enfrentándose a la calma de Elyas.

—¿Y si esa libertad se convierte en un arma? —preguntó, cargado de dudas—. Si cada uno decide por sí mismo qué es lo correcto, ¿cómo evitáis que todo se convierta en caos? ¿Dónde trazáis la línea entre libertad y responsabilidad?

Elyas dejó su taza sobre la mesa con un leve tintineo. Sus dedos recorrieron el borde, buscando las palabras adecuadas antes de responder.

—Es una preocupación válida —concedió, inclinándose hacia adelante—. La libertad no es licencia para actuar sin pensar en las consecuencias. En los Ungidos, la libertad siempre está acompañada de responsabilidad. Somos libres de buscar nuestra verdad, sí, pero esa búsqueda nunca debe causar daño a otros. Nuestro equilibrio está en respetar la individualidad sin socavar la comunidad.

Rayhem entrecerró los ojos, sopesando esa respuesta. La idea de un equilibrio entre la libertad personal y la cohesión comunitaria no era completamente ajena a sus creencias, pero en la práctica, parecía un ideal difícil de alcanzar.

Un movimiento en el borde de su visión lo hizo girar la cabeza. Allí estaba Jarben, el pequeño ratón albino, trepando por el brazo de su silla. El animal detuvo su avance justo en el borde de la mesa. Su pelaje brillaba con un tenue resplandor. Rayhem parpadeó, confundido, y el ratón inclinó la cabeza, emitiendo una suave luz que bañó la mesa en un halo cálido.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Rayhem susurrando, temiendo romper la magia del momento.

Elyas observó al ratón con una leve sonrisa.

—Tal vez está respondiendo a tus dudas —dijo, apoyando los codos en la mesa mientras entrelazaba los dedos—. Parece que es sensible a la incertidumbre. Algunos dirían que canaliza algo más grande que él, pero yo prefiero pensar que es simplemente un recordatorio de que, a veces, las respuestas no están en las palabras, sino en los sentimientos.

Rayhem miró al ratón durante un largo instante. La tenue luz que el animalillo emitía pareció tranquilizarlo, aunque no disipó todas sus dudas.

—Entiendo lo que dices —admitió por fin, volviendo a centrar su atención en Elyas—, pero todavía hay algo que no puedo ignorar. La libertad puede ser un don, pero también una carga. ¿Cómo aseguráis que esa búsqueda individual no sea manipulada? ¿Cómo evitáis que otros, con intenciones menos puras, se aprovechen de vuestra fe?

Elyas dejó escapar un suspiro y su expresión se oscureció ligeramente.

—No siempre podemos evitarlo, Rayhem. La manipulación es una amenaza que acecha cualquier creencia, incluso las más puras. Pero nuestra defensa está en nuestra comunidad. —Levantó su mirada con ojos brillantes—. Nos observamos unos a otros, no para juzgar, sino para cuidar. Compartimos nuestras dudas y nuestras certezas, y en esa transparencia encontramos fortaleza.

El sacerdote tomó otro sorbo de té. No había respuestas fáciles, pero en esa habitación, con el aroma del té y la luz cálida del ratón albino, encontró algo inesperado: un momento de paz.

El té se había enfriado en las tazas, pero ni Rayhem ni Elyas parecían notarlo. La conversación los mantenía atrapados, cada palabra era un hilo que tejía una red de ideas complejas y desafiantes.

—Háblame más de vuestra magia y vuestros rituales —pidió Rayhem, inclinándose ligeramente hacia adelante. Había algo en su tono que no era solo interés—. ¿Qué hay de esos rituales de posesión de los que tanto se murmura? ¿No es eso peligroso?

Elyas sostuvo la mirada de Rayhem durante un instante. Sus ojos oscuros reflejaban una calma inquebrantable. Luego tomó su taza y la giró lentamente entre las manos antes de responder.

—El ritual de posesión es uno de los actos más sagrados entre los Ungidos —respondió, dejando la taza de nuevo sobre la mesa con cuidado—. Pero, quizá, «posesión» no sea la palabra adecuada. No es una invasión, ni una pérdida de control, como muchos imaginan. Es un acto de apertura, de comunión con un espíritu que busca compartir conocimiento y visión.

Rayhem arqueó una ceja, claramente escéptico.

—¿Y cómo garantizáis que no sea algo oscuro o maligno lo que se manifiesta? —preguntó, inclinándose hacia adelante. Elyas no conocía su don, y pretendía que siguiera ignorándolo—. He oído demasiadas historias de espíritus que engañan y destruyen a quienes se abren a ellos.

Elyas soltó una leve risa comprensiva.

—Es una pregunta justa —admitió—. Antes de realizar el ritual, el creyente debe prepararse durante semanas, a veces meses. Hay meditaciones profundas, ayunos y un análisis exhaustivo de sus propios temores y deseos. Solo aquellos con una voluntad fuerte y un corazón limpio son considerados aptos para abrirse a un espíritu.

Rayhem frunció el ceño, intentando imaginar lo que Elyas describía. Había conocido rituales en su propio credo, ceremonias llenas de solemnidad y reglas estrictas, pero esto parecía algo completamente diferente.

—Y una vez que el espíritu se manifiesta, ¿qué ocurre? —preguntó con mucho interés—. ¿El creyente habla por él? ¿Actúa bajo su influencia?

Elyas asintió con un leve movimiento de cabeza.

—El espíritu no toma el control completo, si es lo que te preocupa. Es un diálogo, no una imposición. —Hizo una pausa—. El creyente se convierte en un puente, en un canal a través del cual el espíritu comparte visiones, conocimientos y, a veces, advertencias. No se trata de obediencia ciega, sino de colaboración. Una vez terminado el ritual, el creyente tiene el poder de aceptar o rechazar lo que ha aprendido.

El sacerdote apoyó la barbilla en sus manos, perdido en sus pensamientos. Intentaba imaginar cómo sería esa experiencia, pero cada intento chocaba con las enseñanzas rígidas de Bel-Hur, que condenaban cualquier interacción con fuerzas más allá de lo estrictamente permitido.

Jarben, el ratón albino, escaló con destreza por el borde de la mesa y se detuvo frente a Rayhem, mirándolo con ojos brillantes y, una vez más, emitiendo ese suave resplandor.

Rayhem fijó su atención en el pequeño animal, como si buscara respuestas en él. Luego, rompió el silencio.

—No puedo negar que hay algo intrigante en todo esto. —Levantó la mirada hacia Elyas. Sus ojos mostraban más dudas que

certezas—. Pero no puedo evitar preguntarme si ese contacto con los espíritus no os hace vulnerables. ¿Qué sucede si un espíritu maligno intenta aprovecharse de uno de los vuestros?

Elyas se reclinó en su silla y cruzó los brazos mientras observaba a Rayhem con respeto.

—Es raro, pero no imposible. Por eso no hacemos esto a la ligera, Rayhem. Hay protecciones, oraciones, y siempre está la supervisión de un grupo. Ninguno de nosotros se enfrenta a un ritual así en soledad. La fuerza de nuestra comunidad es nuestra defensa más poderosa.

El sacerdote permaneció en silencio, sopesando las palabras de Elyas. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que las respuestas no eran claras, que la línea entre lo correcto y lo erróneo se desdibujaba en un terreno más complejo de lo que había imaginado.

El suave crepitar de la lámpara de aceite y el murmullo distante del agua subterránea componían una melodía discreta que acompañaba la conversación. Rayhem sostuvo la mirada de Elyas mientras sus palabras resonaban en su mente.

—Hablaste de invocar a seres de la oscuridad en vuestros rituales —siguió Rayhem con cautela. No lograba ocultar del todo su escepticismo—. Eso suena… inusual. ¿Cómo es que estos seres son diferentes de lo que comúnmente se piensa sobre la oscuridad?

Elyas tomó su taza, ahora vacía, y la giró entre las manos, jugueteando con ella. Una ligera sonrisa apareció en sus labios.

—La oscuridad, como la luz, es un aspecto de la existencia que muchos no logran comprender —respondió al fin, alzando los ojos hacia Rayhem—. No es intrínsecamente malvada, como nos han hecho creer. Los seres que invocamos representan aspectos ocultos de nosotros mismos y del mundo. Nos muestran aquello a lo que tememos enfrentarnos: dudas, deseos reprimidos, verdades que preferimos ignorar.

Rayhem entrecerró los ojos, intentando captar el matiz en las palabras de Elyas.

—¿Y esos seres nunca intentan aprovecharse de los que los invocan? —preguntó con seriedad—. Si les dais acceso a vuestra mente, ¿no se corre el riesgo de que tomen el control?

Elyas negó con la cabeza, pero sin arrogancia.

—No hay nada más que la luz, Rayhem. —Dejó la taza sobre la mesa con suavidad y apoyó las manos sobre sus rodillas—. Tanto la oscuridad como la luz pueden ser herramientas o armas, dependiendo de quién las maneje. Lo que invocamos no son entidades externas que buscan dominarnos, sino reflejos profundos de lo que ya habita dentro de nosotros. Es un acto de equilibrio, un diálogo con lo desconocido.

El sacerdote permaneció en silencio unos instantes.

—Y el secretismo… —siguió Rayhem después en voz más baja—. Aunque podéis practicar libremente, optáis por hacerlo en privado. Eso despierta sospechas. ¿Qué escondéis realmente?

Elyas suspiró, pero mantuvo la compostura.

—No es solo por nosotros, Rayhem. —Su tono se tornó más serio, aunque sin perder la serenidad—. Durante siglos fuimos perseguidos por nuestras creencias. Muchos de los nuestros murieron por negarse a renunciar a su fe. Esa época dejó cicatrices profundas, y aunque ahora vivimos en relativa paz, el miedo a ser incomprendidos persiste.

Rayhem inclinó la cabeza, captando algo más detrás de las palabras de Elyas.

—¿Solo miedo, entonces? —presionó— ¿O hay cosas que preferís que no salgan a la luz?

Elyas sonrió con un toque de ironía.

—Hay verdades que la mayoría no está lista para escuchar —respondió con sinceridad—. Nuestro secretismo también protege a quienes aún no están preparados para cuestionar su propia fe o enfrentarse a las dualidades del mundo. No buscamos conflictos ni conversos, sino el equilibrio.

La conversación entre ambos avanzaba como un río que sorteaba obstáculos, dejando tras de sí un camino de comprensión. Rayhem se recostó en su silla y cruzó los brazos mientras reflexionaba.

—Es un universo complejo el que describes, Elyas —admitió con cierta admiración—. Vuestra fe valora la libertad individual, la búsqueda de la verdad… y aun así, se sustenta en un equilibrio que parece frágil.

Elyas asintió lentamente, apoyando los codos sobre la mesa mientras su rostro adoptaba una expresión más seria.

—La libertad siempre es frágil, Rayhem. Pero lo que realmente la fortalece es la voluntad de quienes la ejercen. No estamos libres de desafíos, pero cada prueba nos acerca más a comprender quiénes somos y por qué existimos.

—Supongamos que quisiera ver uno de vuestros rituales —dijo Rayhem con voz baja pero cargada de intención—. ¿Me lo permitiríais?

Elyas inclinó ligeramente la cabeza, estudiando a Rayhem, midiendo su alma.

—No es una experiencia para tomar a la ligera —respondió después de un largo silencio—. Pero si realmente deseas entendernos, te invitaré a presenciar uno. No como observador, sino como participante.

El corazón de Rayhem dio un vuelco. Algo en la forma en que Elyas lo dijo le hizo entender que cruzar esa línea sería un punto sin retorno.

—¿Y qué hay de las orgías? —preguntó con tono neutral, aunque delataba la incomodidad—. He oído rumores. ¿Son otra de esas verdades distorsionadas, o realmente forman parte de vuestra práctica?

Elyas no pareció sorprendido por la pregunta.

—Son reales —admitió con tranquilidad—, pero creo que lo que has oído no es fiel a la verdad. —Elyas lo miró directamente, asegurándose de que sus palabras fueran claras—. No se trata de

actos de indulgencia descontrolada ni de simple lujuria. Las reuniones que llamamos orgías son, en esencia, una exploración consciente de la conexión humana, una celebración de la libertad individual y colectiva.

Rayhem arqueó una ceja, sin interrumpir. Elyas tomó esto como una señal para continuar.

—Durante estas reuniones —explicó—, los participantes dejan de lado las máscaras que la sociedad les impone. Es un espacio sagrado, donde cada uno puede conectar con otros desde un lugar de autenticidad y vulnerabilidad. No es un simple encuentro físico; es una forma de explorar lo que significa estar vivo, en cuerpo y espíritu.

Rayhem se recostó en su silla, procesando lo que acababa de oír.

—¿Y qué sucede exactamente durante estas reuniones? —preguntó el sacerdote—. ¿Qué las diferencia de… bueno, de lo que se asume comúnmente?

Elyas sonrió.

—Primero, cada participante elige estar allí de forma plenamente consciente y voluntaria. Nadie es forzado ni persuadido. El ambiente es ritualístico, protegido por cánticos y símbolos que aseguran que la energía en el lugar sea armoniosa. —Hizo una pausa—. Es un momento de entrega, sí, pero también de introspección. Se trata de conectar no solo con otros, sino con uno mismo, aceptando cada parte de lo que somos, incluyendo aquellas que la sociedad considera tabú.

Rayhem observó a Elyas, intentando encontrar alguna señal de falsedad, pero no la vio. Sus palabras parecían honestas, aunque difíciles de asimilar.

—Y supongo que estas reuniones atraen a más personas que solo a los Ungidos —dijo Rayhem, entrelazando los dedos.

—Así es —confirmó Elyas—. Algunos llegan buscando una conexión espiritual; otros, simplemente por curiosidad. Lo cierto es que estas reuniones han inspirado a muchos a buscar más allá de lo

que creían posible. La filosofía de Kudram encuentra en estas experiencias una forma de expandirse, no porque sean obligatorias, sino porque despiertan algo en quienes asisten.

El sacerdote frunció el ceño, pensativo.

—Es fascinante cómo vuestra fe abarca lo tangible y lo intangible, lo corporal y lo espiritual —comentó con admiración—. Pero también me pregunto… ¿No os enfrentáis a quienes lo consideran inmoral o una amenaza?

Elyas se inclinó hacia adelante.

—Por supuesto que lo hacemos. La mayoría de las críticas provienen de malentendidos o prejuicios. La idea de que algo tan íntimo pueda ser sagrado desafía muchas concepciones tradicionales. Pero, como siempre, dejamos que nuestras acciones hablen. —Sus ojos se suavizaron—. Nuestro objetivo no es convencer a nadie, sino vivir con autenticidad. Aquellos que están preparados para comprenderlo, lo hacen. Los demás… Bueno, no los forzamos.

Rayhem asintió lentamente, aunque una parte de él seguía luchando con lo que acababa de escuchar. Observó cómo Jarben, el ratón albino, trepaba ágilmente hasta su hombro, emitiendo un suave destello.

—Es un enfoque… diferente, pero no necesariamente equivocado —admitió por fin, mirando a Elyas—. Aunque reconozco que nunca pensé que la búsqueda de lo divino pudiera tomar formas tan… humanas.

Elyas soltó una risa breve, casi musical.

—Y, sin embargo, lo humano es parte de lo divino, ¿no? —respondió con una mirada cálida—. Al final, todo está interconectado, Rayhem. Esa es una de las verdades que Kudram nos enseña.

El sacerdote se quedó pensativo.

—Hay algo más que quiero preguntarte —dijo inquieto—. Estas prácticas, ¿alguna vez han sido usadas para fines más oscuros? ¿Hay

quienes hayan llevado vuestra libertad al extremo?

Elyas apartó la mirada por un instante. Cuando volvió a alzarla, su expresión había cambiado. Había un destello de algo más, una sombra que hablaba de experiencias pasadas.

—Eso… es una conversación para otro momento, Rayhem. Pero te diré que incluso la libertad necesita límites, y no todos los caminos conducen a la luz.

Rayhem fijó su mirada en Elyas y vio cómo una sombra de pesar se reflejaba en sus ojos. Aunque la atmósfera era tranquila, las palabras que estaban por decirse pesaban como una tormenta inminente.

—¿Y qué hay del ejército de muertos vivientes? —preguntó Rayhem bajando el tono, como si no quisiera que las paredes escucharan.

Elyas se tomó un momento para responder. No había evasión en su mirada, pero sí un rastro de melancolía.

—Es cierto que algunos de los nuestros, seducidos por el poder, buscaron respuestas en las escrituras prohibidas —dijo por fin—. Pero no todos los Ungidos compartimos esa visión. Esas prácticas… —su voz se quebró ligeramente— representan una desviación peligrosa de los principios que Kudram enseña.

Rayhem apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia Elyas.

—¿Por qué lo hicieron? —insistió—. ¿Qué los llevó a recurrir a algo tan… aberrante?

Elyas suspiró desenterrando viejas heridas con cada palabra.

—La desesperación, principalmente. Cuando la Gran Torre de Alonia fue clausurada y fuimos declarados proscritos en todo el Imperio Alonio, muchos de los nuestros quedaron desamparados, perdiendo su fe y su propósito. Algunos pensaron que resucitar a los muertos sería una forma de restaurar el equilibrio, de recuperar lo que habíamos perdido. —Hizo una pausa—. Pero lo que no entendieron es que, al hacerlo, no solo violaban las leyes naturales, sino que también traían consigo una vieja maldición.

Rayhem frunció el ceño mientras procesaba la información. La idea de usar a los muertos como herramientas lo perturbaba profundamente, pero no podía negar que sentía cierta curiosidad por las motivaciones detrás de ello.

—¿Cómo se relaciona esto con los textos nigrománticos? —preguntó con un interés más académico que moral.

Elyas hizo un gesto hacia un rincón de la biblioteca, donde un estante corroído por la humedad albergaba libros antiguos cubiertos de polvo.

—Esos textos contienen conocimientos oscuros, transmitidos desde eras en que los límites entre la vida y la muerte eran más difusos —explicó mientras se levantaba y se dirigía hacia el estante —. No todos los que los leen buscan corromperse, pero el simple hecho de estudiarlos puede abrir puertas que no deberían abrirse.

Tomó uno de los libros con cuidado y lo depositó sobre la mesa, frente a Rayhem. Las páginas amarillentas estaban llenas de símbolos y diagramas que parecían moverse bajo la luz del candil.

—Este es uno de los pocos que se ha conservado —dijo Elyas, colocando una mano sobre la cubierta y pensando en alto—. Deberíamos haber guardado estos libros mejor. Si por mí fuera, así hubiera sido. Conocer estos textos me permite entender a quienes los usan y, en algunos casos, detenerlos.

Rayhem rozó la superficie del libro con los dedos y sintió una ligera vibración, parecía que el objeto estuviera vivo. Levantó la vista hacia Elyas.

—¿Y qué hay de los que lograron usar este conocimiento? —preguntó preocupado—. ¿Qué consecuencias tuvo?

Elyas se sentó nuevamente y cruzó las manos frente a él.

—Las consecuencias siempre llegan, Rayhem. Aquellos que se atreven a manipular la muerte no solo atraen la ira de los espíritus, sino que también desatan fuerzas que no comprenden. He visto cómo algunos de ellos se consumían, sus cuerpos pudriéndose

lentamente mientras la energía que controlaban los devoraba desde dentro.

Un estremecimiento recorrió a Rayhem, aunque intentó mantenerse sereno.

—¿Y tú? —preguntó después de un largo silencio—. ¿Has usado alguna vez estos rituales?

Elyas negó con la cabeza, pero su expresión se endureció.

—No, nunca. Pero he estado cerca de quienes lo hicieron. —Sus ojos adquirieron un brillo oscuro—. He tenido que detener a algunos de mis propios hermanos antes de que destruyeran lo que quedaba de nuestra comunidad. Y créeme, Rayhem, no hay mayor dolor que enfrentarte a quienes una vez llamaste familia.

Rayhem no supo qué responder. La sinceridad y el pesar en la voz de Elyas eran palpables, y aunque aún quedaban muchas preguntas, también entendía que algunos temas debían abordarse con delicadeza.

—Lamento tus pérdidas, Elyas —dijo con sinceridad—. Sé lo que es luchar contra algo que creías inmutable.

Elyas esbozó una leve sonrisa de agradecimiento.

Los altos estantes, repletos de volúmenes polvorientos estaban iluminados por la tenue luz de la lámpara de aceite.

—¿Por qué algunos Ungidos se sintieron atraídos por estos textos? —preguntó Rayhem después.

Elyas permaneció en silencio un momento, observando la llama vacilante de una lámpara cercana. Sus manos, entrelazadas sobre un libro cerrado, se tensaron ligeramente antes de relajarse. Luego suspiró.

—Algunos creyeron que podían dominar la muerte —dijo al fin, con voz pausada—. Se convencieron de que era posible usar su poder para influir en los vivos, controlar lo que está más allá del velo, obtener conocimiento prohibido. Imagina el potencial de extraer secretos de las almas fallecidas, o de alzar un ejército que jamás conociera el cansancio o cuestionara las órdenes. —Elyas alzó

la vista para encontrarse con los ojos de Rayhem—. Fue esa atracción por lo desconocido, por la promesa de control en un mundo donde el azar y la incertidumbre reinan, lo que los llevó por ese camino. Pero no todos compartimos esa visión. Muchos, como yo, rechazamos la nigromancia porque su coste, tanto moral como espiritual, es demasiado alto.

Rayhem inclinó la cabeza, asimilando cada palabra. El brillo en sus ojos no se apagó, pero su mandíbula se tensó al reflexionar sobre lo que Elyas había dicho.

—Entonces, incluso entre los Ungidos tenéis división.

Elyas asintió, enderezándose en su asiento.

—Así es. Al igual que cualquier comunidad, tenemos desacuerdos. Pero esas diferencias no nos hacen abandonar nuestros valores principales: la búsqueda de la verdad, la autoiluminación, la libertad.

Rayhem apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Pero algunos han ido demasiado lejos —dijo con seriedad—. ¿Qué haces tú para detenerlos?

Elyas mantuvo su mirada, incómodo.

—Lo que puedo. —Su respuesta fue breve, pero su tono sugería un conflicto interno no resuelto.

Se levantó entonces, con movimientos controlados pero deliberados, y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca. Rayhem lo siguió con la mirada mientras la abría. La luz de la mañana entró en la habitación, bañándola con un resplandor cálido, casi surrealista.

—Puedes irte —dijo Elyas sin volverse.

Rayhem se levantó con rapidez, pero no avanzó de inmediato. Con un pie aún anclado en el suelo, lo miró con desconfianza. Dio un paso hacia la puerta, aún con precaución. Su mirada escudriñó a Elyas en busca de señales de traición, pero lo que encontró fue una firmeza que lo desconcertó.

Rayhem se mantuvo frente a la puerta entreabierta, casi en el umbral. El aire frío del exterior chocaba contra el calor sofocante de

la biblioteca, como un recordatorio físico de que estaba a punto de cruzar un límite más allá de lo tangible. Pero había algo que aún lo retenía.

—¿Por qué confías en mí? —preguntó, su voz firme pero no exenta de desconcierto—. ¿Por qué me has revelado todo esto?

Elyas no respondió de inmediato. En su lugar, se apoyó contra el borde de una estantería y sus dedos rozaron el lomo de un viejo tomo buscando en las páginas cerradas la forma correcta de expresar sus pensamientos. Exhaló un suspiro profundo, casi resignado.

—Porque —comenzó, girándose hacia Rayhem—, este mundo está lleno de personas que miran sin ver y que oyen sin escuchar. La mayoría prefiere aferrarse a lo que ya sabe, a lo que le han dicho que es verdad. Pero tú… tú eres distinto. —Elyas lo señaló con un leve movimiento de la mano, intentando abarcar la esencia de Rayhem—. Cuestionas, dudas, y eso es algo extraordinario. No porque tengas todas las respuestas, sino porque las buscas.

Rayhem permaneció en silencio, procesando las palabras de Elyas. Había algo en ellas que resonaba con fuerza, como si tocaran una cuerda que llevaba años vibrando en su interior sin que él lo notara.

—¿Y si me equivoco en esa búsqueda? —murmuró, casi para sí mismo, mientras clavaba la mirada en el suelo.

Elyas avanzó un paso, cruzando el espacio entre ellos con la calma de alguien que había considerado esa misma pregunta demasiadas veces.

—Equivocarte es inevitable —respondió con serenidad—. Pero cada error te llevará a una verdad más cercana. La clave está en no detenerte.

Rayhem alzó la cabeza para encontrarse con la mirada de Elyas. Algo se rompió dentro de él, un muro que había construido con años de certezas impuestas y obediencia ciega. Pero junto a la sensación de liberación, emergió también un vértigo abrumador.

—Entonces, ¿qué debería hacer ahora? —preguntó, lleno de inquietud.

Elyas sonrió levemente, en un gesto cargado de comprensión.

—Confía en tu intuición. Cuestiona todo, incluso lo que te he dicho hoy. Investiga, busca, y permite que la verdad te encuentre en los lugares menos esperados. —Sus palabras eran suaves, pero cada una de ellas golpeaba como un martillo sobre el yunque de la mente de Rayhem—. No busco convertirte en un aliado de nuestra causa, sino en un hombre que pueda ver más allá de las sombras que otros proyectan.

Rayhem asintió lentamente, sintiendo cómo las palabras de Elyas se grababan en su interior. Dio media vuelta hacia la puerta, pero algo lo detuvo a mitad de camino. Un impulso. Un pensamiento que aún no estaba resuelto.

Volvió la vista hacia la mesa. Sobre la madera desgastada yacía su diario, el que había llevado consigo durante todo el viaje. Era un compendio de dudas, observaciones y miedos, pero también de revelaciones personales.

—Espera —dijo, regresando al interior de la sala. Tomó el diario con ambas manos y lo sostuvo frente a Elyas—. Quiero que tengas esto.

El Ungido lo miró con curiosidad. Al aceptar el diario, lo sostuvo entre sus manos dándole un valor mucho mayor de lo que parecía.

—¿Por qué me lo das? —preguntó, aunque en su voz no había rechazo, sino genuina intriga.

Rayhem respiró hondo antes de responder.

—Porque simboliza todo lo que soy, o todo lo que fui antes de esta conversación. —Sus ojos buscaron los de Elyas con una intensidad nueva—. Lo que escribí aquí está lleno de dudas y miedos, pero también de esperanza. Y quiero que lo tengas como un recordatorio de que esta conversación significó algo. Para ambos.

Elyas lo observó en silencio por un instante y luego asintió con gravedad. Su mirada transmitía un respeto solemne.

—Lo guardaré —prometió— como un testimonio de que incluso en las tinieblas más densas, la búsqueda de la verdad puede abrir caminos.

Rayhem esbozó una pequeña sonrisa, apenas perceptible. No había mucho más que decir. Se giró hacia la puerta y esta vez la cruzó sin titubear. El aire fresco del exterior lo envolvió mientras daba el primer paso hacia un mundo que, aunque el mismo de siempre, ahora le parecía completamente distinto.

Detrás de él, Elyas permaneció de pie con el diario en sus manos, observando la luz que se filtraba por la puerta antes de que esta se cerrara. En la penumbra de la biblioteca, las palabras de Rayhem parecían resonar como ecos de una verdad que apenas comenzaba a ser descubierta.

20
Un rayo de luz

Aunque la esperanza brillaba débil en su corazón, Valcara sabía que no podía quedarse inmóvil en su escondite. Descendió del árbol con cautela, en guardia, con la daga en la mano. Paso a paso, avanzó hacia el lugar donde había visto desaparecer a Gorham mientras luchaba por no ceder al desánimo.

La guardiana avanzó con el corazón en un puño, esperando encontrar solo los restos de Gorham entre las sombras del bosque. Sin embargo, al llegar lo vio tendido boca abajo en el suelo, aparentemente ileso. Se acercó corriendo y puso la mano sobre su nariz. Su respiración era irregular, pero… ¡respiraba! Su cuerpo, magullado, no mostraba sin embargo mordiscos ni zarpazos. ¿Cómo había sobrevivido indemne? Era un verdadero milagro.

La mujer lloró aliviada, sin entender cómo alguien a quien conocía desde hacía tan poco podía hacerla sentir algo tan poderoso. Quizá las adversidades los habían unido de tal forma que afrontar los peligros sola ya no era una opción tan atractiva. Con manos temblorosas, le salpicó agua del rocío en la cara, recogida en una hoja cercana. El viejo lobo de mar despertó sobresaltado.

—Tranquilo —susurró ella, sosteniendo la cabeza de Gorham en su regazo mientras el alivio la envolvía—. Parece que aún no ha llegado tu hora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, dolorido.

—Te perdí de vista en la confusión de la persecución, creí que habías muerto bajo las garras de esas bestias —respondió ella, limpiándose las lágrimas, con la voz entrecortada por la emoción.

—Ya deberías saber que no me rindo fácilmente —bromeó Gorham, intentando incorporarse a pesar del dolor—. Entonces, ¿ya se te ha pasado el cabreo? —preguntó él.

—¡Idiota! —respondió Valcara con una risa nerviosa y entre sollozos. No recordaba ser tan sensible. De algún modo incomprensible, la isla estaba cambiando su naturaleza.

Siguieron el rastro de comida dejado por las aves y, ya sin remilgos, se alimentaron de ella. Sus nuevos aliados alados parecían haberlos guiado hacia una rocosa playa en cuyo horizonte se divisaba algo inesperado.

—¿Ves lo mismo que yo? —preguntó Gorham, restregándose los ojos por si era un espejismo.

—¡Un barco! —exclamó Valcara.

—No, es nuestro camino de vuelta a casa —la corrigió el viejo lobo de mar, corriendo emocionado hacia él.

El sol del atardecer bañaba la costa rocosa con tonos dorados y anaranjados, pintando de calidez el precioso escenario que se extendía ante su vista. A lo lejos, en la orilla de guijarros y arenas grises, se alzaba majestuoso un viejo barco encallado, testigo silencioso de tiempos pasados.

La embarcación yacía inclinada de costado, con los tablones desgastados por el implacable paso del tiempo y las embestidas del mar. El mástil roto se alzaba en el aire y las velas, desgarradas y descoloridas, colgaban lánguidamente, mecidas por el viento procedente del mar.

Las olas rompían con suavidad en la proa, acariciando con espuma blanca las tablas que se hundían en la arena. La marea baja revelaba los secretos del casco, cubierto de algas y crustáceos y mostrando las cicatrices de una vida marinera.

Los detalles en la estructura del barco contaban su propia historia. El paso del tiempo lo había convertido en una reliquia del pasado que resistía con dignidad el embate de los elementos, reposando en aquella playa.

Valcara lo observó con fascinación, imaginando las travesías a las que aquel navío se habría enfrentado en alta mar.

Gorham, el viejo lobo de mar, sintió nostalgia al ver el barco varado en la orilla. El viento traía consigo ecos lejanos de cantos de marineros y antiguas aventuras vividas en tantos viajes ahora tan lejanos en el tiempo.

—Qué recuerdos… —suspiró Gorham, emocionado—. He vivido toda mi vida en uno de esos, y cada vez que veo uno me siento como en casa. Me da tanta pena verlo ahí, tan frágil… Parece un gran animal herido que ha decidido morir en la orilla.

Valcara se acercó a Gorham. Comprendía el profundo apego que el viejo marinero sentía por su pasado.

—¿Qué historia crees que tiene? —preguntó Valcara, buscando distraer la tristeza en la mirada de Gorham.

El lobo de mar se recostó en una roca cercana con los ojos aún fijos en el barco, perdidos en recuerdos que emergían, mientras de fondo acompañaba el ruido del coro de las olas que rompían en la playa.

—Podría contarte historias de tormentas feroces y mares embravecidos, de noches estrelladas y ballenas cornudas, de abordajes a vida o muerte y de tesoros imposibles de valorar —dijo Gorham con la voz cargada de nostalgia.

Valcara se sentó a su lado, atenta a cada una de sus palabras. La brisa mecía sus cabellos plateados mientras el sol seguía su lento descenso hacia el horizonte.

—¿Y ahora? —preguntó Valcara, desviando la mirada hacia el barco encallado.

—No durará mucho más en este estado. El mar es su hogar, y aunque le duela, debe regresar a él, incluso si es para su última

travesía —dijo Gorham con voz serena pero firme, señalando al barco como si lo quisiera coger con la mano.

Valcara asintió en silencio, comprendiendo la verdad en las palabras del anciano marinero. Ambos se quedaron callados por un momento, observando la majestuosidad deteriorada del barco.

—Pero nosotros aún estamos aquí, ¿verdad? —dijo Valcara, rompiendo el silencio con una chispa de esperanza en sus ojos.

Gorham sonrió con el brillo de la esperanza reavivándose en sus arrugados rasgos.

—Sí, aún estamos aquí, con historias por vivir y un camino por recorrer —concluyó, levantándose con renovado ánimo mientras se dirigían hacia la costa para explorar más a fondo su inesperado hallazgo.

—¿Crees que conseguirías llevarlo a alta mar? —preguntó la guardiana.

—Será imposible, pero puede que encontramos un bote en su interior —respondió él, extendiendo la mano hacia la mujer para ayudarla a ponerse de pie.

A medida que Valcara y Gorham se acercaban al barco encallado, fueron conscientes de la inmensidad del navío. Él tenía claro que un barco de este calado era tripulado al menos por dos o tres docenas de marineros; aunque estuviera en perfecto estado sería imposible moverlo de allí solo entre los dos.

Las rocas suponían una dificultad en la incipiente oscuridad. Valcara resbaló con las algas y cayó en una poza de agua salada.

—Cuidado con dónde pisas —dijo Gorham sonriente mientras tiraba de ella para ayudarla a salir.

—La sensación de nadar por la noche es inquietante —respondió Valcara, que cogió aire y miró a sus espaldas—. No dejaba de pensar que algo saldría del agua para engullirme. Nunca me ha gustado el mar, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Si me lo hubieras dicho antes, te habría dejado un poco más de tiempo nadando en la oscuridad —respondió Gorham—. ¡Verías qué

rápido se te quitaba el miedo!

Un banco de pececillos luminosos se acercó curioso para ver quiénes eran aquellos dos extraños seres que invadían sus dominios acuáticos. Por unos instantes, la luz que emitían iluminó los rostros de la pareja, que los observaba con fascinación.

—¿Qué son? —preguntó Valcara.

Gorham se agachó cerca de la orilla para observar mejor a los pequeños peces.

—Son pecillosos, unas criaturas fascinantes de estas aguas. No son peligrosos, solo están curioseando —explicó Gorham con una sonrisa mientras seguía observando las luces danzantes bajo la superficie.

Valcara se acercó con precaución, sintiendo el vaivén de las olas en sus piernas mientras contemplaba el espectáculo acuático.

—Es asombroso. Nunca había visto algo así —comentó deslumbrada por la belleza natural que se desplegaba ante sus ojos.

—El mar está lleno de maravillas, las mismas que pueden arrebatarte la vida en un abrir y cerrar de ojos. Es una belleza peligrosa que acabas amando —dijo Gorham con un tono de reverencia.

Valcara miró a los ojos del viejo lobo de mar y le pareció entrever un brillo muy parecido al que se experimenta antes de llorar.

—Debo reconocer que, aunque no me guste el mar, tiene su encanto —dijo, fijándose bien en los ojos de Gorham—. ¿Estás llorando? —preguntó con un hilillo sarcástico en la voz.

—¿Yo? ¡Qué dices, mujer! —rugió el viejo, sorbiéndose los mocos y caminando ligero hacia el navío varado.

Ambos volvieron la vista hacia el barco encallado, ahora iluminado por la luz de la luna.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? ¿Qué necesitamos para devolver a este gigante al océano? —preguntó Valcara.

Gorham sonrió sin contestar. Saltando y escalando de roca en roca con mucho cuidado llegaron a los pies del barco que se

levantaba ante ellos, imponente, recortando la noche estrellada. Los moluscos cubrían el casco y no dejaban ver nada de su madera original.

Subieron con cuidado por una escala que colgaba del costado de estribor y, una vez arriba, se encontraron con una cubierta en bastante buen estado. Alguien la había limpiado y mantenido habitable.

Gorham giró sobre sí mismo, estudiando la nave. Luego se detuvo y suspiró decepcionado.

—Lamento decir que los días de navegación de este viejo cascarón han llegado a su fin. —Señaló un enorme agujero desde el que se veían las rocas y el agua, casi partiendo la nave por la mitad.

Las esperanzas de Valcara se desvanecieron tan rápido como habían venido, aunque no se dio por vencida y comenzó a fisgonear por si había algo útil para salir de aquella maldita isla.

Gorham, hechizado, observó la popa, la parte trasera superior de la embarcación, donde estaba la cabina del capitán con la puerta abierta de par en par.

Valcara se dirigió a paso lento hacia la vieja cabina seguida de Gorham, mientras el anochecer se filtraba por las viejas ventanas carcomidas. Se adentró en la cabina, donde el ambiente denotaba años de abandono, con crujidos de madera resonando a cada paso. El aire estaba cargado de salitre y las paredes desconchadas revelaban antiguos mapas descoloridos.

El mobiliario, una vez majestuoso y digno de un capitán de mar, ahora yacía casi despedazado. A un lado de la mesa de navegación, en un rincón oscuro, reposaba un cofre de madera antigua con una cerradura oxidada.

Valcara recordó la llave que pendía de su cuello, aquella que había encontrado en el nido del hombre pájaro y se había llevado sin decir nada, y decidió probar suerte. Gorham observaba con curiosidad mientras la mujer la introducía en la cerradura. El sonido chirriante del mecanismo al ceder rompió el silencio de la cabina.

—¿De dónde has sacado esa llave? —preguntó el viejo lobo de mar.

—Del nido del hombre pájaro. Yo también tengo mis secretos —respondió la mujer sin mirar a Gorham.

—¿Qué más me estás ocultando? —preguntó él con una sonrisa.

—Nunca lo sabrás —susurró la guardiana.

Con un chasquido de la llave y un crujido suave, Valcara abrió el cofre y reveló su contenido. En su interior, junto a un manuscrito desgastado por el tiempo, reposaba una especie de piel curtida y amarillenta con inscripciones en un lenguaje arcano e ininteligible para ella.

Los ojos de Valcara brillaron mientras sostenía el cuero entre sus manos. Gorham, aunque extrañado, no pudo ocultar un destello de emoción ante el descubrimiento. Reconocía la escritura. El viejo lobo de mar extendió su mano y, con una delicadeza inesperada en él, cogió el cuero, dejando el libro a Valcara, que comenzó a hojear el ajado manuscrito. A juzgar por los fragmentos que leía aleatoriamente, parecía un diario de a bordo escrito en alonio, un lenguaje familiar para ella.

Gorham, con el pedazo de cuero desgastado en sus manos, se quedó petrificado al confirmar que reconocía el idioma de la escritura. Se trataba de un viejo dialecto hablado y escrito solo en alta mar, transmitido de capitán a capitán y que en raras ocasiones algún marinero de confianza llegaba a aprender. Él fue uno de ellos hace tanto tiempo. Augsious, el capitán del Tifón Aullador, le había confiado este sagrado legado. Gorham ya no se encontraba allí con Valcara…

El brillo del atardecer se filtraba por las ventanas de la espaciosa cabina del capitán Augsious, iluminando los mapas y los pergaminos que adornaban las paredes. El rítmico balanceo del barco sobre las olas proporcionaba un fondo sereno donde ambos se encontraban a gusto.

El joven Gorham, apenas un aprendiz de marinero, observaba con admiración al experimentado capitán. Augsious era conocido por su sabiduría marítima y su profundo respeto por las tradiciones de los hombres de mar. Sentados frente a una mesa de madera robusta, el capitán comenzó a hablar:

—Ahora que has demostrado ser un hombre hecho y derecho, y has mostrado valentía y dedicación en este navío, es hora de que conozcas el lenguaje que nos une a todos los que nos desvivimos en los mares —dijo con voz profunda.

El capitán sacó de un estuche de cuero un pergamino antiguo cuyos bordes amarillentos hablaban del paso del tiempo. En él, los símbolos y las palabras parecían danzar con vida propia.

—Este lenguaje nos fue legado por Forgumash, el dios de los mares y los océanos —continuó el capitán mientras Gorham absorbía cada palabra con avidez—. Al principio era una magia que nos ayudaba en nuestras travesías, una conexión especial con las aguas y los secretos del mar. Pero con el tiempo se convirtió en algo más mundano, en un lenguaje para comunicarnos.

El capitán explicó con paciencia cada trazo y significado, revelando la historia detrás de un lenguaje que era más que simples palabras entre marineros.

Augsious desenrolló poco a poco el pergamino, dejando que el suave crujido del material llenara el aire como un susurro antiguo. El brillo del atardecer acariciaba los símbolos grabados, que parecían relucir con una luz propia, etérea y casi mágica. Gorham no pudo evitar inclinarse hacia delante fascinado, los secretos del pergamino lo llamaban.

—Mira bien, muchacho —dijo Augsious con voz solemne y su mirada fija en los trazos oscuros—. Esto no es solo un idioma, no son simples palabras. Cada símbolo tiene un alma, una voluntad. Cada trazo, un eco del océano mismo.

El joven marinero contuvo la respiración mientras Augsious señalaba un símbolo que se asemejaba a una ola serpenteante.

—Este, Gorham, es Shalveth. Representa las corrientes. Dominarlo puede guiarte a puertos seguros… o hundir a tus enemigos en lo más profundo del abismo.

La voz del capitán bajó hasta convertirse en un susurro cargado de misticismo, mientras sus dedos se deslizaban hacia otro símbolo, que parecía un remolino en movimiento.

—Y este es Morgarath. Invocarlo puede despertar las tormentas dormidas. Un arma poderosa, pero caprichosa. Jamás lo uses sin comprenderlo, o el mar reclamará tu alma.

Gorham sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No podía apartar los ojos del pergamino ni de los gestos seguros del capitán, quien manejaba el conocimiento igual que un timón en medio de un mar embravecido.

—¿Es magia, entonces? —preguntó Gorham con un hilo de voz.

Augsious lo miró con una amplia sonrisa.

—Es más que magia, chico. Es un pacto. Cuando hablas este lenguaje, no solo ordenas. Imploras. El mar te escucha, pero exige respeto. ¿Estás dispuesto a aprenderlo, aun sabiendo que cada palabra que pronuncies podría ser la última?

Gorham tragó saliva, sintiendo el peso de aquella decisión. Pero no retrocedió.

—Sí, capitán. Enséñeme.

El capitán asintió, satisfecho, y tomó una daga de plata de su cinturón. Con un rápido movimiento, hizo un pequeño corte en su propio dedo y dejó que una gota de sangre cayera sobre el pergamino. Los símbolos brillaron y un leve murmullo, como olas susurrando secretos, llenó la cabina.

—El precio del conocimiento es compromiso, Gorham. El mar toma lo que le pertenece. —Le pasó la daga al joven, quien dudó por un instante antes de repetir el gesto. Su sangre se mezcló con la del capitán sobre el pergamino y de inmediato sintió una conexión extraña.

—Ahora, repetiremos juntos. Traza los símbolos y di las palabras, pero recuerda: nunca las uses por capricho. El mar es un maestro, pero también un juez implacable.

Mientras Gorham imitaba los movimientos del capitán, su voz se unió al canto místico del pergamino y, por un instante, juró que podía escuchar el rugido de las olas resonando dentro de él. El joven marinero no solo estaba aprendiendo un lenguaje; estaba entrando en un mundo donde los límites entre lo humano y lo divino se desdibujaban, y el océano lo observaba con ojos insondables.

—¡Gorham! —gritó la guardiana—. ¿Dónde tienes la cabeza?

De vuelta del Tifón Aullador a la realidad, el lobo de mar miró con nostalgia el pergamino que sostenía entre sus ajadas manos, y una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro arrugado. Aquel lenguaje ancestral seguía siendo su vínculo con el mar, una conexión que trascendía todo lo demás.

—Entiendo lo que pone aquí —dijo, pensativo—. Solo unos pocos elegidos sabemos leer este idioma. Las palabras enseñadas por Forgumash, el dios de las Aguas.

—¿Y qué pone? —preguntó Valcara, cerrando el diario de a bordo y llevándoselo consigo.

Gorham comenzó a leer en voz alta las palabras impresas en el cuero amarillento.

Aquí yace la esencia misma del viaje del alma humana, un relato eterno sobre la transformación incesante a la que cada ser se enfrenta en su travesía por la vida. Somos navegantes de un mar tempestuoso, donde las corrientes de la adversidad y los desafíos rugen como olas indomables.

Con cada línea que pronunciaba, Gorham sentía una fuerza ancestral despertar en su interior. Las palabras, a pesar de su antigüedad, resonaban poderosas en su voz.

Condenados por nuestro propio ser a luchar por la supervivencia en este vasto océano de experiencias, descubrimos que cada embestida es una oportunidad para crecer, para fortalecer el espíritu y hallar la luz en medio de la oscuridad. Cada desafío es una llamada al cambio, una invitación a forjar nuestro ser en el crisol de la superación.

El lenguaje antiguo fluía de los labios de Gorham, traducido por su experiencia vivida en los océanos y las batallas contra las fuerzas de la naturaleza.

No somos meros espectadores en este viaje, sino protagonistas de nuestra propia transformación. En cada paso, en cada decisión, dejamos una huella en la arena del tiempo, marcando el camino hacia nuestra realización más profunda. Somos aprendices constantes en la escuela de la vida, donde el dolor, la alegría, el fracaso y el éxito, son maestros que nos guían hacia la plenitud del ser.

Cada palabra resonaba con una intensidad que trascendía el mero significado, abrazando la esencia misma de la existencia humana y su conexión con el vasto universo acuático.

Que estas palabras sirvan como faro en tu travesía, recordándote que en la lucha reside la fuerza, en la adversidad se fragua el carácter y en cada desafío yace la oportunidad de renacer como un ser más completo. Que el alma encuentre en estas palabras el eco de su propia historia y el impulso para navegar con valentía en el vasto mar de la existencia, condenado a transformarse en algo que no queremos ver.

De repente, Gorham sintió una garra invisible que se aferraba a su pecho, arrancándole el corazón con brutalidad. Un grito agónico y sorpresivo escapó de sus labios, rompiendo la tranquilidad nocturna y desgarrando la paz de la cabina en aquel viejo barco olvidado.

Valcara, que estaba en cubierta revisando el entorno y escuchando las palabras que Gorham clamaba en voz alta, se sobresaltó ante el sonido desgarrador del grito de su compañero. Corrió hacia la cabina con el corazón desbocado, temiéndose lo peor.

El viejo entreabrió los párpados y sonrió cuando se encontró con el rostro radiante de la guardiana, marcado por los años, pero aún impregnado de un encanto que resultaba imposible de ignorar. A pesar del paso del tiempo, su belleza perduraba como una llama que se niega a extinguirse, iluminando con dignidad cada rasgo que el tiempo había tallado en su piel.

—¿Estás bien? —preguntó Valcara preocupada acercándose a él e intentando entender qué había sucedido.

El viejo lobo de mar, tendido en el suelo y todavía asombrado por la experiencia vivida, intentó recuperar el aliento.

—Cuando he leído esas palabras, un recuerdo olvidado ha vuelto a mi memoria y algo se ha encendido en mi interior. No era solo la historia en sí, sino lo que significaba. Recordé la lucha constante que ha sido mi vida, y cómo cada desafío que he afrontado ha sido una prueba para el espíritu humano. Cada uno de nosotros llevamos una parte de esa historia en nuestras vidas, ¿me entiendes? Es poderoso y, a la vez, aterrador.

Gorham se levantó tambaleándose y se apoyó contra la pared de la cabina, sintiendo el peso de la revelación en sus hombros.

—Solo he sentido algo así una vez, Valcara. El mar mismo me habla a través de esas palabras, recordándome quiénes somos en realidad. Algo que yacía dormido, ha resucitado en mi interior. —Sus palabras perdían fuerza, pero mantenía la mirada fija en el cuero aún aferrado en su mano. Antes de poder decir algo más, su cuerpo cedió al agotamiento, se sentó y se sumió en un sueño profundo. Esa noche estaba claro que ella sería la primera en iniciar la guardia. Valcara se aseguró de que seguía vivo tocando su cuello con dos dedos y sintiendo con alivio su pulso. Registró cada rincón del barco sin hallar un bocado. Bajó a la orilla, arrancó unos moluscos de las rocas y se inclinó sobre un riachuelo cercano para beber

directamente de sus frías aguas. Luego regresó al barco y se acercó a Gorham, que roncaba sonoramente, y se recostó a su lado. Aprovechó su guardia para hojear el diario, dejándose llevar por los relatos de antiguas travesías mientras la noche envolvía el barco en su manto estrellado.

Diario de a bordo, día 1 en la isla:

En medio de la tormenta y de la furia de los mares, hemos encontrado un respiro en estos altivos acantilados, cuyas rocas parecen abrazarnos, protegiéndonos de las embestidas de este lugar implacable. La fortuna nos sonríe, al menos por el momento, pues nuestro adversario no ha tenido la misma suerte. Su casco yace roto en la áspera arena de la playa oriental, testigo mudo de su desdicha. Nos preparamos para los desafíos venideros con la esperanza de que el tiempo nos brinde la oportunidad de recibir refuerzos desde nuestras lejanas tierras. La incertidumbre envuelve cada paso que damos en esta tierra desconocida, pero la adversidad no nos doblegará tan fácilmente.

Diario de a bordo, día 12 en la isla:

El aire está cargado de tensiones que pesan como el plomo en cada encuentro con los supervivientes del otro navío. Cada interacción parece una chispa lista para encender un incendio en cualquier momento. Con cada día que pasa, los ánimos se caldean más, y el espectro de la escasez de provisiones se cierne sobre nosotros como un oscuro presagio. Los rostros de los miembros del otro barco, una vez desconocidos, ahora muestran claros signos de hostilidad. La convivencia forzada en este rincón aislado ha agudizado nuestras diferencias y ha despertado rivalidades que parecían dormidas en lo más profundo de nuestros seres.

Diario de a bordo, día 23 en la isla:

Solo un destello de esperanza brilla en medio de esta oscuridad abrumadora: la embarcación auxiliar que hemos preparado en secreto en este barco. Es nuestra tabla de salvación, el único camino hacia la libertad que vislumbramos en este mar de desesperación. Con cada puesta de sol, nuestros pasos se encaminan hacia ese frágil resquicio de esperanza, aunque sepamos que la partida será dolorosa y que la isla nunca liberará nuestros recuerdos de lo que hemos visto y vivido aquí.

21
Mushan

—Mushan… —susurró, incrédula.

Soltó la cesta y avanzó rauda hacia donde lo había visto, esquivando a la gente que compraba, ignorando las ofertas de los comerciantes. Pero cuando llegó, no había nadie. Solo una mujer mayor discutiendo por el precio del azafrán.

La plaza del mercado hervía de actividad, llena del bullicio de comerciantes que pregonaban sus mercancías, compradores regateando y niños correteando entre los puestos. Anara avanzaba entre la multitud sosteniendo con firmeza la cesta de mimbre que contenía frutas recién compradas. Sin embargo, algo la hizo detenerse de golpe.

A través de la bruma de voces y colores, había distinguido una figura conocida: Mushan. Por un momento, su corazón pareció detenerse. Allí estaba, erguido junto a un puesto de especias, con esa postura relajada y el aire de confianza que tan bien recordaba. Pero algo no encajaba.

Él parecía… distinto. Más joven. Más apuesto, incluso. Anara recordaba a Mushan mayor, con la piel curtida por las adversidades, pero con la misma sonrisa torcida que esbozó justo antes de girar la cabeza y desaparecer entre la multitud.

Regresó al cementerio con la cesta de fruta y la cabeza llena de preguntas. Al entrar en la biblioteca, encontró a Jarben revisando

unos viejos escritos a la luz de las velas. Levantó la mirada al verla y frunció el ceño al notar su expresión.

—¿Qué ocurre, Anara? Parece que has visto un fantasma.

Ella dejó caer la cesta sobre la mesa y se pasó las manos por el pelo, todavía tratando de entender lo que había ocurrido.

—Tal vez —murmuró, sentándose frente a él—. He visto a Mushan.

El nombre retumbó como el eco en la habitación. Jarben se detuvo un momento, bajando el viejo documento que sostenía.

—¿Mushan? —preguntó con cautela, dudando de haber escuchado bien—. Anara, él…

—Está muerto, lo sé —interrumpió ella con impaciencia—. Lo vi con mis propios ojos cuando lo enterraron. Pero… esta persona era igual a él, Jarben. Hasta la forma en la que me miró.

Jarben dejó el papel a un lado y se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas.

—La razón puede jugarnos malas pasadas, Anara. Sobre todo cuando se trata de personas que hemos perdido recientemente. Quizá alguien en el mercado te recordó a él y tu mente…

—¡No! —exclamó ella, golpeando la mesa con la palma abierta—. No era un recuerdo. Había algo… distinto. Era más joven. Más fuerte. Y sé que me estaba observando.

Jarben la miró fijamente un momento, preocupado.

—Más joven, dices… —se acarició pensativo la barbilla—. ¿Y si no era Mushan? ¿Y si era… su hijo?

Anara parpadeó, sorprendida por la sugerencia.

—¿Su hijo? Eso es imposible. Mushan nunca tuvo hijos, ni siquiera…

—No que tú supieras —la interrumpió Jarben con un gesto de la mano—. Mushan siempre guardaba secretos. Y vivió en muchos lugares antes de conocerte. Podría haber tenido un hijo, o incluso alguien que lo reclamara como padre por otros motivos.

Ella negó con la cabeza, aunque la duda ya había echado raíces.

—¿Por qué iba a estar aquí? ¿Y por qué me miraría de esa manera?

Jarben se encogió de hombros, barajando posibilidades que no quería mencionar en voz alta.

—Tal vez quería que lo vieras, tal vez no. Lo que importa ahora es averiguarlo. Si realmente has visto a alguien con el rostro de Mushan, habrá respuestas en alguna parte.

El chisporroteo de una de las velas rompió el silencio tras sus palabras. Anara apretó los puños sobre la mesa.

—Mañana volveré al mercado —dijo con tono firme—. Y, esta vez, si lo veo de nuevo, no lo dejaré escapar.

Jarben asintió, aunque seguía preocupado.

—Ten cuidado, Anara. A veces, las respuestas que buscamos traen consigo más preguntas.

Ella lo miró desafiante.

—No me importa cuántas preguntas haya, Jarben. Mushan está muerto, pero si esto significa que una parte de él vive aún, necesito saberlo.

—No se lo digas a… —susurró Jarben, apenado.

—Debe saberlo —aseveró Anara apretando los labios.

La vela crepitó una vez más, y Jarben tomó de nuevo la vieja hoja, aunque sus manos no parecían agarrarla tan seguras como antes.

22
El reencuentro

La lluvia caía en finas agujas sobre la antigua ciudad de Alonia, bañando sus adoquines verdosos y arrancándoles un brillo plateado bajo la luz de las antorchas que titilaban en las esquinas. Los edificios, altos y de piedra labrada con detalles que narraban historias olvidadas, parecían alzarse hasta las nubes, perdiéndose en la niebla que abrazaba las calles.

Shuraz, Edoz y Zarhel avanzaban a paso lento sobre sus caballos, envueltos en sus capas empapadas que goteaban en cada movimiento. Los cascos resonaban contra los adoquines, acompasados con el murmullo constante de la lluvia y el susurro del agua corriendo por los desagües. Las sombras de los edificios parecían inclinarse sobre ellos como guardianes silenciosos de una ciudad que dormía.

Shuraz alzó la mirada hacia las ventanas cerradas y los balcones adornados con hierros oxidados mientras ajustaba la capucha sobre su cabeza. Sus pensamientos, sin embargo, estaban lejos de esas calles.

—¿Creéis que Anara y Jarben seguirán en la biblioteca del cementerio? —preguntó.

Edoz, que cabalgaba al frente, se giró para responder.

—Diría que sí —dijo, encogiéndose de hombros—. Allí los dejamos investigando cuando nos fuimos.

—Espero que hayan tenido más suerte que nosotros —añadió Zarhel, sacudiendo su capa con una mano para que el agua resbalara.

—O que al menos no se hayan quedado dormidos encima de algún aburrido tomo —bromeó Edoz, tirando con firmeza de las riendas de su montura cuando esta amagó con desviarse hacia un charco.

Shuraz esbozó una sonrisa, pero no añadió nada. Sus pensamientos seguían fijos en el rostro de Anara, imaginándola inclinada sobre un manuscrito polvoriento, con la luz de una lámpara iluminando sus ojos atentos.

A medida que se acercaban al cementerio, el paisaje cambiaba. Las tumbas emergían como figuras sombrías entre la lluvia, sus lápidas inclinadas y cubiertas de musgo se alineaban en un silencio eterno. Las antorchas apenas lograban perforar la oscuridad que se cernía sobre el lugar.

Edoz frenó su caballo y dejó que sus ojos recorrieran el cementerio.

—¿Cómo es que Jarben puede vivir aquí? —dijo, con un tono de voz apenas más alto que un susurro—. Este lugar da escalofríos.

Shuraz se inclinó hacia delante y acarició el cuello de su caballo, que agitó la cabeza como si entendiera.

—A veces, los muertos son mejores compañeros que los vivos —respondió con una media sonrisa.

Zarhel señaló un edificio más allá de las lápidas, una construcción de piedra negra con ventanas angostas que apenas dejaban escapar un hilo de luz.

—Lo que no entiendo es cómo ha reunido una biblioteca aquí. ¿No había un lugar más… acogedor para guardar libros?

Edoz soltó una risita.

—Jarben siempre ha sido extraño. —Se ajustó la capucha, apartando el agua de su rostro—. Pero tiene sentido si lo piensas. Los monjes de Bel-Hur lo criaron en un orfanato, ¿recuerdas? Él y

Rayhem vivieron entre montañas de libros que trajeron de Nela-Shur. Supongo que, para Jarben, este lugar es perfecto. Nadie vendría a buscar sabiduría en un cementerio.

Zarhel dejó escapar un suspiro, vigilando las tumbas.

—Cada uno encuentra su refugio donde puede —dijo al fin—. Para Jarben, este lugar es su santuario.

Shuraz guardó silencio, pero su mirada se detuvo en las ventanas de la capilla, donde la luz oscilante parecía prometer respuestas.

—Sea cual sea su refugio —dijo al fin—, espero que hayan encontrado algo. Lo necesitaremos después de volver nosotros con las manos vacías.

Los tres amigos espolearon a sus caballos y avanzaron hacia la entrada del cementerio, dejando que la lluvia borrara sus huellas.

El cielo rugió con un trueno desgarrador que retumbó entre las colinas que rodeaban el cementerio. La lluvia persistía, empapando la capa de Shuraz mientras avanzaba bajo el resplandor de los relámpagos.

—Será complicado para todos dejar nuestros hogares y volver a Nela-Shur, donde ya no queda nada —murmuró Shuraz, casi para sí mismo.

Edoz y Zarhel cabalgaban en silencio a su lado, con el sonido de los cascos rompiendo la monotonía de la tormenta. Pero algo alteró ese ritmo: un movimiento furtivo entre las lápidas.

Edoz tiró con fuerza de las riendas y detuvo a su caballo en seco. Alzó una mano y su expresión pasó de la calma a estar alerta en un instante.

—¿Habéis visto eso? —preguntó en voz baja, clavando los ojos en la penumbra.

Zarhel tensó la mano sobre el mango de su látigo, buscando con la mirada entre los cipreses que se erguían como vigías silenciosos.

—¿El qué? —replicó, aunque su tono denotaba inquietud.

Shuraz, sin pronunciar palabra, desmontó con un movimiento fluido. Sus botas se hundieron en el barro mientras avanzaba hacia

las sombras. Parecía escuchar algo más allá del alcance de sus compañeros. Concentrado, inclinó la cabeza.

—Shuraz, ¿qué estás haciendo? —Edoz habló más alto esta vez, su mano firme en la empuñadura de uno de sus puñales.

—Esperad —exclamó el guerrero con un murmullo que apenas rompió el sonido de la lluvia—. Hay alguien ahí.

Edoz y Zarhel intercambiaron una mirada tensa antes de desmontar también. Dejaron que los caballos se refugiaran bajo los cipreses y juntos siguieron a Shuraz. El cementerio estaba envuelto en silencio, salvo por el golpeteo constante de la lluvia.

Entre las lápidas cubiertas de musgo y las raíces de los árboles que sobresalían como dedos nudosos emergió una figura pequeña y encorvada. Envuelta en un manto oscuro, parecía formar parte de la tormenta misma. Un relámpago iluminó su rostro por un instante, revelando los ojos verdes de Rata Rubia, brillantes como esmeraldas bajo su capucha empapada.

—¿Rata Rubia? —Zarhel dio un paso adelante, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

La niña no respondió de inmediato. Se adelantó un poco, señalando hacia el interior del cementerio con una mano pequeña y firme.

—No es seguro, pero tenéis que venir. —Su voz era baja y apremiante, con un temblor que no venía del miedo, sino de la urgencia.

Edoz frunció el ceño con evidente desconfianza. Sujetó con fuerza los puñales que descansaban en su cinto y miró a la niña, evaluando cada palabra.

—¿Qué está pasando? —demandó con brusquedad.

Rata Rubia sacó un par de tijeras oxidadas, que giraron entre sus dedos con la destreza de alguien acostumbrado a usarlas como arma.

—No hay tiempo para explicaciones. —Su voz se alzó por encima del viento—. Hay alguien en la capilla. Y os aseguro que no está

rezando.

Shuraz frunció el ceño.

—¿Quién? —preguntó con firmeza, avanzando un paso.

Rata se giró hacia él y clavó su mirada en la suya con una intensidad que parecía desmentir su tamaño.

—No lo sé. Pero sé que no os está esperando para hablar. —Hizo una pausa y sus ojos parecieron oscurecerse bajo la sombra de su capucha—. Si queréis respuestas, debéis daros prisa. Porque quien sea, no estará aquí mucho tiempo.

Zarhel tragó saliva, sintiendo el peso de la advertencia, pero fue Shuraz quien rompió el breve silencio.

—Llévanos.

La niña asintió con un movimiento rápido y se giró, avanzando entre las lápidas con pasos ágiles. Los tres la siguieron de cerca, con Edoz y Zarhel tensos y vigilantes y Shuraz con una expresión sombría.

El cementerio se extendía como un laberinto bajo la tormenta, hasta que la capilla apareció ante ellos: una estructura de piedra oscura, con gárgolas desgastadas que parecían mirar desde lo alto con ojos vacíos. Desde su interior se filtraba una débil luz que parpadeaba como una llama a punto de extinguirse.

Rata se detuvo y se giró hacia ellos.

—Lo que sea que esté ahí dentro, no creo que venga en son de paz. —Señaló la puerta entreabierta, mientras el tintineo de las tijeras en su mano parecía marcar el ritmo de la tormenta.

Shuraz respiró hondo y desenvainó su espada con un suave pero mortal sonido metálico.

—Vamos a averiguarlo —susurró el guerrero con decisión.

La lluvia no cesaba, empapando el suelo y las capas de los cuatro mientras avanzaban hacia la capilla. Los relámpagos iluminaban el camino a intervalos, dibujando sombras grotescas entre las lápidas. Pero antes de que pudieran acercarse más, un susurro cortante se mezcló con el tamborileo del agua.

Edoz fue el primero en reaccionar. Un destello metálico atravesó la penumbra y las dos espadas cortas de un atacante emergieron como relámpagos gemelos. Edoz cruzó sus dagas para bloquearlo justo a tiempo. El impacto resonó como un chasquido seco que se perdió en el rugido del trueno.

—¡Cuidado! —gritó, retrocediendo mientras las espadas giraban en un torbellino mortal.

Zarhel reaccionó en un instante. Desenrolló su látigo con un movimiento rápido y el chasquido de cuero cortando el aire resonó con fuerza. La punta se enroscó en la muñeca del agresor y tiró con fuerza, pero el atacante respondió con un movimiento feroz, liberándose y arrancando el látigo de las manos de Zarhel.

—¡Por Bel-Hur! —maldijo este, rodando hacia un lado para esquivar una estocada que habría atravesado su pecho.

Shuraz avanzó con su espada en alto, mientras sus botas se hundían en el barro a cada paso. Su hoja trazó un arco descendente, buscando abrirse paso hacia el torso del enemigo. El atacante, con una habilidad sobrehumana, giró y desvió la espada de Shuraz con una de sus propias hojas, lanzando la otra hacia las costillas del guerrero. Shuraz retrocedió con un salto, pero no lo suficientemente rápido: la punta de la hoja desgarró su capa y rozó su costado.

—¡Eres rápido, cabrón! —gruñó con los dientes apretados mientras cambiaba de postura, listo para el siguiente ataque.

Edoz, moviéndose con la agilidad de un felino, lanzó una de sus dagas hacia la cara del asesino. El atacante esquivó el arma con un leve movimiento de cabeza, pero su distracción fue suficiente. Rata Rubia apareció como un rayo salido de la nada. Con un grito agudo, se lanzó hacia las piernas del agresor y hundió sus grandes tijeras en el muslo derecho del hombre.

El asesino soltó un gruñido de dolor y se tambaleó.

—¡Buena esa, Rata! —gritó Edoz, avanzando con decisión mientras el enemigo perdía el equilibrio.

Aunque herido, el atacante no estaba vencido. Con un giro salvaje, barrió el aire con ambas espadas, obligando a los tres hombres a retroceder. Sus ojos, oscuros y llenos de odio, se fijaron en la pequeña figura de Rata Rubia y avanzó hacia ella.

—¡Atrás! —rugió Zarhel. Recuperó su látigo con un movimiento rápido y lo lanzó de nuevo. Esta vez, el extremo se enroscó alrededor del tobillo del asesino. Con un tirón violento, Zarhel lo derribó al suelo, haciéndolo caer dentro de una tumba abierta.

Shuraz no perdió un instante. Con un grito de guerra, se lanzó al interior de la tumba. Su espada cortó el aire y se hundió en el brazo del atacante, desarmándolo de una de sus espadas. Edoz saltó a su lado con una daga ya en la mano y la hundió con precisión en el costado del hombre caído.

—¡Nadie ataca a mis amigos, malnacido! —gruñó Edoz mientras el grito del asesino se mezclaba con el retumbar de la tormenta.

Rata Rubia, con el rostro endurecido, se dejó caer en la tumba. Sin titubear, hundió sus tijeras una y otra vez en el pecho del hombre. El sonido metálico de las hojas penetrando en la carne se mezclaba con el tintineo constante de la lluvia.

—¡Acabemos con esto! —bramó Shuraz. Con un movimiento brutal y certero, su espada trazó un arco y cortó el cuello del enemigo, silenciándolo para siempre.

El cuerpo quedó inmóvil dentro de la tumba. La sangre mezclada con el agua de lluvia formaba hilos rojizos que se escurrían por el barro. Por un instante, el cementerio quedó en silencio, roto solo por el jadeo de los cuatro y el incesante golpeteo del agua.

Shuraz salió de la tumba y limpió su espada con un movimiento firme.

—¿Todos bien? —preguntó, su mirada pasando por cada uno.

—Al menos, esta vez no eres tú el que termina en una tumba —bromeó Edoz, limpiando la hoja de su daga en el manto del enemigo caído.

Rata Rubia no dijo nada. Miró el cuerpo del asesino con ojos fríos y cerró sus tijeras con un chasquido definitivo. A continuación, se apartó del borde de la tumba, respirando rápido. La lluvia le chorreaba por la cara.

Shuraz se agachó junto al cadáver y le levantó el mentón con la punta de la espada. El hombre tenía la piel cetrina y una barba corta salpicada de sangre.

—No te conozco —murmuró.

Edoz se inclinó para examinar la empuñadura de las espadas caídas. Las tomó, pesándolas en las manos, antes de tirarlas sobre el barro.

—No llevan marcas. Ni siquiera un grabado en la hoja.

Zarhel se dejó caer de rodillas junto al cuerpo. Apartó la capa empapada y palpó cada bolsillo, buscando algo.

—Nada.

—Esto no es trabajo de un ladrón común —añadió Edoz.

Rata Rubia dio un paso adelante.

—No estaba aquí por casualidad.

Edoz ladeó la cabeza, estudiando el rostro inerte.

—¿Quién lo ha enviado?

Nadie contestó. El silencio del cementerio se hizo más denso, roto solo por el golpeteo del agua en las lápidas.

Zarhel se incorporó, chasqueando la lengua.

—Puede que no actuara solo.

Shuraz se volvió hacia Rata.

—¿Qué has visto antes de encontrarnos?

—Sombras. Una en particular se movía más rápido que el resto. Lo seguí hasta la capilla. Él salió antes de que yo me acercara.

Edoz miró hacia la puerta entreabierta de la capilla. La luz seguía parpadeando dentro.

Shuraz limpió la espada en el manto del muerto. Su mirada pasó de uno a otro.

Rata Rubia alzó las tijeras, el metal brilló bajo un relámpago.

La lluvia persistía, formando pequeños ríos entre los adoquines del cementerio. Shuraz, Edoz y Zarhel apenas tuvieron tiempo de recuperar el aliento cuando una voz les llegó desde la entrada de la capilla.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó Anara, apoyada con una despreocupación calculada contra el marco de la puerta. La luz temblorosa de un farol cercano iluminaba su rostro, donde una ceja levantada y una sonrisa torcida revelaban alivio. A su lado, Jarben negaba con la cabeza, con sus brazos cruzados en un gesto de resignación.

Zarhel guardó su látigo y arqueó una ceja.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó, intentando que su tono no reflejara la fatiga que sentía.

Anara le lanzó una mirada rápida antes de encogerse de hombros.

—Nada. Solo otra tranquila noche en Alonia. —Sus ojos se deslizaron hasta el cadáver del asesino—. Aunque parece que os habéis encontrado con un compañero de baile insistente.

—Y ruidoso —añadió Jarben sin moverse—. ¿Siempre tenéis que montar tanto jaleo?

Edoz bufó, recuperando la daga que había lanzado. Una sonrisa cansada apareció en su rostro.

—Intentábamos no morir, pero gracias por vuestra preocupación.

Mientras los intercambios continuaban, Zarhel observó a Rata Rubia, que permanecía en cuclillas cerca de la tumba. Intentaba limpiarse inútilmente las manos ensangrentadas contra un rincón seco de su capa raída. Su rostro estaba parcialmente cubierto por mechones enredados de cabello rubio, pero sus ojos verdes brillaban con una indiferencia que Zarhel reconoció como el reflejo de una infancia dura.

—Ella es Rata Rubia —dijo, señalándola con un movimiento de cabeza—. Mi informante más fiable en Alonia. Y, como acabáis de ver, también la más letal.

Anara ladeó la cabeza y dejó escapar una risita incrédula.

—¿Podemos confiar en ella? —preguntó, preocupada mientras recorría a Rata Rubia con la mirada de pies a cabeza.

La niña levantó la cabeza y, con un movimiento ágil, sacó sus tijeras oxidadas de la capa. A pesar del agua que goteaba de las hojas, la sangre seguía manchándolas.

—¡Cuidado con lo que dices, zorra refinada! —espetó la niña con voz tan afilada como su arma.

Zarhel dio un paso adelante, levantando una mano en señal de calma.

—Tranquila, pequeña. No es el momento. —Su tono firme logró que Rata bajara las tijeras, aunque no dejó de lanzar miradas desafiantes hacia Anara.

Jarben, con las cejas alzadas, observaba el intercambio como si estuviera presenciando una obra de teatro surrealista.

—Un auténtico encanto —murmuró para sí mismo, sin molestarse en ocultar la ironía.

Rata Rubia ignoró los comentarios y guardó las tijeras bajo su capa mojada con un gesto decidido. Entonces miró a Zarhel con el ceño fruncido.

—Yo ya he hecho mi parte, carcelero. Vosotros sois los listos, los que siempre tienen un plan. Yo corto lo que hay que cortar y no pregunto. —Hizo una pausa, escupió al suelo y añadió—: No necesito más problemas con tu grupo de idiotas.

—Tranquila, niña. Nadie está en tu contra —le aseguró Zarhel, aunque su tono traicionaba una ligera exasperación.

Rata Rubia lo miró con desprecio.

—Voy a largarme antes de que alguien más intente matarme. Si quieres algo, ya sabes dónde encontrarme. —Hizo un gesto vago

hacia el mercado—. Y, la próxima vez, trae más dinero, te saldrá más caro.

Sin esperar respuesta, se giró y comenzó a caminar hacia la salida del cementerio. Sus botas pequeñas chapoteaban en los charcos, y sus pasos resonaron en el aire húmedo hasta que su figura se perdió entre las sombras.

Anara exhaló despacio, relajando los brazos mientras observaba la dirección por la que había desaparecido la niña.

—Es bruta, pero eficiente —dijo Zarhel por fin, rompiendo el incómodo silencio.

—Y un poco aterradora —añadió Jarben, sacudiéndose el agua de los hombros.

La lluvia cesó por fin, dejando un aire fresco que cargaba el aroma de la tierra mojada. El grupo, ahora reunido, no perdió tiempo en buscar refugio; la tregua climática trajo consigo un instante de alivio. Las risas rompieron el silencio que la tormenta había dejado, llenando el cementerio con un eco inesperadamente cálido.

Edoz, siempre el primero en actuar, cruzó con rapidez el terreno empapado y abrió los brazos para abrazar a Jarben. El gesto fue tan efusivo que casi lo aplastó contra su propia capa mojada.

—Sigues igual de pálido que siempre. ¿Qué te he dicho sobre salir al sol? ¿O es que pretendes confundirte con las lápidas?

Jarben, visiblemente incómodo, respondió con una carcajada nerviosa mientras le devolvía el abrazo con un par de palmadas en la espalda.

—El sol y yo tenemos un acuerdo tácito: él no se acerca a mí, y yo no intento quemarme vivo. —Su tono seco arrancó una risa general.

Anara observaba la escena con una sonrisa divertida, aunque sus ojos pronto buscaron otra figura entre los amigos. Shuraz avanzaba hacia ellos con paso firme, su armadura salpicada de barro y sangre. Cuando su mirada se cruzó con la de Anara, ambos se detuvieron un

momento. Entre ellos flotaba un silencio pesado, como si el tiempo se hubiera detenido.

Shuraz dio el primer paso, eliminando la distancia que los separaba. Sin mediar palabra, la rodeó con sus brazos. Anara se dejó envolver y apoyó la frente contra su pecho. Respiró el olor metálico y terroso de su armadura.

—Te he echado de menos —murmuró ella.

Shuraz inclinó la cabeza, buscando sus ojos.

—Y yo a ti —respondió con sinceridad.

El beso fue inevitable, un gesto suave y lleno de ternura que selló todo lo que no podían decir en ese momento. Sin embargo, el instante quedó roto por la risa de Edoz, que no tardó en hacer un comentario.

—¿Vamos a tener que esperar mientras vosotros os casáis, o podemos seguir? —dijo con una sonrisa burlona, sacudiendo la cabeza.

Anara se apartó de Shuraz y le dirigió una mirada fulminante.

—Siempre tan oportuno, Edoz —replicó, aunque no pudo evitar que una ligera sonrisa asomara en sus labios.

Zarhel, que había observado la escena desde la distancia, se acercó. Su rostro mantenía la seriedad habitual, pero en sus ojos había un destello de calidez. Extendió una mano hacia Anara.

—Me alegra verte —dijo con naturalidad.

—A mí también, Zarhel. —Anara tomó su mano con un apretón firme y una sonrisa sincera.

El grupo ató sus monturas cerca de la entrada del cementerio. La verja de hierro forjado, oxidada y cubierta de hiedra, chirrió al abrirse, protestando. Caminaron entre las tumbas desgastadas por el tiempo. Sus pasos resonaban contra las losas húmedas, y la luz tenue de la luna se filtraba entre los jirones de nubes, bañando las estatuas de piedra cubiertas de musgo con un brillo fantasmal.

Edoz pateó una piedra distraídamente y la vio rodar hasta caer dentro de la tumba del asesino muerto.

—Así que no os habéis aburrido —comentó, con su tono ligero habitual.

—No lo sabes bien—respondió Jarben, ajustándose la capa mientras caminaba.

Shuraz, que iba junto a él, notó algo en su postura.

—¿Cómo va la pierna? —preguntó.

Jarben bajó la mirada hacia su pierna y la movió con cierta precaución.

—Sorprendentemente bien. —Tocó la zona con un gesto distraído, pero sus ojos se desviaron hacia Anara.

Shuraz notó el intercambio y arqueó una ceja, aunque no dijo nada. Anara, consciente de las miradas, se limitó a seguir adelante.

Edoz, que no dejó pasar el detalle, sonrió.

—¿Algún secreto curativo que quieras compartir, Anara? —dijo, cargando sus palabras con intención.

—Solo paciencia y conocimiento, Edoz. Algo de lo que careces. —Le devolvió una sonrisa afilada mientras apuraba el paso.

El grupo regresó a la capilla bajo un cielo que apenas comenzaba a despejarse. La puerta de hierro que conducía al piso subterráneo se abrió con un chirrido largo y agudo. Una escalera estrecha y empinada los llevó hasta su refugio: una biblioteca subterránea que parecía más un mausoleo de conocimiento que un lugar acogedor.

La luz de unas pocas lámparas de aceite apenas lograba vencer la penumbra sobre las estanterías abarrotadas de libros y pergaminos antiguos. El aire estaba cargado con el olor penetrante de papel húmedo y moho. Aquí y allá, cubos y palanganas recogían el agua que caía del techo agrietado, un trabajo que Anara y Jarben habían adelantado antes de la llegada del grupo. Varios ataúdes llenos de libros y rollos de pergaminos permanecían desperdigados por el suelo.

—Esto no es el paraíso prometido. —Edoz levantó un libro mojado, dejando que el agua chorreara de las páginas.

Jarben, ajeno a la burla, buscó entre sus cosas y sacó unas jarras y tazas. Con movimientos precisos, comenzó a servir té caliente para todos.

—Es todo lo que tenemos —se excusó, deslizando una taza hacia Edoz, quien suspiró resignado antes de tomarla.

—Gracias, Jarben. Es justo lo que necesitaba para superar el lujo de este lugar. —Edoz tomó un sorbo y fingió degustar el té.

Shuraz, siempre directo, empezó a hablar mientras se sentaba en una silla maltrecha.

—En los Lagos Eternos encontramos lo que buscábamos —anunció—. Odimovar nos confesó ser Kudram antes de atacarnos, lo que significa que estaba como una cabra y ya no será un problema para nosotros. Está muerto.

Anara frunció el ceño y dejó su taza sobre una mesa tambaleante.

—¿Muerto? —preguntó extrañada.

—Está criando malvas —respondió Edoz encogiéndose de hombros, con una sonrisa amarga—. Era lo mejor, considerando su… estado de lucidez.

—¿Qué queréis decir? —insistió Anara, volviendo su mirada hacia Zarhel, quien permanecía en silencio.

—Estaba perdido. —Zarhel habló con voz firme—. Odimovar murió en espíritu cuando Rozar conquistó Alonia y lo desterró a los Lagos Eternos.

—Fue un acto de compasión —continuó Shuraz con una expresión fría—. Como sacrificar a un animal enfermo para que deje de sufrir.

—Lamento su muerte—exclamó Anara levantándose de su asiento—. A pesar de todo fue el rey de Alonia. Por mucho que nos disgustara durante su reinado, era un hombre íntegro.

Edoz dejó su taza con un golpe suave sobre la mesa y se irguió en su silla.

—Te aseguro que ese que vimos ya no era el flamante rey del que hablas, sino más bien su sombra trastornada —afirmó Edoz endureciendo su tono—. Además, te quedas un poco corta diciendo que nos fastidió. ¡Esclavizó a todo nuestro pueblo!

Anara desvió la mirada al suelo y sus hombros cayeron ligeramente. La resolución de sus amigos no dejaba espacio para el reproche.

—Lo que hicisteis fue… necesario, entiendo. —Su voz sonó más suave esta vez.

Zarhel asintió y le dio un sorbo a su té.

—También descubrimos algo interesante. Los habitantes de los Lagos Eternos no son solo una leyenda. Dimos con ellos, aunque el encuentro no fue precisamente amistoso.

—¿Habitantes? —Jarben levantó la vista, intrigado—. ¿Son ciertas las historias que cuentan?

—¿Las que dicen que hay criaturas que devoran niños bajo las aguas? —Edoz sonrió con ironía—. Totalmente ciertas. Shuraz mató a su guardián y nos dieron un cálido recibimiento. —Se tocó el brazo, donde una venda improvisada cubría una herida.

—Déjame ver eso. —Anara se acercó para inspeccionar el vendaje. Con cuidado, retiró el paño ensangrentado.

—No es nada —intentó restarle importancia Edoz, aunque el ceño fruncido de Anara decía lo contrario.

—Hay inflamación. Parece una reacción a algún tipo de toxina. —Anara sacó un pequeño frasco de aceite de oliva de su bolsa y lo vertió sobre la herida. La piel de Edoz pareció relajarse al instante.

—Ya me siento mejor. Gracias, Anara —dijo aliviado.

Shuraz observaba la escena mientras se inclinaba hacia delante, descansando los codos sobre las rodillas.

—Esos lagos están malditos —bufó por fin—. Cuanto más lejos estemos de ellos, mejor.

Anara inclinó la cabeza sobre la herida de Edoz. Sus dedos ágiles limpiaron el área con un paño empapado en un ungüento que

desprendía un leve aroma a hierbas. Sus movimientos eran firmes, pero cuidadosos, asegurándose de no causar más dolor del necesario. Edoz la observaba en silencio, resistiendo la tentación de apartar la mirada de los grandes ojos verdes de la joven mientras envolvía su brazo con una venda limpia.

—Ya está —dijo Anara, asegurando la venda con un nudo que parecía diseñado para resistir cualquier movimiento brusco—. Asegúrate de mantenerla seca y limpia y todo irá bien.

Edoz sonrió e inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias. No sé qué haríamos sin ti.

Ella le devolvió la sonrisa mientras recogía los restos de hierbas y gasas ensangrentadas.

—Te las apañarías… más o menos. —Guardó sus utensilios en una pequeña bolsa de cuero con un gesto de satisfacción.

El silencio que siguió fue roto por Shuraz, quien se apoyó contra una estantería llena de volúmenes húmedos.

—¿Y vosotros? ¿Algún hallazgo interesante mientras estábamos fuera? —preguntó el guerrero.

Anara y Jarben intercambiaron una mirada cargada de significado.

—Encontramos algo importante —respondió ella. Se inclinó hacia una de las mesas y desplegó un mapa manchado por los años—. La ubicación del Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas. Está al sur de Alonia, entre las ruinas de un templo abandonado.

—Creemos que podría ser un refugio de los Ungidos —intervino Jarben con los brazos cruzados—. Y si estamos en lo cierto, tal vez escondan allí a Rayhem.

La mención de su compañero desaparecido pareció electrizar a Shuraz, que se enderezó de inmediato.

—Eso podría cambiarlo todo. —Su tono había perdido cualquier rastro de cansancio—. Si es un refugio de los Ungidos, tal vez podamos encontrar respuestas… y a Rayhem.

Mientras hablaban, Zarhel, siempre atento a su entorno, se inclinó sobre una pila de libros guardados lejos de las áreas húmedas. Pasó los dedos por el lomo de uno de ellos, deteniéndose al notar una mancha seca y oscura.

—¿Esto es sangre? —preguntó, con voz tan baja que casi parecía un pensamiento en voz alta.

Anara levantó la vista y su expresión se tensó al ver el libro.

—Sí, lo es. —Su voz salió más grave de lo habitual mientras miraba a Jarben.

El sepulturero suspiró, frotándose la frente.

—Tuvimos una visita no muy amigable. Un grupo de Ungidos.

Shuraz frunció el ceño, preocupado.

—¿Ungidos aquí? ¿Otra vez? Creía que Lyria ya se había encargado de ellos la última vez.

—Eso fue antes —respondió Anara, tocándose el cuello sin darse cuenta. Un ligero moratón asomaba entre las capas de su ropa—. Esto ocurrió después, mientras estabais en Valentia. Fue intenso.

Shuraz se acercó a ella y sus ojos se fijaron en el moratón que intentaba disimular con una sonrisa.

—¿Cuántos eran? —preguntó Zarhel.

—Tres. —Anara dejó caer la mano que acariciaba su cuello y sus ojos se perdieron en el recuerdo—. Intentaron ahogarme. Si no fuera por Jarben…

—¿Jarben? —Edoz soltó una carcajada incrédula mientras dejaba caer su taza sobre la mesa con un ruido sordo—. Estás de broma, ¿verdad? ¿Quieres decirme que tú, Jarben, te enfrentaste a tres Ungidos tú solo?

Jarben no respondió de inmediato. Miró a Anara, buscando una señal para continuar. Ella le devolvió una mirada cargada de confianza, instándolo a explicarse.

—¿Recordáis la criatura violeta que me atacó? —preguntó mientras su mano se posaba sobre la cicatriz de su pierna, una línea

irregular que cruzaba la pálida piel.

Los demás asintieron. Anara, sin apartar los ojos de él, permaneció en silencio.

—He estado reflexionando sobre lo que ocurrió —continuó Jarben —. Creo que esa criatura me inoculó algo, una especie de maldición de la sangre o algo parecido.

Hizo una pausa, visiblemente incómodo.

—Cuando esos Ungidos atacaron y vi que Anara estaba en peligro, algo dentro de mí despertó. Fue como si esa… cosa latente tomara el control. Antes de darme cuenta, me había transformado en un licántropo enorme de pelaje violeta.

Los demás lo miraron con sorpresa. Para subrayar lo que estaba diciendo, Jarben se apartó un mechón de cabello, revelando la delgada franja de color violeta que atravesaba su pelo blanco.

—Acabé con los tres sin apenas esfuerzo —continuó con un tono distante, procesando aún lo ocurrido—. Pero lo recuerdo como si fuera un sueño. Confuso, borroso…

Edoz silbó, esbozando una sonrisa divertida.

—Brutal. Así que ahora eres una máquina de destrucción con estilo.

Shuraz se adelantó y le estrechó la mano con fuerza.

—Hiciste lo correcto. Salvaste a Anara. Eso es lo único que importa.

Zarhel asintió en silencio.

—¿Puedes controlar esa transformación? —preguntó Shuraz a continuación.

—No lo sé —admitió Jarben—. Desde entonces no ha vuelto a pasar, pero siento como si estuviera ahí, latente. Creo que salió por la ansiedad, aunque no estoy seguro de si puedo aprender a controlarlo.

Anara dio un paso hacia él con sus manos cruzadas sobre el pecho.

—Esa maldición podría ser una ventaja en algunas situaciones, pero también es peligrosa. Debes tener cuidado, Jarben.

—Y responsabilidad —añadió Zarhel con voz grave—. La próxima vez que te transformes, podrías no ser capaz de volver a ser tú mismo.

El silencio se apoderó de la biblioteca. Cada uno procesaba la revelación a su manera, hasta que el ambiente fue quebrado por un sonido inesperado.

Un chirrido metálico, agudo y prolongado, rasgó el aire. Todos se tensaron. Zarhel fue el primero en reaccionar, desenganchando su látigo con un movimiento fluido mientras se posicionaba cerca de Anara.

Shuraz desenfundó su espada. El brillo del acero capturó la escasa luz de la biblioteca. Se colocó frente a la entrada, con sus ojos azules fijos en la puerta entreabierta.

Edoz, siempre ágil, se deslizó hacia la sombra de una estantería con sus dagas ya listas en sus manos.

Anara, alerta, se situó detrás de Shuraz.

Jarben, sin embargo, permaneció inmóvil, con los ojos clavados en la puerta.

—Si vinieran a matarnos, no habrían hecho tanto ruido al entrar —susurró, pero sin conseguir que los demás bajaran la guardia.

El chirrido cesó, dejando un silencio pesado. Poco después, una figura emergió entre las sombras de la entrada.

—¿Rayhem? —La voz de Anara apenas fue audible, pero el asombro en su rostro lo dijo todo.

La figura, envuelta en una capa polvorienta y con el rostro demacrado, avanzó un paso más hacia la luz.

—Pensé que nunca os encontraría —susurró Rayhem con una voz cargada de siglos de agotamiento.

Su presencia, después de tanto tiempo, los dejó a todos sin aliento.

23
El regreso de Rayhem

Rayhem estaba allí, en carne y hueso, como un fantasma del pasado que había cruzado las fronteras del olvido. La luz vacilante de las lámparas de aceite iluminaba su rostro demacrado, y sus ojos, hundidos en negras ojeras, buscaban entre los rostros de sus amigos alguna chispa de familiaridad. Un silencio pesado inundó la biblioteca mientras los cinco lo miraban, incapaces de procesar lo que veían sus ojos.

A Jarben se le hizo un nudo en la garganta. Sus piernas se negaban a moverse, como si temiera que cualquier movimiento brusco rompiera la frágil realidad que se había formado ante él. Al final, dio un paso adelante, luego otro, hasta quedar frente a su querido amigo, su hermano.

—¿Rayhem? —susurró incrédulo.

El sacerdote asintió despacio mientras comenzaba a mostrar una sonrisa tímida.

—Soy yo, viejo amigo.

Jarben no pudo contenerse más. Extendió los brazos y lo rodeó en un abrazo desesperado, quería asegurarse de que no se desvanecería.

—Sabía que estabas vivo —murmuró con voz entrecortada mientras las lágrimas caían por su rostro.

Rayhem le devolvió el abrazo.

—Pues yo no siempre estuve tan seguro —bromeó.

—Yo también lo sabía. —Anara se acercó aliviada—. Algo en mi interior me decía que no te habíamos perdido.

Rayhem asintió agradecido, pero antes de que pudiera responder, algo en su desgastado zurrón empezó a moverse. Anara retrocedió un paso, mirando la bolsa con cautela.

—¿Qué demonios llevas ahí? —preguntó Edoz con una ceja levantada.

Un ratón blanco, de ojos rojos y pelaje impecable, sacó el hocico de entre los jirones del zurrón, moviendo sus bigotes con curiosidad.

—¡Jarben! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó Rayhem con una sonrisa mientras tomaba al roedor con delicadeza.

Anara puso cara de asco y se alejó un poco más.

—¿Jarben? —repitió Jarben, confuso—. ¿Le has puesto mi nombre a esa… rata?

Rayhem soltó una carcajada que resonó en la sala.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Tiene tu misma mirada sobrenatural y come igual de poco.

—¡Esto es demasiado! —Edoz estalló en carcajadas, inclinándose hacia adelante mientras se sostenía el abdomen—. Jarben, ahora tienes un gemelo de cuatro patas.

—Me pareció un buen nombre —añadió Rayhem con una sonrisa afectuosa—. Me recordaba a mi mejor amigo.

A pesar de la incredulidad, Jarben dejó escapar una risa y sacudió la cabeza con resignación.

—No puedo creerlo.

Anara miró a su alrededor, buscando al gato.

—Espero que Zobu no lo vea. Ya sabes cómo es con las visitas. —Su mirada recorrió las sombras, pero el felino negro, como de costumbre, estaba bien escondido.

Rayhem acarició al ratón entre sus dedos alargados, susurrándole algo en voz baja.

—Me hizo compañía en mi cautiverio —admitió, su tono aún alegre, pero con algo de melancolía.

La mención del encierro hizo que las risas se apagaran poco a poco.

—¿Cautiverio? —preguntó Zarhel, siempre reservado, inclinando la cabeza hacia un lado.

Rayhem suspiró, dejando al ratón volver a su zurrón.

—Tengo tantas cosas que contaros… —Se detuvo un momento para mirar a cada uno a los ojos, intentando memorizar sus expresiones—. Pero primero, dejadme abrazaros como se merece.

Uno por uno, Rayhem los saludó, estrechando manos y abrazando a sus amigos.

La habitación estaba cargada de una atmósfera tensa mientras Rayhem compartía los detalles de su tiempo como prisionero de los Ungidos. Sus palabras llenaban el aire, tejiendo una narrativa compleja de sufrimiento, aprendizaje y encuentros inesperados.

—Kael me ayudó a no perder la razón —explicó, apoyando las manos en la mesa gastada del centro de la biblioteca—. Es un espíritu… o algo parecido. No sé con exactitud qué es, pero hablábamos cada noche, cuando todo estaba en silencio. Fue su compañía la que me permitió no caer en la desesperación.

Sus amigos lo observaban en silencio, mientras las emociones se mostraban en sus rostros. Anara fruncía el ceño y jugaba con las manos con los pliegues de su capa. Zarhel permanecía con los brazos cruzados, el rostro inescrutable, mientras Edoz tamborileaba los dedos sobre la mesa con nerviosismo.

—¿Y ese tal Elyas? —preguntó Shuraz, rompiendo el silencio con una voz grave y cargada de escepticismo.

Rayhem asintió, anticipando la pregunta.

—Elyas es un Ungido de Kudram. Visitaba mi celda casi a diario. No sé por qué lo hizo al principio, pero con el tiempo empezamos a hablar. Era… curioso. Admiraba mi fe, aunque no la compartiera, y yo… yo admiraba su conocimiento.

Shuraz soltó un resoplido y apoyó ambas manos en el borde de la mesa, inclinándose hacia Rayhem.

—¿Admiración? ¿Por un Ungido? ¿Estás escuchándote, Rayhem?

—Déjame terminar. —Rayhem levantó una mano, manteniendo la calma a pesar de la mirada furiosa del guerrero—. Elyas no justificó las atrocidades que hemos visto, pero me hizo comprender que los Ungidos no son el enemigo monolítico que creíamos. Hay facciones, conflictos internos… No todos son malvados.

—¿Quieres que creamos que son unos incomprendidos? —interrumpió Edoz con sarcasmo, dejando caer sus dagas sobre la mesa con un golpe seco—. Porque el que intentó matar a Anara en la última emboscada no parecía estar buscando un debate filosófico.

Rayhem sostuvo la mirada de Edoz, sereno.

—No estoy justificando lo que hacen algunos de ellos. Solo digo que no podemos juzgarlos a todos por las acciones de unos pocos.

—¿Y si todo esto es una trampa? —preguntó Shuraz, con voz profunda como un trueno contenido—. ¿Y si ese Elyas te ha llenado la cabeza con sus mentiras? Podrías estar siendo manipulado, Rayhem.

Anara asintió, acariciando su cuello aún marcado por el intento de estrangulamiento.

—No puedo olvidar los ojos del Ungido que intentó matarme. Había pura maldad en ellos.

—No estoy diciendo que todos sean santos —replicó Rayhem, frustrado—. Pero juzgar a todos por los actos de unos pocos es un error. Recordad que nuestro príncipe Belbarozh fue criado entre ellos en la torre. Si los Ungidos fueran todos tan oscuros como creéis, ¿no vamos a fiarnos de nuestro futuro rey?

—No a ciegas. No confiaremos en nadie sin pruebas —afirmó Edoz.

El silencio se extendió de nuevo mientras las palabras de Rayhem flotaban en el aire. Shuraz, con los brazos cruzados, se reclinó hacia atrás pensativo, pero aún con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿cuál es el próximo paso? —preguntó Rayhem, rompiendo el silencio con un tono que intentaba ser optimista.

—Asegurarnos de que no nos estén tendiendo una trampa —dijo Shuraz con la voz grave y firme—. Y no quitarte la vista de encima, Rayhem.

—Deberíamos descansar primero —propuso Zarhel con su tono neutral—. Si los Ungidos planean algo, será mejor que estemos preparados.

Rayhem asintió. Comprendía la desconfianza de sus amigos, pero se mantuvo firme en sus palabras.

—Os prometo que no he venido aquí para engañaros. Estoy de vuestro lado. Pero os pido que consideréis lo que os he dicho. Tal vez haya más en esta historia de lo que hemos asumido.

—Lo que me cuesta creer es que los Ungidos te hayan liberado sin pedir nada a cambio —dijo Shuraz con escepticismo.

—Como os he contado —respondió Rayhem, volviéndose hacia el fornido guerrero—, para Elyas, soy mucho más valioso con vida, cuestionando la narrativa que los alonios nos han contado sobre los Ungidos de Kudram, que como un cadáver sin voz.

—Los alonios no son de fiar —intervino Anara mientras apartaba su cabello detrás de la oreja.

—No me fio de ellos —ratificó Shuraz, negando con la cabeza—. Piensa si todo lo que te dijo ese individuo que te tenía secuestrado fueran solo mentiras planeadas para manipularte y llevarnos hacia ellos.

—Nunca nos hemos escondido, Shuraz —dijo Zarhel—. Si los Ungidos quisieran tomar represalias, ya lo habrían hecho. Me pregunto por qué no se han vengado de nosotros después de que quemáramos su torre…

—Lo importante ahora es que estás de vuelta, Rayhem, y que estamos juntos de nuevo —dijo Anara, rompiendo el incómodo silencio mientras su mirada se deslizaba entre sus compañeros—.

Pero debemos ser prudentes. Confiaremos en tus palabras, pero también tenemos que estar alerta.

Sus palabras parecieron calmar la situación, aunque la incertidumbre seguía suspendida en el aire como una nube pesada. Rayhem cruzó los brazos y se inclinó un poco hacia adelante, mirando a Shuraz, cuyo ceño fruncido no había desaparecido.

—Mi mente está más clara que nunca, Shuraz —afirmó Rayhem —. Soy belurio, vuestro embajador y compañero, y nada cambiará eso. Pero estas experiencias me han abierto los ojos. Antes veía el mundo dividido entre aliados y enemigos, luz y oscuridad… Ahora sé que hay matices, verdades ocultas que desafían lo que siempre hemos creído.

—¿Matices? —preguntó Shuraz con incredulidad. Su voz retumbó en la biblioteca—. ¿Acaso cuestionas nuestras creencias ahora?

—No confundas cuestionar con dudar, Shuraz —respondió Rayhem sin pestañear—. Mi fe en Bel-Hur es inquebrantable. Fue mi guía en los días más oscuros, la luz que me permitió resistir. Pero ahora entiendo que no podemos seguir basándonos en los prejuicios que otros han moldeado para nosotros.

Anara se acercó a Rayhem y colocó una mano en su brazo.

—Entonces ¿ya no crees en lo que nos enseñaron? —preguntó con un tono suave, casi susurrante.

Rayhem negó con la cabeza.

—Creo en Bel-Hur con cada fibra de mi ser. Pero las enseñanzas del rey Odimovar… —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Ahora sé que sus verdades estaban teñidas por su propio temor y odio hacia los Ungidos.

El silencio que siguió fue tan denso que Edoz lo rompió con un carraspeo exagerado, inclinándose hacia adelante con una sonrisa incómoda.

—Hablando del rey Odimovar… —empezó con tono casual—. Bueno, ya no está entre nosotros.

Rayhem parpadeó sorprendido.

—¿Ha muerto?

—Muerto y bien muerto —confirmó Edoz, ladeando la cabeza hacia Shuraz—. A manos de cierto valiente héroe belurio que tuvo la osadía de atravesarle el corazón.

Shuraz gruñó, cruzando los brazos con impaciencia.

—Fue un acto de compasión —dijo con gravedad, mirando a Rayhem a los ojos—. Odimovar ya no era el líder sabio que una vez fue. Perdió la cordura, se creyó un dios, el mismísimo Kudram. Su muerte fue necesaria, tanto para él como para el pueblo de Valentia.

Rayhem, incrédulo, mantuvo la mirada fija en Shuraz.

—Entonces, habéis tomado decisiones difíciles —dijo por fin—. Parece que vuestra lucha ha sido tan ardua como la mía.

Anara tomó las manos de Rayhem con delicadeza.

—Es un camino difícil el que has recorrido. Pero no estás solo ahora. Estamos aquí para apoyarte.

Rayhem le ofreció una pequeña sonrisa y apretó sus manos brevemente antes de soltarlas.

—¿Qué más me he perdido? —preguntó, intentando aligerar el ambiente con un destello de humor en su voz.

Zarhel fue el primero en hablar, explicándole cómo habían continuado su misión en medio de los desafíos y la creciente amenaza de los híbridos de los Lagos Eternos. Edoz añadió detalles, haciendo gestos animados mientras relataba las veces que habían esquivado el peligro por un pelo.

Rayhem los escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando, aunque su mirada parecía perderse en ciertos momentos.

El grupo intercambió unas miradas tensas. Las palabras de Rayhem habían abierto una grieta en las certezas que habían compartido.

Shuraz golpeó la mesa con las grandes palmas de sus manos y la mirada fija en Rayhem.

—Estábamos listos para partir hacia el Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas en tu busca —dijo con voz profunda.

—Es un posible refugio secreto —añadió Jarben, sentado al otro lado de la mesa—. Los Ungidos lo han mantenido oculto durante siglos.

Anara se inclinó hacia adelante y sacó con cuidado un pergamino enrollado de su bolsa. Desplegó el mapa sobre la mesa, señalando un punto al sur de Alonia.

—Lo hemos localizado aquí, en las ruinas de un templo olvidado. —Sus dedos recorrieron las líneas que indicaban montañas y bosques—. No está lejos, pero el camino no será sencillo.

Rayhem tomó el mapa y lo estudió en silencio. Sus ojos se entrecerraron mientras seguía los senderos dibujados, pero su expresión se suavizó con una sonrisa inesperada.

—Pues está claro que no era allí donde estaba encerrado —bromeó, dejando el mapa sobre la mesa—. Estuve atrapado en una cámara secreta bajo los calabozos de la Gran Torre de Alonia, en una biblioteca sepultada por el tiempo y anegada de agua.

—¿La legendaria biblioteca de Alonia? —exclamó Jarben, incorporándose con tal fuerza que tiró su silla hacia atrás—. ¡Se creía perdida!

Rayhem dejó escapar una carcajada.

—No es tan legendaria, te lo aseguro. Un poco húmeda para mi gusto, pero sí, creo que he estado allí.

Jarben se inclinó hacia adelante, con sus ojos brillando con asombro.

—Decían que se perdió tras las grandes crecidas que arrasaron Alonia. No pensé que nadie pudiera volver a encontrarla.

Rayhem alzó una mano con gesto teatral.

—Bueno, no estaba exactamente de excursión. Pero al menos tenía algo de lectura. Y una pequeña compañía, por supuesto. —Metió la mano en su zurrón y sacó al ratoncillo blanco, que movió los bigotes con curiosidad.

El animalito trepó por el brazo de Rayhem hasta su hombro, arrancando una risa a Edoz que se contagió al resto. Incluso Shuraz esbozó una leve sonrisa antes de sacudir la cabeza.

—Me gusta verte reír otra vez, Rayhem —dijo Edoz, inclinándose hacia atrás en su silla con aire relajado—. Pero volvamos al tema. ¿Qué opinas del Tabernáculo?

Rayhem acarició al ratoncillo distraídamente mientras reflexionaba.

—Deberíamos ir. Si los Ungidos se han empeñado en ocultarlo durante siglos, algo importante debe de haber allí. Aunque no me capturaron en ese lugar, tal vez contenga respuestas sobre sus rituales.

Zarhel cruzó los brazos y se apoyó contra la pared con expresión pensativa.

—Es arriesgado, pero estoy de acuerdo. Los Ungidos no protegerían un lugar así si no fuese crucial para ellos.

—Según nuestras investigaciones —añadió Anara—, el Tabernáculo era un lugar de ceremonias donde realizaban sus rituales.

—¿Sacrificios? —preguntó Rayhem, mirando a Jarben.

El sepulturero, que bien podría ser historiador, asintió con firmeza.

—Ofrendas a Kudram, su dios oscuro. Quizá incluso algo más siniestro.

Rayhem suspiró nervioso.

—Elyas me habló de una facción de los Ungidos que practicaba la nigromancia. Tal vez esté relacionado con ellos.

Anara alzó una ceja con evidente interés.

—¿Nigromantes?

Jarben se inclinó hacia delante.

—Hechiceros que desafían las leyes de la vida y la muerte. Intentan otorgar vida a aquello que debería permanecer muerto.

Edoz golpeó la mesa con entusiasmo, su energía era inagotable.

—Entonces, debemos ir. Si alguien puede descubrir lo que esconden, somos nosotros.

Shuraz extendió la mano hacia Edoz y chocaron los puños en un gesto decidido.

—Estoy contigo.

—Contad también con mi látigo —dijo Zarhel separándose de la pared y caminando hacia Shuraz. Sus ojos se encontraron con los del guerrero, y por un momento compartieron una mirada de complicidad.

—Como he dicho, me parece una buena idea —añadió Rayhem uniéndose al consenso.

Jarben asintió con seguridad junto a su amigo, sintiéndose preparado para cualquier cosa.

—¿Quién tomará las decisiones acertadas si no voy con vosotros? —concluyó Anara.

La luna apenas se asomaba entre las nubes grises que cubrían el cielo. El aire húmedo se pegaba a la piel, cargado del olor a tierra mojada y a sangre. Shuraz clavó la pala en el suelo empapado. Con cada golpe arrancaba un gruñido de esfuerzo que se ahogaba en el silencio de la noche. Jarben, unos pasos más atrás, hacía lo mismo, aunque su ritmo era más errático; aún parecía afectado por lo ocurrido.

La figura inerte del asesino que había intentado matarlos yacía junto a la fosa, envuelto en sombras que apenas dejaban entrever los rasgos tensos y las heridas mortales en su pecho. Se detuvo un momento, apoyándose en el mango de la pala, y miró cansado el cuerpo.

—Al final, todos terminamos igual —dijo, rompiendo el silencio—. Cubiertos de tierra y olvidados.

Jarben alzó la vista, sus manos manchadas de tierra temblaban mientras intentaba recuperar el aliento.

—No todos son olvidados —corrigió Jarben—. Algunos dejan huella.

Shuraz asintió sin apartar la mirada del cadáver. Luego, sus ojos captaron algo bajo la manga rasgada del hombre. Se agachó y tiró con cuidado de la tela, dejando al descubierto un tatuaje: una estrella de ocho puntas con un centro negro. La reconoció al instante y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Jarben, ven aquí. Mira esto.

El joven albino dejó caer la pala y se acercó, secándose el sudor de la frente con el antebrazo antes de inclinarse. Cuando vio el tatuaje, su rostro se endureció.

—Es igual que los anillos —murmuró.

—Exacto. Esto no es una coincidencia. —Shuraz frunció el ceño mientras intentaba recordar algo—. Dame el pergamino. El de la lista negra que nos dio Sin Cara. Necesito comprobar algo.

Jarben resopló, rebuscando en su cinturón hasta encontrar el pergamino enrollado. Se lo tendió sin decir nada.

—Hay algo más —añadió Jarben mientras Shuraz desplegaba el pergamino bajo la luz tenue de la luna—. Encontré un nombre escondido en la parte trasera. No estaba a simple vista, pero estoy seguro de que hay más.

Shuraz levantó la vista, intrigado.

—¿Un nombre? ¿Cuál?

Jarben tomó aire antes de responder.

—Kaelthar. No sé quién es, pero no puede ser casualidad.

El nombre quedó suspendido en el aire entre ellos. Shuraz lo repitió en voz baja; le sonaba de algo. Luego volvió la mirada al cadáver y guardó el pergamino bajo su coraza.

—Sea quien sea, si está relacionado con esto —dijo, señalando el tatuaje del muerto—, no podemos ignorarlo.

—No lo ignoraremos —respondió Jarben, recuperando su pala—. Pero primero, terminemos aquí. No quiero que nos pille la lluvia.

Ambos retomaron su trabajo en silencio, salvo por el ruido de la tierra removida y el suave siseo del viento entre los árboles. Por ahora, solo podían enterrar un cuerpo.

24
Buscando a Mushan

La taberna del Halcón Gris apenas comenzaba a llenarse cuando Anara cerró la puerta tras ella, sus pasos resonaban sobre el suelo de madera desgastado. Edoz, sentado junto a la chimenea, levantó la vista al verla entrar. Su rostro se iluminó por un instante, pero la expresión preocupada de Anara borró cualquier rastro de alivio.

—Lo he visto —dijo ella en voz baja, deteniéndose frente a él. Sus ojos temblaban con miedo.

Edoz frunció el ceño y dejó la jarra de cerveza sobre la mesa con un leve golpe.

—¿A quién has visto?

—A Mushan —respondió Anara, dejando que el nombre cayera como una piedra en el agua.

El silencio que siguió fue cortante. Edoz, incrédulo, se inclinó hacia ella.

—Mushan está muerto. Lo sabes tan bien como yo.

—Lo sé —replicó ella, aunque su voz traicionaba la duda—. Pero lo vi. Era él… aunque diferente. Parecía más joven, más fuerte.

Edoz se quedó en silencio, procesando sus palabras. Se levantó, dejando que la silla crujiera detrás de él.

—Necesito respuestas —dijo mientras recogía su capa del respaldo de la silla.

Las calles de Alonia estaban envueltas en penumbra, con la luz de las antorchas apenas atravesando el espesor de la niebla. Edoz caminó decidido hasta un callejón estrecho donde las sombras parecían tener vida propia. Se detuvo junto a un carro abandonado y golpeó con suavidad la madera tres veces. Unos segundos después, un sonido tenue de pasos le indicó que había sido escuchado.

De entre las sombras emergió una figura menuda, una niña que no tendría más de doce años. Su cabello rubio, cortado de forma desigual, le daba un aspecto desaliñado que combinaba con su capa raída y las tijeras oxidadas que giraban entre sus dedos como un juguete. A pesar de su apariencia frágil, los ojos verdes de la niña destellaban con astucia.

—¿Edoz? —preguntó con una voz que no encajaba con su edad, baja y con un tono casi burlón.

—Rata Rubia —respondió él, asintiendo con un gesto de respeto. Sacó una bolsa de cuero del interior de su capa y se la tendió. El tintineo de las monedas resonó en el callejón.

Los ojos de la niña brillaron al escuchar el sonido. Con un movimiento ágil, escondió la bolsa bajo su capa y cruzó los brazos.

—¿Qué quieres esta vez?

—Información. Necesito que encuentres a un hombre. Alto, cabello oscuro, facciones duras… Podría parecer más joven de lo que debería. Podría no ser él. —Hizo una pausa—. Mushan.

Rata Rubia levantó una ceja, intrigada.

—¿Mushan? Creí que estaba muerto.

—También lo creía yo, pero alguien dice haberlo visto. —Edoz la miró con intensidad, apretando los dientes—. ¿Puedes hacerlo?

La niña sonrió, mostrando un diente roto, y dio un paso hacia atrás.

—Claro que puedo. Mis chicos se pondrán en ello antes de que termine la noche. Pero si resulta que este hombre no es quien buscas, espero que valores igual mi trabajo.

—Obtendrás lo que mereces —prometió Edoz.

Sin decir más, Rata Rubia chasqueó los dedos y de las sombras comenzaron a surgir otras pequeñas figuras. Niños y niñas descalzos, vestidos con harapos, que parecían materializarse de la nada. La líder les dio una serie de órdenes rápidas en un susurro y los pequeños se dispersaron por las calles como una bandada de cuervos.

Edoz observó cómo desaparecían en la niebla. Aunque su rostro permanecía impasible, en su interior hervían los sentimientos, y cuando se supo solo, lloró amargamente todo lo que llevaba conteniendo desde que Anara le había mencionado el nombre de su mejor amigo.

25
Capítulo 25

El sueño flotaba en el pensamiento de Anara como una bruma densa, donde las imágenes se distorsionaban. Desde su perspectiva se desplegaba un escenario envolvente, a ratos nítido y otras veces teñido de símbolos que escapaban a la lógica.

En medio de un bosque oscuro y silencioso, la figura de una mujer emergía entre los árboles. Sus pasos eran firmes, pero el peso de la incertidumbre se reflejaba en su rostro. La guardiana se detuvo de golpe al encontrar al lobo de mar tendido sobre el suelo y cubierto de hojas. Su pecho subía y bajaba con dificultad, pero no había rastros de las bestias que lo habían perseguido. Sus heridas eran profundas, líneas rojizas cruzaban su brazo y un rasguño en su frente goteaba lentamente.

—Estás vivo —murmuró ella, dejando escapar un suspiro de alivio mientras se arrodillaba a su lado.

Él entreabrió los ojos, jadeante la sonrió.

—Por poco no lo cuento… esas cosas no son de este mundo.

Valcara sacó un pequeño vial con un líquido color violeta fluorescente de su cinturón y vertió su contenido sobre las heridas. El líquido chisporroteó al contacto con la piel y el lobo de mar gruñó entre dientes, pero los cortes comenzaron a cerrarse como por arte de magia. Con esfuerzo, se puso de pie, apoyándose en ella.

—Podemos seguir —dijo él con voz ronca, señalando con un gesto las huellas que se alejaban entre los árboles—. Por ahí… algo

nos llevó hasta este lugar. No fue casualidad.

El rastro los guio hasta el borde de un acantilado que daba paso a una playa desierta. Sobre la arena, un barco varado descansaba como un coloso caído. Sus velas desgarradas se agitaban con el viento. La madera del casco, desgastada por el tiempo y la sal, aún conservaba grabados que hablaban de días gloriosos en el océano.

El lobo de mar se acercó al barco y su mano recorrió la superficie con reverencia.

—Mi capitán habría llorado al ver esto —susurró para sí mismo—. Era un hombre de mar, siempre decía que un barco es un alma viva. Este… este parece estar dormido.

Dentro del navío, en una vieja cabina iluminada por un haz de luz que se colaba por una grieta, encontraron un cofre cubierto de barniz desgastado. La guardiana lo inspeccionó y palpó con los dedos las inscripciones talladas en la madera.

—Una cerradura secreta —dijo. Luego sacó de su bolsa una pequeña llave ornamentada.

Con un clic suave, el cofre se abrió, revelando un pergamino enrollado junto a un diario de cuero ajado. El lobo de mar tomó el pergamino y lo desenrolló con cuidado. Sus ojos recorrieron las líneas de escritura en un idioma arcano, y un destello de reconocimiento cruzó su rostro.

—Esto… esto lo entiendo —dijo con incredulidad—. Mi capitán, Augsious, me enseñó el lenguaje de los mares. Nunca pensé que lo usaría.

Mientras leía, las palabras parecieron vibrar en el aire, y una energía antigua envolvió la cabina. Ella observó cómo una ligera brisa agitaba el cabello del lobo de mar, y la sensación de que algo profundo y poderoso se despertaba se hizo palpable. Parecía que el pergamino no solo revelara secretos, sino que conectara sus almas con algo vasto y oceánico.

Más tarde, cuando el hombre se quedó dormido en un rincón de la cabina, Valcara tomó el diario y comenzó a leer. Las páginas

hablaban de una rivalidad feroz entre dos tripulaciones atrapadas en la misma isla donde ahora se encontraban. Los hombres habían empezado a comportarse como bestias, sus mentes consumidas por una fuerza desconocida que los empujaba al límite de la cordura.

Uno de los últimos pasajes detallaba un desesperado plan para escapar en un bote salvavidas.

—¿Qué fue lo que los transformó? —murmuró la guardiana para sí mientras cerraba el diario y miraba al lobo de mar, cuya respiración era tranquila, como si el peligro estuviera lejos. Pero sabía que no era así.

Las imágenes comenzaron a desvanecerse. La bruma se intensificó y la playa, el barco y el pergamino se disolvieron en el aire. Anara despertó con un sobresalto. El corazón le latía con fuerza, con los fragmentos del sueño todavía girando en su cabeza. Algo le decía que lo que había visto era algo más que un simple sueño: era un presagio, Valcara estaba viva.

26
Bajo la Luna del Cementerio

La luna, pálida y pesada, se alzaba sobre el cementerio, bañando las lápidas desgastadas con un resplandor frío. Anara permanecía en la penumbra, apoyada contra un muro agrietado, observando en silencio los movimientos de Shuraz. Él entrenaba en el patio trasero, sus músculos se tensaban bajo la luz plateada mientras empuñaba su espada con precisión feroz. Cada giro, cada corte en el aire era furia contenida.

Ella exhaló con calma, sintiendo una punzada de melancolía. Sabía que Shuraz aún cargaba con el peso de sus errores, y aunque él no lo decía, el remordimiento siempre le traicionaba en su mirada.

—¿Planeas seguir golpeando el aire toda la noche? —preguntó ella al dar unos pasos hacia el patio, rompiendo el silencio.

Shuraz se detuvo en seco y bajó su espada al suelo con un leve crujido contra la hierba húmeda. Giró la cabeza hacia ella, con respiración agitada. Durante un instante, no dijo nada; parecía debatirse entre apartar la vista o sostener su mirada.

—No sabía que estabas ahí —murmuró, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Te vi desde la capilla —respondió Anara, que se acercó más. El viento nocturno revolvía su cabello castaño, y el brillo de sus ojos verdes parecía desafiar la fría noche—. Me preguntaba qué hacía un

guerrero tan temible como tú jugando solo en un lugar tan tétrico como este.

Él soltó una risa y dejó caer la espada al suelo. La hoja vibró con suavidad antes de quedar inmóvil.

—Supongo que estoy tratando de redimirme. Aunque no sé si eso es posible —admitió, con la mirada fija en un punto indefinido.

Anara se detuvo frente a él y se cruzó de brazos. Por un momento, lo estudió en silencio, buscando algo más allá de sus palabras.

—Ya pasó, Shuraz. No tienes que seguir flagelándote por ello. — Su voz era suave, pero firme.

Él levantó la mirada rápidamente. Sus ojos azules reflejaban incredulidad.

—Anara… Te hice daño. Te fallé ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Ella dio un paso más cerca, hasta que sus dedos casi rozaron los de él. La humedad del suelo impregnaba el aire, el aroma a tierra mojada llenaba sus sentidos.

—Porque no sirve de nada aferrarse a eso. Lo hecho, hecho está. —Lo miró a los ojos, desafiándolo a responder—. Solo prométeme que no volverás a hacerlo.

Shuraz asintió despacio y dejó que esas palabras adquirieran el peso de un juramento grabado en piedra.

—Nunca más —dijo con un hilo de voz, pero su intensidad era innegable.

El silencio entre ellos se extendió, cargado de palabras no pronunciadas. La proximidad era abrumadora. Anara sintió cómo el aliento de Shuraz chocaba contra su piel. Él levantó una mano, dudando, antes de rozar su mejilla con delicadeza. Sus ojos se encontraron, y en ese instante todo lo demás se desvaneció.

—Anara… —susurró su nombre como si fuera un rezo.

Ella no le dio tiempo para decir más. Lo tomó por la nuca y lo besó con una pasión que llevaba demasiado tiempo contenida.

Shuraz respondió con igual intensidad, sus brazos la rodearon con fuerza. El suelo húmedo crujió bajo sus pies mientras retrocedían hacia una lápida cubierta de musgo.

La espada quedó olvidada en la noche, que se llenó de susurros y jadeos. Sus cuerpos cayeron sobre la hierba mojada, y el frío del suelo se mezcló con el calor de su piel. La luna, testigo indiferente, iluminaba el cementerio mientras ellos se entregaban el uno al otro, borrando en esos momentos todo el peso del pasado.

Cuando al fin terminaron, sus respiraciones entrecortadas llenaban el aire. Shuraz, tendido junto a ella, retiró con un dedo un mechón de cabello que caía sobre su rostro.

—¿Y ahora? —susurró el guerrero.

Anara lo miró y sonrió.

—Ahora, seguimos adelante —dijo—. Juntos. Pase lo que pase.

El silencio que siguió estuvo cargado de una extraña calma, rota solo por el suave ulular de un búho en algún rincón del cementerio. Shuraz giró el rostro hacia el cielo, dejando que la fría luz de la luna bañara sus facciones mientras sus pensamientos intentaban encontrar algo que decir. Anara, aún con la respiración agitada, se apoyó en su pecho, sintiendo el latido de su corazón, fuerte y constante.

De repente, un brillo anómalo llamó su atención desde una lápida cercana. Una tenue luz azulada parecía emanar de entre las grietas de la piedra desgastada. Anara se enderezó, frunciendo el ceño.

—¿Shuraz? —dijo en un susurro, señalando hacia la lápida.

Él se incorporó de inmediato, su cuerpo estaba tenso, alerta ante cualquier peligro. Pero no fue una amenaza lo que encontraron, sino un espectáculo extraño y casi hipnótico. La luz parecía crecer, extendiéndose como un velo translúcido sobre la lápida. Un suave zumbido llenó el aire, vibrando en sus oídos como una canción olvidada.

—¿Qué es eso? —preguntó Shuraz, poniéndose de pie mientras ofrecía una mano a Anara para ayudarla a levantarse.

—No lo sé —respondió ella, aceptando su mano. Sus ojos verdes estaban fijos en el resplandor, que ahora envolvía por completo la lápida.

Antes de que pudieran decidir qué hacer, la luz se intensificó, casi cegándolos. Y entonces algo ocurrió.

La luz que emanaba de la lápida envolvió todo el cementerio en un fulgor azul que parecía latir con vida propia. Los ojos de Anara se abrieron con sorpresa al sentir un calor extraño en su pecho. Bajó la mirada justo a tiempo para ver cómo un tenue rayo de luz, del mismo azul que la lápida, se filtraba a través de su ropa, pulsando como un corazón latiente.

—¿Qué demonios…? —murmuró, llevándose una mano al pecho. Pero el calor no quemaba; era una sensación cálida, reconfortante, y a la vez profundamente inquietante.

Shuraz la miró, asombrado. Dio un paso hacia ella con la mano extendida, pero entonces la luz que emanaba de Anara y la que brotaba de la lápida se extendieron, fusionándose en un único rayo que iluminó el cielo nocturno antes de proyectarse hacia un mausoleo cercano. La estructura, apenas visible en la penumbra, parecía un gigante dormido, con relieves desgastados que hablaban de un pasado olvidado.

El viento se levantó y arrastró hojas y polvo a su alrededor. La dirección de la luz era clara y sus intenciones, innegables.

—Sea lo que sea, nos pide que vayamos hacia allí —dijo Shuraz mirando a la luz.

Anara asintió, aunque sus ojos permanecían clavados en el mausoleo. Algo en su interior la empujaba a avanzar, un eco lejano resonando en su alma, invitándola —o exigiéndole— a dar el siguiente paso.

Shuraz recogió su ropa dispersa y se vistió con rapidez, ajustando su cinturón y asegurándose la espada. Ella se puso el vestido y, sin esperar más, comenzaron a caminar hacia el mausoleo, siguiendo el rastro del rayo de luz.

La entrada de la estructura era imponente, con un arco de piedra adornado con figuras talladas: guerreros con rostros cubiertos y manos extendidas hacia el cielo, ofreciendo algo a un dios invisible. El portón de madera, ennegrecido por el tiempo y cubierto de líquenes, parecía haber resistido siglos de abandono.

Shuraz evaluó la puerta y frunció el ceño.

—No tenemos tiempo —murmuró, tomando la empuñadura de su espada con ambas manos.

De un empujón golpeó con fuerza la madera. El impacto resonó como un trueno en el cementerio, y la puerta se astilló con un crujido seco. Otro golpe bastó para abrirla por completo. Un aire viciado escapó del interior, cargado con un fuerte olor a humedad.

La luz azulada se derramó desde dentro del mausoleo, bañando sus rostros en un resplandor etéreo. Anara y Shuraz intercambiaron una mirada antes de cruzar el umbral.

Dentro, la sala principal estaba cubierta de grabados que brillaban débilmente. En el centro, sobre un pedestal de piedra, descansaba un objeto que ninguno de los dos habría esperado encontrar: un espejo ovalado, rodeado por un marco de plata labrada con símbolos desconocidos. La superficie del espejo no reflejaba la sala ni a ellos, sino un paisaje lejano. Un gran templo sobre una colina coronaba una ciudad amurallada llena de vida.

Anara dio un paso hacia el espejo, fascinada, pero Shuraz la detuvo, colocando una mano en su brazo.

—Espera… esto no es un artefacto cualquiera. —Su tono era grave, parecía sentir el peligro latente en el aire—. ¿Qué es ese lugar?

Antes de que Anara pudiera responder, una voz resonó en la sala, profunda y reverberante, como si viniera de las mismas piedras.

—Anara, tú eres la elegida para guiar el alma de tu pueblo. Tu sangre azul te conducirá al destino que mereces.

La sala pareció estremecerse, y la luz azul del espejo comenzó a latir, atrayendo la atención de ambos hacia su superficie. En el

cristal, las figuras de Anara y Shuraz comenzaron a formarse, pero sus reflejos no eran normales: en los ojos de Anara brillaba un fuego que no pertenecía al mundo mortal, y detrás, Shuraz se alzaba como una sombra gigantesca, como un monstruo esperando a emerger.

—¿Qué significa esto? —preguntó Anara en un susurro. Le temblaban la voz y las manos, que se aferraban a su pecho palpitante.

El espejo, mudo y altivo, no le respondió con palabras, pero su superficie pareció escuchar. Un escalofrío recorrió la sala cuando el cristal se onduló como agua inquieta. Las imágenes comenzaron a formarse muy despacio: dos figuras, pálidas como la muerte, con ojos vacíos y carne descompuesta, los observaban desde el otro lado. Eran ellos, pero distorsionados, reducidos a espectros de lo que alguna vez fueron. Anara retrocedió un paso, cubriéndose la boca para ahogar un grito.

Shuraz, con el ceño fruncido y los músculos tensos, se colocó entre ella y el espejo. El reflejo de su propio rostro corrompido parecía burlarse de él, desafiándolo.

—¡Esto es mentira! —rugió, apretando la empuñadura de su espada.

Con un movimiento calculado, apartó a Anara hacia un lado. La madera crujió bajo sus botas mientras se acercaba al espejo, con los ojos fijos en la superficie que aún brillaba con una luz sobrenatural. Levantó su espada con ambas manos, con el filo reflejando destellos de aquella macabra luminosidad.

—¡No toleraré tus juegos! —gruñó, descargando toda su fuerza en el golpe.

El impacto resonó como un trueno en la sala subterránea del mausoleo. La espada atravesó el cristal, que no se rompió de inmediato, sino que emitió un gemido metálico antes de estallar en una tormenta de fragmentos. Una onda expansiva de aire frío los arrojó contra el suelo. Anara dejó escapar un jadeo mientras los cristales caían a su alrededor como una lluvia mortal.

Por un instante, solo el silencio llenó el mausoleo. Shuraz, todavía con la espada en la mano, se incorporó con dificultad y miró a su alrededor. Anara seguía en el suelo, limpiando con torpeza los trozos de cristal de sus ropajes.

—¿Estás bien? —preguntó él, tendiéndole una mano.

—Sí… creo que sí. —Aceptó su mano y se incorporó con cuidado, sacudiéndose la falda. Sus ojos se dirigieron al lugar donde antes estaba el espejo. Solo quedaban fragmentos dispersos que poco a poco se convertían en polvo que, a su vez, se alzaba en finos hilos de humo. El aire mismo intentaba borrar cualquier rastro de lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a Shuraz con el ceño fruncido.

Él no respondió de inmediato. Sus pasos lo llevaron hacia la puerta de piedra. Sobre el dintel, donde debería haber estado grabado el nombre de la familia que descansaba allí, solo había roca lisa y desgastada. Pasó los dedos por la superficie, sintiendo la ausencia de las antiguas marcas.

—Algo… o alguien no quería que supiéramos a quién pertenece este lugar. —Shuraz giró la cabeza hacia ella—. Esto no ha sido un accidente.

Anara tragó saliva, su mano buscaba el calor de su propio pecho. La luz se había desvanecido de su interior. Afuera, el viento ululaba una advertencia que aún no entendían.

—Anara, la luz… venía de ti —murmuró Shuraz, señalando con cautela hacia su pecho.

Ella, con los ojos muy abiertos, asintió muy despacio. Luego cruzó los brazos sobre su corazón, intentando contener algo que escapaba a su comprensión. Su respiración temblorosa llenaba el silencio.

Shuraz la cogió de la mano y ambos salieron de allí, dejando atrás el eco de un misterio que se negaba a revelarse. Ya no había cristales en el suelo.

27
El Mausoleo del Orfebre

La pesada puerta del mausoleo crujió cuando Rayhem empujó el metal corroído, dejando escapar un aliento frío y visible en forma de vaho. La antorcha que llevaba iluminaba las paredes, donde grabados desgastados parecían observarlo con ojos huecos. Una vez dentro, el aire se hizo denso, cargado de una energía inquietante que se adhería a la piel.

Anara y Shuraz le habían contado lo ocurrido la noche anterior: el espejo que mostraba visiones de corrupción, la luz azul emanando del pecho de Anara y el extraño poder que parecía conectarla con el dios Bel-Hur. Jarben había identificado el mausoleo como la tumba de un maestro orfebre, un hombre solitario, sin herederos, cuyas habilidades mágicas lo habían convertido en blanco de saqueos. Ahora, Rayhem estaba allí para enfrentarse al espíritu inquieto que habitaba en aquel lugar.

Se detuvo frente al sarcófago de piedra. El tiempo había cubierto el relieve con musgo, pero aún podía distinguir las herramientas de orfebrería talladas en la superficie. Rayhem ajustó su capa y colocó las manos a los lados del ataúd. Luego cerró los ojos mientras murmuraba una invocación. El eco de sus palabras se desvaneció, dejando un silencio que parecía contener la respiración del mismo mausoleo.

De pronto, una bruma plateada comenzó a formarse sobre el sarcófago y se alzó muy despacio hasta adoptar la forma de un anciano con ropajes desgarrados y el rostro surcado de arrugas. Su

expresión era furiosa. Sus ojos, dos pozos oscuros, parecían perforar a Rayhem con una mirada cargada de siglos de dolor.

—¿Quién perturba mi descanso? —gruñó el espíritu. Su voz resonó como el crujido de dos piedras al chocar.

—Soy Rayhem, sirviente de Bel-Hur, la luz y la verdad. He venido a buscar respuestas —se presentó el sacerdote con firmeza, aunque un sudor frío recorría su frente.

El orfebre lo observó con desconfianza, pero luego inclinó levemente la cabeza.

—¿Respuestas? Mis secretos fueron saqueados hace mucho. Lo único que me queda es mi tormento.

—Anara, la mujer que vino aquí —empezó Rayhem—, lleva la luz de Bel-Hur en su pecho. Tú materializaste el espejo que los atormentó. ¿Por qué lo hiciste?

El espíritu ladeó la cabeza y su rostro adoptó una expresión distante. Parecía buscar un recuerdo entre las brumas de su conciencia.

—Bel-Hur… mi dios. Mis obras llevaban su toque. Ese espejo… El Espejo del Destino. Era una de mis creaciones más poderosas. Muestra el futuro, pero no siempre lo que deseamos ver, sino lo que necesitamos afrontar. Sentí la presencia del dios en ella, en su luz, y desperté de mi largo sueño.

—¿Dónde está ahora el espejo? —preguntó Rayhem, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Lo materialicé brevemente, pero los lazos con mis creaciones se han roto desde que me asesinaron.

El espíritu bajó la mirada, y sus manos espectrales trazaron las marcas de varias puñaladas en su pecho. Sangre etérea, oscura y espesa, manó de las heridas, goteando hacia el suelo y desapareciendo después.

—Fueron los Ungidos de Kudram quienes me hicieron esto —continuó con la voz llena de amargura—. Querían mis conocimientos

para crear artefactos oscuros. Me negué, y me mataron como a un perro.

Rayhem tragó saliva mientras observaba las heridas abiertas. No le gustaba oír hablar mal de los Ungidos después de su cautiverio, pero siguió escuchando.

—¿Buscas venganza?

El espíritu dejó escapar una risa hueca que llenó la sala de un escalofrío helado.

—La deseaba, pero ya no recuerdo quiénes los enviaron. Solo quiero descansar.

Hubo un momento de silencio antes de que el orfebre alzara la mirada hacia Rayhem. Sus ojos eran ahora menos oscuros.

—Anara… ella me recuerda a alguien.

—¿A quién? —preguntó Rayhem, acercándose.

—A mi hijo. Se llamaba Gorham. Abandonó mi taller cuando era un niño. Quería ser marinero, no orfebre. La última vez que lo vi, discutimos. Me odió por no comprenderlo. Huyó a los océanos.

Rayhem lo miró con incredulidad.

—Eso debió ser hace décadas.

—Si vive, será un anciano ahora. Pero algo en ella, en su luz, me lo recuerda. —El espíritu desvió la mirada, contemplando algo que Rayhem no podía ver—. Tal vez… tal vez aún haya esperanza.

La bruma comenzó a disiparse y el espíritu se desvaneció igual que había llegado. Antes de desaparecer por completo, susurró una última advertencia:

—Cuida de Anara. Su camino será peligroso, y no todos los que la rodean son lo que parecen.

Cuando el mausoleo quedó en silencio, Rayhem permaneció inmóvil, mirando el lugar donde había estado el espíritu. Algo en sus palabras le dejó un peso en el pecho, el despertar de una verdad mucho más grande de lo que podía comprender.

28
En la oscuridad

Iban a escapar de aquella maldita isla. Valcara estaba emocionada por lo que había descubierto en las últimas líneas del diario de a bordo. Se le ocurrió despertar a Gorham, pero al mirarlo vio que el viejo lobo de mar sonreía con los ojos cerrados, plácidamente dormido, soñando quizá con tiempos mejores. La guardiana no quiso molestarle. Dormido parecía alguien vulnerable. Se arrebujó junto a él y recostó la cabeza en su hombro.

Gorham, aún dormido, tenía bien agarrado en su mano derecha el pergamino que habían encontrado en el cofre, recordándole a su antigua vida. El gruñido de sus tripas asustó a Valcara, que tras un segundo recordó que el viejo no había comido nada en quién sabía cuánto tiempo. Aun así, decidió no despertarlo.

Lo que la guardiana no percibió antes de dormirse fue que el pergamino en la mano de Gorham estaba adquiriendo un suave fulgor fluorescente.

Valcara se despertó de un salto con un grito desgarrador y desenfundó la daga luminosa, poniéndose en guardia sin saber aún a qué o a quién se enfrentaba.

Los graznidos de fondo eran ensordecedores, y el cielo estaba cubierto por decenas de aves que revoloteaban inquietas sobre el barco mientras una fina lluvia humedecía la noche.

Ante ella, alguien estaba sufriendo la transformación más aterradora imaginable. Su espalda estaba cubierta de pelo negro, sus extremidades terminaban en terribles garras, y de su rostro emergía un hocico con una boca llena de dientes afilados. Una larga y gruesa cola crecía de su coxis y se movía en el aire como si tuviera vida propia. ¿Gorham? Sus ropas lo delataban… La guardiana no podía creer lo que estaba viendo. A sus pies brillaba el pergamino con el que el viejo lobo de mar se había dormido, pero sus antiguas letras parecían moverse, vibrando sobre el papel.

Las últimas palabras leídas por el viejo en aquel antiguo pergamino vinieron a su mente: «La existencia, condenada a transformarse en algo que no queremos ver».

La marea había subido y grandes olas golpeaban contra el barco, que se mecía errático. Este viejo cascarón jamás podría flotar, pensó Valcara, convencida de que había otra salida.

Lo que quedaba de Gorham se retorcía en el suelo y miraba con pavor a Valcara que, daga en mano, no sabía qué hacer.

Todo se volvió negro cuando la bandada de pájaros que encapotaba el cielo descendió en picado, atacando sin piedad a Gorham, ahora transformado en una colosal criatura mitad hombre, mitad rata. Las aves la apartaron a empujones, pero ella se negaba a dejar solo a Gorham. Con la daga en su mano, Valcara se lanzó al combate, intentando proteger a su compañero. Las aves, con una ferocidad insólita, se concentraban en la grotesca figura de Gorham, picoteando y desgarrando su carne sin tregua.

Él, ahora una bestia formidable, lanzó un zarpazo horizontal que desmembró a un par de aves que se acercaban a su cara. Con un rápido movimiento, giró el cuerpo y usó su cola como un látigo para derribar a tres más que intentaban picotearle la espalda. Uno de los pajarracos se lanzó en picado hacia su rostro, pero Gorham lo interceptó con un mordisco feroz y sus afiladas fauces desgarraron la carne del pájaro, aplastándolo brutalmente. Sus plumas flotando por el aire fue todo lo que quedó de él.

Mientras tanto, Valcara se movía con una agilidad y precisión mortal entre las aves. Con un salto rápido, apuñaló a una de las que se abalanzaban sobre Gorham, la hoja atravesó al ave en pleno vuelo. Giró sobre sí misma, cortando el ala de otra que intentaba atacar por el flanco. Con un movimiento ascendente, apuñaló en el pecho a otra más que se dirigía hacia el rostro de su compañero. Valcara cayó empujada por la refriega.

Otra ave se abalanzó sobre su cuello y Gorham la agarró con una mano ganchuda, aplastándola contra el suelo con una fuerza descomunal. Dos más embistieron al mismo tiempo desde los lados, pero él giró sobre sus talones y las barrió con sus garras, decapitándolas en un solo movimiento. Un picotazo en su hombro lo hizo rugir de dolor; con rapidez, le arrancó la cabeza al agresor con un mordisco que rasgó la noche, dejando un reguero de sangre sobre la húmeda cubierta. Un grupo de emplumados atacantes intentó rodearlo, pero Gorham saltó hacia adelante, lanzando un zarpazo hacia atrás y dejando un arco sangriento en el aire al destripar a varias de ellos.

Una vez en el suelo, Valcara rodó y apuñaló a una que se había posado para atacar. Con un salto, alcanzó a otra en pleno vuelo, clavándole la daga en el corazón y lanzándola lejos. Giró sobre sí y trazó un corte lateral hacia abajo que abrió el vientre de una que se lanzaba en picado contra ella. Saltó atrás, esquivó otro ataque y arrojó su daga contra otra ave, clavándola en el pecho con precisión letal. Recuperó su arma del cuerpo del ave caída a sus pies y, con un rápido giro de muñeca, cortó el cuello de otra que intentaba picotearla. Un movimiento descendente acabó con otra y a pesar de todo la hoja de la daga brillaba con luz tenue cubierta de sangre.

Las aves, con sus garras y picos, despedazaban al viejo lobo de mar mientras él se defendía como podía, acabando con algunas de ellas hasta casi desfallecer. Gorham, transformado en una rata gigante cubierta de sangre, con sus ropas hechas jirones, miraba a Valcara con terror, tirado en la cubierta sobre un gran charco de sangre. Allí articuló sus últimas palabras antes de morir:

—No te rindas…

Valcara vio los ojos negros de Gorham entre las plumas de los pajarracos que la inmovilizaban revoloteando sobre ella, impidiéndole acudir en ayuda de su compañero.

Escuchó el ruido de su carne desgarrada y el horrible chasquido de sus huesos al quebrarse mientras intentaba quitarse de encima a decenas de aves, pero en unos segundos ya no quedaba nada de Gorham, solo un charco de sangre con pedazos de carne y mechones de pelo.

Estalló la tormenta y, sin explicación alguna, las aves dejaron en paz a Valcara, quien rompió a llorar de rabia mientras se acercaba al lugar donde Gorham había muerto. Tocó la sangre del suelo y se la llevó a la cara con ambas manos. La fuerte lluvia empezó a limpiar la cruenta escena, y las aves se elevaron, dejando a la guardiana sola ante una cubierta desolada y empapada de lo que quedaba de Gorham. No había rastro del pergamino, pero la mujer se fijó en el puñal ensangrentado que tenía en las manos, que parpadeaba con una luz tenue mientras emitía un leve calor.

De repente, la mujer se percató de que un ruido intenso y constante se acercaba desde la playa, haciendo temblar ligeramente el barco. Levantó la vista hacia la rocosa orilla y vio un manto de ratas que cubría todo el suelo. ¡Eran miles! Y se acercaban al barco, ya estaban cerca del casco.

Desesperada, Valcara buscó su única salida, el bote auxiliar cuya existencia conoció al leer el diario de a bordo que aún guardaba en la cintura de su pantalón, sobre su vientre, donde lo había escondido antes de dormirse.

Corrió por la cubierta, resbalando bajo la torrencial lluvia mientras las primeras ratas gigantes comenzaban a aparecer tras su escalada por el casco del barco. Apuñaló a la primera de ellas y la arrojó por la borda, perdiéndose en el manto de compañeras que cubrían todo lo que alcanzaba la vista.

Valcara retiró una vieja vela roída y encontró el bote auxiliar, con dos remos en su interior y lo que parecían un par de fardos amarrados con cuerdas.

La marea seguía subiendo y golpeaba ya una parte del barco varado, meciéndolo con cada ola. La guardiana empujó el bote con todas sus fuerzas para lanzarlo al mar, pero pesaba demasiado. Entonces se fijó en un rudimentario sistema de poleas sobre él, diseñado para ayudar a arrojarlo al agua. El manto de ratas empezó a rodearla mientras ella tiraba de la cuerda de la polea con toda su alma. Un relámpago iluminó el cielo, paralizando a las ratas que miraron todas hacia arriba aterradas. Valcara aprovechó ese momento para dar el último estirón a la cuerda. Luego empujó el bote hacia el mar y cortó la cuerda de la polea con la daga. El bote, con la mujer dentro, cayó al agua seguido por varias ratas que se sumergieron y desaparecieron en la tempestuosa mar. Una de ellas, en un intento desesperado por sobrevivir, salió del agua y, con las fauces abiertas, arremetió contra la guardiana, que atravesó su cuello con la daga, haciendo fuerza con ambas manos. La grotesca criatura cayó al mar y desapareció en sus profundidades. Mientras el bote se alejaba, la maraña de ratas en el barco parecía dar vida al navío en la oscuridad de la tormenta.

Empapada hasta los huesos y temblorosa, Valcara se tumbó en el encharcado suelo de la pequeña embarcación, llorando y gritando de rabia mientras los rayos golpeaban estruendosos y los relámpagos iluminaban la noche. La barca navegó a la deriva, desapareciendo entre las grandes olas del tempestuoso mar.

No podía sacarse de la cabeza la terrorífica escena que había presenciado, esas tremendas aves descuartizando a Gorham como a un muñeco de trapo, ante su impotencia. Sabía que esa imagen la acompañaría el resto de su vida.

La isla fue quedando atrás, haciéndose pequeña en el horizonte mientras la barca se dejaba llevar como una hoja al viento.

Empezó a entender que la esencia del horripilante ser en el que Gorham se había transformado debió instalarse en su alma hacía tiempo, poco después de llegar a esa maldita isla, seguramente cuando la rata le hirió en el pecho. Eso explicaría por qué se había quedado paralizado ante el ataque de la rata gigante en la cueva. Ahora tenía sentido porqué el viejo lobo de mar no había sido

atacado y asesinado por las ratas cuando se quedó atrás, y que Valcara lo encontrara desvanecido con solo unos rasguños en la selva. Todo el desprecio del viejo por las desgarbadas aves, e incluso la animadversión inexplicable que el hombrecillo pájaro había demostrado tener al viejo, ahora tenían una explicación. De algún modo, debió percibirlo como un enemigo de la especie de las ratas.

El pergamino mágico parecía haber acelerado una transformación que ya había comenzado. Valcara se preguntó si le afectaría de algún modo a ella, como un virus, quizá. Se tocó la herida del hombro, que de nuevo le dolía. Pero no le habían herido las ratas, sino los pájaros cuando llegaron a la isla.

Agarró la llave de la cadena en su cuello, apretó los dientes con rabia mientras la lluvia limpiaba sus lágrimas y luego cogió los remos y empezó a remar hacia un lugar indeterminado en medio de la monumental tormenta.

29
Bondades

El hedor a moho y podredumbre impregnaba el aire en Baja Alonia, los barrios más pobres de la ciudad. Edoz caminaba entre callejones estrechos, sorteando charcos de agua sucia que chorreaban de las desvencijadas fachadas de las viviendas. Sus botas resonaban con un chapoteo en el suelo encharcado, mientras su capa oscura ocultaba su figura.

Había quedado con su informante en un callejón apartado, un rincón donde las sombras cubrían cualquier intercambio de miradas indiscretas. Al llegar, un hombre encorvado, con el rostro cubierto por una capucha gris y las manos temblorosas, salió de la penumbra.

—¿Traes algo útil, Edoz? —preguntó el hombre en un susurro ronco, mientras se rascaba el cuello con ansiedad.

Edoz deslizó un pequeño pergamino desde el interior de su capa.

—Depende de lo que consideres útil, Halvin. Este es un movimiento menor entre los belurios. Nada que cambie la balanza. —Levantó la mirada fría—. Pero suficiente para que me dejes tranquilo por un tiempo.

El informante leyó las notas con el ceño fruncido.

—Esto es poca cosa. El rey jersa espera más de ti.

Edoz estrechó los ojos y dio un paso adelante, intimidante.

—Y yo espero que recuerdes tu lugar. Si insistes en presionarme, lo que tendré para ti la próxima vez te gustará menos aún —dijo, mostrando el filo de su puñal a medio desenvainar.

Halvin tragó saliva y asintió, pero antes de que pudiera responder, Edoz percibió una figura menuda agazapada en la distancia. Un niño, con los ojos abiertos como platos, los observaba desde detrás de un montón de cajas viejas.

Edoz fingió ignorarlo mientras finalizaba el intercambio, pero en cuanto Halvin desapareció en las tinieblas, se giró hacia él.

—Ven aquí —ordenó.

El niño vaciló, pero finalmente salió de su escondite. Era delgado, con ropa que apenas se sostenía unida por remiendos y el rostro cubierto de hollín.

—No diré nada… si me ayudas —dijo con voz desafiante, aunque sus ojos brillaban con miedo.

Edoz arqueó una ceja.

—Ayudarte ¿cómo?

El niño apretó los puños.

—Mi padre está enfermo. Mi madre no puede con todo. Mis hermanos pequeños no tienen qué comer. Yo escapé de casa hace tiempo, pero no quiero que les pase nada. Tú tienes dinero. Puedes ayudarlos.

Edoz, irritado, suspiró observando al niño. Podría haberlo amenazado, pero algo en la sinceridad de sus palabras lo hizo detenerse. Además, podía ser uno de los contactos de Zarhel.

—No voy a darte dinero. Llévame con ellos.

El niño parpadeó, sorprendido.

—¿Qué?

—He dicho que me lleves. —Edoz se cruzó de brazos—. Si no, olvídate de mí.

Tras un momento de duda, el niño asintió y comenzó a caminar, guiándolo por un laberinto de callejuelas. Mientras seguía al

pequeño, Edoz no podía dejar de preguntarse qué lo había llevado a tomar esa decisión. Tal vez había algo en la miseria de Baja Alonia que reflejaba su propio interior. Quizá, por una vez, simplemente quería hacer algo que no lo hiciera sentir como un peón más del juego del rey jersa.

Llegaron hasta una vivienda destartalada. Las ventanas estaban cubiertas con tablones, y la puerta apenas se sostenía en sus bisagras. El niño se quedó fuera, escondido tras unas cajas. Al entrar, Edoz sintió el aire viciado de un lugar sin ventilación ni esperanza.

Una mujer se giró al oírlo. Su rostro estaba surcado de arrugas prematuras, y sus manos temblaban mientras sostenía un trozo de pan seco. En el rincón, dos niños más pequeños se aferraban el uno al otro, con los ojos hundidos y ojerosos. En un jergón en el suelo yacía un hombre. Su respiración era apenas un hilo.

Edoz se acercó a la mujer, sacó una bolsa de monedas y se la ofreció.

—Con esto podrán comprar comida y medicina. No es mucho, pero les servirá para comenzar.

La mujer lo miró con incredulidad, sosteniendo la bolsa como si temiera que fuera a desaparecer.

—¿Quién… quién eres?

Edoz evitó su mirada.

—No importa quién soy yo. Hay alguien que no olvida a los suyos, y mientras ese alguien viva, estaréis protegidos.

El niño escuchaba a Edoz desde fuera con los ojos llorosos. Estuvo tentado de regresar a su hogar y caminó hasta la puerta. En ese momento se dio de bruces con Edoz, que salía y, sin decir una palabra, ambos se marcharon de la desvencijada casa. Cuando se hubieron alejado, el niño tiró de la capa de Edoz, que se detuvo.

—Gracias, señor.

Él asintió, pero no respondió. Salió de aquel callejón sin mirar atrás, dejando que la brisa nocturna le golpeara el rostro. Mientras

regresaba a la oscuridad de Baja Alonia, sintió algo extraño en su pecho. Su pesada carga se había aligerado un poco.

Las palabras del niño resonaban en su cerebro: «Puedes ayudarlos». Quizá, pensó, la redención estaba en actos como ese. Quizá aún podía salvar lo que quedaba de su alma.

Edoz cruzó los brazos mientras esperaba a que Rata Rubia terminara de interrogar a sus soldados. La pequeña lideresa se movía con rapidez entre los críos que salían de los rincones más oscuros del callejón, cuchicheando al oído de cada uno y haciendo gestos precisos con las tijeras oxidadas que sostenía como un cetro de poder.

—Nadie ha visto nada raro, Edoz. —Rata se giró hacia él, plantándose frente a su alta figura con la insolencia de quien sabe que tiene la ventaja en su territorio—. O si lo han hecho, no quieren admitirlo. —Sonrió con suficiencia, mostrando unos dientes desiguales—. Pero no te preocupes, a mí no se me escapan los secretos por mucho tiempo.

Edoz ladeó la cabeza, analizando a la niña. Era joven, sí, pero sus ojos verdes tenían una astucia que no dejaba lugar a dudas. Rata Rubia no era una simple ladrona callejera.

—Confío en que mantendrás los oídos abiertos —dijo con tono serio—. Y que cualquier palabra sobre mí o mi trabajo llegará primero a ti antes de a los oídos equivocados.

Rata Rubia hizo un gesto dramático de asentimiento.

—Por supuesto. Pero no olvides que aquí abajo todo tiene un precio.

—Ya hemos hablado de eso. —Edoz deslizó una moneda de oro entre sus dedos antes de lanzarla al aire. Rata la atrapó con precisión y se la guardó en el bolsillo de su capa con una sonrisa.

—Eres amigo de Zarhel, y él es como nuestro hermano mayor. Gracias a que trabajamos para él, podemos llevar una vida que no es tan mala como podría ser.

—Me gustaría que esto no llegara a Zarhel —murmuró Edoz, arrodillándose frente a Rata Rubia. Sacó dos monedas de oro más y las colocó en la mano de la niña, sosteniéndole la mirada con seriedad.

Rata Rubia cerró los dedos sobre las monedas con la agilidad de alguien acostumbrado a esconder tesoros, pero su sonrisa tenía un matiz genuino.

—No tienes de qué preocuparte. Tus secretos están seguros conmigo. —Se guardó las monedas en un bolsillo oculto de su capa, sin apartar sus ojos brillantes de Edoz.

Él dio media vuelta y salió de Baja Alonia, echando rápidas miradas por encima del hombro, atento a cualquier sombra sospechosa. El silencio tras él parecía confirmar que nadie lo seguía, pero la rigidez en sus hombros no cedió hasta que las luces titilantes de los callejones quedaron atrás.

30
El extraño y el traidor

Shuraz cabalgaba bajo un cielo encapotado, el viento arrastraba el aroma húmedo de los árboles. El bosque que rodeaba el campamento estaba silencioso, salvo por el crujir de las hojas secas bajo los cascos de su caballo. Había salido a patrullar solo, buscando claridad en sus pensamientos, cuando una figura emergió entre las sombras.

Era un hombre extraño. Su túnica era de un azul profundo, adornada con bordados dorados que destellaban incluso en la penumbra. Tenía una larga barba blanca que enmarcaba un rostro pálido, casi translúcido, y sus ojos, oscuros y penetrantes, parecían atravesar a Shuraz.

—¿Te has perdido? —preguntó, desenfundando su espada sin bajar del caballo.

El hombre sonrió e inclinó la cabeza.

—No me he perdido, Shuraz. He venido a advertirte.

—¿Advertirme? —El guerrero desmontó, manteniendo la espada entre ambos—. ¿Quién eres y qué sabes de mí?

—Soy un simple viajero, preocupado por el futuro de los belurios. Y sé más de lo que crees. —El hombre alzó una mano enguantada, señalándolo—. Entre tus filas hay un traidor. Se hace llamar Rathel, pero su nombre verdadero es Kaelthar. Si no actúas ahora, podrías perderlo todo.

Shuraz recordó el nombre de Kaelthar, era el último que habían descubierto en la enrevesada lista de traidores que les consiguió Sin Cara.

—Hablas demasiado para ser un simple viajero. —Shuraz avanzó un paso, la espada apuntaba al pecho del hombre—. ¿Trabajas para Sin Cara?

El extraño soltó una risa baja, suave como el terciopelo.

—Sin Cara trabaja para mí.

Shuraz no esperó más. Dio un paso hacia él pero el hombre se movió con asombrosa rapidez y apareció tras él en un parpadeo.

—Hijo mío, no muerdas la mano que te da de comer. —Sus palabras resonaron en el aire mientras desaparecía entre las sombras, dejando tras de sí un saco de monedas que resonó en el suelo.

Un relincho lejano rompió el silencio. Shuraz se giró hacia el sonido, pero lo único que encontró fue el oro brillando bajo la escasa luz de la luna. El guerrero recogió el saco, lo abrió y vio que había suficiente oro para armar a un pequeño ejército.

La noche caía pesada sobre el campamento. Las antorchas iluminaban las tiendas de campaña y los rostros cansados de los soldados. Shuraz, de pie junto a la hoguera central, observaba cómo el fuego bailaba en sus ojos. Los murmullos entre los hombres disminuyeron cuando uno de sus oficiales se acercó, visiblemente ansioso por llamar su atención.

—Capitán —dijo el oficial, cuadrándose con exageración—, puedo conseguir cualquier cosa que necesitemos. Mercenarios, criminales a sueldo, lo que sea. Mis contactos en las calles son insuperables.

Shuraz levantó una ceja, escudriñando al hombre con un rostro pétreo. Algo en su manera de hablar, con una sonrisa demasiado amplia y palabras demasiado seguras, encendió una chispa de desconfianza en su interior.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con tono neutral, aunque sus ojos afilados como cuchillas parecían penetrar al hombre.

—Rathel, capitán. A su servicio.

Shuraz no respondió. Poco a poco desenfundó su espada. El sonido del acero arrancó un murmullo de sorpresa entre los soldados cercanos.

—¿Capitán? —Rathel retrocedió un paso, pero Shuraz fue más rápido. Con un movimiento certero, atravesó el torso del hombre, quien cayó de rodillas con un gemido ahogado.

Los soldados se agruparon alrededor, atónitos, mientras Shuraz se arrodillaba junto al cuerpo moribundo y rasgaba la manga de su túnica. Allí estaba la estrella de ocho puntas con el centro negro, tatuada en el antebrazo.

—Un traidor. —La voz de Shuraz resonó clara y fría—. Se llamaba Kaelthar. Este hombre vendía nuestra sangre al mejor postor. Seguramente, a los Ungidos de Kudram.

Shuraz levantó el brazo tatuado del cadáver de Kaelthar, mostrándolo a sus hombres.

—Si volvéis a ver este símbolo, no dudéis. Matad primero y preguntad después.

Los soldados intercambiaron miradas nerviosas, pero uno de ellos, un fornido guerrero llamado Brak, avanzó. Era un hombre de imponente presencia, con una estatura que lo hacía destacar incluso entre los guerreros más altos del ejército. Sus hombros anchos y sus brazos musculosos parecían esculpidos para la batalla, y la cicatriz que cruzaba su pómulo derecho contaba historias de enfrentamientos pasados. A su espalda descansaba su arma predilecta, un hacha de dos manos de filo amplio, con grabados belurios.

—Capitán, propongo que hagamos algo más. —Se arrodilló junto al cuerpo y, con un cuchillo, recogió un poco de la sangre del traidor. Sin decir más, se pintó una línea roja sobre el rostro—. Para que todos sepan que somos una unidad. Que no toleramos la traición.

Uno a uno, los soldados siguieron su ejemplo, manchándose el rostro con la sangre del traidor. Shuraz observó en silencio antes de asentir.

A Brak le faltaba la oreja izquierda, un recordatorio visible de una pelea en la que había salido vencedor a un precio. Sin embargo, lejos de restarle autoridad, aquel detalle añadía un aire de dureza a su semblante. Lo que más destacaba en él era su mirada: unos ojos grises, brillantes y siempre atentos, cargados de una astucia que desmentía su apariencia de simple fuerza bruta.

—Brak, a partir de hoy, serás mi oficial. —Shuraz le extendió la bolsa de monedas que el extraño le había dejado—. Úsala para que nuestros hombres descansen, se alimenten y, si quieren, disfruten de una noche de juerga. Pero asegúrate de que sus familias también reciban su parte.

El gesto arrancó un grito de aprobación de los hombres. Shuraz los miró uno a uno.

—Entrenad más duro. Reunid más belurios. Este ejército es pequeño ahora, pero crecerá. Seremos fuertes, pero no porque tengamos oro, sino porque nos cuidamos como una familia.

Los soldados rugieron en respuesta, la sangre aún fresca en sus rostros brillaba bajo las llamas de la hoguera.

El fuego lanzaba chispas hacia la noche. Shuraz giraba un palo sobre las llamas para apartar las brasas más vivas, mientras observaba la carne seca que Anara le había dejado sobre una piedra caliente. El olor a humo y vino llenaba el aire.

—No puedes dejar de dar vueltas a algo —dijo ella, dejando el odre junto a él.

—Ese anciano… —Shuraz frotó su frente con la mano ennegrecida por el hollín—. Sabía cosas de mí. De mis hombres. Incluso… me dijo que había un traidor y así fue.

Anara lo miró sin pestañear. El fuego reflejó un brillo extraño en sus ojos.

—¿No recuerdas lo que ocurrió la noche que mataron a Mushan?

Shuraz levantó la cabeza.

—Recuerdo el asedio. La confusión. Y la tragedia…

—A mí no se me podrá olvidar nunca —respondió ella, inclinándose hacia el fuego—. Fue cuando me perdí en Baja Alonia, cuando huíamos de la Torre Roja con Zarhel. Me quedé atrás y un grupo de hombres me acorralaron en un callejón. Pensé que no saldría de allí. Entonces… apareció ella.

Shuraz escuchaba atentamente.

—Una mujer —continuó Anara—. Sin un movimiento, los borró de la faz de la tierra. Un parpadeo, y estaban en el suelo, muertos, despedazados cómo muñecos rotos. Su porte era el de una reina jersa, pero su mirada… —hizo una pausa y bajó la voz— parecía la de una diosa.

Un chasquido de la leña rompió el silencio.

—Y entonces llegaste tú. Me llevaste con los demás.

—Creí que había sido parte del ataque de aquella noche —murmuró Shuraz—. Estábamos sitiados, los muros cedían… y luego, Mushan cayó. No le di más vueltas.

Anara apretó el odre con fuerza.

—¿Qué son esos seres? No son humanos.

—¿Dioses? —repitió Shuraz.

El viento apagó una brasa, dejando en la oscuridad el rostro de Anara. Ella no supo qué responder.

31
Hilos de traición

La niebla gris envolvía la ciudad mientras el amanecer luchaba por romper la penumbra. Las calles desiertas permanecían en silencio, excepto por el eco lejano de una campana repicada en honor de algún dios. Zarhel aguardaba en el callejón, con la capucha echada sobre el rostro y las manos ocultas bajo la capa. Su paciencia, aunque férrea, se tensaba con cada minuto que pasaba.

Un movimiento entre las sombras le hizo girar la cabeza. Una figura pequeña emergió de la penumbra, deslizándose con la agilidad de un gato callejero. Rata Rubia apareció con su cabello enmarañado brillando tenuemente bajo la luz mortecina. Un tintineo metálico rompió el silencio; eran las tijeras oxidadas que colgaban de su cinturón.

—Fue tu compañero Edoz quien me pidió que lo buscara. No me fío de él. Esconde algo, y no deberías confiar tú tampoco. Por eso te lo digo a ti. Tú decides si se lo cuentas. Nadie habló de a quién entregaría la información, así que mi parte del trabajo está hecha —dijo con la voz afilada como una daga.

Los ojos verdes de la niña brillaron al clavarse en Zarhel.

—Lo hemos encontrado.

Él enderezó la espalda tras haberla escuchado con atención y fijó su mirada en ella.

—Te agradezco tu fidelidad. Ahora habla —ordenó con una frialdad que hacía eco en las paredes del estrecho callejón.

Rata Rubia no se inmutó. Su mano acarició las tijeras que colgaban de su cintura cual talismán.

—No era Mushan. Es su hijo, Kaelion. Lo encontramos en las alcantarillas, pero… —Hizo una pausa— ya es tarde. Está muerto.

Zarhel apretó los labios. Por un instante, su expresión permaneció impasible, pero una leve contracción en su mandíbula delató la fuerza de las palabras de la niña. Dio un paso hacia adelante, hasta que su sombra cubrió por completo la figura menuda de Rata Rubia.

—Llévame ante él —demandó con una voz grave que intentaba controlar.

Rata Rubia asintió y, sin una palabra más, se giró hacia el laberinto de callejones que se extendía como venas oscuras bajo la ciudad. Zarhel la siguió. Sus botas resonaban sobre los adoquines húmedos mientras la niebla empezaba a disiparse con la llegada del día.

El hedor de las alcantarillas se le pegaba a la piel como una capa de suciedad invisible. Zarhel avanzaba detrás de Rata Rubia, sintiendo cómo el aire viciado quemaba sus fosas nasales con cada respiración. La niña, menuda y ágil, se movía como si aquellos túneles fueran su hogar, con pasos ligeros que apenas perturbaban los charcos de agua estancada.

—Por aquí —murmuró, sin siquiera volverse a mirarlo.

Zarhel la siguió en silencio, observando cómo sus movimientos parecían evitar los puntos más peligrosos del terreno, como un gato que conociera todos los rincones de su territorio. Por fin, Rata se detuvo junto a un recoveco oscuro. Señaló con la barbilla hacia un montón de escombros húmedos y se inclinó ligeramente. Quizá temiera que la muerte la escuchara.

—Ahí está —susurró.

Zarhel entrecerró los ojos y avanzó con cautela hacia el lugar señalado. Se agachó y comenzó a apartar los pedazos de madera y

trapos que cubrían el cuerpo. Al descubrirlo, un nudo se formó en su estómago. Kaelion yacía sobre un charco de agua turbia, su rostro pálido y sereno. Las facciones eran inconfundibles: los mismos rasgos que Mushan, pero más jóvenes, más suaves. La juventud hacía su muerte aún más cruel.

Zarhel inspeccionó el cuerpo con atención. Se detuvo al descubrir una herida limpia en el pecho. Un puñal había atravesado el corazón con precisión quirúrgica. La entrada y salida eran directas, sin titubeos. Eso no era obra de un aficionado.

—¿Quién crees que fue? —preguntó en voz baja, sin levantar la mirada del cuerpo.

Rata Rubia, que se mantenía a una distancia prudente, se encogió de hombros mientras jugueteaba con las tijeras oxidadas que colgaban de su cinturón.

—Podría ser cualquiera. No llevaba dinero encima. Quizá un robo que salió mal… O estaba en el lugar equivocado, a la hora equivocada —respondió, con una indiferencia que parecía ensayada.

Zarhel frunció el ceño. Aunque las palabras de la niña tenían sentido, algo no encajaba. Los escombros cuidadosamente dispuestos sobre el cuerpo, la pulcritud de la herida… Todo parecía tener una intención metódica. No se trataba de un asesinato al azar; era un mensaje, y estaba destinado a ellos.

—¿Encontraste algo más? —insistió, con un tono que no admitía evasivas.

Rata Rubia lo miró con un brillo calculador en los ojos mientras extendía la mano hacia él con la palma hacia arriba.

—Mis chicos no han visto mucho… todavía. Pero si quieres que sigamos husmeando, ya sabes cómo funciona.

Zarhel sacó una pequeña bolsa de cuero del interior de su capa y la dejó caer en la mano de la niña. El tintineo de las monedas resonó en el aire húmedo.

—Que no se te escape nada —ordenó, con una mirada que parecía perforarla—. Si alguien vio algo, lo quiero saber antes de que

corra la voz.

Rata Rubia asintió sin pensarlo dos veces y, como una sombra, se escurrió por el pasadizo, dejando a Zarhel solo con el cuerpo. Por un momento permaneció allí, observando. Una punzada de lástima atravesó su pecho. Ese joven no había venido a Alonia a morir. Había venido a buscar a su padre, y en su lugar, había encontrado la muerte.

Zarhel se inclinó sobre el cuerpo y lo cubrió con los trapos sucios que lo habían ocultado antes.

—Lo siento, chico —murmuró.

Se quedó un instante más, mientras la pestilencia de las alcantarillas y el silencio le pesaban como una lápida. Luego, enderezándose, ajustó su capa y se perdió en las sombras del túnel, dejando atrás el cuerpo sin vida de Kaelion.

Horas después, Zarhel empujó la puerta de la taberna del Halcón Gris. Un torrente de luz cálida y olor a cerveza rancia lo envolvió al entrar, contrastando con el frío del exterior. Sus botas resonaron sobre las tablas desgastadas mientras avanzaba hacia la mesa junto al fuego. Allí, Anara y Jarben lo esperaban.

—Por todos los dioses, Zarhel, ¡apestas! —exclamó Anara, alzando las cejas mientras se tapaba la nariz con una mano. Se levantó de golpe y se alejó unos pasos—. ¿Has estado en las cloacas?

Zarhel dejó escapar un gruñido.

—Exacto —respondió con sequedad mientras dejaba caer su capa empapada sobre una silla y se sentaba frente al fuego.

Anara volvió a tomar asiento, esta vez con cierta cautela, mientras Jarben se inclinaba hacia delante con interés.

—¿Qué has averiguado? —preguntó ella.

Zarhel apoyó los codos sobre la mesa y se pasó una mano por el rostro.

—No era Mushan. —Su voz sonó grave, cargada de cansancio—. Era su hijo, Kaelion.

Un silencio pesado cayó sobre ellos. Anara entreabrió los labios, pero no logró articular palabra.

—Lo encontramos muerto —continuó Zarhel al fin, con un tono más bajo—. Apuñalado en el pecho. Su cuerpo estaba escondido en las alcantarillas.

Jarben miró hacia el fuego mientras sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa.

—¿Kaelion? —murmuró.

—Era el hijo de Mushan. Había venido a Alonia buscando a su padre —explicó Zarhel con la mirada perdida en algún punto lejano, más allá de la taberna—. Mushan, uno de los embajadores de Beluria.

Anara apretó los labios y cruzó los brazos, intentando procesar la noticia.

—¿Quién pudo hacer algo tan despreciable? —preguntó Jarben en un susurro.

Zarhel sacudió la cabeza y apoyó ambas manos sobre la mesa.

—No lo sé. Tal vez fue un robo. Tal vez algo más. —Hizo una pausa, mirando a Anara—. Pero esto no es una coincidencia. Rata Rubia y sus chicos están buscando pistas, pero yo tengo una mala corazonada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anara con el ceño fruncido.

Zarhel dejó escapar un largo suspiro antes de contestar.

—Creo que alguien lo mató para enviar un mensaje. No a Mushan. A nosotros.

Anara se irguió en su silla, confusa.

—¡Pero si ni siquiera lo conocíamos! —exclamó, alzando las manos con frustración.

Zarhel clavó los ojos en los de ella.

—Eso a nuestros enemigos les da igual. No importa si lo conocíamos o no. Lo que importa es lo que simboliza. Mushan era un embajador, alguien con influencia. Al matar a su hijo aquí, han creado un conflicto, y de alguna forma, estamos en el centro.

Anara miró a Jarben en busca de algún tipo de consuelo, pero él se limitó a inclinar la cabeza y entrelazar los dedos, y a rezar en silencio.

—Esto va más allá de nosotros —añadió Zarhel, bajando la voz—. Y tengo la sensación de que el verdadero golpe aún no ha llegado.

La incomodidad era evidente. Anara cruzó los brazos con fuerza para protegerse de la sensación de desamparo que la invadía.

—Entonces, no podemos quedarnos quietos —dijo al fin, con la firmeza de alguien que se negaba a ceder al miedo.

Zarhel asintió.

—No, no podemos. Y no lo haremos. —Sus ojos destellaron—. Esto apenas ha comenzado.

El fuego crepitó a su lado, un ruido casi insignificante, pero en ese momento pareció sellar la decisión que acababan de tomar.

Zarhel se fue del cementerio después de hablar con Edoz y éste se encontró con los demás poco después.

El cielo gris se cernía sobre el lugar, sus nubes pesadas prometían lluvia. Un viento frío se colaba entre las lápidas desgastadas, susurrando entre los árboles desnudos. Frente a la capilla, Edoz avanzó con pasos firmes, seguido de cerca por Jarben y Anara, quienes guardaban silencio, como sombras que escoltaban una tormenta inminente.

A la entrada de la capilla, Shuraz aguardaba con la postura rígida de quien carga con un peso demasiado grande. A su lado, Edoz mantenía la mirada fija en el suelo.

—Shuraz —saludó Edoz, deteniéndose frente a él, con una nota de impaciencia en su voz—. Dame la lista.

El guerrero alzó la vista y sus intensos ojos azules se clavaron en los de Edoz. En su mano sostenía con fuerza el pergamino enrollado.

—¿Estás seguro de que quieres verla? —preguntó con voz grave.

Edoz apretó los dientes, conteniendo un torrente de emociones. Extendió la mano sin apartar la mirada de Shuraz.

—No me hagas repetirlo.

Con un suspiro, Shuraz le entregó la lista. Edoz, junto a él, miró hacia otro lado. Luego desenrolló el pergamino con dedos tensos y comenzó a leer en voz baja para sí mismo. Hasta que llegó a un nombre que le cortó el aliento: Kaelion.

—No… —murmuró Edoz, abriendo mucho los ojos—. Kaelion… —dijo después en un susurro—. Su nombre está en la lista.

Anara retrocedió. Sintió esas palabras como un golpe físico.

Edoz apretó los puños mientras su voz cargada de cólera rompía el tenso silencio que se había instalado entre ellos.

—¡Zarhel me dijo que era hijo de Mushan! Si lo mataron, fue para hacernos daño.

Shuraz levantó la cabeza y clavó su mirada intensa en Edoz. Sus ojos, como dos hojas de acero afilado, reflejaban indignación. Dio un paso al frente para recortar la distancia entre ambos.

—Si su nombre está en esa lista, Edoz, entonces es un traidor. Sea hijo de Mushan o no, eso no cambia nada.

Edoz avanzó también, encarándolo sin titubear.

—¿Crees que no lo sé? —gruñó entre dientes, con el rostro enrojecido por la rabia contenida.

Jarben y Rayhem se movieron rápidamente, interponiéndose entre ambos. Jarben, con una mano en el hombro de Edoz, intentó calmarlo.

—No os hagáis daño por esto. No podemos permitir que nuestras diferencias nos dividan.

Anara, que había permanecido a un lado, levantó la vista hacia el cielo gris y dejó escapar un suspiro tembloroso. Sus dedos

jugueteaban nerviosamente con la hebilla de su capa.

—Nada bueno saldrá de esto —murmuró, más para sí misma que para el grupo—. No quiero imaginar lo que habría pasado si hubiéramos tenido que tomar una decisión más difícil. Al menos todo ha terminado… de la manera más limpia posible.

—¿Limpia? —replicó Edoz, volviéndose hacia ella con los ojos encendidos—. ¡No hay nada limpio en esto! Han usado su sangre como un arma.

Rayhem levantó una mano.

—Alguien quiso herirnos al matarlo, eso está claro —dijo, intentando traer algo de racionalidad a la conversación—. Pero también es cierto que su nombre estaba en la lista. Los hechos son los que son.

Shuraz asintió con los brazos cruzados sobre su pecho. Sus mandíbulas seguían tensas, pero consiguió hablar con calma.

—Han sido los Ungidos. Esto lleva su marca, es su manera de sembrar el caos entre los nuestros.

—Es lo más probable —admitió Jarben con tono sombrío—. Pero ahora no importa. Son nuestros enemigos, y esto solo suma una afrenta más a la lista de sus crímenes.

Rayhem dejó escapar un suspiro cargado de resignación y dejó caer la vista al suelo.

—Una lástima.

Las palabras fueron casi un susurro, pero suficientes para que Shuraz girara la cabeza hacia él con una mirada de reproche afilada.

—¿Una lástima? —repitió, su tono frío como el acero—. ¿Qué clase de embajador lamenta lo inevitable?

Rayhem alzó las manos y se encogió de hombros con una leve sonrisa amarga.

—Piensa, Shuraz, en lo que podríamos haber sido si no estuviéramos atrapados en esta red de odio y traición.

El guerrero lo fulminó con la mirada antes de girarse hacia el resto.

—Basta. Esto no cambia nada. Seguiremos adelante, más unidos que nunca. Pero recordad esto: los Ungidos no descansarán hasta destruirnos. Y nosotros no descansaremos hasta que paguen por cada gota de sangre que han derramado.

Anara bajó la mirada, incómoda con el peso de aquellas palabras, mientras el grupo se dispersaba, cada uno perdido en sus pensamientos, bajo un cielo que prometía una tormenta.

32
El heraldo del mar

Remó con esfuerzo, cada brazada más torpe que la anterior, hasta que el cansancio la venció por completo. Sus manos, llenas de ampollas, dejaron caer los remos, y ella se desplomó sobre la barca. Esta quedó a merced de las corrientes, derivando hacia donde el destino decidiera. No podía más; su cuerpo no respondía, y su mente cedió al agotamiento.

Cuando despertó, un dolor punzante en el cuello le recordó la postura incómoda en la que había dormido. Sus pies, aún empapados, estaban entumecidos por la humedad. Abrió los ojos poco a poco, con cuidado para que el sol no la dañara. El día era claro, con un cielo azul que parecía infinito, pero la barca seguía medio inundada y chirriaba con cada leve movimiento de las olas.

Con movimientos pesados sacó el diario de a bordo y lo abrió con manos temblorosas. Las páginas, un poco húmedas en las esquinas, crujieron bajo sus dedos. Continuó leyendo dónde lo había dejado en tierra:

Diario de a bordo - Día 31 en la isla:

Estoy atónito al presenciar lo que solo se puede describir como mutaciones entre nosotros. Algunos de nuestros compañeros, al igual que los del otro bando, están sufriendo cambios grotescos en sus formas. Unos se han convertido en ratas descomunales de fuerza sobrehumana, mientras que muchos de los nuestros han desarrollado alas enormes que desafían toda lógica. Esta

metamorfosis ha complicado aún más nuestra lucha por la supervivencia en esta isla maldita. Nos enfrentamos no solo a la hostilidad de nuestros antiguos camaradas, sino también a la impredecible naturaleza que ha alterado nuestro ser. La frustración se mezcla con el miedo mientras intentamos comprender y resistir estos terribles cambios que nos acechan en cada rincón de esta tierra olvidada por los dioses.

Diario de a bordo - Día 44 en la isla:

El peso de la amargura se hace cada vez más insoportable mientras registro en estas páginas otro día en el infierno. La mutación ha arrebatado lo último que quedaba de nuestra humanidad. Aunque aún recordamos a duras penas nuestros nombres y parte de nuestros pasados, nuestras acciones están dictadas por instintos primarios que claman por sobrevivir a cualquier precio. La sed de sangre se ha vuelto insaciable, una sombra voraz que nubla nuestros pensamientos y oscurece cualquier vestigio de moralidad. Nos encontramos en un abismo de locura, donde cada día es una batalla por mantenernos a flote en este mar de desesperación. La maldición de esta isla nos devora sin piedad, consumiendo nuestros cuerpos y mentes en una espiral descendente hacia la oscuridad. Las esperanzas de salvación se desvanecen como el humo en el viento, dejándonos atrapados en un destino del que ya no podemos escapar.

Diario de a bordo – Día 67 en la isla

Cada palabra que dejo en estas páginas es un eco del terror que se ha incrustado en nosotros. La advertencia sigue clara… esta isla nos come, nos mastica. No hay salida, solo dientes en la sombra.

Anoche oímos a las aves otra vez. No cantan, no vuelan. Caminan. Caminan con pasos de hueso y ojos de aguja. Las ratas las miran y ríen. Yo vi… creo que vi… no, no quiero escribirlo.

La línea… esa línea entre cuerdo y roto… ya no está. Creo que la he cruzado. Mis manos tiemblan y las uñas… negras… largas… quieren rasgar.

No puedo dormir. Oigo el batir. El chirrido. La carne de ellos. Mi carne.

La sangre sabe… sabe… no, no, no.

No pienso. No pienso.

Alas. Colmillos. Uñas. Plumas. Ojos. Pico. Cola. Piel.

Rata. Ave. Rata. Ave. RataAve.

nido

diente

pluma

sangre

rabia

sangre

Valcara cerró el diario con manos temblorosas, como si el acto mismo de leerlo hubiera invocado a los espectros de la isla y sus maldiciones. Las palabras palpitaban en su cabeza, entrelazándose con sus propios recuerdos y temores. La sombra de Gorham cruzó por su pensamiento, y su pecho se contrajo al imaginar su rostro transformado. Lo extrañaba con una intensidad que la hacía casi olvidar el peso de su propia soledad.

Subió la mano hasta el colgante que llevaba al cuello, una llave desgastada y fría al tacto. Cerró los ojos y la besó con reverencia, creyendo que ese simple gesto podría mantener vivo el recuerdo de lo que había perdido. Con un suspiro profundo, guardó el diario y volvió a coger los remos. El sol brillaba alto, bañando las aguas con destellos dorados mientras ella remaba hacia un horizonte que solo prometía incertidumbre.

Los días se sucedieron en un borrón interminable de hambre y sed. Cada golpe de remo se hizo más pesado, hasta que apenas

podía sostenerlos. La cantimplora vacía solo ofrecía el eco de un último sorbo, y su estómago rugía en un silencio que amplificaba la desesperación. El horizonte seguía siendo un misterio distante, inalcanzable.

Cuando el agotamiento la venció, Valcara cayó de rodillas en el fondo de la barca, su mirada perdida en el cielo despejado. Un pensamiento la atravesó con una fuerza inesperada: Anara. ¿Dónde estaría? ¿Seguía viva su protegida, la joven en la que había depositado tantas esperanzas?

Sus labios se movieron en un murmullo inaudible, quizá una oración, quizá un último intento de aferrarse a la esperanza. Y entonces, como un faro que se apaga, Valcara se desvaneció, su mente naufragó en un sueño inquieto, mientras la barca seguía a la deriva.

La luz tenue de una lámpara oscilaba con suavidad sobre el techo de madera del camarote. Valcara abrió los ojos con esfuerzo, el peso del sueño aún la mantenía cautiva. La imagen era borrosa, pero distinguió la silueta de un hombre inclinado sobre ella. La calidez de su mano en su frente era reconfortante, aunque extraña.

—Tranquila, ya estás a salvo —dijo él. Su voz calmada se filtró en su conciencia como una brisa suave.

Valcara frunció el ceño y parpadeó para enfocar la vista. Los detalles del rostro del hombre comenzaron a definirse: cabello oscuro, barba corta y unas cejas arqueadas que sugerían paciencia.

—¿Dónde… dónde estoy? —preguntó en un susurro, con la voz áspera por el esfuerzo.

—De camino a Tyrio —respondió el hombre con un acento marcado que le pareció jersa. Sus movimientos eran meticulosos, como los de alguien acostumbrado a tratar heridas. Con una mano escurría un paño húmedo y con la otra sostenía su muñeca para tomarle su pulso.

—¿Tyrio? ¿La capital de Senicia? —inquirió ella, aún incrédula, mientras trataba de incorporarse.

Él dejó escapar una leve risa y retiró el paño a un lado antes de presionar con suavidad su hombro para mantenerla recostada.

—¿Qué otra Tyrio conoces? —bromeó, mostrando una sonrisa fugaz mientras colocaba el paño frío de nuevo en su frente—. Descansa, estás en buenas manos. Llevamos bandera jersa, así que nadie nos detendrá.

Valcara asimiló sus palabras. La capital de Senicia estaba próxima a Alonia. Si los jersas la llevaban allí, estaba más cerca de casa. Su pecho se encogió al pensar en Anara, su protegida.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó, cerrando los ojos aliviada por el trapo fresco.

El hombre dejó de moverse un instante.

—Te encontramos inconsciente en un bote casi hundido —le explicó—. Las olas casi te habían reclamado. Pero estabas viva. —Su tono se tornó más suave mientras ajustaba las mantas que la cubrían—. Fue pura suerte que nuestro barco pasara por allí.

Ella tragó saliva y recordó las frías aguas del océano, el peso en su cuerpo, el vacío que la rodeaba antes de perder la consciencia.

—¿Cuánto tiempo…? —intentó preguntar, pero su voz se desvaneció.

—Dos días desde que te encontramos —contestó él. Su mirada se suavizó al verla luchar contra el agotamiento—. Ahora descansa. Necesitas recuperar fuerzas.

Valcara dejó escapar un suspiro y, aunque intentó responder, el cansancio la venció. Cerró los ojos y dejó que las palabras del hombre resonaran en su cabeza. Tyrio, pensó. Estaba más cerca de Anara. Más cerca de casa.

Al inclinarse para acomodar la lámpara, el hombre observó su rostro por un instante. Había visto a muchos heridos, a muchos supervivientes, pero había algo en ella, algo en la fuerza que aún parecía emanar incluso en su débil estado, que le hizo preguntarse

quién era realmente esta mujer. Pero no preguntó. En lugar de eso, apagó la lámpara y dejó que el tenue resplandor de la luna se filtrara a través de la pequeña ventana del camarote.

Valcara, ya dormida, respiraba de manera profunda y tranquila, mientras el barco avanzaba meciéndose en la mar.

33
Espía doble

El sótano de la posada estaba apenas iluminado por la tenue luz de una lámpara de aceite. El aire estaba cargado con el olor a humedad y a madera vieja. Edoz esperaba de pie junto a una mesa desgastada. Cuando la puerta chirrió al abrirse, se volvió de inmediato.

El príncipe Belbarozh entró con paso decidido, acompañado de un guardaespaldas que cerró la puerta tras ellos. El príncipe, alto y de porte regio, llevaba un manto oscuro que ocultaba sus ricos ropajes. Sus ojos, afilados como los de un halcón, se posaron en Edoz con recelo.

—Reconozco tu rostro —dijo Belbarozh, deteniéndose frente a él —. Eres un agregado del embajador Rayhem. ¿Qué haces aquí, tan lejos de tu puesto?

Edoz inclinó la cabeza para mostrar respeto.

—Alteza, estoy aquí porque puedo ofrecerle algo más valioso que la lealtad ciega de cualquier soldado —respondió con voz tranquila.

Belbarozh arqueó una ceja, interesado.

—Habla, pero te advierto que mis oídos no son fáciles de comprar.

Edoz esbozó una leve sonrisa, más fría que amigable.

—No vengo a pedir oro ni títulos, mi señor. No soy un hombre codicioso. Lo que ofrezco es información. En concreto, sobre tres

pueblos: el belurio, el jersa y el alonio. Nadie más puede darle lo que yo le ofrezco.

El príncipe cruzó los brazos con semblante impenetrable.

—Y dime, ¿por qué habría de confiar en un agregado de comercio?

Edoz tomó asiento e invitó al príncipe a hacer lo mismo.

—Porque soy belurio de nacimiento —comenzó con calma—, pero he crecido entre los jersas, conozco su idioma, su cultura y sus secretos. Y he servido a los alonios como verdugo en la Torre Roja. Mi conocimiento de sus costumbres y jerarquías es íntimo. Ahora, como agregado de comercio, tengo acceso a las cortes y mercados de todos ellos. Si me permite actuar como su espía, le mantendré informado de lo que ocurre en todos los rincones donde estos pueblos se cruzan.

El príncipe permaneció en silencio un momento, sus ojos escrutaban cada gesto de Edoz.

—Dices que no buscas oro ni títulos. Entonces, ¿qué deseas a cambio de este servicio?

Edoz inclinó la cabeza y su expresión se volvió más sombría.

—Solo la oportunidad de hacer un trabajo para el cual nací. Puedo desempeñar este papel con eficiencia porque no hay hombre más adecuado para él.

Belbarozh apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos mientras lo observaba con detenimiento.

—Eres ambicioso, Edoz. Pero tu propuesta tiene sentido. ¿Qué te hace pensar que yo te daría este estatus?

Edoz esbozó una media sonrisa, confiado.

—Porque sabe que la información es poder. Y usted, mi señor, está en una posición en la que necesita poder para protegerse de los peligros que vienen, tanto de sus enemigos como de sus aliados.

El príncipe no respondió de inmediato. Estaba claro que las palabras de Edoz habían calado en él, pero seguía siendo un hombre prudente.

—Si acepto y esto resulta ser una trampa, te juro que no habrá rincón en todo el Mundo Anciano donde puedas esconderte —amenazó en voz baja y cargada de autoridad.

Edoz inclinó la cabeza en un gesto de sumisión.

—No necesitaré esconderme, mi señor, porque le serviré con lealtad.

Lo que Belbarozh no sabía, y que Edoz ocultaba tras su máscara de sinceridad, era que ya servía al rey jersa Rozar II. Si el príncipe belurio contaba con él como informante, Edoz obtendría el estatus perfecto para ocultar su doble juego. En el corazón del conflicto, rodeado de secretos, el lugar más seguro para un traidor era donde menos se sospechara de él.

Belbarozh asintió.

—Muy bien, Edoz. Tendrás tu oportunidad. Pero recuerda que no soy un hombre fácil de engañar.

Edoz hizo una reverencia, ocultando tras ella una sonrisa calculadora.

—Lo recordaré, mi señor.

El aire en el sótano estaba cargado de un tenso silencio, roto únicamente por el crepitar de la lámpara de aceite que colgaba sobre la mesa. El príncipe, sentado con la espalda recta, lo observaba con la mirada calculadora de un hombre acostumbrado a manejar el poder.

—¿Quiere que le transmita algún mensaje a Rayhem, el embajador, sobre cómo avanza la organización de la salida de Alonia? —preguntó Edoz, con un tono medido que destilaba respeto, aunque sus ojos traicionaban un destello de curiosidad.

El príncipe se tomó su tiempo para responder. Soltó un leve suspiro y descruzó los brazos.

—Seguimos ultimando los preparativos —dijo por fin con voz grave y un deje de impaciencia—. Aún falta coordinar algunos detalles con el rey Rozar, pero partiremos pronto. No queda mucho.

Edoz asintió con solemnidad, manteniendo su postura rígida mientras bajaba la mirada.

—Así se lo transmitiré a mi embajador, mi señor —respondió, inclinándose un poco más y con la cabeza baja en señal de sumisión.

El príncipe lo observó un instante, tratando de leer en los gestos de Edoz algo que no se había dicho.

Mientras el príncipe abandonaba el sótano, Edoz quedó solo en la penumbra. Se permitió un instante para disfrutar de su éxito antes de salir al mundo, preparado para jugar su arriesgado papel. En su cabeza resonaba una frase que su maestro Anod le decía: «¿Dónde esconderías un árbol? En un bosque».

34
Las Montañas del Sur

Zarhel ajustó su látigo al cinturón mientras cruzaba el mercado de Alonia en dirección al callejón donde Rata Rubia le había citado. El bullicio de la gente comprando y vendiendo apenas lograba cubrir el zumbido de los pensamientos que cruzaban su cabeza. Al girar la esquina, la vio. La pequeña figura de Rata Rubia estaba encaramada en una caja vacía, afilando sus tijeras con una piedra mientras tarareaba una tonada que no reconoció.

—Llegas tarde —le soltó la niña, sin molestarse en mirarlo directamente.

—No estoy de humor para tus juegos, Rata. ¿Qué has descubierto? —preguntó Zarhel con brusquedad, cruzándose de brazos.

Rata Rubia sonrió con astucia y dejó la piedra a un lado. Luego bajó de un salto de la caja; sus movimientos ágiles como los de un gato callejero.

—Sé quién pagó por la sangre de Kaelion —dijo en voz baja, mientras jugueteaba con las tijeras entre sus dedos.

Zarhel sintió un escalofrío recorrerle la espalda, aunque su rostro permaneció impasible. Se acercó un paso más y se inclinó para quedar a la altura de los ojos de la niña.

—Habla. ¿Quién fue? —exigió con un tono que no admitía vacilación.

Rata Rubia dejó de jugar con las tijeras y se las guardó en el cinturón. Su expresión se volvió inusualmente seria.

—Una vieja —susurró—. Una zíngara encorvada como un sauce bajo la tormenta, con un chal rojo y un aliento que olía a ceniza. La vi pasarle la bolsa al tipo en la plaza del farol roto. Fue rápida, demasiado rápida para alguien de su edad.

Zarhel frunció el ceño.

—¿Una zíngara? ¿Aliento a ceniza?

—Sí, eso es. Mis chicos la siguieron un rato —respondió Rata Rubia con un leve encogimiento de hombros—, pero se esfumó antes de que pudiéramos seguirla. Y créeme, si alguien puede darme esquinazo, tiene que ser más que una simple anciana.

Zarhel dejó escapar un suspiro y se llevó la mano al puente de la nariz. Había algo inquietante en esa descripción.

—¿Algo más? ¿Un nombre, un destino, algo útil? —inquirió, apretando los dientes.

Rata Rubia asintió con la cabeza, aunque una sonrisa pícara asomó a sus labios.

—Kaltha Umbraal, por allí salió caminando de la ciudad antes de desaparecer en la noche.

Zarhel sacó una pequeña bolsa de cuero de su cinturón y la lanzó hacia Rata Rubia, quien la atrapó con una destreza casual.

—¿Seguro que se fue sola? ¿Caminando?

—Como te lo cuento, jefe —respondió la niña, guardando la bolsa en su ropa. Luego le lanzó una mirada curiosa—. Pero ten cuidado, Zarhel. Esa mujer… No es normal. Tiene algo raro, algo que no me gusta.

Zarhel no respondió, pero la advertencia quedó flotando en su mente mientras se giraba para marcharse. El eco de las palabras de Rata Rubia resonó en su interior mientras se alejaba por el callejón: «Algo raro, algo que no me gusta».

Cuando llegó, Zarhel desmontó con un salto ágil mientras el resto ya se arremolinaba alrededor del mapa extendido sobre una roca

plana. La luz temblorosa de una antorcha iluminaba el pergamino y los rostros serios de los embajadores.

—Ya era hora —murmuró Edoz sin levantar la vista.

Zarhel ignoró el comentario y miró el mapa con atención. La ruta estaba clara: tenían que cruzar las Montañas del Sur y atravesar el Bosque de los Susurros. Al final de ese camino olvidado se encontraba el Tabernáculo, oculto entre las ruinas de un antiguo templo.

—No parece un trayecto sencillo —dijo Jarben, rompiendo el silencio—. Sobre todo, si el bosque decide no dejarnos salir.

—Nos dejará salir si no nos detenemos a escuchar sus cuentos —respondió Edoz con voz seca.

Con un último asentimiento, el grupo recogió el mapa y montó sus caballos. Salieron de Alonia por la puerta sur, llamada Kaltha Umbraal, La Puerta del Submundo. El aire era pesado, casi irreal, como si el nombre cargara con una maldición que se aferraba a cada piedra.

—Dicen que cruzarla en una noche sin luna es invitar a la muerte —comentó Jarben, mirando el arco ennegrecido de la puerta.

—Historias de viejas y borrachos —gruñó Shuraz que espoleó a su caballo—. Mueren los que no saben dónde pisan.

Shuraz lideraba el grupo con gesto firme, mientras Zarhel cerraba la retaguardia. Los cascos de los caballos resonaban apagados sobre la grava, y el aliento cálido de los animales salía en volutas bajo la fría oscuridad.

Edoz avanzó hasta ponerse a la par de Shuraz, el mapa aún en su mano.

—Según esto, no está tan lejos. —Su tono era confiado, pero sus ojos delataban preocupación. Levantó una mano, señalando hacia el firmamento—. Mushan me enseñó a orientarme en la oscuridad. ¿Ves aquella estrella?

Shuraz alzó la mirada. Entre el manto negro y las nubes dispersas, una estrella solitaria parpadeaba con intensidad.

—La veo —respondió él, en voz baja.

—Esa será nuestra guía. Pero… —Edoz dejó caer la mano despacio—. Debemos prestar atención al terreno. A veces, el suelo traiciona más que el cielo.

Shuraz soltó una risita, aunque sus ojos seguían analizando el camino.

—No dejas de sorprenderme, Edoz.

—Es parte de mi encanto —respondió él con una sonrisa torcida.

En la retaguardia, Zarhel cabalgaba en silencio, sus ojos siempre en el horizonte y en los flancos. No le gustaba la quietud de aquella noche. Los caballos resoplaban nerviosos, sus orejas giraban en todas direcciones. Zarhel estrechó los ojos, escudriñando cada sombra que parecía moverse entre las rocas.

Decidió que todavía no era momento de hablar sobre la anciana zíngara y la sangre del hijo de Mushan. Aquella verdad necesitaba un lugar más seguro que un sendero plagado de abismos y viento traicionero. Además, dudaba de su relevancia.

—¿Algo que decirnos, Zarhel? —preguntó Rayhem, volviéndose apenas para mirarlo.

—Nada que importe ahora —respondió él sin mirarlo—. Pero puedo guiaros cuando no sepas por dónde ir, no se me da mal explorar.

La caravana avanzaba con cuidado. El sendero se había vuelto más estrecho, bordeando un abismo que caía en una negrura insondable. Las piedras crujían bajo las pezuñas de los caballos, rodando a veces por el borde y desapareciendo en el vacío con un sonido lejano.

—Si seguimos por aquí, llegaremos al pie de las montañas antes del amanecer —dijo Shuraz.

—A menos que uno de nosotros se despeñe antes —murmuró Edoz, medio en broma—. No sería la primera vez…

Anara, que iba en el centro del grupo, apretó las riendas de su montura. Sus ojos se desviaron hacia el abismo, donde la negrura

parecía moverse como un mar silencioso. El viento silbaba entre las rocas, arrancando sonidos extraños, casi como voces.

—No mires abajo —dijo Zarhel con tono seco, sin detener su vigilancia—. Mira dónde pisas.

—El maestro guía… —masculló Edoz entre dientes, pero obedeció.

El silencio de la noche era solo interrumpido por el crepitar de las monturas al avanzar por el sendero pedregoso y el susurro del viento que bajaba de las alturas. Las montañas se alzaban como murallas inquebrantables, sus sombras desgarraban el cielo estrellado. El grupo cabalgaba en fila, manteniendo un ritmo constante, hasta que la voz de Anara rompió la quietud.

—¿Qué creéis que encontraremos en el Tabernáculo? —preguntó, con un tono que parecía intentar llenar el vacío inquietante que los rodeaba.

Por un instante, nadie respondió. Los caballos bufaron bajo el peso del silencio. Rayhem alzó la vista hacia el cielo oscuro, buscando alguna respuesta en las estrellas..

—No podemos estar seguros, Anara —dijo al fin, con voz calmada —. El Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas ha estado oculto durante siglos. Los Ungidos han hecho todo lo posible por protegerlo. —Hizo una pausa y bajó la mirada hacia el horizonte negro—. Si hemos de creer en las pistas que hemos seguido, podría contener conocimientos antiguos. Algo que cambie todo lo que sabemos sobre ellos.

—O algo que no deberíamos saber —gruñó Shuraz desde el frente, sin apartar los ojos del camino—. Los Ungidos no guardan nada sin motivo. Podría estar lleno de cualquier cosa: trampas, monstruos guardianes o algo peor.

—O respuestas —intervino Zarhel—. Tal vez descubramos las verdaderas intenciones de los Ungidos. Si esconden algo con tanto celo, debe ser importante.

—O puede que no haya nada —añadió Jarben, siempre pragmático, ajustando las riendas de su caballo—. Solo ruinas viejas y aire polvoriento. No descartemos que estamos siguiendo una pista escrita en un viejo papel.

Rayhem giró la cabeza hacia él y lo miró con atención.

—Lo sabremos pronto —contestó con voz firme.

Edoz, que cabalgaba entre ellos con una sonrisa a medias, rompió a reír con una carcajada despreocupada.

—¡Y si encontramos algún tesoro perdido, no estaría nada mal! —exclamó, haciendo un ademán exagerado con las manos—. Imaginaos: embajadores ricos y poderosos. Por fin podría comprarme una casa en la costa y olvidar esta vida de polvo y sangre.

Una risa general recorrió el grupo. El eco de su alegría subió por las paredes de piedra y se perdió entre las cumbres. Era breve, pero suficiente para recordarles que seguían vivos y juntos.

La marcha continuó, y mientras ascendían, el paisaje se transformaba. El aire se enfriaba con cada metro ganado y una brisa helada les mordía el rostro. Las montañas se erguían a ambos lados, imponentes, parecían observarlos con mirada severa. De pronto, unas figuras aladas aparecieron en el cielo, tinieblas que se deslizaban en la penumbra con movimientos silenciosos.

—¿Qué demonios son esas cosas? —preguntó Edoz, frunciendo el ceño mientras señalaba hacia arriba.

Las criaturas emitían graznidos guturales y dejaban estelas breves contra el manto estrellado. De vez en cuando, la luz de la luna iluminaba el borde de un ala o el reflejo de unas garras afiladas.

—No lo sé, pero sigamos avanzando —respondió Shuraz en voz baja, tensando el puño sobre las riendas—. No parecen tener interés en nosotros… por ahora.

Anara los observaba con fascinación y un leve temor. Sus dedos jugueteaban con las riendas.

—¿Pensáis alguna vez en el futuro? —preguntó la joven con un tono suave, mirando a sus compañeros.

—Regresar a Nela-Shur —contestó Rayhem el primero, sin detenerse—. Ese es nuestro futuro. Nuestro pueblo nos espera, y hay mucho por reconstruir. Debemos devolverle la gloria que le arrebataron.

Edoz soltó un bufido divertido y miró hacia Rayhem.

—Belbarozh lo tiene todo casi listo. —Hizo girar su muñeca ordenando los pensamientos en el aire—. Dicen que el rey Rozar está ultimando los detalles y que pronto partiremos. Es cuestión de días.

Rayhem arqueó una ceja, intrigado.

—¿Y cómo lo sabes tú, Edoz?

—Es lo que murmuran las paredes y las copas de vino —respondió con una sonrisa despreocupada.

—Deja de meterte donde no te llaman —refunfuñó Shuraz desde delante—.

—¿Y tú, Shuraz? —preguntó Rayhem, ignorando la respuesta—. ¿Cómo va tu ejército?

Shuraz enderezó la espalda en la silla, como si la pregunta le hubiera tocado un nervio.

—Lento. El príncipe Belbarozh no confía en mi plan y el rey Rozar apenas aporta recursos. Lo que tenemos es una milicia sin armas decentes y con más pasión que fuerza.

Anara lo miró desde su caballo y sonrió con calidez.

—Así empieza todo, Shuraz —dijo con un tono alentador—. Con pasión primero. La fuerza vendrá después.

Shuraz la miró de reojo, asintiendo en silencio, aunque una sombra de preocupación aún nublaba sus facciones.

La conversación se fue apagando y el grupo continuó ascendiendo. Las montañas, negras y frías, parecían observarlos con un silencio cargado de presagio. El viento silbaba entre las rocas

como un lamento distante. Lo que les aguardaba en el Tabernáculo seguía siendo un misterio, pero todos sentían que estaban cada vez más cerca de algo que podría cambiar sus vidas para siempre.

—Reconstruir un reino no será tarea fácil —dijo Jarben con el ceño fruncido. Su voz grave resonaba en la quietud—. Esta vez debemos demostrar que estamos preparados para ser un reino como Bel-Hur manda.

Rayhem alzó la mirada hacia el firmamento estrellado, buscando en él la aprobación del dios al que Jarben hacía referencia.

—Él te escucha —respondió con calma, aunque su voz tuvo un matiz solemne—. Te aseguro que lo hace.

Anara sintió un escalofrío recorrerle la espalda al oír el nombre de Bel-Hur. Nunca se sentía del todo cómoda cuando lo nombraban; las palabras tenían peso, eran capaces de invocar algo más que esperanza.

Edoz, incapaz de soportar el tono sombrío que había caído sobre ellos, rompió el silencio con su característico entusiasmo.

—Lo primero que haremos cuando lleguemos a Nela-Shur —dijo con fingida seriedad, levantando una mano— será organizar una juerga. Una verdadera fiesta de celebración por nuestra libertad. ¿Qué os parece? Podríamos llamarla El Festival de los Embajadores.

Hubo un breve silencio, roto por las carcajadas del grupo. El eco de su risa rebotó entre las rocas, un destello de vida en el inmenso mar de oscuridad que los rodeaba.

El camino serpenteaba entre las Montañas del Sur, enormes y majestuosas en la penumbra. Sus picos se alzaban como guardianes pétreos, recortados contra el cielo, mientras las estrellas centelleaban como ojos distantes. El aire era gélido y seco, y las monturas avanzaban con paso firme, sus cascos resonando en la piedra como un tamborileo constante.

Pero la calma se rompió de golpe.

El sonido de un relincho agudo desgarró la noche, seguido del golpeteo frenético de unos cascos y el crujido de las ramas. Anara, que cabalgaba a un lado del grupo, desapareció devorada por la oscuridad.

—¡Anara! —gritó Rayhem, deteniendo su caballo en seco.

El resto de los embajadores giraron en todas direcciones, la inquietud convirtiéndose en pánico. Shuraz, el más rápido en reaccionar, saltó de su montura. Sin perder tiempo, prendió una antorcha y la levantó. La llama rugió y lanzó un resplandor anaranjado que desgarró la negrura sobre las rocas.

—¡Anara! —bramó, con su voz retumbando como un trueno.

En un solo movimiento, desenfundó su espada. La hoja, afilada como una promesa, reflejaba la luz de la antorcha, emitiendo destellos plateados mientras Shuraz giraba sobre sí mismo, escudriñando la oscuridad.

—¿Dónde está? —gruñó Zarhel, tirando de las riendas.

Edoz aferró sus dagas con fuerza y Rayhem murmuró algo entre dientes, una plegaria a Bel-Hur apresurada que se perdió en el viento.

—¡Allí! —gritó Edoz, señalando hacia un claro más adelante.

La luz temblorosa de la antorcha por fin alcanzó la escena, y el horror los golpeó como una fría mano invisible.

Anara estaba allí, atrapada. La alzaban por los brazos y las piernas como una muñeca rota, zarandeándola con violencia. Alrededor de ella revoloteaba un enjambre de criaturas aladas, horribles y frenéticas. Eran una especia de enormes murciélagos. Sus cuerpos eran blancos como huesos, sus alas membranosas latían con un sonido seco, y sus ojos, pozos negros y vacíos, reflejaban la luz como carbones ardientes.

Anara intentaba gritar, pero de su boca solo salían jadeos ahogados. El cabello le caía en cascadas desordenadas, y sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban un terror puro que la paralizaba.

—¡Demonios alados! —espetó Jarben con la voz entrecortada por el asombro y el pánico—. Leí sobre ellos en algún bestiario olvidado.

Las criaturas se peleaban entre sí, chillando y lanzándose zarpazos por la posesión de su presa. Sus fauces, llenas de dientes diminutos y afilados, se abrían en espasmos ansiosos. La lucha aérea era un caos, un ballet macabro de alas, garras y alaridos que retumbaban entre las montañas.

—¡Malditas bestias! —rugió Shuraz.

Sin pensárselo, cargó hacia adelante. Su antorcha brillaba como un sol en miniatura. Levantó la espada por encima de su cabeza y, con un grito de guerra, arremetió contra la masa de sombras que retenía a Anara.

Edoz se agachó y, en un solo movimiento fluido, arrancó dos dagas de su cinturón. Sus dedos, hábiles como los de un artesano experto, giraron las hojas en el aire antes de lanzarlas. La primera daga cortó la penumbra con un silbido agudo y se clavó en el pecho de una criatura. El ser soltó un alarido espantoso, retorciéndose en pleno vuelo antes de desplomarse contra el suelo con un ruido sordo. La segunda hoja siguió la misma trayectoria letal, incrustándose entre las fauces de otro monstruo alado. La criatura aleteó de forma espasmódica, descendiendo en espiral hasta que su cuerpo se estrelló contra una roca, dejando un rastro viscoso de sangre esparcido por el suelo.

—¡Dos menos! —gruñó Edoz, enderezándose con una sonrisa feroz—. ¡Vamos, no os quedéis atrás!

Zarhel ya estaba en movimiento. Con un gesto decidido, desenganchó el látigo de su cinturón y lo hizo crujir en el aire, un sonido seco y cortante que resonó como un trueno en la noche. Sus ojos se fijaron en una de las bestias que aún forcejeaba con Anara. El látigo se desenrolló como una serpiente viva y se enredó alrededor de una de las patas huesudas del monstruo. Zarhel tiró con fuerza y la criatura fue arrancada del aire.

—¡Baja aquí, engendro! —rugió mientras tiraba del látigo con ambas manos.

El cuerpo de la bestia se estrelló contra las rocas con un impacto brutal. Un chasquido resonó cuando sus huesos cedieron bajo la fuerza del golpe, y un estallido de sangre negra salpicó el suelo y las rocas cercanas. Los restos quedaron esparcidos, grotescos y retorcidos, como si la criatura hubiera explotado desde dentro.

—¡Eso sí que es aterrizar con estilo! —gritó Edoz, mirando a Zarhel con admiración mientras sacaba otro par de dagas.

Shuraz, por su parte, actuó con la rapidez de un relámpago. Alzó la antorcha que llevaba en la mano y la lanzó al aire con todas sus fuerzas. La llama brilló con intensidad, creando un resplandor cegador que iluminó las paredes de piedra. El fulgor momentáneo obligó a la última criatura a detenerse, aturdida por el resplandor.

Sin perder el tiempo, Shuraz se impulsó hacia adelante. Sus pies golpearon el suelo con fuerza y su cuerpo se convirtió en un borrón en movimiento. La espada en sus manos reflejaba la luz de la antorcha cuando la alzó por encima de su cabeza.

—¡Por Nela-Shur! —bramó, y con un golpe descendente, la hoja se hundió de lleno en la criatura.

El monstruo chilló con un sonido espantoso mientras su carne se desgarraba bajo el acero. La espada partió su cuerpo de arriba abajo y la criatura cayó, retorciéndose en un último espasmo. Sus entrañas oscuras se derramaron sobre las rocas en un charco viscoso mientras su aullido se apagaba en la noche.

Pero Shuraz no se detuvo. En un movimiento desesperado, se lanzó hacia Anara, que caía hacia el vacío tras ser liberada de las garras de la bestia. Se impulsó con los brazos y la atrapó en el aire, sujetándola contra su pecho mientras ambos descendían con fuerza hacia el suelo. El impacto fue violento, pero Shuraz giró su cuerpo instintivamente para absorber el golpe, protegiendo a Anara de las afiladas rocas.

El silencio se apoderó del lugar, la propia montaña parecía contener el aliento. El único sonido era el crepitar lejano de la antorcha al caer al suelo y el jadeo entrecortado de Shuraz.

—Anara —murmuró, inclinándose sobre ella con el rostro perlado de sudor—. ¿Estás bien?

Los grandes ojos verdes de Anara se abrieron muy despacio. Parpadeó varias veces, intentando enfocar el rostro de su salvador. Su respiración era agitada y su piel estaba tan pálida como la luna. Una débil sonrisa tembló en sus labios.

—Lo estaré —respondió con voz quebrada—. Solo… necesito un momento.

Shuraz dejó escapar un suspiro profundo y asintió sin soltarla. Con cuidado, apartó un mechón de cabello empapado de sudor de la frente de Anara y la miró a los ojos.

—Descansa. Todo ha terminado —murmuró el guerrero.

Los embajadores formaron un círculo alrededor de Anara. Shuraz la sostenía con firmeza mientras la acomodaba con cuidado, temiendo romper algo frágil y valioso. Su mirada no se apartaba del rostro pálido de Anara, en busca de algún signo de alivio entre su desconcierto.

—Respira despacio —le indicó Rayhem con voz grave y serena—. Estás a salvo.

—¿Estás herida? —intervino Jarben, inclinándose hacia ella.

—No, estoy bien —respondió Anara, sacudiendo ligeramente la cabeza. Se aferró con manos temblorosas al brazo de Shuraz y trató de incorporarse—. No los vi venir…

Jarben tocó el hombro de Shuraz con gesto agradecido antes de girarse hacia el campo de batalla. Los cuerpos de las criaturas aladas yacían esparcidos como sombras rotas, y su sangre oscura goteaba entre las grietas de las rocas.

Rayhem clavó la mirada en la oscuridad, donde el resplandor de la antorcha se iba apagando poco a poco.

Edoz recogió su última daga de un cadáver cercano y la limpió con un trapo raído. Su expresión, por primera vez en mucho tiempo, estaba desprovista de su habitual arrogancia. Miró los cuerpos retorcidos de las criaturas y frunció el ceño.

—¿Qué diablos eran esos bichos? —murmuró, con la voz tensa.

Shuraz envainó su espada y escudriñó la oscuridad que los rodeaba, aún alerta. El viento frío aullaba entre las rocas.

—No eran naturales, eso seguro —respondió con gravedad—. Nos atacaron con demasiada determinación.

Jarben, que hasta entonces había estado examinando uno de los cuerpos caídos con ojos atentos, levantó la vista y negó con la cabeza.

Los demás se giraron para mirarlo. Shuraz, que aún sostenía a Anara con cuidado, frunció el ceño.

Jarben se incorporó, sacudió el polvo de sus rodillas y señaló el cadáver más cercano. Las alas membranosas, los ojos vacíos y las garras afiladas seguían siendo una visión perturbadora.

—Leí sobre ellos en un bestiario zarego, un manuscrito antiguo que encontré en los archivos del antiguo templo de Bel-Hur —explicó, como si recitara las palabras del propio libro—. Estas criaturas son conocidas como los guardianes del abismo. Se dice que no son de este mundo, sino que fueron invocadas por los hechiceros del Reino de la Sombra durante la Guerra de las Cien Llamas.

Anara, que comenzaba a recobrar el color en el rostro, murmuró con dificultad:

—¿Invocadas? ¿Por quién?

Jarben les sostuvo la mirada con seriedad.

—Por aquellos que buscan el poder a cualquier precio. Se alimentan de energía vital, arrancando el alma de sus víctimas mientras aún respiran —continuó, su voz cargada de un peso ominoso—. El manuscrito decía que donde aparecen, la oscuridad siempre les sigue.

—Perfecto —gruñó Edoz, lanzando una mirada a su alrededor—. ¿Y ahora qué? ¿Vendrán más?

—No lo sé —admitió Jarben con un suspiro—. Pero si estos demonios alados nos han encontrado aquí, significa que alguien o algo ha desatado fuerzas antiguas.

Shuraz apretó la mandíbula con la mirada clavada en la oscuridad, que parecía más densa, los escombros de la batalla parecían haber despertado algo aún peor.

—Entonces, debemos movernos —dijo con decisión, ayudando a Anara a ponerse en pie con delicadeza—. Estar quietos solo nos convierte en presas más fáciles.

Rayhem asintió con gesto grave.

—Tiene razón. El amanecer está aún lejos, pero no podemos esperar aquí a que nos ataquen de nuevo.

Los embajadores se reagruparon, recogiendo sus armas y ajustando sus mochilas. Edoz lanzó una última mirada a los cuerpos de las criaturas caídas y murmuró entre dientes:

—Demonios alados… Genial. Esto es justo lo que nos faltaba.

Anara respiró hondo, tratando de calmar el tamborileo frenético de su corazón. Las imágenes del ataque seguían arremolinándose en sus recuerdos: las figuras revoloteando, el sonido del viento en sus oídos, el vértigo desesperado por salvarse. Cerró los ojos un instante, tratando de despejar la neblina de terror que la envolvía.

—Tranquila. Estoy aquí. No voy a dejarte caer —susurró Shuraz, ayudándola a sentarse.

—Gracias —dijo ella en un hilo de voz, sus dedos aún aferrados al guerrero como un ancla—. Gracias a todos.

Rayhem se incorporó y miró al grupo.

—Tenemos que movernos ya —dijo con autoridad—. Zarhel tiene razón. Este sitio no es seguro. Anara necesita descanso, pero primero debemos tomar distancia de este lugar.

Zarhel asintió sin apartar los ojos de las sombras.

Mientras el grupo partía, Shuraz se inclinó hacia Anara. Sus ojos azules reflejaban preocupación.

—¿Puedes cabalgar? —le preguntó.

Ella asintió, forzando una sonrisa.

—Sí, tranquilo. No voy a ser un peso para nadie.

Shuraz dejó escapar un suspiro aliviado y, con cuidado, la ayudó a subir a su caballo.

La brisa helada sopló con más fuerza, arrastrando un olor acre y extraño que se mezclaba con la sangre derramada. El grupo retomó su camino, más silencioso, más unido y con el peso de un miedo nuevo sobre sus hombros. El eco de sus pasos se perdió entre las rocas mientras las sombras de las montañas parecían observarlos, expectantes.

Nadie habló. Pero todos compartían el mismo pensamiento: si los demonios alados habían sido invocados, algo mucho más oscuro les aguardaba más adelante.

Los embajadores subían con cautela por la empinada ladera de la montaña. El sendero, apenas visible entre las piedras y la maleza, zigzagueaba entre acantilados imponentes que se alzaban como gigantes silenciosos.

Las monturas avanzaban con paso firme por el estrecho sendero de montaña, sus cascos resonando con ecos huecos en la roca. Zarhel, al frente del grupo, giró la cabeza para observar a Edoz. Incluso a caballo, el embajador tenía un aire despreocupado, las riendas sostenidas con una sola mano y el cinturón de cuero cruzado en la cadera, donde asomaba una única daga.

—¿Cuántos cuchillos llevas ahí? —preguntó Zarhel, señalando el arma con un leve gesto de la cabeza.

Edoz sonrió de medio lado, dando una palmada ligera al lomo de su caballo, que bufó en respuesta.

—Los suficientes para no quedarme con el culo al aire —respondió con ese tono insolente que le era tan característico.

Zarhel lo escrutó un momento, tirando de las riendas para que su montura se emparejara con la de Edoz.

—¿Y eso qué significa? —insistió, alzando una ceja con gesto incrédulo.

Edoz suspiró teatralmente, aburrido por la pregunta. Sin perder el equilibrio, se inclinó hacia un lado del caballo y, con un movimiento tan rápido que Zarhel apenas pudo seguirlo, sacó una daga que llevaba oculta en la bota. La lanzó al aire, hizo que girara sobre sí misma y, con un gesto elegante de la muñeca, la atrapó por el filo antes de guardarla bajo su capa.

—Significa que estoy preparado para todo —dijo con suficiencia, dando un golpecito al pomo de la daga que asomaba en su cinturón.

—¿Seguro? —replicó Zarhel, esbozando una sonrisa desafiante—. Un día, cuando te quedes sin trucos, me agradecerás que tenga esto a mano.

Levantó su látigo con un movimiento fluido, lo desenrolló con destreza e hizo que el cuero silbara en el aire antes de recogerlo con la misma rapidez. El caballo ni siquiera se inmutó.

—Tú y tu látigo… —Edoz dejó escapar una carcajada y volvió a acomodarse en la silla, soltando las riendas para estirarse—. Lo que tienes es envidia, Zarhel. Mis dagas no hacen ruido cuando las lanzo.

—Ni asustan a nadie. —Zarhel chasqueó la lengua y tiró de las riendas para volver a encabezar la marcha—. El día que cuente cuántas llevas, seré yo quien se lleve la victoria.

—Ese será un día muy aburrido —respondió Edoz con una sonrisa ladina mientras espoleaba a su caballo para seguirlo. Luego, añadió con fingida preocupación—: Pero si quieres que te haga un inventario, tendrás que pagarme.

—Pagar por tus secretos baratos… No, gracias —respondió Zarhel con una mueca que escondía una leve sonrisa.

Detrás de ellos, Anara y Shuraz observaban el intercambio en silencio. La joven meneó la cabeza, divertida.

—Mira esos dos. Uno con un látigo y el otro con su colección de cuchillos —comentó Anara, acomodándose en la silla de montar.

Shuraz gruñó en respuesta, sujetando las riendas con firmeza mientras observaba el terreno más adelante.

—Mientras sus discusiones no los distraigan de las sombras que nos rodean, no hay problema —murmuró con voz grave.

Los cascos de los caballos resonaban con un ritmo constante contra el suelo rocoso, con Rayhem y Jarben cabalgaban en formación cerrada, justo detrás de sus compañeros. A su alrededor, las Montañas del Sur se erguían majestuosas, con picos coronados de nieve que parecían tocar las nubes. El aire era frío, y una brisa helada traía consigo el aroma de la tierra húmeda y las hierbas silvestres.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que hablamos, Jarben —dijo Rayhem, rompiendo el silencio. Tiró de las riendas de su caballo para acercarse un poco más a su compañero —. Casi he olvidado lo agradable que es cabalgar contigo.

Jarben sonrió, aunque su mirada seguía fija en el estrecho sendero que serpenteaba entre los riscos.

—Supongo que las circunstancias no han sido precisamente ideales para charlas relajadas. Entre secuestros e intentos de asesinato, parece que hablar se ha convertido en un lujo.

Rayhem rio entre dientes, el eco de su risa resonó entre las montañas.

—Y pensar que durante mi cautiverio tuve tanto tiempo para husmear entre los libros húmedos y tiempo para pensar en ellos… Aunque debo admitir que uno de esos libros ha sido más útil de lo que jamás habría imaginado.

Jarben arqueó una ceja, girando la cabeza hacia él con curiosidad.

—¿Un libro? ¿En la biblioteca olvidada de Alonia?

—Sí. Los Anillos de la Estrella Oscura. —Rayhem bajó la voz, temiendo que las montañas mismas pudieran escucharle.

—No me suena, pero ya sabes que mi especialidad no es precisamente la magia antigua. ¿No me digas que iba de los anillos en los que estoy pensando?

Rayhem tomó aire antes de continuar, dejando que sus palabras fluyeran.

—Habla de un hechicero forjador conocido como el Desgarrador. Era poderoso, pero no por él mismo, sino por un artefacto que controlaba su vida: un orbe mágico vinculado a los Anillos de la Estrella Oscura.

Jarben ajustó las riendas de su caballo, claramente intrigado.

—¿Un orbe y anillos? ¿Qué tipo de conexión había entre ellos?

—El orbe tenía un poder corruptor. —Rayhem apretó los labios, su mirada se ensombreció al recordar las palabras que había leído—. Controlaba a sus portadores, los manipulaba, y si se alejaban de su influencia directa, podía hacerles daño a distancia.

—Demasiado poder para una sola persona —dijo Jarben, frunciendo el ceño.

—No creo que persona sea la mejor de las descripciones para el Desgarrador —susurró Rayhem negando con la cabeza.

—El origen del orbe está vinculado a los Zíngaros Dorados.

—¿Los Zíngaros Dorados? —repitió Jarben, incrédulo—. Siempre pensé que sus historias eran poco más que mitos.

—No lo son. Según el libro, ellos forjaron los anillos. Al principio eran ocho, como una unión de poder compartido. Cada anillo representaba una fuerza de la naturaleza, una manifestación pura del poder del universo. Pero lo más fascinante es que originalmente no eran algo maligno.

Jarben inclinó la cabeza, intrigado.

—¿Qué eran, entonces?

—Eran buenos, símbolos de comunidad, de luz y oscuridad coexistiendo. La piedra negra que los unía simbolizaba los desafíos que debían superar juntos, como pueblo.

Rayhem hizo una pausa para que sus palabras se asentaran en el aire frío de las montañas antes de continuar.

—Cuando los Zíngaros se convirtieron en un pueblo nómada, desterraron los anillos al olvido. Los símbolos permanecieron, pero la manera de usarlos se perdió con el tiempo. Lo único que quedó fue el recuerdo de su origen y una vaga idea de su propósito.

Jarben soltó un suspiro, procesando la información mientras sus ojos seguían recorriendo el escarpado paisaje.

—Entonces, si el orbe está vinculado a esos anillos, ¿significa que quien lo controle también controla las fuerzas de la naturaleza que ellos representan?

—Eso parece —confirmó Rayhem con tono grave.

Un escalofrío recorrió a Jarben, pero no estaba seguro de si era por el viento helado o por las implicaciones de lo que acababa de escuchar.

El sonido de los cascos de los caballos volvió a llenar el aire mientras los dos amigos continuaban su travesía, las palabras de Rayhem pesando sobre ellos como las nubes que se acumulaban en las cumbres de las Montañas del Sur.

El grupo continuó cabalgando, y el eco de sus voces fue absorbido por las alturas. Las montañas se alzaban imponentes mientras el viento frío susurraba entre las rocas, arrastrando con él el sonido de los cascos y las bromas lejanas entre los embajadores.

El viento soplaba con fuerza, arrastrando el polvo y el susurro de hojas secas a su paso.

—Esto es un suicidio —murmuró Jarben, intentando apartar una rama que se le había enredado en el manto.

—Menos que quedarnos abajo —respondió Zarhel, sacudiendo el látigo que llevaba enrollado en la mano. Su mirada aguda no perdía detalle del entorno—. Sigue avanzando, Jarben. No querrás ser el primero en caer.

Al frente, Shuraz empuñaba su espada para cortar la maleza que bloqueaba el paso. Cada tajo producía un silbido limpio y las ramas caían a sus pies, liberando un aroma terroso.

—¿Seguro que esto nos llevará a alguna parte? —preguntó Rayhem, con el rostro tenso.

Shuraz gruñó sin volverse, soltando un nuevo golpe que partió un arbusto espinoso por la mitad.

—Si quieres regresar, puedes hacerlo, embajador —respondió con su voz grave.

—Menos hablar y más cortar —intervino Zarhel, desenrollando su látigo con un chasquido que resonó como un trueno. Una zarza espinosa bloqueaba el paso entre las rocas, y con un rápido movimiento, Zarhel lanzó el látigo. El extremo afilado envolvió la maleza y la arrancó de raíz con un tirón seco.

—Bonito truco —dijo Anara, que avanzaba con cautela en la retaguardia—. Aunque un poco ruidoso.

—¿Prefieres quedarte atrapada aquí todo el día? —respondió Edoz con una sonrisa torcida mientras cortaba maleza con sus puñales.

El grupo continuó avanzando. El sonido del acero de Shuraz y el chasquido del látigo de Zarhel se mezclaban con el murmullo constante del viento y el canto lejano de aves desconocidas. El sendero se estrechaba cada vez más, forzándolos a caminar en fila, mientras el terreno se volvía más traicionero bajo sus botas.

—Esto es perfecto para una emboscada —murmuró Rayhem, con la mirada fija en los árboles retorcidos.

—Lo sé —respondió Zarhel sin volverse—. Por eso quiero que todos tengamos los ojos abiertos. Lo que sea que nos espera, prefiero verlo venir.

De pronto, Shuraz se detuvo. Levantó una mano y giró la cabeza. Había escuchado algo más allá del viento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anara, bajando la voz.

—Silencio —ordenó Shuraz en un susurro grave.

El grupo se quedó quieto, escuchando. El viento cesó durante un instante, y en el silencio, un ruido lejano, como el crujir de ramas,

llegó hasta ellos. Zarhel aferró el látigo con fuerza, mientras su mirada recorría las alturas de los acantilados.

—Algo nos sigue —murmuró Rayhem pasándose la mano por la cabeza.

—Lo sé —respondió Shuraz, avanzando un paso con la espada preparada—. No os separéis.

—No lo haremos —añadió Zarhel. Desenrolló su látigo con lentitud mientras el cuero rozaba el suelo.

—Sigamos —dijo Shuraz en voz baja—. Y si atacan, no dudéis.

—Dudar no dudaremos, siempre que nos demos cuenta —murmuró Edoz nervioso, con sus dagas en guardia.

El grupo avanzaba entre piedras resbaladizas y árboles que parecían encorvarse sobre ellos como figuras de pesadilla. El sendero que antes parecía un paso difícil, ahora hacía pensar que se adentraban en una trampa mortal.

En un pequeño claro, Shuraz alzó de nuevo la mano para detenerlos. A sus pies, una roca cubierta de musgo mostraba inscripciones apenas visibles. Jarben se adelantó, inclinándose para examinarlas.

—¿Qué es esto? —preguntó Anara, tratando de recuperar el aliento.

—Antiguo… demasiado antiguo —respondió Jarben, siguiendo con los dedos las marcas erosionadas—. Es una advertencia. Una que no debemos ignorar.

Zarhel giró su látigo en el aire, haciéndolo chasquear para espantar algo invisible.

—Tarde para eso —dijo con una sonrisa fría—. Si nos están esperando, que vengan.

Shuraz miró al horizonte, donde la cima de la montaña comenzaba a asomarse a través de la niebla.

—Nos falta poco. No podemos bajar la guardia.

—Nunca lo hacemos —añadió Zarhel.

El grupo se reagrupó y continuó la marcha. Los embajadores avanzaban en silencio, cada uno con una mano en sus armas, escuchando a cada paso el viento, los crujidos de las ramas y el eco de su propia respiración. Lo que fuera que los acechaba, aún no se había mostrado, pero todos lo sentían allí, esperando entre las sombras.

La noche los alcanzó en la cima de la montaña y el frío no tardó en envolverlos con su abrazo despiadado. El grupo encontró refugio en un saliente protegido del viento, aunque apenas ofrecía comodidad. Shuraz recogió algunas ramas caídas y encendió una pequeña hoguera, cuyas llamas titilaban con timidez ante la inmensidad de la oscuridad.

—No esperéis mucho calor de esto —gruñó mientras apilaba más madera seca—. Pero al menos mantendrá alejados a los depredadores.

Zarhel desplegó el mapa sobre una roca plana, acercándolo al fuego para que la tenue luz le permitiera ver las marcas trazadas.

—Mañana descenderemos por esta ladera —indicó, señalando con un dedo—. Desde aquí, deberíamos llegar al Bosque de los Susurros antes del mediodía, si no nos retrasamos.

—¿Y qué hay del bosque? —preguntó Anara, arropándose con su capa mientras intentaba calmar a su montura, que no dejaba de pisotear el suelo, nerviosa.

—Nada bueno —respondió Jarben desde su rincón, con un susurro apenas audible—. Dicen que quienes escuchan demasiado esos susurros, pierden la razón.

—Historias para asustar a los niños —replicó Zarhel, guardando el mapa con movimientos calculados—. Lo único que debemos temer es a las criaturas que viven allí. Y, si somos cuidadosos, ni siquiera tendrán la oportunidad de acercarse.

—Hablas con demasiada confianza —intervino Edoz, observando las llamas con la mirada perdida—. Pero confío más en la espada de Shuraz que en tu mapa.

Zarhel esbozó una sonrisa torcida y miró al guerrero.

—Entonces, quédate cerca de él mañana. Pero te aseguro que no me perderé del camino.

La noche transcurrió en un incómodo silencio, interrumpido solo por el sonido del viento y los inquietos bufidos de las monturas. Al amanecer, el grupo desmontó el improvisado campamento y comenzó el descenso.

El terreno era traicionero, con piedras sueltas que se deslizaban bajo las botas y un sendero apenas visible entre la maleza. Las monturas, nerviosas, se resistían a avanzar, y Shuraz tuvo que tirar de las riendas con fuerza en más de una ocasión.

—Calma, Luthar —murmuró al caballo, pasándole la mano por el cuello para tranquilizarlo—. No hay nada aquí… todavía.

Zarhel, al frente del grupo, consultaba el mapa cada pocos metros, deteniéndose para confirmar que seguían el rumbo correcto.

—¿Estamos cerca? —preguntó Anara desde atrás, sujetando su montura con ambas manos mientras esta giraba la cabeza de un lado a otro. Percibía algo que ellos no podían ver.

—El bosque debería estar tras ese paso —respondió Zarhel, señalando un punto donde los árboles comenzaban a alzarse contra el cielo gris.

Los embajadores avanzaron con cautela por la empinada ladera de la montaña. El sendero serpenteaba entre gigantescos acantilados, cuyas paredes rocosas se alzaban imponentes a ambos lados, como guardianes de un antiguo secreto. Cada paso que daban estaba marcado por el crujir de piedras sueltas bajo sus botas, y el aire fresco de la montaña les llenaba los pulmones.

35
El Bosque de los Susurros

El aire cambió al acercarse. Una brisa suave y constante parecía susurrar entre las ramas, como voces lejanas que nadie lograba entender. Al cruzar el límite del bosque, las monturas se detuvieron en seco, resoplando y girando sus cabezas hacia atrás.

—No quieren entrar —observó Shuraz, tirando de las riendas con firmeza—. Lo sienten.

—Pues no tenemos opción —contestó Zarhel con dureza, ajustándose la capa antes de avanzar con decisión. El látigo en su mano se desenrolló con un movimiento ágil—. Seguidme.

Todos entraron en el Bosque de los Susurros desmontados, obligando a sus monturas a avanzar entre los murmullos que parecían rodearlos. Las ramas, como dedos retorcidos, se alzaban por encima de sus cabezas, creando un dosel que bloqueaba gran parte de la luz del día.

—Es más oscuro de lo que esperaba —dijo Rayhem en voz baja. No quería ser escuchado por algo más que sus compañeros.

—El silencio sería peor —respondió Anara, que miraba a su alrededor con inquietud.

—Cuidado con dónde pisas —advirtió Shuraz desde el centro de la formación. Su espada estaba desenvainada y brillaba con la luz que lograba filtrarse entre las hojas.

—Me recuerda al bosque del Embajador —apuntó Edoz, sonriendo nerviosamente.

Zarhel se detuvo de repente y levantó una mano para pedir silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jarben nervioso.

Zarhel no respondió de inmediato. Agachándose, examinó el suelo con atención.

—Huellas —murmuró—. De algo grande.

Shuraz se acercó y estudió las marcas en la tierra blanda.

—Parecen recientes —confirmó—. No estamos solos.

—Nunca lo estuvimos —replicó Zarhel, apretando el látigo en su mano. Sus ojos recorrieron las sombras entre los árboles antes de volverse hacia el grupo—. Mantened las armas listas y moveros con rapidez. No quiero descubrir qué dejó esas huellas.

El grupo siguió avanzando; sus pasos resonaban apagados en la espesura. Cada crujido de una rama o el susurro del viento los hacía volver la cabeza, atentos a cualquier movimiento. Pero, aunque sentían ojos invisibles sobre ellos, nada salió al paso.

Las horas pasaron con una monotonía tensa. Se detuvieron al mediodía lo justo para masticar algo de pan duro y carne seca e intercambiar unas pocas palabras. La fatiga comenzaba a pesar en sus cuerpos, pero ninguno quiso detenerse más de lo necesario. A medida que el sol descendía, la penumbra del bosque se hacía más densa, envolviéndolos en tinieblas.

Cuando la luz comenzó a menguar aún más, Zarhel se detuvo de nuevo y señaló un claro entre los árboles.

—Acamparemos allí —ordenó—. Este bosque es demasiado peligroso para continuar en la oscuridad.

—¿Quién te ha nombrado a ti líder de la expedición? —preguntó Edoz mirando al carcelero.

—Esto —dijo Zarhel mostrando el mapa y moviéndolo en el aire antes de guardarlo de nuevo.

Shuraz comenzó a preparar un perímetro, clavando estacas improvisadas alrededor del campamento. Zarhel, por su parte, permaneció en silencio, alerta por si alguien o algo emergía de ellas.

Las llamas de la hoguera eran débiles, perecía que incluso el fuego temiera al bosque. Los susurros continuaban, rodeándolos como un coro inquietante que nunca se detenía. Nadie durmió del todo aquella noche, pero cada uno sabía que al amanecer tendrían que seguir adelante, sin importar lo que el Bosque de los Susurros les tuviera reservado.

La mañana siguiente llegó envuelta en un manto de niebla pálida. Los primeros rayos del sol apenas lograban filtrarse entre las copas nudosas de los árboles. El grupo avanzaba sobre sus monturas, el sonido de los cascos amortiguado por la hojarasca mojada.

—Este bosque no me gusta nada —murmuró Jarben, apartando una rama espinosa que le arañaba el rostro—. Nos observa.

—Deja las supersticiones —respondió Zarhel al frente, empuñando el látigo con el que apartaba las zarzas. El cuero chasqueaba con fuerza, despejando el camino a cada paso.

Shuraz, un poco más atrás, cortaba con su espada las ramas que se resistían al avance.

—No es superstición —intervino Rayhem con la voz tensa—. Este lugar está vivo. ¿No lo sentís? Parece escucharnos.

—¿Nos escucha? Pues que escuche esto —soltó Edoz con una sonrisa socarrona.

Con un esfuerzo teatral, dejó escapar un sonoro pedo que resonó como un tambor apagado en el silencio del bosque. Un grupo de aves, asustadas, alzó el vuelo en desbandada, sus graznidos desgarrando la quietud.

Hubo un instante de silencio atónito. Luego, Zarhel negó con la cabeza mientras Shuraz soltó una carcajada inesperada, tan ronca y espontánea que contagió al resto. Incluso Anara, que intentaba mantener la seriedad, terminó riendo y sacudiendo la cabeza.

—Eres un poeta, Edoz —murmuró Zarhel, reprimiendo una sonrisa.

—¿Ves? —respondió Edoz, encogiéndose de hombros con una expresión inocente—. Hasta los árboles necesitan un poco de humor.

La presión del grupo se desvaneció, aunque las ramas del bosque crujieron a su alrededor.

El silencio que siguió fue más pesado que el aire entre las ramas. Habían vuelto amontar en sus caballos y Anara se había colocado en el centro de la formación, aferrada a las riendas de su yegua, que avanzaba nerviosa con las orejas gachas. El bosque parecía más denso a cada paso, y los árboles, retorcidos como manos de ancianos, formaban arcos bajos que obligaban al grupo a agacharse de vez en cuando.

Entonces, Anara sintió un peso en el pecho, una presión que le hizo cerrar los ojos con fuerza. Un relámpago de imágenes parpadeó en su mente: el Tabernáculo de Kudram, sus columnas blancas desgastadas por el tiempo y los Ungidos de túnicas doradas que se inclinaban ante un altar. Sus voces eran un murmullo entrecortado. Y, en ese momento, todo cambió. Un fuego voraz devoraba el Tabernáculo y las mismas figuras caían en la sombra de una criatura inmensa.

—¡No! —gimió Anara, y las riendas se le escaparon de las manos.

Su montura relinchó y dio un salto hacia atrás. Shuraz reaccionó de inmediato, tirando de las riendas del animal y calmándolo con una mano firme sobre el hocico.

—¿Anara? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Qué sucede?

La joven abrió los ojos con brusquedad, jadeando. El bosque, a su alrededor, parecía distinto. Los árboles inclinaban levemente sus troncos en dirección a ella. Las hojas susurraban entre sí, y un sendero que no estaba allí un momento antes se extendía entre la maleza.

—Yo… —balbuceó, incapaz de apartar la mirada del nuevo camino—. Lo he visto. El Tabernáculo. Los Ungidos… destruidos por

algo.

—¿De qué hablas? —Rayhem clavó en ella una mirada inquisitiva mientras su caballo resoplaba con incomodidad—. ¿Qué has visto?

—No ha sido solo una visión —dijo Anara con voz temblorosa—. El bosque… me ha respondido.

—¿Respondido? —Edoz giró en su silla y clavó los ojos en ella—. No juegues con nosotros, Anara. Si esto es alguna clase de broma…

—¿Broma? —saltó Shuraz, lanzándole una mirada de advertencia —. La muchacha apenas puede respirar ¿y tú la acusas de bromear? ¡El rey de las chanzas!

—Lo que ocurre —dijo Jarben, con tono sombrío—, es que este bosque nos está enloqueciendo a todos. Primero murmullos, ahora visiones. ¿Qué vendrá después?

—No estoy loca —respondió Anara, alzando la voz con más fuerza de la que esperaba—. El bosque me ha mostrado algo. Nos está guiando… o advirtiendo.

Shuraz observó con atención el sendero recién formado, su mano aún firme sobre la empuñadura de su espada.

—No tiene sentido, pero allí está. Ese camino no estaba antes.

—Eso no significa que debamos seguirlo —refutó Zarhel, aunque su tono de voz había perdido algo de dureza—. Podría ser una trampa.

—O podría ser nuestra única salida —añadió Rayhem con seriedad—. La pregunta es: ¿confiamos en lo que ha visto Anara?

—¿Desde cuándo ella es una guía de los dioses? —preguntó Edoz.

—¡Eso es! —afirmó Jarben—. Bel-Hur está guiándonos a través de Anara.

—¿Bel-Hur? —preguntó Rayhem confuso, mirando a su amigo.

—¿Cuántas pruebas más necesitáis para saber que Bel-Hur vive en las entrañas de nuestra amiga? —preguntó Jarben exaltado.

—Tranquilo —dijo Rayhem, acercando su montura—. Yo te creo.

Se hizo un silencio incómodo. Los árboles, altos y curvados, parecían contener la respiración mientras esperaban una decisión. Anara cerró los puños, sintiendo aún el temblor en su interior.

—Yo no lo he pedido —dijo por fin la muchacha—. Pero si el bosque me está hablando, debemos escuchar.

—Pero le habla Bel-Hur o el bosque, ¿en qué quedamos? —preguntó Edoz, confundido.

—Pueden ser lo mismo —respondió Jarben asintiendo.

Shuraz volvió a montar y espoleó a su caballo hacia el nuevo sendero.

—Bien. Si esto nos lleva a alguna parte, mejor movernos antes de que oscurezca más.

Zarhel chasqueó la lengua, pero terminó por seguirle. Jarben y Rayhem avanzaron en silencio, lanzándole miradas furtivas a Anara, que respiró profundamente. El último en seguirles fue Edoz, que no quería quedarse solo allí. Todos montaron de nuevo y cabalgaron tras Shuraz por el sendero.

A medida que se adentraban en él, el bosque pareció cerrarse detrás de ellos, eliminando cualquier posibilidad de retorno. Los susurros entre las hojas se hicieron más nítidos, casi comprensibles, como voces antiguas que compartían secretos demasiado grandes para ser pronunciados.

—Esto no es natural —murmuró Edoz, mirando a su alrededor con desconfianza.

Anara no respondió. Seguía sintiendo esa presión en el pecho, pero ahora no era miedo lo que la dominaba, sino una determinación férrea. Sabía que las visiones no se detendrían, y que el bosque aún no había terminado con ella.

Lo único seguro era que el camino, aunque incierto, los había elegido a ellos.

El bosque parecía devorarlos poco a poco a medida que avanzaban. Los árboles, tan altos y antiguos como el tiempo mismo, alzaban sus copas hasta perderse en el cielo. La luz del sol apenas

lograba filtrarse entre el denso follaje, dibujando caprichosos haces dorados sobre el suelo cubierto de musgo. Cada paso sobre aquel lecho suave era como una caricia silenciosa, amortiguada por el susurro del viento y el canto de criaturas invisibles.

—Salgamos de este lugar —murmuró Shuraz sin soltar las riendas de su montura—. Me da mala espina.

Zarhel, que encabezaba el grupo con el mapa desplegado en una mano, asintió sin volverse.

—Mucha mala espina. —Su voz era un susurro bajo, como si temiera que el bosque pudiera escucharlo.

El grupo caminaba despacio. Los caballos bufaban y giraban las orejas, nerviosos. Sentían que algo invisible los observaba desde las sombras. Cada tanto, Zarhel movía su látigo con un chasquido seco para apartar ramas y enredaderas que parecían querer cerrarse sobre ellos. Shuraz, a su lado, abría camino con tajos certeros de su espada, los filos brillando brevemente en los escasos rayos de luz.

—¿Alguien más oye agua? —preguntó Anara. Su voz quebró el silencio como una nota delicada.

—Sí —respondió Rayhem, inclinando la cabeza para escuchar mejor—. Un arroyo, no muy lejos.

Los sonidos se hicieron más nítidos conforme avanzaban: el murmullo del agua entre las piedras y el zumbido constante de insectos invisibles. Las hojas parecían susurrar a su paso. A veces, pequeñas figuras centelleantes, hadas, quizá, revoloteaban entre las flores o se ocultaban tras los troncos. Edoz fue el primero en señalarlas, con una sonrisa nostálgica.

—Mushan sabría cómo se llaman estas pequeñas. —Su voz era suave, casi melancólica. Los demás lo miraron en silencio mientras él alargaba la mano, dejando que una de las criaturas, parecida a una luciérnaga con alas de mariposa, se posara un instante en su dedo. Su luz cambió de azul a dorado y luego desapareció entre los árboles.

El grupo llegó por fin a un claro donde el bosque se abría para revelar un lago. La superficie del agua era un espejo perfecto que reflejaba el cielo gris y el inquietante entramado de ramas que se alzaba por encima. La quietud era tal que nadie se atrevió a hablar al principio.

—Es hermoso —susurró Anara mientras desmontaba.

—Demasiado tranquilo —respondió Edoz, bajando de su caballo con un gesto desconfiado.

Zarhel frunció el ceño y extendió una mano para advertirles. Pero ya era tarde. Uno a uno, todos se sintieron arrastrados por una fuerza invisible. Anara fue la primera en acercarse al borde del lago, hipnotizada por las aguas que parecían llamarla con una voz silenciosa.

—¿Lo veis? —susurró ella, temblando—. Hay algo ahí.

Rayhem, Shuraz, Edoz y Zarhel se acercaron también, y entonces lo vieron. En las profundidades del lago, más allá del reflejo de sus rostros, aparecieron unas sombras.

Shuraz vio a Anara, distante y fría, apartando su mirada de él con desprecio. Su pecho se tensó, como si una garra invisible lo aprisionara.

—No es real —murmuró, intentando apartar la vista.

Anara, por su parte, vio templos en ruinas y el símbolo de Bel-Hur desmoronándose, como si la fe que llevaba dentro fuera incapaz de sostenerlo.

Rayhem se observó a sí mismo, solo y fracasado, incapaz de levantar la voz ante reyes o dignatarios. Edoz vio sus máscaras caer una a una, revelando su traición, mientras todas las miradas se clavaban en él con desprecio. Zarhel vio al grupo caminar lejos de él, apartándolo, dejándolo en soledad absoluta.

—¡Basta! —gritó Zarhel, sacudiendo la cabeza, pero su voz apenas fue un murmullo.

Las sombras del lago se volvieron más densas, el agua se oscureció y un susurro gutural comenzó a emanar de todas partes.

Los árboles se inclinaron hacia ellos, y el aire se volvió pesado.

Fue entonces cuando Anara cayó de rodillas, con una mano en el pecho. De su interior, una luz cálida y dorada comenzó a brotar, brillante y pura como una llamarada.

—¡Anara! —gritó Shuraz, intentando alcanzarla.

La luz se expandió en oleadas, iluminando las sombras, que se retorcieron y huyeron como animales asustados. Uno a uno, los embajadores despertaron del trance, jadeando y temblando en el agua que ya les llegaba hasta el pecho.

—¿Qué demonios ha sido eso? —balbuceó Edoz con la voz rota mientras salía a trompicones del lago.

Shuraz ayudó a Anara a levantarse. La joven seguía aferrándose el pecho, donde la luz se apagaba poco a poco.

—Una advertencia —murmuró Zarhel, con la voz grave—. El bosque nos está mostrando lo que oculta.

Salieron del lago empapados y montaron de nuevo en sus caballos con el cuerpo dolorido y el ánimo roto. A medida que continuaban el camino, un enjambre de aquellas pequeñas criaturas luminosas comenzó a rodearlos, sus luces parpadeaban como tratando de animarlos.

—Dicen que traen suerte a quienes las encuentran —comentó Jarben con la voz apagada pero esperanzada, mirando cómo las luces flotaban a su alrededor.

—O quizá solo nos vigilan —respondió Zarhel, sin apartar la vista del mapa—. El Tabernáculo está cerca. Preparad vuestros cerebros.

La noche cayó sobre ellos como un manto de terciopelo. El bosque, bajo el brillo de la luna llena, parecía menos amenazante. Las pequeñas luces revoloteaban en enjambres, iluminando el sendero con sus destellos cambiantes: un espectáculo tan hermoso como irreal.

—No puedo quitarme de la cabeza lo que he visto —dijo Shuraz en voz baja, cabalgando junto a Anara.

—Lo importante no es lo que vimos, sino lo que elegimos hacer con ello —respondió ella, con la mirada fija en el camino.

El grupo avanzó en silencio. El bosque seguía susurrando, pero, esta vez, ellos escuchaban sin miedo.

36
La entrada al Tabernáculo

La luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles proyectando patrones irregulares de luz y sombra sobre el suelo cubierto de hojas secas. Cada crujido bajo las patas de los caballos parecía intensificar la sensación de que estaban en territorio antiguo.

Rayhem tiró de las riendas y detuvo a su montura justo antes de que el sendero se abriera a un claro. Con un gesto silencioso, alzó una mano para indicar al grupo que se detuviera. Frente a ellos, las ruinas emergían como un gigante dormido, envueltas en musgo y raíces retorcidas que parecían intentar arrastrarlas de vuelta a la tierra. Las piedras grises y erosionadas estaban marcadas con símbolos apenas visibles bajo siglos de desgaste, pero aún irradiaban una majestuosidad que imponía respeto.

—Así que este es el famoso Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas —murmuró Edoz, desmontando con un salto ágil. Su mirada recorría las estructuras en ruinas con un brillo de curiosidad.

—No parece tan imponente como me imaginaba —comentó Zarhel, deslizando un dedo por la empuñadura de su látigo mientras sus ojos buscaban amenazas.

Anara suspiró mientras bajaba de su caballo con movimientos lentos. Se apoyó contra un tronco cercano con una mano en el pecho mientras trataba de recuperar el aliento.

—Yo me quedaré aquí —dijo con la voz entrecortada. Sus ojos buscaron los de Rayhem—. Entrad vosotros.

Rayhem entrecerró los ojos, preocupado, mientras observaba a Anara. Sin decir una palabra, desmontó y le ofreció una cantimplora.

—¿Estás segura? —preguntó en un tono bajo, casi dudando de su propia pregunta.

—Sí —Anara le sonrió con esfuerzo, bebiendo un sorbo de agua —. Solo necesito un momento.

Jarben desmontó con un movimiento lento, dejando caer las riendas de su caballo antes de acercarse a Rayhem.

—Entraré, si te parece bien —dijo, apartando el flequillo violeta de su rostro con una mano. Sus ojos reflejaban un arranque de valor poco habitual en él.

Rayhem lo miró y arqueó una ceja. No era propio de Jarben tomar la iniciativa en este tipo de situaciones.

—No tienes que pedirme permiso —respondió con una sonrisa que apenas ocultaba su preocupación—. Aunque no voy a negarte que me intriga tu nueva faceta temeraria.

Jarben dejó escapar una risa suave y encogió los hombros con un gesto despreocupado.

—He aprendido un par de cosas mientras tú estabas… fuera — dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Rayhem lo observó con atención.

—Bueno, con lo que sea que hayas aprendido, ten cuidado ahí dentro —advirtió con un tono que quiso sonar ligero—. No creo que este sitio tenga previsto darnos la bienvenida.

—No te preocupes por mí —respondió Jarben con una sonrisa tranquila, aunque una sombra de duda cruzó su rostro por un instante. No era el momento para revelar su transformación en licántropo púrpura, pero el secreto pesaba en su cabeza como una losa. Rayhem era el único que no lo sabía.

El sacerdote sacudió la cabeza y se volvió hacia Anara.

—Me quedaré contigo para preparar el campamento y cuidar de los caballos —anunció, recogiendo un palo del suelo para avivar el fuego que aún no existía.

—¿Desde cuándo tienes habilidades de supervivencia? —preguntó Jarben con una sonrisa burlona mientras ajustaba la montura de su caballo.

—No son exactamente habilidades de supervivencia —respondió Rayhem sin perder la compostura—. Lo que he desarrollado es la tolerancia. Y ya hablaremos de eso largo y tendido cuando estemos de vuelta.

Jarben soltó una carcajada breve antes de girarse hacia Edoz y Zarhel, quienes ya estaban inspeccionando la entrada.

—De acuerdo, entonces. Vamos a ver qué secretos guarda este lugar.

Zarhel asintió y se adelantó, desenrollando su látigo mientras miraba de reojo a Edoz, quien ya estaba afilando la hoja de una de sus dagas.

El claro quedó en silencio mientras los cuatro desaparecían entre las sombras de las ruinas. Rayhem observó la entrada durante un largo rato antes de volverse hacia Anara, quien había comenzado a atar a los caballos para darles de comer.

—Te prometo que no dejaré que pase nada malo —dijo en voz baja.

Anara levantó la vista y sonrió.

El eco de los pasos resonaba en el estrecho pasadizo, amplificado por el silencio casi reverente que los envolvía. Edoz caminaba en segundo lugar, tras Shuraz, con una antorcha en una mano y una daga en la otra. Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar la empuñadura, aunque intentaba que su rostro no delatara la tensión.

—Joder, estoy nervioso… —susurró entre dientes, rompiendo el silencio. Su voz parecía desaparecer entre las rugosas paredes de piedra, absorbida por el lugar.

—Es normal —dijo Zarhel, que avanzaba detrás de Jarben, cerrando la marcha. Se ajustó el látigo en el cinturón antes de desengancharlo con un movimiento fluido—. Pero no dejes que los nervios te controlen. Mantén tus sentidos alerta.

—Ya lo sé, joder —respondió Edoz, molesto y arrepintiéndose de haber pensado en alto.

Shuraz rio por lo bajo mientras sacaba despacio su espada de la espalda con un suave susurro metálico.

—¿Nervios? Yo diría que esa sensación antes de la acción es lo que nos recuerda que estamos vivos. —Su sonrisa confiada brilló bajo la tenue luz de las antorchas.

Jarben, que sujetaba una daga prestada por Edoz, alzó la vista hacia él. Su expresión reflejaba ansiedad.

—¿Acción? ¿Quién ha dicho que vamos hacia la batalla? Aquí no parece haber mucha vida —murmuró, intentando convencerse a sí mismo mientras ajustaba el agarre de la daga.

—No te preocupes, Jarben. Si algo aparece, tendrás el honor de cantar la primera línea de nuestra épica… o de correr como nunca —bromeó Edoz, girándose para guiñarle un ojo.

La broma arrancó una leve risa a Zarhel, aunque no desvió la atención de los detalles del pasillo. El frío se volvía más intenso con cada paso que daban, y la luz danzante de las antorchas creaba figuras inquietantes en las paredes de roca.

—Hace demasiado frío aquí, más de lo que debería —comentó Zarhel, envolviendo su capa con más fuerza alrededor de sus hombros.

—El frío conserva lo que toca —murmuró Jarben, tratando de sonar casual—. Es el mejor guardián de secretos.

—Menuda obviedad, Jarben —bufó Edoz, agitando la antorcha para apartar un par de telarañas del camino—. Pero me alegra saber que al menos sigues pensando.

Shuraz, que iba en cabeza, se detuvo de repente. Levantó una mano para pedir silencio y se agachó, examinando el suelo con

cuidado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Edoz, inclinándose hacia adelante para mirar.

—Cuidado —respondió Shuraz, señalando una ranura en el suelo que apenas era visible bajo el polvo—. Podría ser una trampa.

Edoz dio un paso atrás y levantó las manos en un gesto de falsa rendición.

—Bueno, héroe, adelante. Este parece ser tu momento de brillar.

—¿Quieres cambiar de lugar conmigo? —preguntó Shuraz, girando la cabeza con una ceja arqueada.

—Ni en sueños. Estás haciendo un trabajo excelente —replicó Edoz con una sonrisa burlona.

Con movimientos cautelosos, Shuraz rodeó la posible trampa y continuó avanzando, esta vez con más lentitud. Zarhel y Edoz lo siguieron, mientras Jarben se retrasaba unos pasos, observando con atención las paredes llenas de grabados apenas visibles.

—¿Alguien más tiene la sensación de que estamos a punto de protagonizar una de esas canciones épicas que los bardos cantan en las tabernas? —preguntó Edoz, aligerando el ambiente con una sonrisa traviesa—. Ya me imagino el título: «Los valientes embajadores y el Tabernáculo Maldito».

—Espero que, si nos convertimos en leyenda, sea con una historia que inspire canciones, no relatos de terror para contar por la noche —dijo Jarben, tragando saliva mientras sus ojos seguían los dibujos de la pared.

—Si es un relato de terror, asegúrate de que incluyan el detalle de cómo te cagaste como un niño asustado —bromeó Edoz, alzando una ceja.

—Eso no va a ocurrir —refutó Jarben, con más convicción de la que sentía, aunque el temblor en su voz lo delató.

El vaho de sus respiraciones se mezclaba con la penumbra del pasadizo, creando nubes efímeras que desaparecían en el aire helado. Shuraz tenía la mirada fija en el suelo en busca de cualquier

irregularidad que delatara trampas ocultas o señales de peligro. Sus pasos eran firmes, calculados, y la antorcha en su mano iluminaba las paredes cubiertas de grabados antiguos.

—No os separéis —ordenó, sin girarse, en voz baja pero cargada de autoridad.

Edoz, que iba detrás, ajustó las correas de las dagas en su cinturón mientras avanzaba, lanzando miradas nerviosas hacia los rincones oscuros del pasaje.

—No planeo despegarme de ti, héroe. Prefiero que tú te encuentres con cualquier trampa primero —bromeó, aunque su tono traicionaba cierta inquietud.

—Muy gracioso, Edoz —respondió Shuraz sin apartar la vista del suelo—. Pero si quieres sobrevivir, más te vale prestar atención y no confiar solo en mí.

La mano temblorosa de Jarben se aferraba a la empuñadura de la daga. No estaba acostumbrado a este tipo de situaciones y su nerviosismo era evidente.

—Tengo miedo —murmuró, aunque lo bastante alto como para que los demás lo escucharan.

Edoz soltó una risa corta y seca.

—Bienvenido a la realidad, Jarben. El miedo es nuestro oscuro compañero en este tipo de viajes —dijo.

Zarhel no dejó que Jarben cerrara la marcha y se puso tras él. La luz de su antorcha iluminaba su rostro serio.

—El miedo puede ser un aliado, Jarben —dijo en voz baja—. Nos obliga a pensar antes de actuar y a ser más cautelosos.

Shuraz asintió desde el frente, sin detener su marcha.

—El miedo nos recuerda que estamos vivos —añadió con tono grave—. Pero no dejes que te paralice. Aprende a enfrentarte a él y a superarlo.

Las palabras de Shuraz resonaron en la mente de Jarben mientras trataba de controlar su respiración. Se forzó a erguirse un poco más, aunque seguía sosteniendo la daga con fuerza.

El pasillo comenzó a ensancharse y algo en el aire cambió. Un tenue resplandor azul surgió de las paredes y envolvió el entorno con una luz misteriosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Shuraz, deteniéndose en seco, mientras sus ojos recorrían las paredes en busca de la fuente del brillo.

Jarben avanzó unos pasos, examinando las grietas en la piedra. Sus ojos se iluminaron al reconocer el fenómeno.

—Son hongos luminiscentes —dijo, señalando las pequeñas manchas de luz que crecían en los recovecos—. Los encontramos en Jersia durante nuestro viaje. Emiten una luz suave, pero no los toquéis. Algunos de estos hongos pueden ser venenosos.

—¿Venenosos, dices? —Edoz se inclinó hacia una de las paredes, arrancó con cuidado un pequeño hongo y lo trituró con sus dagas—. Entonces, son perfectos para esto.

Con una sonrisa traviesa, deslizó el polvo verde del hongo sobre los filos de sus dagas, asegurándose de cubrirlos por completo.

—Ahora serán un poco más persuasivas. —Le guiñó un ojo a Zarhel, que negó con la cabeza.

—Eres un insensato —dijo este, resignado—. Si esos hongos resultan no ser venenosos, habrás perdido el tiempo. Si lo son, más te vale no cortarte por accidente.

—Confía en mí, tengo manos firmes —respondió Edoz con aire despreocupado.

Mientras tanto, Shuraz examinaba el pasillo iluminado por el tenue resplandor azul. Los hongos bioluminiscentes brillaban como estrellas esparcidas por el firmamento, cubriendo las grietas de las paredes y extendiéndose hacia adelante. La luz azulada hacía innecesarias las antorchas, aunque nadie se atrevió a apagarlas todavía.

—Este pasadizo es impresionante —murmuró Zarhel, pasando los dedos por un intrincado grabado tallado en la pared.

El aroma dulce y terroso de los hongos impregnaba el aire, creando una atmósfera extrañamente reconfortante. Cada paso que daban los llevaba a lo más profundo en el corazón de aquella gruta olvidada.

El pasadizo se abrió hacia una vasta cueva, y el murmullo del arroyo subterráneo se hizo más claro, acompañando cada paso de los embajadores como un suave susurro en la penumbra. Jarben se detuvo unos instantes para observar los hongos bioluminiscentes que cubrían las paredes y emitían un resplandor azul que parecía desdibujar la oscuridad.

—A lo mejor estos hongos son las estrellas olvidadas —murmuró, dejando que sus dedos rozaran con cuidado las grietas de la pared, donde las pequeñas esferas brillaban tímidamente.

Shuraz giró la cabeza hacia él y levantó una ceja.

—El Tabernáculo de las Estrellas Olvidadas… Tiene sentido — asintió mientras avanzaba con cautela, alzando su antorcha para iluminar lo que tenían delante.

El grupo guardó silencio cuando la luz de la antorcha de Zarhel reveló la majestuosidad de la cueva. Las estalactitas colgaban del techo como colmillos petrificados, mientras las estalagmitas surgían del suelo en formas que parecían custodiar el lugar. Las paredes brillaban con vetas de minerales multicolores.

—Esto es espectacular —susurró Zarhel. Su voz reverberó en la inmensidad del lugar.

Shuraz inspeccionó las formaciones con la mirada de un guerrero que no podía permitirse el lujo de quedarse embelesado.

—Es impresionante, sí, pero no bajéis la guardia.

Edoz, que se había quedado un paso atrás, frunció el ceño y arrugó la nariz.

—¿Y ese olor? —preguntó, tosiendo mientras ponía mala cara.

El aire estaba cargado de un aroma acre que se volvía nauseabundo con cada inhalación.

—Lo más seguro es que provenga de los hongos —respondió Jarben mientras rebuscaba en su bolsa y sacaba un trozo de tela para cubrirse la nariz y la boca—. No sabemos qué sustancias podrían liberar. Será mejor que no lo respiremos directamente.

Edoz lo imitó, arrancando un pedazo de su propia capa y atándoselo con un nudo rápido.

—¿Qué hacemos si me convierto en una estrella olvidada después de inhalar demasiado? —bromeó, su voz amortiguada por el improvisado pañuelo.

—Te dejaremos aquí para que ilumines el camino a otros viajeros —replicó Zarhel con una sonrisa mientras se cubría también.

El grupo avanzó en silencio. Sus pasos resonaban con ecos que parecían crecer y desvanecerse en las profundidades. El arroyo subterráneo corría junto a ellos, y el peculiar resplandor azul de los hongos cubría cada rincón de la cueva, dándoles la sensación de caminar por un cielo nocturno invertido.

Shuraz, al frente, detuvo su marcha.

—¿Dónde coño están los Ungidos y sus secretos del infierno? —gruñó, arrancando una carcajada de Edoz que resonó como un golpe inesperado en la solemne atmósfera.

La risa de Edoz contagió rápidamente a Zarhel y Jarben, aliviando la presión que parecía haber pesado sobre ellos desde que entraron en el túnel.

—Bueno, al menos no estamos muertos todavía —añadió, palmeando a Jarben en el hombro—. Eso ya es una victoria.

El eco de sus risas se apagó cuando todos se detuvieron al mismo tiempo con los ojos clavados en la inmensa puerta de piedra que se alzaba frente a ellos. Shuraz levantó su antorcha y la luz temblorosa reveló complicados símbolos tallados en la superficie.

—Parece que hemos llegado —dijo.

Edoz inclinó la cabeza, dejando atrás su tono habitual de sarcasmo.

—Y aquí es donde empieza la verdadera leyenda —murmuró, recorriendo la puerta con la mirada.

37
La Puerta

Jarben tamborileó con los dedos sobre la empuñadura de su daga, un gesto nervioso que contrastaba con la quietud del grupo. Su mirada viajaba de un símbolo a otro en la superficie de la gran puerta de piedra, intentando descifrar el mensaje que se escondía entre las tallas. Los relieves mostraban figuras humanoides con brazos alzados hacia una figura femenina imponente, rodeada de halos y líneas sinuosas que parecían representar flujos de energía.

—Respira, Jarben —dijo Zarhel con voz baja y firme mientras colocaba una mano en el hombro del estudioso. Su tono tenía un matiz de comprensión poco habitual en él—. Nadie cantará baladas sobre quienes se acobardaron ante esta puerta.

Jarben cerró los ojos y respiró hondo hasta sentir que la presión en su pecho se aliviaba ligeramente. Asintió con un breve movimiento de cabeza y se inclinó más cerca de la puerta, dejando que sus dedos trazaran las líneas talladas en la fría piedra. Sus ojos recorrieron con atención cada símbolo tallado, desentrañando los secretos que la antigua civilización había dejado ocultos allí.

—Es una historia… —murmuró, casi para sí mismo, mientras su dedo seguía el contorno de una figura alada en el centro—. Una civilización que adoraba a una diosa.

Shuraz, que observaba desde un costado, frunció el ceño.

—¿Diosa? —preguntó, acercándose más.

—Sí —respondió Jarben, enderezándose un poco, con su voz más firme ahora—. Esta figura es la clave. Se alimentaba de la energía vital de sus seguidores. Eso le permitía ser inmortal y aumentar sus poderes. Ella es el Desgarrador…

Luego señaló con la antorcha otra sección del grabado. Allí, entre los detalles de lo que parecían ser escenas de sometimiento, se veía cómo la figura alada extendía una mano hacia un orbe oscuro rodeado por ocho anillos.

—Aquí está la conexión. El orbe mágico. Es como Rayhem me contó que decía en ese libro —continuó Jarben—. El orbe controla los anillos y corrompe a quienes los llevan. Incluso puede matarlos a distancia si desobedecen.

Edoz, que había estado apoyado contra la pared con una expresión distraída, frunció el ceño y se adelantó un paso.

—¿Ocho anillos? —preguntó, incrédulo—. Pero si ya hemos conocido a más de ocho portadores. ¿O resulta que nos hemos encontrado con todos ellos por casualidad? No me cuadra.

—Seguramente —intervino Jarben, ajustándose la capa para protegerse del aire frío que se filtraba por el pasadizo—, después de los originales se forjaron varias réplicas. Pero los ocho iniciales, los verdaderos, tienen un vínculo especial con el orbe.

Edoz no parecía convencido.

—Y esto, ¿cuándo pensabais contárnoslo? ¿Cuándo estuviéramos muertos por no saber qué estamos buscando? —El enfado crispó su voz y su mirada se clavó en Jarben.

Antes de que el joven albino pudiera responder, Shuraz levantó una mano para cortar cualquier réplica.

—¡Edoz, basta! —El veterano guerrero clavó los ojos en él con severidad—. Este no es momento. Lo importante es que ahora lo sabemos. Y debemos usar esa información para seguir adelante, no para discutir.

Edoz resopló y apartó la mirada, pero no dijo nada más.

Zarhel dio un paso al frente, observando la puerta con renovado interés.

—Si los anillos son tan importantes y el orbe lo controla todo… —Dejó que las palabras flotaran en el aire antes de continuar—. Entonces, si entramos aquí, ¿qué vamos a encontrar?

—Algo que no querrá que lo encontremos —respondió Jarben con una nota de amargura en su voz.

Luego se inclinó de nuevo hacia los grabados. Había algo más, una inscripción en un idioma antiguo que apenas lograba traducir.

—«Solo el sacrificio revelará el camino», —leyó en voz baja. Sus palabras resonaron en el silencio del pasadizo.

Los demás lo miraron, expectantes.

—¿Sacrificio? —preguntó Edoz, más calmado.

Jarben apretó los labios.

—Creo que para abrir esta puerta necesitamos más que fuerza. Es una prueba, algo que debemos ofrecer.

Shuraz frunció el ceño y bufó, manteniendo la antorcha alzada para iluminar mejor los símbolos.

—¿Cómo abrimos esta maldita puerta? —preguntó impaciente, con su mirada alternando entre la puerta y el pasadizo detrás de ellos, como si esperara un ataque en cualquier momento—. No vamos a sacrificar a nadie.

Edoz, jugueteando con una daga entre sus dedos, se apoyó contra la pared de piedra y lanzó una sonrisa torcida.

—Menos mal que te hemos traído, Jarben. Yo solo veo garabatos —bromeó sonriendo.

—Son más que garabatos —replicó el albino, ignorando el comentario mientras sus ojos seguían estudiando las figuras—. Mirad aquí. Hay un patrón, parece un flujo de energía entre la diosa y sus adoradores. Si replicamos el ritual de alguna manera, es posible que la puerta se abra.

—¿Ritual? —preguntó Zarhel, inclinándose para mirar más de cerca—. No me gusta cómo suena eso.

—Podría ser peligroso —admitió Jarben, enderezándose y mirando a los demás con un gesto de duda—. Pero no tenemos otra opción. Nadie canta baladas sobre quienes se acobardan ante la puerta. —Repitió las palabras de Zarhel mirándole y sonriendo, ahora más seguro.

Shuraz gruñó. Su mirada recorrió al grupo antes de asentir.

—Entonces, hazlo. Pero rápido. No sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que nos tiendan una emboscada.

Jarben se agachó y colocó las manos en el suelo frente a la puerta, buscando alguna señal que indicara cómo activar el mecanismo. En el centro del grabado había una cuenca circular tallada en la piedra, con un leve brillo que sugería que tenía algún tipo de propósito especial.

—Aquí. Necesitamos algo para llenar esta cuenca. Algo que represente la energía vital —dijo Jarben.

—¿Sangre? —preguntó Zarhel con desagrado mientras agarraba su látigo.

—Podría ser —admitió Jarben, inseguro—. La diosa absorbía la vida de sus seguidores. Quizá no sea necesario más que una pequeña cantidad.

Edoz se encogió de hombros, sacó una de sus dagas limpias de veneno y la pasó a través de la palma de su mano sin vacilar. La sangre goteó lentamente sobre la cuenca, llenándola con un rojo intenso que parecía absorber la luz de los hongos luminiscentes.

—Espero que esta diosa aprecie los sacrificios rápidos —bromeó Edoz, con la mandíbula tensa por el dolor.

La sangre pareció cobrar vida, extendiéndose en finas líneas que conectaron las figuras talladas en la puerta. Los relieves comenzaron a brillar con una luz rojiza, mientras un suave temblor recorría el suelo bajo sus pies.

—Funciona —murmuró Jarben, retrocediendo mientras la puerta emitía un crujido apenas audible.

Un mecanismo invisible comenzó a girar y la puerta se separó en dos mitades, revelando un oscuro corredor más allá. Un aire frío y cargado de una energía extraña surgió de la abertura, haciendo que las llamas de las antorchas vacilaran.

—Espero que lo que haya ahí dentro valga la pena —comentó Edoz, envolviendo su mano herida con un trozo de tela.

—A partir de ahora, no hay vuelta atrás —dijo Shuraz con tono grave mientras avanzaba con la antorcha al frente.

Acto seguido, los cuatro embajadores cruzaron el umbral.

38
La Sombra de...

El Tabernáculo se alzaba ante ellos con una magnificencia que parecía desafiar el paso del tiempo. Columnas de obsidiana negra se erguían hasta el techo abovedado, donde constelaciones mágicas brillaban como si el cielo nocturno hubiera sido capturado y aprisionado, atrapándolo dentro de aquel santuario olvidado. En el centro de la vasta sala se encontraba un trono de jade tallado con minuciosas figuras que parecían bailar bajo la luz cambiante. A su lado había un sarcófago enjoyado cuya superficie resplandecía gracias a las gemas de colores desconocidos.

Edoz fue el primero en romper el silencio.

—Es impresionante —murmuró, con los ojos fijos en el trono—. ¿Quién construiría algo como esto y luego lo dejaría olvidado?

Shuraz se adelantó; sus botas resonaron en el mármol oscuro. Su mirada viajaba de un rincón a otro, capturando los detalles. Un laboratorio alquímico en un lateral, con frascos llenos de líquidos que burbujeaban con suavidad y extraños artefactos de diseño intrincado; una pequeña biblioteca, donde los tomos encuadernados en cuero y los pergaminos amarillentos se apilaban sin orden aparente, esperando que alguien desentrañara sus misterios.

Jarben se acercó a una sala de espejos que había captado su atención. Cada espejo, al ser observado, mostraba lugares conocidos de Alonia: las ruinas de la Gran Torre, el Palacio Real, incluso las humeantes ruinas del Templo Belurio. Una sensación de inquietud se

apoderó de él al darse cuenta de que cada lugar tenía algún significado para los embajadores.

—Esto no es casualidad —dijo Jarben con voz tensa, girándose hacia los demás—. Nos están observando… o lo han hecho siempre.

Antes de que alguien pudiera responder, una voz surgió de la oscuridad, baja y melodiosa, pero con un filo que ponía los nervios de punta.

—Hace milenios, cuando los dioses aún caminaban entre los mortales, Eluria brillaba como la joya del cosmos.

Los cuatro embajadores se giraron bruscamente, buscando el origen de la voz. Una anciana surgió de la penumbra, envuelta en un manto oscuro que parecía fundirse con las sombras. Sus ojos, profundos y brillantes como las estrellas del techo, escrutaron al grupo con un interés inquietante.

—¿Quién eres? —preguntó Shuraz, que apretaba el puño sobre la empuñadura de su espada.

La anciana sonrió, pero no respondió directamente. En su lugar, continuó con su relato, como si los embajadores no estuvieran allí.

—Eluria, un reino de sabios, guardaba secretos que ni siquiera los dioses se atrevían a explorar. Pero la envidia de un rey codicioso, Malgrón, trajo la perdición.

Edoz frunció el ceño y se inclinó hacia Zarhel.

—¿Esto es un relato histórico o una advertencia? —susurró.

La anciana lo escuchó, aunque él creyó haber hablado en voz baja.

—Ambas cosas, joven torturador. La historia de Eluria no es solo una lección, sino una advertencia para quienes se atrevan a buscar lo que está más allá de su entendimiento.

Shuraz avanzó un paso, desconfiado.

—¿Y qué pasó con Eluria? ¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros?

La anciana lo miró fijamente y tuvo la sensación de que era capaz de ver a través de él.

—Eluria cayó. Malgrón no encontró lo que buscaba, pero el daño ya estaba hecho. Los secretos del Tabernáculo fueron escondidos, dejando atrás solo ruinas y leyendas. Ahora, aquellos de corazón intrépido —siguió con una ligera sonrisa que no denotaba calidez alguna— tienen la oportunidad de redescubrir lo perdido.

—¿Corazón intrépido? —soltó Edoz con una risa áspera cargada de sarcasmo—. Menuda mierda.

La anciana emergió de las tinieblas como un espectro que se materializaba, con una presencia etérea que les heló la sangre. Su cabello, blanco como la luz de las estrellas, fluía en mechones que parecían flotar con voluntad propia, mientras su vestido de seda negra, con reflejos que imitaban la vastedad del cielo nocturno, caía en gráciles ondas alrededor de su figura. Un chal rojo sangre envolvía sus hombros, contrastando con la oscuridad de su atuendo como una herida abierta sobre la noche.

En el centro de su pecho colgaba un medallón de plata, brillante como recién forjado. La joya lucía una estrella de ocho puntas grabada con detalles tan intrincados que parecía palpitar con energía. En su núcleo, una piedra negra irradiaba una oscuridad tangible que parecía contener un trozo del infinito en su interior. Pero lo que más llamó la atención de los embajadores fue su ojo derecho: una esfera cristalina, artificial, que relucía con un brillo mágico.

—¿Quién eres? —preguntó Zarhel, dando un paso al frente mientras aferraba con fuerza el látigo que colgaba de su cintura.

La anciana sonrió con una calma inquietante y su mirada penetrante recorrió a cada uno de ellos.

—Soy Liraela, diosa y protectora de la tribu de los Dorados —declaró. Su voz resonó como el eco de un trueno distante.

Zarhel frunció el ceño al escuchar ese nombre. El chal rojo despertó en su memoria las palabras de Rata Rubia sobre la misteriosa anciana que había contratado a un asesino para acabar

con el hijo de Mushan. Volvió la mirada hacia los espejos mágicos que había visto antes. ¿Podría ser que esa bruja se desplazara entre los reflejos?

—¿Diosa? —repitió Edoz con una risa seca mientras daba un paso al frente—. Lo siento, vieja, pero no pareces más que una farsante bien vestida.

Liraela no se inmutó ante el sarcasmo del embajador. Sus ojos, uno humano y el otro brillante como una esfera mágica, se clavaron en él con una intensidad que hizo que Edoz tragara saliva, aunque no lo admitiera.

—Este es mi refugio, mortales. Un lugar donde la eternidad y los secretos convergen —continuó Liraela con tono solemne—. Y vosotros habéis tenido la osadía de irrumpir aquí.

—¿Nos esperabas? —preguntó Jarben con un atisbo de incredulidad.

La bruja inclinó la cabeza y su chal ondeó con el movimiento.

—He observado vuestro recorrido. —Señaló hacia los espejos mágicos con una mano fina y pálida—. Cada decisión, cada paso en este largo viaje, os ha llevado hasta mí.

Edoz alzó una ceja y cruzó los brazos, escéptico.

—¿Nos observabas? Menuda broma. Si tanto sabías de nosotros podrías habernos ahorrado la caminata y los problemas y haberte presentado antes.

Jarben intervino, intentando desviar la conversación hacia algo más útil.

—Los Zíngaros Dorados nos han hablado de una posible alianza con los belurios. —Su tono era cauteloso, y sus ojos no abandonaban el brillo inquietante del medallón que pendía del cuello de Liraela—. ¿Qué papel juegas en todo esto?

La anciana inclinó la cabeza, para estudiar al albino y decidir cuánta verdad le convenía revelar.

—Los Dorados son mis hijos, herederos de un legado que vosotros apenas podéis comprender —dijo, su voz gélida y cargada

de autoridad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jarben al notar cómo la anciana alzaba la nariz y olfateaba el aire, como un depredador que busca a su presa. Su movimiento era inquietante, y el silencio que la rodeaba hacía que cada respiración de los embajadores resonara con fuerza.

—Hueles a Aurimath —dijo de repente, girando su rostro hacia Jarben.

El sepulturero sintió como la sangre se le helaba en las venas. El recuerdo de la mordedura de la criatura púrpura lo golpeó como una bofetada, y, por instinto, llevó la mano al lugar donde aún sentía el eco del dolor.

—Pero solo en parte… —continuó la anciana con curiosidad—. Llevas su esencia adormecida, oculta en algún rincón profundo de tu ser.

Jarben quiso responder, pero algo en la voz de la mujer le cortó el aliento. Su mirada, o lo que parecía ser su mirada, nunca se fijaba realmente en él. El negro de su único ojo vivo, el cristalino, se mantenía fijo en algún punto indefinido, contemplando un plano más allá de lo tangible.

—¡Eh, vieja! —gritó Edoz con su descaro habitual. Avanzó un paso y señaló el medallón que colgaba del cuello de la anciana—. ¿Vas a decirnos qué demonios es eso que llevas?

La mujer se giró muy despacio, el tiempo no pasaba para ella. Su chal rojo ondeó con el movimiento, y su boca se curvó en una sonrisa espeluznante.

—¿Esto? —preguntó, tocando el medallón con sus dedos huesudos. Su voz resonó por la sala—. No es un simple colgante, mortal. Es el Sougonor.

—¿Y qué hace? —insistió Edoz, cruzando los brazos.

—Todos mis siervos lo portan —respondió con una calma inquietante—. Les permite comunicarse conmigo y me revela su ubicación en todo momento. —Hizo una pausa y dejó escapar una

risa seca—. Es como marcar al ganado. Ellos son mis ojos, mis oídos y, si es necesario, mis armas.

Zarhel frunció el ceño.

—¿Y qué relación tienes con los Ungidos? —preguntó, evaluando cada palabra.

La sonrisa de la anciana se ensanchó y su ojo vivo pareció brillar con una chispa de diversión.

—Los Ungidos son mis marionetas —confesó con una sinceridad escalofriante—. Siempre lo han sido. A veces, los utilizo como cuchillos afilados; otras, como simples peones en mis juegos. Desde que el rey Odimovar los condenó a las tinieblas, han servido a mis propósitos, incluso sin saberlo.

Shuraz apretó los dientes y dio un paso adelante.

—¿Qué buscas? —preguntó el guerrero con rabia contenida.

La anciana enderezó la espalda, orgullosa como una reina frente a sus súbditos.

—Busco la destrucción de esta sociedad —declaró con un tono cargado de convicción—. La humanidad solo será libre cuando las cadenas de su estructura actual sean reducidas a cenizas.

—¿Y qué tiene que ver Kudram con todo esto? —insistió Shuraz muy serio.

—Él es mi arma final —confesó Liraela. Su ojo cristalino brillaba con un fulgor siniestro—. Mientras tanto, yo manejo los hilos y espero paciente su regreso.

Edoz dio un paso al frente con la mano sobre la empuñadura de una de sus dagas.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —increpó—. ¿Quieres darnos motivos para detenerte?

La anciana soltó una risa aguda que llenó el Tabernáculo como un aluvión de cuchillas. Sus uñas comenzaron a alargarse hasta transformarse en unas garras afiladas. Su ojo vivo se encendió con un azul abrasador, mientras el cristalino permanecía negro como un abismo que parecía tragarse la luz a su alrededor.

—¿Por qué? —repitió con tono burlón—. ¡Porque vais a morir!

Las armas de los embajadores destellaron en la penumbra mientras cada uno se preparaba para enfrentarse a la bruja. No había escapatoria; solo les quedaba luchar por sus vidas contra la oscura figura que parecía encarnar siglos de odio y poder.

El cuerpo de la anciana comenzó a alargarse, perdiendo su apariencia frágil. Sus huesos se estiraron con un crujido que reverberó en el Tabernáculo, mientras su piel flácida se tensaba hasta volverse dura y grisácea. Abrió la boca, y de ella emergieron unos colmillos que brillaban con un filo amenazante, cada uno del tamaño de un estilete.

Edoz dio un paso atrás mientras sus dedos tanteaban los mangos de sus dagas.

—¿Qué… qué demonios es esto? —susurró, su voz apenas audible sobre los sonidos guturales que emitía la criatura.

La anciana, ahora una figura grotesca e inhumana, se movió a una velocidad que desafiaba toda lógica. En un instante estaba frente a Jarben, que se quedó inmóvil, como si sus piernas se hubieran hundido en el suelo. El sudor le resbalaba por la sien mientras sus ojos se abrían como platos.

—*Elou farreaz ilistuma kaleel* —susurró la criatura al oído de Jarben. Su voz era como un eco frío que perforaba el aire.

Jarben jadeó, con su rostro pálido como un pergamino, incapaz de replicar o siquiera moverse. La criatura sonrió con una satisfacción cruel antes de retroceder. Su mirada, intensa y hambrienta, recorrió al grupo. Zarhel dio un paso al frente. El látigo en su mano temblaba levemente.

—¡Déjalo! —gruñó, plantándose entre la bestia y Jarben.

Pero antes de que pudiera hacer algo, Jarben se dobló de golpe y un grito desgarrador escapó de su garganta. Su cuerpo comenzó a convulsionar y cayó al suelo en un espasmo violento.

—¡Jarben! —gritó Shuraz, que se acercó veloz. Con un gesto instintivo, Edoz lo detuvo.

—No lo toques. Algo no va bien.

El aire se llenó de un sonido horroroso: el crujir de huesos al fracturarse y reacomodarse. Jarben arqueó la espalda mientras su rostro se distorsionaba, alargándose hasta convertirse en un hocico. Un pelaje denso y de un violeta oscuro brotaba de su piel. Sus dedos, ahora garras largas y afiladas, arañaron el suelo de piedra, dejando marcas profundas.

—¡Por todos los dioses! —murmuró Zarhel, retrocediendo.

Con un último grito, Jarben dejó de moverse. Lo que se levantó del suelo ya no era humano. Era un licántropo, una bestia de pesadilla con unos músculos descomunales, colmillos brillantes y una cola que se agitaba como un látigo vivo. Sus ojos, de un violeta ardiente, se clavaron en Shuraz.

El guerrero alzó su espada y la sostuvo con fuerza.

—Jarben, si todavía estás ahí, lucha contra esto. ¡No nos obligues a hacerte daño!

El monstruo no respondió con palabras, sino con un rugido que retumbó en el pasadizo como el estruendo de una tormenta. Luego se lanzó hacia Shuraz a una velocidad que apenas les dio tiempo de reaccionar.

El impacto fue brutal. La hoja chocó con el brazo de la criatura, arrancándole un gruñido de dolor, pero no logró detener su avance. Shuraz retrocedió, sus botas chirriaban contra la piedra húmeda.

—¡Maldita sea, Jarben! —gruñó mientras giraba la espada para desviar un segundo ataque. La fuerza del golpe le hizo temblar.

Edoz y Zarhel, a unos metros, observaban con los ojos desorbitados. La escena era un caos: Shuraz intentaba contener a su amigo sin matarlo, mientras la criatura atacaba con una furia inhumana.

—Esto no va a acabar bien —susurró Edoz, deslizando sus dagas de sus fundas.

Zarhel, con su látigo enrollado en una mano y la antorcha en la otra, asintió.

—Si esa bruja es la causa, acabar con ella podría liberarlo.

Edoz lanzó su antorcha al suelo. El resplandor naranja proyectaba sombras frenéticas en las paredes.

—Entonces, hagámoslo. ¡Vamos a acabar con esa zorra!

Antes de que pudieran moverse, una risa aguda y malévola resonó en el pasadizo. Edoz y Zarhel giraron la cabeza en busca de la anciana, pero solo encontraron vacío. El pasillo parecía extenderse infinitamente en ambas direcciones, y las paredes de piedra vibraban.

—Me parece buena idea —respondió Zarhel, desenrollando su látigo con un chasquido que resonó como un trueno. Sostenía la antorcha alta, intentando perforar la oscuridad que parecía espesarse a su alrededor.

—¿Dónde demonios está? —Edoz entrecerró los ojos, moviéndose con cautela. Sus dagas envenenadas brillaban con un tenue reflejo, listas para atacar.

Detrás de ellos, el sonido de la lucha continuaba. Shuraz esquivó por poco un zarpazo dirigido a su garganta, giró sobre sus talones y usó su espada para golpear al lobo por el costado. La criatura retrocedió un par de pasos, soltando un gruñido que vibró en el aire.

—¡Jarben, resiste! —gritó Shuraz con la voz desgarrada por el esfuerzo.

La criatura titubeó un momento y sus ojos violetas parpadearon con algo que casi parecía humano.

—¿Escuchas eso? —susurró Zarhel mientras su mirada buscaba en la oscuridad.

Edoz inclinó la cabeza, frunciendo el ceño mientras afinaba el oído. El ruido era sutil al principio, como el roce de ramas secas, pero pronto se transformó en un crujido grotesco que se le clavó en los tímpanos.

—Sí, pero ¿qué demonios es?

Ambos avanzaron con cautela, aunque sus pasos resonaban en el estrecho pasadizo. Zarhel bajó la antorcha y la débil luz iluminó las

paredes cubiertas de musgo. El sonido creció, ahora mezclado con un nauseabundo hedor que les revolvió el estómago.

—Edoz, no me gusta esto… —advirtió Zarhel, que apretaba con fuerza el látigo enrollado en su mano derecha.

Al doblar una esquina, la luz de la antorcha reveló la fuente del ruido: un capullo monstruoso del tamaño de un buey, suspendido entre el techo y el suelo por una maraña de seda grisácea. La superficie latía como si algo vivo se retorciera dentro. De su base emanaba un líquido negro y espeso que formaba un charco bajo sus pies.

—¿Qué clase de abominación? —Edoz retrocedió un paso, cubriéndose la nariz con el brazo.

Antes de que pudieran procesar lo que veían, el capullo se desgarró con un crujido húmedo. Una enorme pata de araña, blanca y reluciente como un hueso pulido, emergió con fuerza, esparciendo el líquido viscoso por el suelo. Zarhel contuvo un grito, mientras Edoz, con un instinto casi mecánico, desenvainó una de sus dagas.

—¡Atrás! —gritó, retrocediendo con rapidez mientras otra pata atravesaba la capa exterior del capullo, seguida de un abdomen negro y brillante.

En cuestión de segundos, la criatura salió por completo, un híbrido grotesco de mujer y araña. Su torso humanoide mantenía rasgos reconocibles: los ojos grises como tormentas y el cabello negro que caía como un río de tinieblas. Pero su cuerpo estaba cubierto por placas quitinosas de un blanco espectral, y de sus costados emergían ocho patas enormes y afiladas que provocaban un eco metálico cada vez que tocaban el suelo.

La criatura los miró con una sonrisa inhumana, mostrando unos dientes negros como la obsidiana. De su garganta surgió una lengua larga y gutural. Su boca escupía palabras que vibraban en las paredes del pasadizo, invocando algo aún más oscuro.

—No me digas que tenemos que luchar contra eso —susurró Zarhel, aferrando la empuñadura de su látigo con las palmas de sus manos sudadas.

—¿Qué opción tenemos? —respondió Edoz con la mirada fija en la criatura—. No voy a esperar a que esa cosa haga el primer movimiento.

Al mismo tiempo, en el otro extremo del pasadizo, Shuraz seguía enfrentándose al licántropo en el que Jarben se había convertido. El hombre-lobo lanzó un zarpazo directo a su cabeza y Shuraz apenas tuvo tiempo de levantar la espada. Las garras chocaron con el acero con un estruendo que hizo eco por el corredor, lanzando chispas de energía mágica que iluminaron brevemente la lucha.

—¡Jarben! ¡Soy yo, Shuraz! —gritó de nuevo, esquivando otro ataque que dejó un surco profundo en la pared de piedra.

Jarben no respondió, salvo con un rugido gutural que resonó como una bestia herida. Su mirada, encendida por un resplandor violeta, no mostraba ni rastro del hombre que una vez fue.

—¡Maldita sea, albino! —gruñó Shuraz mientras se lanzaba hacia adelante, usando la empuñadura de su espada para golpear el costado de la bestia. El impacto apenas logró desequilibrarla.

La criatura respondió con una velocidad inhumana, girando sobre sus talones y lanzando un mordisco dirigido al hombro de Shuraz. Él se apartó por poco y las fauces chocaron con el aire vacío. Luego contraatacó con un puñetazo directo al rostro del licántropo.

—¡No quiero hacerte daño, Jarben! ¡Lucha! —gritó desesperado mientras retrocedía, buscando alguna forma de neutralizar a su compañero sin matarlo.

La bestia no le dio tregua. Con un salto impresionante, cayó sobre él, obligándolo a rodar por el suelo para evitar ser aplastado. Al levantarse, Shuraz vio que su antorcha parpadeaba débilmente en el suelo. Tomó aire, apretó los dientes y preparó su espada de nuevo.

—¡Jarben, vuelve en ti! —rugió de nuevo, pero lo único que recibió fue otro ataque.

El zarpazo de Jarben llegó como un rayo. Sus garras se hundieron en la coraza de Shuraz, arrancándola de un tirón. El metal crujió y

voló en pedazos, dejando al guerrero expuesto mientras era lanzado contra la pared de piedra. El impacto resonó con un golpe seco, y Shuraz dejó escapar un gruñido ahogado mientras el aire se le escapaba de los pulmones.

—¡Jarben, maldita sea, detente! —rugió, apoyándose en la pared para intentar levantarse.

Pero Jarben no le dio tregua. La criatura, consumida por una furia bestial, volvió a cargar. Sus ojos violetas ardían con un brillo maligno mientras se lanzaba hacia su objetivo. Esta vez, Shuraz no fue lo suficientemente rápido. Las garras de Jarben se hundieron en su brazo izquierdo, desgarrando carne y músculo.

El guerrero contuvo un grito, apretando los dientes mientras la sangre caliente le corría por el brazo. El dolor era agudo, pero sabía que flaquear significaba la muerte. Sujetó con fuerza su espada con la mano derecha, buscando una apertura mientras retrocedía con pasos tambaleantes.

—Jarben… —jadeó, tratando de razonar con él—. ¡Recuerda quién eres!

La única respuesta fue un gruñido profundo, casi animal. Jarben volvió a alzar sus garras, preparándose para otro ataque.

Con un grito proveniente de su propia alma, Shuraz se lanzó hacia adelante en el momento justo. Su pierna derecha se elevó en un arco perfecto, propinándole una patada frontal en el hocico. El impacto fue contundente. Jarben soltó un gemido ronco y retrocedió tambaleándose antes de caer al suelo.

Shuraz no perdió el tiempo. A pesar del dolor lacerante en su brazo, corrió hacia Jarben y, aprovechando su momentánea confusión, lo atrapó desde atrás. Sus brazos rodearon el cuello de la criatura en un agarre firme, usando todo su peso para inmovilizarlo contra el suelo.

—¡Jarben, reacciona! —gritó Shuraz mientras luchaba por mantener el control. Las garras de la bestia se agitaban con fuerza, raspando el suelo de piedra en un intento desesperado por liberarse.

El aliento entrecortado de Jarben calentaba su rostro mientras la criatura se agitaba, jadeando furiosamente. Pero algo en su postura cambió. El eco del rugido comenzó a decaer, reemplazado por un extraño sonido, casi como un gruñido de confusión.

—Eso es… —susurró Shuraz, apretando con más fuerza mientras luchaba por mantenerlo inmovilizado—. Regresa, amigo. Esto no eres tú.

Jarben dejó de forcejear por un breve momento y su respiración pareció estabilizarse. Shuraz, con el cuerpo tembloroso por el esfuerzo, aflojó el agarre, esperando algún signo de reconocimiento en los ojos de la criatura.

Pero entonces, un rugido más violento que los anteriores resonó y Jarben redobló sus esfuerzos por soltarse. Sus garras golpearon el suelo con más fuerza, arrancando trozos de piedra mientras Shuraz luchaba por mantener el control.

—¡Maldita sea! —gritó, con el rostro empapado en sudor—. ¡No me obligues a hacer esto, Jarben!

Al otro lado del pasillo, el látigo de Zarhel silbó en el aire antes de impactar con un chasquido seco en el rostro del monstruo de ocho patas. La piel blanca como la cal se hendió bajo el golpe, y un reguero de sangre negra comenzó a brotar de la herida, resbalando por su mejilla como aceite espeso.

—¡Apunta al abdomen! —gritó Zarhel mientras retrocedía, preparando otro latigazo.

Edoz, ya en movimiento, lanzó ambas dagas envenenadas con precisión letal. Una se hundió profundamente en el abdomen quitinoso de la criatura; la otra se clavó en su pecho, justo por debajo de los rasgos humanos que aún conservaba. El monstruo respondió con un chillido inhumano, un grito que perforó los oídos de los belurios y los hizo tambalearse mientras un agudo pitido llenaba sus cabezas.

Edoz sacudió la cabeza, intentando disipar el zumbido, y desenvainó otras dos dagas de su cinturón. Zarhel, sin dejarse

intimidar, volvió a lanzar su látigo. Esta vez, la cuerda se enroscó alrededor del cuello de la criatura y la tensó con un tirón experto.

—¡Ahora! ¡Ataca mientras la sujeto! —gritó Zarhel, cogiendo con ambas manos el mango del látigo.

Pero el monstruo reaccionó con una fuerza descomunal. Con un rugido gutural, tiró violentamente del látigo y arrastró a Zarhel hacia él con suma facilidad. Este cayó a sus pies, aterrorizado.

—¡Edoz! ¡Haz algo! —gritó, intentando levantarse.

La mujer arácnida lo miró con una sonrisa retorcida, mostrando unos dientes negros y afilados. Antes de que Zarhel pudiera reaccionar, abrió la boca y expulsó un chorro de líquido viscoso y negro que lo cubrió por completo. Zarhel se revolvió, intentando liberarse, pero sus movimientos se hicieron más lentos a medida que la sustancia lo paralizaba.

De su abdomen bulboso, la criatura comenzó a segregar un hilo de seda grisácea que lo envolvió con rapidez. Edoz, horrorizado, observó cómo su compañero desaparecía bajo capas y capas de tela hasta quedar encerrado en un capullo apretado que lo inmovilizaba por completo.

—¡Zarhel! —gritó con la voz rasgada.

Sin perder un instante, lanzó las dagas que tenía en las manos. Ambas se incrustaron en el cuello de la criatura, atravesando su caparazón blanco. Un chorro de ponzoña negra brotó de las heridas y salpicó el suelo con un siseo mientras la criatura soltó un gruñido de dolor.

—¡Eso es por Zarhel! —gritó Edoz, ajustando su postura para otro ataque.

Pero la mujer arácnida no cayó. Sus ojos oscuros y malignos se enfocaron en Edoz con una intensidad hipnótica. Dio un paso hacia él acercándose amenazante.

Edoz sintió que sus músculos se entumecían. Por más que intentaba moverse, su cuerpo se negaba a obedecer. Una fuerza

extraña y opresiva emanaba de la criatura, envolviéndolo en un manto invisible de parálisis.

—¿Qué… estás… haciendo? —logró murmurar con un hilo de voz mientras caía de rodillas.

La criatura se inclinó sobre él. Sus ocho patas provocaron un sonido seco al moverse sobre la piedra. Con un gesto gélido, le arrancó la camisa de un tirón, dejando expuesto su pecho.

Edoz jadeó. Sentía el frío helado de la garra de la criatura extendiéndose sobre su piel. Intentaba atravesar su carne, buscaba algo en su interior.

—Mala… puta… —murmuró Edoz, esforzándose por levantar su brazo.

Sus dedos rozaron el mango de una de sus dagas, pero la presión aumentó. La criatura inclinó la cabeza, su sonrisa oscura y llena de promesas siniestras. El aire alrededor de ambos se volvió opresivo, cargado de una energía que parecía succionar la vida misma.

Edoz apretó los dientes, reuniendo cada gramo de fuerza que le quedaba. Sus ojos buscaron desesperadamente el capullo donde Zarhel yacía prisionero.

Jarben gruñó con furia. Sus garras violetas lanzaban chispas de energía mágica mientras lograba zafarse del agarre de Shuraz. Con un movimiento explosivo, lo lanzó por los aires. El guerrero giró antes de caer de rodillas a unos metros de distancia. Su espada permanecía aún firme en sus manos. Respiró hondo, clavando una mirada decidida en su amigo convertido en bestia.

—Jarben, no me obligues a seguir haciéndote daño —murmuró.

La respuesta fue un rugido gutural que resonó en las paredes del oscuro lugar. Jarben se lanzó hacia él con una velocidad sobrenatural, sus garras buscando desgarrar la carne de Shuraz, que giró sobre sus talones en el último instante y esquivó por un pelo el ataque letal. La garra del hombre lobo arañó la pared, dejando surcos profundos en la roca. Sin perder tiempo, Shuraz levantó su espada y bloqueó el siguiente golpe con un movimiento preciso. El

choque entre el acero de su arma y las garras violetas de Jarben rasgaba el aire y dejaba chispas de energía mágica que iluminaban la penumbra.

—¡Recuerda quién eres, Jarben! —gritó Shuraz mientras contenía la fuerza abrumadora del ataque.

Con un movimiento lateral, liberó la presión de las garras y lanzó una patada certera al abdomen de Jarben. El impacto hizo retroceder al hombre lobo, que tropezó con un gruñido mientras intentaba recuperar el equilibrio. Shuraz aprovechó la ventaja, giró sobre sí mismo y golpeó con el pomo de su espada la nuca de Jarben con la fuerza justa para no matarlo.

El cuerpo de Jarben cayó pesadamente al suelo y se quedó inmóvil. Shuraz, jadeando, se inclinó para asegurarse de que su amigo seguía respirando.

—Lo siento, hermano —susurró, apartando un mechón de pelo sudoroso de su rostro.

Un chillido inhumano interrumpió sus pensamientos. Shuraz se giró rápidamente, con su espada preparada. Lo que vio le heló la sangre. La mujer arácnida estaba inclinada sobre Edoz, con ambas manos en forma de zarpa conectadas al pecho del belurio. Un flujo de energía luminosa pasaba del cuerpo de Edoz a la bruja, mientras este se marchitaba ante sus ojos.

—¡Edoz! —gritó Shuraz horrorizado.

El joven jadeaba con dificultad. La piel se le estaba pegando a los huesos mientras su cuerpo se deshidrataba a un ritmo aterrador. Los ojos del belurio, hundidos en sus cuencas, lo buscaron con desesperación.

—S… Shuraz… —murmuró Edoz, con voz apenas audible.

La visión llenó a Shuraz de una cólera desbordante. Con un rugido que rivalizó con el de Jarben, cargó contra la criatura. Su espada, elevada con ambas manos, brilló bajo la tenue luz de las antorchas antes de hundirse con fuerza en el pecho del monstruo.

El impacto resonó como un trueno. La mujer arácnida emitió un chillido espeluznante que parecía provenir de lo más profundo de su ser. Pero en lugar de caer, su cuerpo se sacudió y un fulgor oscuro recorrió sus patas, revitalizándola.

—¿Qué demonios…? —murmuró Shuraz, retrocediendo un paso mientras arrancaba su espada del cuerpo de la criatura.

Con un movimiento imposible, la descomunal araña atacó. Sus patas, armas letales, se lanzaron hacia él en un aluvión de golpes. Shuraz apenas lograba esquivarlas, desviando algunas con su espada mientras giraba y saltaba para evitar otras.

—¡Maldito monstruo! —gritó mientras sus músculos ardían por el esfuerzo.

La criatura respondió con un chasquido de sus mandíbulas y avanzó con una precisión letal. Sus movimientos eran una danza mortal, y cada paso que daba estrechaba más el círculo alrededor de Shuraz.

Él sabía que estaba en desventaja, pero su mirada se posó brevemente en Edoz, que yacía inmóvil en el suelo, y su energía se redobló.

—¡No voy a dejar que mates a ninguno de los míos! —bufó el guerrero, apretando los dientes.

Con un giro rápido, Shuraz esquivó un golpe descendente de las patas de la araña y se lanzó hacia un costado, buscando un ángulo para atacar. La criatura se giró para asestarle el golpe definitivo.

La batalla parecía perdida, pero aún no había terminado y Shuraz estaba listo para luchar hasta el final, aunque ese final fuera la muerte.

39
La Eterna

—¡Eh! ¡Suéltalo! —gritó Anara, surgiendo de la nada junto a Rayhem.

Anara notó el miedo en los ojos de su compañero mientras buscaba a Jarben desesperada. Con un gesto tembloroso, señaló hacia el licántropo violeta que yacía inconsciente a un lado.

—Es él —murmuró Anara.

Rayhem parpadeó, incrédulo, mientras la revelación se abría paso en su cabeza. Miró a la bruja mientras pensaba una oración que lo acompañase.

—Anara, al fin estás aquí —dijo la bruja sobre un indefenso Shuraz, con una voz que era a la vez dulce y venenosa, como la miel sobre un cristal roto—. Qué pena que no llegaras a tiempo para salvarlos.

El corazón de Anara se detuvo un instante, aunque mantuvo su expresión firme.

—¿De qué hablas, monstruo? —respondió con voz fría, pero con un temblor apenas perceptible en las últimas palabras.

La bruja soltó una risa chirriante, más un siseo que una carcajada, mientras se inclinaba hacia adelante para mantener inmóvil a Shuraz.

—Oh, tus tíos… —comenzó, estirando una mano huesuda hacia un medallón que colgaba de su cuello—. Fueron una auténtica

delicia… tostada.

Anara sintió que sus puños se cerraban instintivamente y la ira se encendía en su interior como una llama.

—¿Fuiste tú? —preguntó, su tono ahora teñido de desolación.

La bruja jugueteó con Shuraz con sus dedos largos y retorcidos acariciando la superficie, mientras con sus ocho patas lo apresaba manteniéndolo inmóvil.

—Tu tía era tan obstinada al principio… —siseó. Sus ojos brillaron con una malicia que parecía alimentarse del dolor ajeno—. Pero todo cambió cuando le puse esto.

Alzó el medallón para que Anara lo viera. La pieza parecía simple a primera vista, una estrella de ocho puntas con un cristal oscuro en el centro que latía con una tenue luz carmesí que parecía tener vida propia.

—Con uno como este, ella se convirtió en mi esclava. —Los labios agrietados de la bruja se curvaron en una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Fue tan fácil hacer que obedeciera y que se lanzara hacia el incendio donde se carbonizaba tu querido tío…

La bruja hizo una pausa para saborear el momento, disfrutando del rastro de dolor que empezaba a formarse en los ojos de Anara.

—Le ordené que entrara, que caminara hacia las llamas como la buena marioneta que era.

Anara sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Su respiración se volvió superficial, y sus piernas parecieron perder fuerza por un momento. Pero la furia que brotó después fue como un torrente imparable.

—¡Maldita seas! —gritó, cogiendo una daga del suelo con un movimiento rápido, la hoja reflejaba el parpadeo de las llamas en las paredes.

La bruja sonrió burlona.

—Oh, pequeña Anara… ¿Vas a vengar a tus queridos tíos? ¿Crees que una hoja diminuta puede devolverte lo que ya está perdido?

—No me importa lo que digas. —Anara avanzó un paso, su mirada fija en la criatura—. Te haré pagar por cada segundo que les hiciste sufrir.

La bruja lanzó a Shuraz contra la pared con una fuerza brutal, haciendo que su cuerpo chocara con un estruendo seco. El impacto lo dejó aturdido, tambaleándose al borde de la inconsciencia, mientras su espada caía al suelo con un sonido metálico que resonó en el silencio opresivo.

—Entonces, ven, querida. —Su sonrisa se amplió, y un destello macabro cruzó uno de sus ojos—. Veamos si tienes la fuerza necesaria para enfrentarte a tu peor pesadilla.

Anara no respondió; su mirada descendió al suelo, donde un gran capullo de seda latía débilmente. Dentro, otro de sus compañeros luchaba desesperadamente, moviéndose entre espasmos en busca de aire. Por la lentitud de sus movimientos, era evidente que le quedaba poco tiempo.

La monstruosa figura de la bruja, mitad araña y mitad mujer, se erguía con una presencia aterradora. Cada uno de sus movimientos recordaba a la anciana que Rayhem había vislumbrado entre las sombras del campamento de los Zíngaros Dorados. Sus múltiples patas chocaban con el suelo de piedra como tambores que marcaban el paso hacia la muerte.

Rayhem, con el corazón latiendo con fuerza, alzó las manos al cielo y dejó escapar un susurro cargado de fervor.

—Bel-Hur, mi señor —murmuró con voz temblorosa—. Escucha a tu siervo. Dame la fuerza para salvar a tus hijos y acabar con este engendro.

A medida que hablaba, un brillo dorado comenzó a envolver sus manos, intensificándose hasta rivalizar con la luz del sol. Desde el cuerpo de la bruja, una neblina grisácea empezó a desprenderse. Su espíritu estaba siendo arrancado de su carne por una fuerza invisible. Una imagen etérea, idéntica a la criatura, flotaba a su alrededor, convulsionándose en un intento de resistirse.

La bruja emitió un chillido que pareció rasgar el aire y con un movimiento veloz se lanzó hacia Rayhem. Antes de que pudiera reaccionar, lo derribó al suelo con un golpe brutal, rompiendo la conexión y apagando la luz dorada. La neblina se contrajo y regresó a su cuerpo como una sombra que se niega a morir.

—¡Rayhem! —gritó Anara con la voz desgarrada.

Sin dudarlo, corrió hacia Zarhel, quien seguía atrapado en el capullo de seda. Sus manos temblaban, pero sus movimientos eran precisos. Con la daga que había encontrado en el suelo hizo un corte limpio en el capullo a la altura de la boca, lo suficiente para que su amigo pudiera respirar.

—Aguanta, Zarhel, ¡aguanta! —susurró, más para sí misma que para él.

Recordando una técnica que su tía, la sanadora, le había enseñado, presionó el esternón de Zarhel con ambas manos y le dio un golpe seco. El cuerpo de su amigo se sacudió y, de repente, sus pulmones se llenaron de aire. Zarhel tosió con violencia, pero el color empezó a regresar a su rostro.

—Gracias… —murmuró con dificultad, antes de caer inconsciente pero estable.

Mientras tanto, Shuraz, que había conseguido ponerse de pie y había recuperado su espada, se movía como una sombra. Aún desorientado y con un zumbido en sus oídos, logró acercarse sigilosamente por detrás de la bruja. Su mirada estaba fija en el objetivo: su espada debía atravesar el corazón de la criatura antes de que pudiera dañar a más de los suyos.

La bruja, mientras tanto, se burlaba de Rayhem, quien yacía aturdido en el suelo.

—¿Dónde está tu dios ahora, sacerdote? —dijo con una risa cruel, inclinada sobre él.

Rayhem levantó la cabeza y su mirada se encontró con el ojo izquierdo de la bruja, una esfera negra que parecía arremolinarse

como un torbellino de oscuridad líquida. La comprensión lo golpeó como un relámpago.

—El orbe… —murmuró con labios temblorosos—. No es solo un objeto. Está dentro de ella.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Esta criatura no era cualquier bruja: era el Desgarrador, el hechicero forjador del que hablaban las leyendas.

—¡Anara! ¡El ojo! —gritó con todas sus fuerzas, tratando de advertirla.

Pero ella ya se había lanzado al combate. Una luz blanca emanaba de su pecho, bañándola en un resplandor inmaculado. Sus ojos brillaban como estrellas al amanecer, y el puñal en su mano parecía cargado de una energía divina.

Sin vacilar, saltó hacia la bruja y clavó la daga en el costado derecho de su torso. Un grito aterrador salió de la criatura, que reaccionó agarrándola por el cabello y levantándola en el aire. Anara gritó de dolor, pero no soltó la empuñadura del arma, que seguía brillando con intensidad.

En ese momento, Shuraz emergió de las sombras. Con un rugido de batalla, hundió su espada en la espalda de la bruja, atravesándola de parte a parte. La criatura se quedó inmóvil, mientras sus múltiples patas se retorcían como serpientes heridas.

La bruja soltó a Anara, que cayó al suelo como un muñeco roto. Su cabeza golpeó la superficie con fuerza, y el resplandor que había envuelto su cuerpo desapareció al instante Ahora parecía una niña indefensa, inconsciente a los pies de su enemiga.

Shuraz apretó con todas sus fuerzas la empuñadura de su espada, empujándola con furia hacia adelante. La hoja se hundió en la carne de la bruja, quien aulló con un grito desgarrador. Su cuerpo tembló bajo el impacto, pero con una agilidad sorprendente, la anciana se retorció y cogió a Shuraz por la espalda. Con un movimiento brutal, sus ocho patas y los dos brazos lo envolvieron y lo arrastraron hacia el suelo.

El guerrero intentó liberarse, pero la fuerza de la bruja lo mantenía inmóvil. Su peso sobre él era insoportable. Abrió la boca en un gesto grotesco, y de sus fauces cayó una gota viscosa de saliva que, al tocar el hombro de Shuraz, lo quemó como un hierro al rojo vivo. El guerrero gritó de dolor y apartó la cabeza, esquivando el golpe por poco. La bruja se regocijó al ver que su presa permanecía sometida y se acercó lentamente; su aliento fétido rozaba la piel de Shuraz mientras su boca se abría aún más, lista para arrancarle la cabeza de un solo mordisco.

A su alrededor reinaba el caos. El cuerpo de Jarben, ahora en su forma humana, yacía inmóvil y desnudo a un lado, inconsciente. Zarhel estaba envuelto en una sustancia viscosa que salía del capullo en el que la bruja lo había aprisionado, luchando por moverse. Edoz seguía en el suelo, con el rostro arrugado por la vida que se le había escapado, respirando con dificultad e intentando recobrar algo de aliento. Anara, aturdida por el golpe en la cabeza, tenía sangre en la frente. Rayhem, también en el suelo, parecía no saber qué hacer, su mente estaba nublada por el dolor.

Ninguno de ellos era capaz de hacer frente a la bruja. Shuraz lo sabía bien. Si el caía sería el principio del fin.

A pesar de estar gravemente herida, la bruja, sangrando a borbotones una ponzoña negra de sus heridas, parecía mantener intactas sus fuerzas. La presión de las patas sobre el pecho de Shuraz le cortaba el aire. El aliento de la bruja apestaba. El guerrero forcejeó bajo el peso de la bruja sin podes zafarse, volteó la cabeza a un lado para esquivar el chorro de veneno que sangraba la bruja. Sus brazos comenzaban a quedarse sin fuerzas.

—Te voy a arrancar ese corazón insolente —susurró ella, acercando sus fauces.

Zarhel, envuelto por el resto de seda, rasgó los últimos hilos con la punta de metal del látigo y rodó hasta ponerse de rodillas.

—Ya basta… —gruñó mientras enrollaba el látigo y lo lanzaba directo a una de las patas que oprimía a Shuraz, pudiendo liberar éste un brazo.

El látigo se tensó y la criatura se arqueó. El medallón que colgaba del cuello de la bruja parpadeó, la luz titilante se volvió aún más oscura.

Rayhem se arrastró hasta el altar con las manos apretadas en torno a una oración. El brillo dorado latía pero apenas se mantenía.

—Necesito tu luz… —susurró, alzando el rostro— Bel-Hur, ayúdanos.

Anara tanteó el suelo con una mano. Sus dedos chocaron contra la daga blanca, aún tibia de energía divina, y la agarró con tanta fuerza que le dolía la mano. Se incorporó con la cara ensangrentada y le lanzó con cuidado el arma a Shuraz, al suelo, junto a su mano libre.

—¡Shuraz! —gritó ella.

El guerrero cerró los dedos sobre la empuñadura sin pensarlo. El filo le quemó la piel como si fuera una brasa viva.

—¡El medallón! —gritó Rayhem a pleno pulmón.

La bruja giró la cara. Shuraz alzó la vista al talismán que brillaba, justo bajo ese chal rojo manchado de ponzoña. El cristal negro en el centro del medallón latía al ritmo de un corazón exaltado, sintonizado con su ojo mágico. El guerrero apretó la mandíbula y, con un destello en los ojos, hundió el puñal en el centro del medallón. Un chillido rasgó el aire del Tabernáculo; las paredes vibraron y todos los espejos explotaron en miles de fragmentos formando una inmensa nube de cristal.

En ese instante, Zarhel tiró del látigo con todas sus fuerzas, desencajando una de sus patas con un chasquido seco. El cuerpo de la bruja cedió, la cabeza golpeó el suelo. Anara tomó un cuchillo de Edoz caído en el suelo, corrió magullándose con las esquirlas que flotaban en el aire y hundió la hoja entre las costillas de su torso arácnido.

La bruja tembló, su silueta enorme se encogía mientras vapores oscuros le brotaban por las heridas. Un destello verde reptó desde el sarcófago, iluminando el rostro de Rayhem. El sacerdote cerró los

ojos, musitó las oraciones más antiguas a Bel-Hur y una luz dorada estalló entre las grietas de las losas como fuego volcánico golpeando con una onda expansiva a la bruja.

La criatura reculó y sus patas rasparon la piedra en un último intento por levantarse. La tela del capullo en su abdomen, a su espalda, se retorció tomando vida propia formando una neblina oscura. Rayhem dio un paso al frente con las manos en alto y la luz dorada cubrió su figura. Con un gesto, extendió las manos y la neblina oscura comenzó a ascender amenazante desde la bruja caída.

—¡Por los hijos de Bel-Hur, retírate al abismo!

La sombra de la bruja chilló una vez, luego se alzó hacia el techo y desapareció entre las tinieblas.

La mujer arácnida luchó. Su forma monstruosa se retorcía. Cada uno de sus movimientos solo la deformaba más aún, hasta que su figura se disolvió en un charco de sangre hirviente. Los restos se evaporaron en cenizas negras y desaparecieron en el aire como un mal sueño.

El silencio descendió sobre el Tabernáculo. Solo se escuchaba la respiración entrecortada de los embajadores, heridos y atónitos.

Zarhel se sentó, aún con el látigo en la mano. Miró a Anara, luego a los restos de la bruja y soltó una risa nerviosa.

—¿Seguro que está muerta?

Shuraz, aún tambaleante, se levantó y avanzó hasta el charco negruzco y humeante en que se había transformado.

—Muerta. Bien muerta.

Rayhem se arrodilló junto a Edoz y Jarben, murmurando oraciones de agradecimiento mientras la luz dorada desaparecía gradualmente de su cuerpo.

Sin previo aviso, el eco de voces antiguas reverberó entre los fragmentos de espejo esparcidos por el suelo.

Desde la oscuridad apareció una figura encapuchada. Sus ojos violetas brillaban con una intensidad inquietante, podían ver más allá

de la misma oscuridad. En su mano, un bastón retorcido hecho de lo que parecía ser una gran raíz blanca, tocaba el suelo con suavidad. Caminaba tranquilo y con paso firme hacia los restos de la bruja.

Los embajadores lo seguían con la mirada, boquiabiertos, sin saber qué decir.

Con paso sereno, el anciano se acercó. Alzó el bastón y lo dejó caer contra el suelo con una rapidez imposible. La madera tocó la tierra y un fulgor se extendió, barriendo la negrura. El aire quedó limpio; la opresión de la oscuridad se desvaneció como humo al viento y los restos de la bruja desaparecieron al instante.

Con un suave gesto, el anciano de ojos violetas se quitó la capucha. La luz de su ser divino iluminó el entorno, revelando un semblante sereno e imponente. Su cabello y barba blanca estaban perfectamente recortados, dando a su rostro una apariencia de eterna sabiduría.

—El peligro ha pasado, mis fieles embajadores —dijo con un tono cálido y lleno de cariño, mirando a cada uno de ellos.

Rayhem, aún tambaleándose y mareado por el golpe, levantó la cabeza. Sus ojos buscaban en los del anciano una respuesta. El reconocimiento llegó con lentitud, pero la verdad le golpeó con fuerza.

—¿Mi dios Bel-Hur? —preguntó con voz temblorosa, sin creer lo que veía.

—El mismo, hijo mío —respondió Bel-Hur con una sonrisa tranquilizadora.

Con ese simple gesto, el anciano extendió una mano hacia ellos. Los embajadores sintieron una oleada de calor y energía pura que recorrió sus cuerpos. La renovación que traía consigo era tan profunda que parecía borrar el cansancio, el dolor de sus luchas pasadas. Las heridas se cerraron, y la sensación de alivio se instaló en sus cuerpos como un bálsamo reparador.

Shuraz, arrodillado y apoyado sobre su espada, bajó la cabeza, aún atónito por la aparición del dios. Algo en su ser trataba de

comprender lo imposible. A su lado, Zarhel, aún cubierto por los restos de la viscosa sustancia que lo había atrapado, se acercó con cautela, con sus ojos fijos en el anciano. Algo en la presencia de Bel-Hur lo hacía sentir frente a algo mucho más antiguo y poderoso de lo que era capaz de comprender. Recordaba aquella vez en los Jardines del Laberinto, cuando Bel-Hur se había materializado en forma de una niña inocente, pero con la misma aura de poder incontenible.

—¿Quién era ella? —preguntó Shuraz sin apartar la mirada de Bel-Hur.

El anciano miró el lugar, ahora vacío, en el que había caído la bruja y respiró hondo antes de responder.

—Una Eterna. No es la primera que veis una —dijo con tono sombrío—. Las sendas de nuestros destinos están entrelazadas. Los encuentros con los Eternos son parte de un plan mucho mayor. Esta era una sierva de Kudram.

Anara recordó en ese mismo instante a la mujer que la había salvado durante la toma de Alonia, la que había aparecido como un destello de esperanza en la oscuridad y alguna que otra vez en su duermevela. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en la majestuosidad de aquella figura. La sensación de asombro que había sentido entonces volvió con fuerza, y se dio cuenta de que aquella mujer, tan enigmática y poderosa, tal vez pertenecía a los mismos seres que ahora los miraban desde el fondo de sus recuerdos.

Mientras tanto, Shuraz pensó en el extraño que le había advertido sobre el traidor en su ejército. Tal vez él también fuera otro de esos Eternos. No era humano, eso seguro.

Shuraz y Anara se miraron cómplices, recordando su conversación y sabiendo que efectivamente ya habían conocido a más Eternos.

Anara se acercó a Edoz, quien yacía débil y con aspecto de haber envejecido varias décadas de golpe. Sus ojos, casi sin vida, llenos de cataratas, miraban al vacío, incapaces de enfocarse en nada. La joven le ofreció su hombro para apoyarse, pero su estado era tan

frágil que apenas podía mantenerse en pie. Rayhem, con esfuerzo, también lo ayudó a incorporarse. La respiración de Edoz era pesada, y su cuerpo temblaba como si la vida lo estuviera abandonando.

Mientras trataban de sostenerlo, Bel-Hur se acercó con paso firme y tranquilo. Anara miró al anciano con respeto.

—Mi señor, ¿puedes sanarlo? —solicitó en voz baja, llena de preocupación por el joven, ahora tan viejo, que estaba al borde de la muerte.

El dios asintió con comprensión y se situó junto a Edoz.

—Alguna vez, hija mía, tú también podrás curar de esta manera.

Con un solo toque de su mano en su pecho, una energía cálida y luminosa fluyó desde su cuerpo hacia el de Edoz. La magia divina recorrió cada fibra de su ser, restaurando su salud y vitalidad de manera visible. Al instante, Edoz se transformó. Su cuerpo recuperó la masa muscular, su piel adquirió un tono más saludable y el brillo regresó a sus ojos. Sin embargo, una marca negra, como una cicatriz profunda, quedó grabada en su pecho, el recordatorio imborrable de que había mirado a la muerte a los ojos. A partir de ese momento, esa marca se convertiría en un tatuaje eterno, una parte de él.

Los embajadores observaron con asombro y gratitud mientras el joven volvía de nuevo a la normalidad.

—Podías haber aparecido antes —dijo Edoz clavando los ojos en Bel-Hur.

—Y he llegado justo a tiempo —Bel-Hur dejó que una media sonrisa se dibujara en su rostro—. Esta victoria debía ser vuestra, no mía.

Bel-Hur, con sus ojos violetas profundos, miró a Anara, reflejando un conocimiento muy antiguo. Se acercó a ella con pasos tan suaves que parecía flotar en el aire. Al llegar a su lado, su voz resonó en sus oídos, pero esta vez llena de autoridad.

—Hija mía —dijo Bel-Hur con una sonrisa en los labios—. Tú serás mi voz en la tierra. Lo sabes, ¿verdad?

Anara lo miró desconcertada mientras su cabeza trataba de asimilar lo que escuchaba.

—¿Tu voz? ¿Por qué yo, mi señor? —preguntó confundida.

—Así debe ser —respondió Bel-Hur, y sus dedos rozaron su rostro con ternura. Su toque era cálido, casi etéreo—. Es tu derecho de sangre, hasta la hora de tu muerte.

Anara cerró los ojos ante su suave caricia, sintiendo el poder de esas palabras resonando en todo su ser, como un destino que la había encontrado irremediablemente.

Anara observó a Rayhem, que lloraba desconsolado, como un niño que había encontrado a su madre perdida. Su rostro estaba bañado en lágrimas y sus hombros temblaban con cada sollozo. La escena le dolía, pues comprendía la intensidad de su emoción, pero también le preocupaba cómo se sentía el sacerdote en este momento. Después de toda una vida dedicada al servicio de su dios, ahora ella, una simple cantinera, había sido elegida la receptora de su voluntad.

Pero, para su sorpresa, Rayhem no mostraba resentimiento alguno. En cambio, su rostro estaba iluminado por una sonrisa sincera, llena de orgullo por su amiga. Anara se cercioró una vez más de la pureza del corazón de Rayhem.

Con un último gesto de devoción hacia Bel-Hur, la luz divina envolvió al dios hasta hacerlo desaparecer.

El Tabernáculo quedó sumido en un profundo silencio. Llenos de asombro, nadie se atrevió a moverse ni a hablar durante varios segundos. Rayhem fue el primero en romper el trance. Se quitó la capa y cubrió a su amigo Jarben, que yacía desnudo e indefenso en el suelo. Su piel pálida como la leche, sus músculos relajados, hacían parecer su cuerpo frágil, quebradizo. Shuraz lo levantó con facilidad, casi sin esfuerzo.

Zarhel, aún entumecido, estiró los músculos e hizo crujir sus huesos en la quietud.

—¡Joder, hueles a mierda! —exclamó Edoz, tapándose la nariz y apartando la mirada con desdén.

Zarhel no respondió. Lanzó como pudo los restos nauseabundos que se adherían a su ropa y su piel hacia el suelo. Anara se acercó rápidamente y, con su capa, le ayudó a limpiarse lo mejor posible.

Salieron del Tabernáculo en silencio. Sus mentes seguían intentando procesar lo que acababan de presenciar. La conmoción era demasiado reciente para ser discutida.

Se encaminaron de regreso a Alonia. Cada uno de ellos llevaba consigo una mezcla confusa de emociones: asombro, confusión, miedo, orgullo, gratitud…

Shuraz, lideraba la marcha con decisión, curado de sus heridas. Su mirada transmitía serenidad, consciente de que su habilidad para proteger a sus amigos había sido crucial en este momento crítico.

Rayhem no dejaba de pensar en su segundo encuentro con Bel-Hur, su dios. Repasaba cada detalle, cada palabra y cada gesto, almacenándolos en su memoria como reliquias preciosas que no deseaba olvidar nunca.

Jarben, confuso y mareado, se sentía profundamente agradecido por seguir con vida. Durante el viaje de regreso, Rayhem le relató cada instante del encuentro con Bel-Hur. Era la segunda vez que los embajadores se encontraban cara a cara con su dios, y en ambas ocasiones, Jarben no había estado presente, al menos no de manera consciente.

Anara sentía la presión del papel que acababa de asumir. Ser la voz de su dios en la Tierra, su profeta, su sumo sacerdote… Una responsabilidad abrumadora de la que no se creía merecedora. No tenía vocación para tal responsabilidad, y eso la asustaba mucho.

Zarhel caminaba junto a Edoz, con quien había compartido una experiencia cercana a la muerte. Ambos sabían que debían sus vidas a sus compañeros, y ese lazo ahora iba más allá de la amistad, se convertía en algo casi sagrado.

Edoz, que cerraba la marcha, intentaba aligerar el ambiente con su humor característico, pero su rostro reflejaba una seriedad que pocas veces mostraba. Distinguió un tenue brillo en el suelo, casi imperceptible. Se agachó con rapidez y recogió el objeto. Era una esfera negra, lisa y brillante, del tamaño de un ojo humano.

Edoz examinó la canica con el ceño fruncido. Aunque carecía de los destellos y la energía anterior, su inquietante parecido con el ojo de la bruja lo intrigaba. Algo dentro de él susurraba que aquello no era una coincidencia.

Sin vacilar, deslizó la esfera en su bolsillo y se incorporó con calma a la marcha, lanzando una última mirada al corredor oscuro del Tabernáculo. Luego aceleró el paso para reunirse con el grupo. No le mencionó a nadie lo que había encontrado. La noche los envolvió mientras continuaban su camino hacia el amanecer.

Cuando llegaron a las afueras de la ciudad encontraron frente a ellos una imagen conmovedora: una interminable columna de miles de belurios que marchaban hacia el horizonte, dejando atrás la ciudad que había sido su hogar durante generaciones. Cada uno cargaba con sus pertenencias, mientras sus rostros reflejaban esperanza. La procesión era un testimonio palpable de su lucha por sobrevivir, un acto de resistencia contra el destino incierto.

Los embajadores observaron el espectáculo desde una colina cercana, conscientes de estar siendo testigos de un momento histórico. Las miradas de su pueblo mostraban el peso de la incertidumbre, pero también el coraje que los sostenían.

Este magno acontecimiento representaba un nuevo comienzo para la ciudad de Alonia, y también el inicio de una nueva era en Nela-Shur. En ese instante, los embajadores comprendieron que no solo habían presenciado, sino que habían sido parte importante de algo mucho más grande. Habían ayudado a abrir un camino hacia un futuro libre, lleno de promesas.

A medida que regresaban a Alonia, cada uno de ellos sentía el peso de la responsabilidad de sus actos. Los embajadores sabían

que, más allá del horizonte, los esperaba Nela-Shur, con una historia aún por escribir.

40
El precio de la venganza

El viento cálido del atardecer acarició el rostro de Valcara mientras se acercaba a las murallas de Alonia. Su aspecto desarrapado describía su largo viaje. Sus pasos eran lentos, pesados, y cada vibración que le devolvía el suelo resonaba en su pecho como un tambor que anticipaba un juicio inevitable. Bajo el brillo anaranjado del sol poniente, la puerta norte de la ciudad se alzaba ante ella, mellada y castigada tras el reciente ataque jersa. Pero Valcara apenas notó los daños; su atención estaba fija en la figura que esperaba, inmóvil, bajo el arco de piedra.

La mujer, vestida con ropas negras holgadas y botas altas, destacaba incluso entre la oscuridad del umbral. Su cabello rojo como el fuego ardía bajo la luz menguante, y Valcara sintió cómo un frío extraño le subía por la espalda. Instintivamente, su mano se deslizó al bolsillo de su capa, donde rozó la piedra negra pulida que llevaba consigo desde que pisó aquella isla maldita. Su tacto liso y fresco le proporcionó un instante de calma.

La figura dio un paso adelante, y en ese movimiento Valcara notó el brillo metálico de una daga en la mano de la mujer. Fue entonces cuando la reconoció.

—Lyria —murmuró Valcara, apretando la piedra con más fuerza.

Los recuerdos llegaron como ráfagas. Su último encuentro había sido sangriento; un enfrentamiento en el que la guardiana había dado muerte al grupo de acompañantes de Lyria. Maleantes,

criminales, depredadores que habían amenazado a su protegida, Anara, y a su gente. Valcara había sobrevivido, pero había dejado un cabo suelto. Y ahora, ese cabo la esperaba con un brillo de venganza en los ojos.

Lyria, con una sonrisa forzada, giró la daga entre sus dedos. La luz del atardecer arrancó destellos mortales en el filo.

—Nunca pensé que volvería a verte, guardiana —dijo con una voz llena de veneno contenido—. Pero la vida tiene una forma irónica de darnos una segunda oportunidad, ¿no crees?

Valcara se detuvo a unos pasos de la mercenaria. Su corazón latía con fuerza, pero su rostro permaneció inexpresivo. Había aprendido hacía mucho tiempo que mostrar miedo solo alimentaba al enemigo.

—No suelo dejar asuntos pendientes —respondió Valcara, con una calma que no sentía—. Quizá fue un error.

—Oh, lo fue —replicó Lyria, dando un paso hacia ella—. Pero hoy corregirás tu error.

Valcara dejó caer la mano en el mango de su daga, aún envainada en su costado. Su hombro, donde las aves de la isla la habían herido, lanzó un latigazo de dolor al moverse, pero no mostró flaqueza.

—¿De verdad crees que puedes vencerme tú sola? —preguntó, midiendo cada palabra.

Lyria soltó una risa seca.

—No he venido sola.

Del bosque emergieron tres figuras amenazantes. El primero, un espadachín de mandíbula cuadrada y cicatrices que cruzaban su rostro, alzaba una hoja pesada con movimientos seguros. El segundo, un lancero alto y encorvado, observaba con ojos afilados, su arma firme en sus manos callosas. El último, un joven de cabello desordenado, hacía girar dos boleadoras con precisión letal.

—Siempre has sido una espina en mi costado, Valcara —dijo Lyria, mientras los otros se colocaban a su lado.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó la guardiana, desconcertada.

—Sé mucho sobre ti.

Valcara desenvainó su daga con un susurro metálico que cortó el aire. Un destello azulado recorrió el filo, proyectando un brillo frío y afilado.

—Esta vez no escaparás.

—Ya lo veremos.

Sin más palabras, Lyria se lanzó hacia ella y el mundo se redujo al sonido del acero y al eco de los gritos.

Valcara se movía con precisión entrenada, bloqueando cada golpe con su espada y esquivando con agilidad los ataques. Aunque herida y cansada, su fuerza ardía como una llama. Cortó con fuerza la mano del lancero, desarmándolo con un giro rápido de su muñeca, y lo mató con una puñalada directa a su corazón.

Lyria, más rápida que los demás, giró alrededor de Valcara en busca de un punto débil, lanzando estocadas con su daga.

—¿Esto es todo lo que tienes? —gruñó Valcara, deteniendo un golpe y contraatacando con un tajo que falló por poco.

El combate se prolongó mientras los otros dos atacantes la presionaban desde diferentes ángulos. Pero Valcara era una guerrera veterana; usó el terreno a su favor, empujándolos hacia la pendiente rocosa junto al camino. Un descuido del joven de las boleadoras bastó para que tropezara y cayera por la ladera, y la guardiana aprovechó su descuido para neutralizar al último con un golpe limpio en el cuello que lo desangró dejando un gran charco de sangre a sus pies.

Solo quedaron las dos mujeres, jadeando frente a frente, ambas cubiertas de sudor y heridas menores.

—Esto no termina aquí, guardiana —espetó Lyria, retrocediendo un paso. La sangre goteaba de una herida en su brazo.

—No cometeré el mismo error dos veces —replicó Valcara, levantando su daga luminosa.

Lyria lanzó una mirada rápida a sus compañeros caídos, luego a Valcara, y finalmente al bosque detrás de ella. Pensó en huir, pero la idea se desvaneció en cuanto recordó a sus amigos asesinados.

El viento de la tarde acarició el rostro de Valcara mientras agarraba con fuerza su daga, cuya luz azulada destellaba como un recordatorio de su voluntad inquebrantable. Frente a ella, Lyria jugueteaba con su daga enrunada, con sus ojos encendidos por la sed de venganza.

—Entonces, ¿esto es lo que quieres? —preguntó Valcara, manteniendo la mirada firme en los ojos de la mercenaria pelirroja.

Lyria esbozó una sonrisa que no alcanzó a suavizar la dureza de su rostro marcado por las cicatrices.

—Sabes exactamente lo que quiero. Mataste a mi familia y debes pagar por ello.

Valcara dio un paso adelante, ajustando el agarre en su daga.

—¿Tu familia? —respondió con desdén—. ¿Esos asesinos y maleantes? Se merecían algo peor. Planeasteis acabar con los embajadores de Beluria. Dime, ¿quién os contrató?

Lyria ladeó la cabeza, jugueteando con su daga.

—El rey jersa, Rozar II —dijo con voz imperturbable—. Quería asegurarse de que no quedaran cabos sueltos.

Valcara frunció el ceño.

—¿Rozar? ¿El mismo rey al que los embajadores ayudaron a tomar Alonia?

Lyria asintió, ajustándose el ala del sombrero.

—El mismo. Los pactos siempre tienen condiciones ocultas.

La guardiana suspiró con resignación y bajó su arma.

—No tenemos que hacer esto, Lyria. No quiero matarte.

Lyria detuvo el movimiento de su daga y alzó la vista con un brillo frío en sus ojos.

—¿No quieres matarme? —replicó con voz teñida de amargura—. Yo tampoco quería matar a tu protegida, Anara.

El mundo pareció detenerse. Una furia primitiva se encendió en el pecho de Valcara, que, como una fiera herida, se lanzó hacia Lyria con un grito desgarrador. La daga de la guardiana buscó el cuello de la mercenaria, pero Lyria, con movimientos calculados, esquivó el ataque y hundió su propia hoja en el pecho de Valcara.

La guardiana sintió el frío acero atravesar su carne, y un dolor agudo que le robó el aliento. Sus piernas fallaron, y su cuerpo cayó contra el de Lyria antes de deslizarse al suelo.

—Esto es por mi familia —susurró la mercenaria al oído de su enemiga.

El cuerpo de Valcara quedó tendido en el umbral de Alonia, sus ojos abiertos mirando el suelo mientras la vida la abandonaba. En su último pensamiento, la imagen de Anara llenó su conciencia y un destello de orgullo apagó la oscuridad que la envolvía.

Lyria se inclinó sobre el cadáver y limpió su daga ensangrentada con la capa de la guardiana. Con cuidado, cogió el puñal de Valcara, cuyo fulgor azul varió en ese momento a un rojo ardiente. La mercenaria la observó satisfecha antes de guardarla en su cinturón.

Al registrar el cuerpo, encontró la piedra negra y pulida en la mano rígida de Valcara. La tomó sin dudar y la deslizó en su bolsa. Luego, montó en el caballo que aguardaba cerca y se perdió en la noche, dejando atrás Alonia y el cuerpo de la guardiana sin mirar atrás.

El eco de los cascos del caballo se mezcló con el susurro del viento, llevándose consigo la historia de una venganza cumplida.

41
Sombras en el camino

El sol caía implacable sobre las lápidas del cementerio de Jarben. Las piedras blancas relucían con un resplandor cegador. El aire olía a tierra seca y a incienso viejo. Apenas corría un soplo de brisa, y el calor pesaba pegajoso sobre sus hombros.

El grupo se encontraba junto a una tumba reciente en la que habían colocado una lápida que rezaba: «Aquí yace Mushan, hermano de armas y amigo. Que su espíritu siga caminando junto a los suyos, allá donde los vientos nunca cesan».

Lyria, apoyada en una sepultura cercana con los brazos cruzados, observaba en silencio. Vestía de negro de pies a cabeza; capa raída por los viajes, botas recias y guantes de cuero gastado. Llevaba una daga enfundada cruzada en el cinto. Su melena pelirroja, larga y rizada, escapaba en mechones rebeldes bajo un sombrero de ala ancha que ocultaba una astuta mirada.

—Eres tú… —murmuró Jarben al alzar la vista, con el ceño fruncido—. Tú me salvaste.

Lyria arqueó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—No hacía falta recordarlo. Pero sí, soy yo. Y me costaste un buen par de magulladuras.

Edoz la recorrió con la mirada de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—¿Vienes a cobrarnos la deuda, mercenaria? Te advierto de que el negocio de enterrar muertos no es precisamente rentable.

Lyria soltó una breve carcajada y apartó un mechón de su cabello pelirrojo que se había pegado a la frente por el sudor.

—No, lengua afilada. He venido a ofrecer mi filo. Mi contrato en Alonia ha terminado y ahora mismo no tengo un destino fijo. Me preguntaba si podríais necesitar otra mano en el camino a Nela-Shur.

Rayhem la saludó con una sonrisa, mientras Zarhel la miraba pensativo.

Shuraz, que afilaba su espada con expresión indiferente, apenas levantó la vista.

—No solemos viajar con extraños.

Lyria apoyó una bota sobre una lápida y se inclinó hacia él con una sonrisa desafiante.

—Qué curioso, yo tampoco. Pero parece que nuestros caminos van en la misma dirección.

Antes de que Shuraz pudiera replicar, Anara se acercó y puso una mano en el brazo de la mercenaria.

—Lyria es de fiar. Si quiere venir con nosotros, yo respondo por ella.

Shuraz gruñó por lo bajo, pero no discutió más.

Edoz suspiró y se abanicó con la mano.

—Bueno, si Anara confía en ti, supongo que podemos hacerte un hueco. Pero te advierto una cosa…

—¿Que no ronque o me dejáis atrás? —interrumpió Lyria con una sonrisa burlona.

Edoz chasqueó los dedos y le guiñó un ojo.

—Empiezas a caerme bien.

El grupo intercambió unas miradas rápidas y, pese al calor asfixiante, el ambiente se relajó con algunas risas. El viaje estaba a punto de comenzar, y con él, la incertidumbre. Nela-Shur los esperaba con sus propios secretos, más allá de aquel cementerio alonio abrasado por el sol.

A lo lejos, en el horizonte agrietado por el calor, unas nubes oscuras presagiaban tormenta.

42
El heraldo del océano

El canto de los símbolos se hizo más fuerte. Resonaban como el eco de un trueno lejano atrapado en la cabina. El brillo azulado de los trazos se intensificó, reflejándose en las paredes, las ventanas y los rostros de Gorham y Augsious. Sin previo aviso, el barco dio una violenta sacudida, golpeado por una ola gigantesca. Los mapas colgados en las paredes cayeron, y las lámparas de aceite titilaron con furia.

El joven Gorham se tambaleó, dejando caer el pergamino, mientras Augsious se aferraba a la mesa con una fuerza que traicionaba su usual serenidad.

—¡Capitán! ¿Qué está pasando? —gritó el joven marinero, que miraba con horror cómo los símbolos del pergamino comenzaban a proyectarse en el aire, formando figuras ondulantes que parecían hechas de agua y luz.

El capitán demostró entonces algo que Gorham jamás había visto en él: miedo.

—¡No puede ser! ¡No he pronunciado las palabras completas! —Augsious retrocedió un paso, su mirada fija en una figura que emergía del pergamino.

La forma tomó cuerpo. Se trataba de una silueta humanoide, alta y esbelta, con ojos como pozos abismales y una piel que parecía hecha de agua turbulenta. Su presencia llenó la cabina con un frío intenso que helaba los huesos. La criatura, una manifestación de

Morgarath, el remolino viviente, extendió un brazo hacia el capitán. Su voz retumbó como una tormenta lejana.

—Augsious, hijo de las olas. Has roto el pacto. —Las palabras parecían arañar el aire, cada sílaba estaba cargada de una furia insondable—. Pronunciaste mi nombre, pero olvidaste la ofrenda. Ahora, el mar reclama lo que le pertenece.

Gorham, temblando, trató de acercarse al capitán, pero el aire era pesado, casi líquido, y le costaba respirar. Augsious apretó los puños, intentando mantener la compostura.

—No fue mi intención, señor de las aguas. Fue un accidente, un descuido. ¡Déjame corregirlo!

La criatura inclinó la cabeza para evaluar al capitán. Luego, su mirada se desvió hacia Gorham, quien sintió que su alma era arrastrada por un torrente invisible.

—El aprendiz —murmuró la entidad con un tono que hizo vibrar los ventanales de la cabina—. Joven y lleno de potencial. Podría tomarlo a él en tu lugar.

—¡No! —rugió Augsious, poniéndose frente al joven Gorham a modo de escudo—. ¡Él no tiene nada que ver con esto! ¡El pacto es mío, y yo lo pagaré!

Pero antes de que el capitán pudiera decir nada más, la criatura levantó una mano y el pergamino se alzó en el aire, girando atrapado en un remolino. Los símbolos comenzaron a salir disparados hacia Gorham, envolviéndolo en un torrente de luz y energía.

El joven gritó, sintiendo que su cuerpo ardía y se enfriaba al mismo tiempo. Su mente se inundó de visiones: profundidades oscuras, criaturas colosales, secretos antiguos del océano. En ese instante, Gorham entendió lo que estaba sucediendo: el mar no solo lo estaba reclamando; lo estaba transformando.

Cuando la luz se desvaneció, Augsious cayó de rodillas, jadeando. Gorham, en cambio, seguía de pie, pero no era el mismo. Sus ojos

brillaban con un fulgor azulado, y su piel parecía marcada con los símbolos del pergamino, como tatuajes que latían con vida propia.

La criatura observó su obra con algo que podría haber sido una sonrisa.

—Ahora estás ligado a mí, joven marinero. Eres mi heraldo, mi voz en este mundo. Pero recuerda: el océano no tiene aliados, solo instrumentos. —Y, con esas palabras, la figura se desvaneció, dejando tras de sí un silencio inquietante.

Augsious se levantó con dificultad y miró a Gorham con admiración.

—¿Qué… qué te han hecho, muchacho? —susurró.

El joven grumete no respondió de inmediato. Levantó la vista, y en sus ojos, el brillo de las profundidades del mar parecía haber encontrado un hogar.

—Me han dado un propósito. —Su voz era firme, pero extraña—. Y ahora, capitán… ¿a dónde nos dirigimos?

El barco crujió mientras el nuevo Gorham se preparaba para enfrentarse a un destino que jamás habría imaginado.

Gorham abrió los ojos de golpe, jadeando como si hubiera emergido de las profundidades del mar. El aire cálido y salado de la isla le llenó los pulmones, y el sonido rítmico de las olas sustituyó al rugido lejano de la tormenta de su sueño. Se incorporó lentamente sobre la arena húmeda, sintiendo aún en la piel el frío de aguas imposibles y, en sus manos, el eco de símbolos que ya no veía, pero que seguían latiendo en lo más hondo de su ser.

La aventura continua en:

El Segundo Éxodo (Retorno a Nela-Shur, Libro 4)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!


DAVID MONJE GALISTEO
EL SEGUNDO
ÉXODO
RETORNO A NELA-SHUR BOOK 4

Nota del autor :

Gracias por acompañarme hasta la última página.

Si has disfrutado de la lectura, te agradezco que dejes una reseña en Amazon. Para un autor autopublicado como yo, cada opinión cuenta: ayuda a que otros lectores descubran el libro y se animen a leerlo.

Puedes hacerlo desde la página del libro en Amazon o a través de este enlace:

Escribir mi opinión

De corazón, gracias por tu apoyo,

David Monje Galisteo

Agradecimientos

Este libro no ha nacido solo de palabras, sino del tiempo, la generosidad y el cariño de muchas personas que me han acompañado a lo largo del camino. Intentaré, aunque sé que me quedaré corto, daros las gracias como merecéis.

A Pedro Urvi, que no solo me inspiró a dar el primer paso, sino que caminó a mi lado cuando más lo necesitaba. Me enseñaste que los sueños se construyen palabra a palabra. Gracias, maestro.

A mis jugadores de rol de toda la vida: Erlantz, Cris, Jon, Gaizka, Endika, Zuri, Iñaki y Niko. De nuestras partidas surgieron los cimientos de este mundo, y muchas de las emociones que habitan estas páginas nacieron en nuestra mesa de juego. Sin vosotros, nada de esto existiría. Gracias por crear conmigo.

A Fran, por empujarme a esta locura. Tu fe en mí fue la chispa que encendió la historia. Estoy seguro que seguiremos recorriendo este sendero juntos.

A Susana R. L., por cada consejo, cada corrección y cada empujón. Has sido una guía generosa y paciente. Me has enseñado más de lo que imaginas. Espero seguir aprendiendo de ti.

A Tanya, por ser guardiana incansable del detalle, del ritmo y del lenguaje. Tu mirada crítica y tu exigencia han hecho que todo esto brille mucho más. Gracias por cuidar cada página como si fuera tuya.

Gracias a Ljiljana Romanovic por convertir en imágenes lo que solo existía en mi imaginación. Tus portadas han hecho realidad mis sueños y han dado alma visual a este mundo.

A Pilu, gracias por tu tiempo, tu buen hacer y tu dedicación. Tú también formas parte de esta historia.

A mi familia, que ha estado ahí desde el principio. Sois la raíz de todo lo que soy. Gracias por vuestro amor y vuestra paciencia. A mis hermanos, por estar siempre a mi lado, sin importar la distancia o el momento. Gracias por ser mi hogar.

A todos mis amigos, que habéis apoyado esta aventura incluso cuando no entendíais del todo de qué iba. Este libro también es vuestro.

A ti, lector, que has llegado hasta aquí. Gracias por regalarme tu tiempo y tu imaginación. Si esta historia te ha hecho soñar, emocionarte o simplemente pasar un buen rato, ya ha valido la pena.

Y, por encima de todo, a mis dos grandes faros: mi mujer y mi hija. Sin vosotras, nada de esto tendría sentido. Todo lo que soy y todo lo que escribo, nace y vuelve a vosotras. Gracias por sostenerme incluso cuando me pierdo entre mapas y criaturas imposibles.

Con todo mi cariño,

David Monje Galisteo.

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **David Monje Galisteo**

X: **@dmgalisteo**

Facebook: **davidmonjegalisteo**

Threads: **@davidmonjegalisteo**

Instagram: **@davidmonjegalisteo**

TikTok: **@david.mg70**

Bluesky: **@dmgalisteo.bsky.social**

Mail: **davidmonjegalisteo@gmail.com**



Copyright © 2025 David Monje Galisteo
Todos los derechos reservados

El Segundo Éxodo (Retorno a Nela-Shur, Libro 4)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!


DAVID MONJE GALISTEO
EL SEGUNDO
ÉXODO
RETORNO A NELA-SHUR BOOK 4